



TROTSKY, por G. Stedman.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

***Problemas de la
revolución china***

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Germinal

Obras Escogidas de León Trotsky
Edicions Internacionals Sedov

Valencia, febrero de 2025
germinal_1917@yahoo.es

Edicions internacionals Sedov



Primera edición: Leon Trotsky (Max Shactman, editor) *Problemas of the Chinese Revolution*, Pionner Publisher, 1932, Nueva York. Obra publicada en vida de Trotsky, perseguía facilitar a los revolucionarios un pequeño dossier de documentos de la ‘cuestión china’, tal y como estaba en aquellos momentos, ocultados a los revolucionarios por el estalinismo. Nunca se publicó como tal en castellano. En 1972 la extinta editorial Pluma editó una recopilación de notas y escritos de 1919 a 1938 de Trotsky sobre China: *La segunda revolución china*. Os ofrecemos pues, aquí, la primera edición de esta obra de Trotsky en castellano. Estamos preparando una recopilación de materiales de Trotsky sobre la revolución china que, gracias al soporte digital, será mucho más extensa que la ofrecida en su momento por la Editorial Pluma. Hemos seguido la reedición de la obra que hizo, en 1967, Ann Arbor Paperbacks for the Study of Communism and Marxism – The University of

Michigan Press, Michigan. En su mayor parte, los textos de Trotsky que componen este libro estaban disponibles en nuestra serie *Trotsky en internet y en castellano* (*Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*), desde hace tiempo; los pocos que no lo estaban los hemos incorporado durante este mes para prepara esta edición, haciendo la versión desde el libro de referencia, al igual que también de la “Introducción” de Shachtman. Hemos intentado convertir la grafía de los nombres chinos para hacerla coincidir en todo el libro (dada la variedad de la procedencia de las fuentes para las versiones al castellano disponibles en nuestra serie ya cita); también hemos intentado usar las grafías implantadas en castellano; somos conscientes de no haberlo logrado completamente y pedimos disculpas por ello. Como lecturas complementarias os proponemos un repaso a la serie arriba mencionada, a partir de 1919; recordad que, como el resto de serie de nuestras EIS, se trata de una serie en construcción. De todos modos, es imprescindible en este caso *La revolución permanente* y *La Internacional Comunista después de Lenin. Stalin, el gran organizador de derrotas (con nuevos anexos)* .

Pensamos que el interés de todo aquello que permita estudiar y analizar la evolución de China en el siglo pasado es evidente; y lo es tanto por el pasado y como por el presente.



Arresto de comunistas en Shanghái en 1927

Índice

Introducción de Max Shachtman	4
La revolución china y las tesis del camarada Stalin	11
Dos intervenciones sobre la cuestión china en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.....	37
La vía segura.....	50
Hang Keu y Moscú	54
¿Verdaderamente no ha llegado ya el momento de entender?.....	56
La insurrección de Cantón.....	58
La cuestión china después del VI Congreso.....	72
¿Qué está pasando en China? Una pregunta que todo comunista debe hacerse.....	105
Una retirada en pleno desorden	108
La revolución estrangulada	111
Sobre la revolución estrangulada y sus estranguladores. Respuesta al señor André Malraux	117
Stalin y la revolución china. Hechos y documentos	121
Apéndices	142
<i>Gregory Zinóviev: Tesis sobre la revolución china</i>	142
<i>Intervención de Vuyo Vuyovich. Pronunciada en el VIII plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista</i>	175
<i>N. Nassonov, N. Fokin, A. Albrecht: Carta de Shanghái</i>	182

Introducción de Max Shachtman

Apenas hay un acontecimiento de mayor importancia histórica mundial desde la revolución proletaria en Rusia que el despertar del oriente cruelmente explotado y oprimido, que encontró su expresión más dramática y trágica en el gran movimiento revolucionario chino de 1925-1927. Por primera vez en la historia, los países capitalistas de Europa, maduros desde hace mucho tiempo para el derrocamiento socialista, cedieron el paso en prioridad revolucionaria a una tierra oriental que parecía dispuesta a condensar las experiencias de la evolución capitalista, bajo los golpes titánicos de la revolución social, en un breve lapso de tiempo y, a diferencia de los países occidentales, a entrar con valentía en el camino del desarrollo socialista. La historia no podía imaginar una empresa más audaz. Incluso la clase trabajadora rusa se vio obligada a pasar por un largo período de desarrollo capitalista antes de enfrentarse de manera perentoria a la oportunidad y la necesidad de derribar la última barrera para la emancipación y el libre desarrollo de la humanidad. El proletariado chino, que alcanzó la virilidad en la encrucijada de una época revolucionaria, armado también con la fuerza de incontables millones de campesinos insurgentes, tuvo la rara oportunidad de elegir entre la esclavitud capitalista bajo su “propia” burguesía o el crecimiento socialista en alianza con la Unión Soviética y la clase obrera revolucionaria de occidente.

No tiene sentido discutir aquí la cuestión académica de si China ha madurado económicamente para el establecimiento o la construcción de una sociedad socialista. No es una cuestión que deba resolverse estadística o estáticamente en China, como tampoco pudo establecerse para Rusia en 1917. Este problema se resuelve principalmente a escala internacional, en el conflicto entre los sectores socialista y capitalista de la economía mundial. Sin embargo, lo que se ha demostrado desde el día de la exitosa contrarrevolución en China, si la consideración teórica y el pronóstico seguían siendo inadecuados, es que los problemas básicos de China, sus tareas democráticas de unificación nacional e independencia, autodeterminación para sus diversos pueblos, y la revolución agraria incluida, no podrían resolverse de otra manera que no fuera la victoria de los trabajadores actuando independientemente como clase. En otras palabras, todos los problemas y antagonismos que surgen de la lucha contra la sujeción imperialista, contra los restos de las relaciones feudales, que podrían haber sido resueltos, pero no lo fueron por la revolución de 1925-1927 o por el régimen que le sucedió, solo encontrarán una solución con el éxito de la dictadura del proletariado en China. La gran importancia de la revolución china de 1925-1927 radica en la oportunidad que ofrece para alcanzar este objetivo.

Pero es precisamente al examinar esta oportunidad cuando nos encontramos con una monstruosa anomalía histórica. La revolución no terminó con una victoria, sino con una derrota horriblemente sangrienta para el proletariado y el campesinado. ¿Cómo fue esto posible? En las revoluciones burguesas europeas de 1848, el joven proletariado y el

campesinado fueron las tropas de combate de la igualmente joven burguesía. La burguesía triunfó sobre el feudalismo y también sobre el proletariado. Este último aún vivía en el período del auge del capitalismo; aún no había aprendido a actuar de forma independiente como clase; no tenía a su cabeza un liderazgo revolucionario consciente. Incluso la derrota de la Comuna de París de 1871 no es difícil de entender, ni nadie podría haber esperado que este primer y tenue amanecer de la revolución proletaria pudiera, dadas las circunstancias de tiempo y lugar, ver la plena luz del día. Incluso se puede ir más lejos en la historia, hasta el final de la guerra mundial. El proletariado alemán derrocó al káiser en 1918, pero no llegó al poder porque su dirección socialdemócrata, corrompida por la burguesía, corrió a la cabeza de la columna de obreros amotinados con el propósito de desviarlos hacia el camino de la democracia burguesa.

Pero en China teníamos un proletariado parcialmente armado. Incluso el campesinado estaba armado hasta cierto punto. Había un partido comunista en el campo y tenía todas las oportunidades para desarrollarse. El prestigio de la Unión Soviética era incalculable: todos los trabajadores chinos sabían que el bolchevismo había librado a Rusia de los imperialistas y de los banqueros y explotadores, todos los campesinos chinos sabían que los soviéticos habían dado la tierra al campesino ruso. El consejero político oficial del gobierno nacionalista era el comunista ruso Borodin, al igual que uno de sus principales directores militares era el comunista ruso Galen. En cada ocasión, los obreros y los campesinos mostraron su deseo de emular a los rusos: los primeros mediante sus luchas contra su propia burguesía, los segundos mediante sus constantes intentos de llevar a cabo los primeros pasos reales de la revolución agraria. En el propio partido comunista, había una fuerte corriente que favorecía romper con el dominio de la burguesía y su Kuomintang y tomar el camino de la acción de clase independiente. Sin embargo, con todas estas y otras condiciones favorables, el proletariado no solo no estuvo a punto de tomar el poder, sino que se convirtió en el último objeto aplastado bajo el talón de la contrarrevolución burguesa que sí tomó y mantuvo el poder.

¿Dónde radica la causa más activa de esta catástrofe verdaderamente monstruosa? No fueron tanto las dificultades objetivas las que se interpusieron en el camino. No fue la clásica interferencia de los agentes socialistas del capital en el movimiento obrero. *¡Al proletariado chino se le prohibió, por las políticas e instrucciones de la dirección de la Internacional Comunista (el centro organizador de la revolución mundial), cumplir el papel que le impuso la historia!* Ahí está la fuente que hay que buscar para explicar la amarga tragedia de la revolución china.

No se puede presentar una acusación mayor contra la facción de Stalin y Bujarin que esta: investidos en sus manos con toda la autoridad formal de la Unión Soviética, de la Internacional Comunista, con el destino de China, y se podría decir que de todo oriente, con la terrible responsabilidad de guiar un movimiento revolucionario de una magnitud sin precedentes, todo lo que hicieron fue traducir las teorías y prácticas del menchevismo al lenguaje de la política china, hacerlas pasar por bolchevismo y, en nombre de Lenin, seguir un curso contra el que Lenin había luchado durante toda su vida política.

Durante todo el periodo revolucionario, la dirección oficial de la Internacional Comunista apostó sus cartas por la burguesía nacional en lugar de por el obrero y el campesino, por Chiang Kai-shek y luego por Wang Chin Wei, pero no por el proletariado de Shanghái. Peor aún, a este último se le dijo sin rodeos que la burguesía nacional era la líder de la revolución, figurando como socio principal en el mal concebido “bloque de las cuatro clases”. El Partido Comunista de China fue conducido al Kuomintang burgués con

el látigo estalinista, y allí se vio obligado a jurar lealtad a la filosofía pequeñoburguesa del sunyatsenismo. La política de lucha de clases fue liquidada en interés del “frente nacional unido”. Las huelgas se prohibieron o se resolvieron mediante “comisiones de arbitraje” al mejor estilo colaboracionista de clase, ya que ¿cómo podría el obrero tener un conflicto de intereses con el empresario chino que era su líder en el “frente nacional unido” del Kuomintang? Para no irritar a la burguesía, Stalin envió telegramas al Partido Comunista de China, ordenándole que impidiera a los campesinos tomar las tierras. Bajo pena de ser denunciados como “trotskystas”, el equivalente entre los eclesiásticos estalinistas a la excomunión, se prohibió a los comunistas chinos formar sóviets, primero bajo el régimen de Chiang Kai-shek y más tarde bajo el gobierno de Wuhan porque, como se ve, este último ya era el centro revolucionario. Aunque se conocía el calibre del hombre (ya había intentado un golpe de estado reaccionario a principios de 1926), la prensa comunista internacional construyó un verdadero culto a Chiang Kai-shek. Qué condena más sorprendente del rumbo oficial se necesita que el hecho, característico de toda la política, de que en vísperas de la marcha de Chiang Kai-shek a Shanghái para establecer el régimen contrarrevolucionario y masacrar a los obreros militantes, el Partido Comunista Francés y su órgano central *L'Humanité* le enviaran un solemne mensaje de saludo, aclamando el establecimiento de la Comuna de Shanghái... Tales “errores” no son accidentales. Se derivan de todo el curso pasado. Por la política de Stalin y Bujarin, no solo los comunistas chinos, sino el movimiento revolucionario internacional, se vieron obligados a cometer el error de confundir a un Gallifet con un comunero, la contrarrevolución con la Comuna.

¡Cuántos años y cuánto han pagado el proletario chino y el campesino chino por este error de identidad!

Sin embargo, sería un equívoco creer que este error fue cometido por todo el movimiento comunista. No. La responsabilidad recae enteramente sobre las facciones de Stalin y Bujarin, y es doblemente grave porque el ala bolchevique del partido fue más sabia que ellos y no pisoteó las enseñanzas de Marx y Lenin, ni dio la espalda a las experiencias y tradiciones revolucionarias del pasado. Analizó correctamente lo que sucedía en el momento, utilizó el marxismo no para escupir, sino como un instrumento para analizar y prepararse para el futuro, advirtió contra las consecuencias de la política imperante y en cada etapa de la lucha avanzó en el rumbo esencialmente correcto. En cada detalle importante, fue tan correcto en su perspectiva como se ha justificado mil veces en retrospectiva.

Sin embargo, no hay justificación posible para la línea de la burocracia. Lo que las lecciones del pasado y los acontecimientos del momento podrían no haberles enseñado, los bolchevique-leninistas de Rusia se lo señalaron día tras día. Fueron recompensados por este trabajo con un cúmulo de abusos, con la distorsión y tergiversación deliberadas de sus opiniones, con el silenciamiento de sus discursos y la supresión de sus escritos y, cuando los hechos de la vida se acumularon en una montaña de pruebas de su corrección, fueron finalmente expulsados del partido, encarcelados, exiliados o desterrados de las fronteras de la Unión Soviética. Este último destino estaba reservado al mayor bolchevique vivo porque él, más que nadie, se negó a considerar a los gallifets de la revolución china como sus líderes, como sus comuneros.

Pero el método burocrático y de miras estrechas de resolver las disputas políticas y teóricas no resuelve más que una consolidación temporal del poder de los usurpadores. Marx y sus seguidores en el movimiento obrero pasaron años, décadas, estudiando cada

fase de la malograda Comuna de París. En la discusión de la Comuna y la derrotada revolución rusa de 1905, el bolchevismo se convirtió en la corriente dominante del movimiento y finalmente pudo llevar al proletariado al poder. En el mismo sentido, se puede decir hoy que, sin un estudio exhaustivo y completo y la asimilación de las lecciones de la revolución china, los regimientos bolcheviques del mañana no se reunirán ni experimentarán para estar a la altura de sus tareas. Porque las lecciones de la revolución china tienen una aplicación viva y oportuna a los problemas del movimiento revolucionario en todos los países del mundo. Se relacionan con las cuestiones fundamentales del marxismo.

Sin embargo, tal estudio está hoy prohibido en el movimiento comunista oficial. Esto hace que sea aún más imperativo que se lleve a cabo, ya que apenas se ha dado un verdadero comienzo. Con esto en mente, se han reunido y presentado a los lectores estadounidenses las siguientes contribuciones del camarada Trotsky. Con la excepción de unas pocas páginas, ninguna de ellas ha sido publicada todavía en inglés. Como ha sido desafortunadamente el caso con la mayoría de los escritos marxistas serios de los últimos tiempos, las obras presentadas aquí han tenido que ser enviadas en su mayor parte fuera de la Unión Soviética en secreto. Su distribución fue declarada ilegal por el régimen estalinista, e incluso cuando se presentaron por primera vez al partido ruso y a la Internacional Comunista, quienes las escucharon o leyeron se limitaron a unos pocos burócratas empedernidos a los que la lógica, los argumentos y los hechos no causaron impresión. En el punto álgido de los acontecimientos revolucionarios en China, se impidió a las masas de obreros comunistas escuchar el punto de vista de la Oposición de Izquierda.

Los burócratas estaban tan abrumados por el miedo a los argumentos de la Oposición que no solo impidieron la publicación de sus documentos, sino que incluso sus propios escritos y discursos, de los que los acontecimientos se burlaron tan rápidamente, tuvieron que mantenerse ocultos. Así, el discurso de Stalin en defensa de Chiang Kai-shek, pronunciado unos días antes del golpe de estado en Shanghái, nunca se ha hecho público. La octava sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, en la que el debate sobre la cuestión china ocupaba el punto principal del orden del día, se reunió en condiciones de censura total. Por primera vez en la historia de la Internacional Comunista, las actas de un pleno tan importante no se hicieron públicas, ni en su totalidad ni en parte, en la prensa del partido de ningún país. El mundo comunista solo supo de sus sesiones a través de la resolución oficial finalmente adoptada y de un escueto artículo en *Pravda*, reimpresso en la *International Press Correspondence*. La censura no fue, al parecer, completamente hermética. Algunos de los documentos de la oposición y uno o dos discursos llegaron a Alemania poco después del plenario, y se publicaron en forma de panfletos, primero por los opositores de izquierda alemanes y más tarde por los franceses. Solo con el propósito de contrarrestar el efecto de estos documentos, la editorial oficial del Komintern finalmente imprimió, *un año después del plenario*, un corto folleto que contenía los discursos pronunciados por Bujarin, Stalin, Manuilsky, Smeral, Pepper, Ferdi, Petrov y varios otros hombres del aparato, además de uno de los discursos de Trotsky y uno de Vuyovich. Aparte de esto, y de algún que otro folleto de Tang Ping Shan (el portavoz oficial de Stalin y Bujarin en China que más tarde renegó del comunismo), de Heller y de algunos otros, las contribuciones literarias de la Internacional Comunista sobre los problemas de la revolución china, en lenguas modernas no rusas, se limitan a despachos periodísticos desde China que se distinguieron en todos

los casos por el hecho de que una semana después los acontecimientos les despojaron de toda pretensión de verdad o importancia analítica. En inglés, la literatura oficial es más limitada y más inútil: un panfleto de Earl Browder, otro de R. Doonping; la bondad y la misericordia dictan que no se diga nada más sobre ellos.

Estos hechos, así como el valor intrínseco del material presentado en este libro, hacen que su estudio sea uno de los principales deberes del obrero revolucionario de hoy. El hecho de que trate en gran medida “del pasado” no le quita ni un ápice de su valor. El presente no puede entenderse a menos que se entienda el pasado en el que está arraigado. El oportunismo criminal de ayer está siendo pagado por el aventurerismo despreocupado del Komintern en la China de hoy. La idea de los sóviets como instrumentos de la insurrección proletaria y, más tarde, de la dictadura, está siendo utilizada de forma abusiva por el estalinismo actual, en el periodo de la contrarrevolución, como lo fue en 1927, en el periodo del ascenso revolucionario. Ayer, el régimen burgués de Wuhan se hizo pasar por un sustituto del armamento independiente de los obreros y campesinos y de la formación de sus sóviets. Hoy, las luchas de bandas campesinas aisladas y desesperadas, despertadas por el eco tardío en el pueblo de los enfrentamientos revolucionarios de hace cuatro años, y condenadas a la degeneración sin el liderazgo de un movimiento fuerte, bien organizado y completamente restaurado de revolucionarios proletarios en las ciudades, son esta vez presentadas por los estalinistas como el régimen soviético. Y, sobre todo, la fórmula “suprahistórica” de la “dictadura democrática del proletariado y el campesinado” sigue enfrentándose a la concepción marxista de la revolución permanente para garantizar de antemano que la próxima revolución china será estrangulada de forma tan fatal como la anterior.

Quedan otros tres puntos que requieren un comentario antes de que concluyan estas observaciones.

Entre las concepciones, o más bien las concepciones erróneas, relativas al punto de vista de la Oposición en la cuestión china, en contraste con el defendido por los portavoces oficiales, está que las divergencias se limitaron a una cuestión que ahora está “superada”: el establecimiento de los sóviets en el período de 1927. Sería más exacto decir que las diferencias del núcleo de la Oposición con el punto de vista estalinista se referían y se refieren a todas las cuestiones fundamentales de la revolución china en *todas* sus fases y en *cada* etapa. Incluso en las filas de la Oposición, particularmente entre los ultraizquierdistas, tomó forma la idea de que la lucha de la Oposición se limitaba a puntos de vista que excluían cualquier desarrollo “democrático” para China, o la necesidad imperiosa de promover en China las consignas más resueltas y extremas de la democracia. Especialmente en la etapa actual de la contrarrevolución, la necesidad de presentar las consignas de la democracia en China se vuelve inaplazable. Los comunistas conducirán a las masas de obreros y campesinos por el camino socialista mediante demostraciones en la vida que solo la dictadura del proletariado puede resolver para el pueblo todas las tareas democráticas que están en el orden del día para China. En este sentido, no hay conflicto entre el énfasis puesto por la Oposición en 1925-1927 y el énfasis que pone en las consignas necesarias para hoy. El conflicto surge realmente en las filas del estalinismo que, al tiempo que plantea la perspectiva de la “dictadura democrática”, ¡rechaza categóricamente el avance de las consignas democráticas más necesarias.

Además, en relación con la cuestión de la “dictadura democrática”, puede percibirse un aparente conflicto en los documentos que componen este libro. En los últimos artículos, el camarada Trotsky contrapone la revolución permanente a la dictadura

democrática del proletariado y el campesinado, mientras que los primeros artículos no establecen tal contraste; de hecho, la *Plataforma de la Oposición* de 1927 habla de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado¹. El conflicto es más aparente que real y se deriva de dos fuentes. La primera es que en el bloque establecido en 1926 entre las oposiciones “Trotsky” y “Zinóviev” (la Oposición de Moscú de 1923 y la Oposición de Leningrado de 1925), la primera hizo concesiones formales de este tipo a los centristas de izquierda de Leningrado con el fin de mantener el bloque contra la política menchevique de Stalin y Bujarin. La segunda es que en 1925-1927, la consigna de la “dictadura democrática”, tomada literal y puramente formalmente de los escritos de Lenin anteriores a 1917, aún no había sido tan claramente llenada con el contenido reaccionario que los epígonos le vertieron. La Oposición, como se desprende claramente incluso de los primeros artículos del camarada Trotsky, interpretó la consigna en el mismo sentido en que la interpretó Lenin en 1917 y después, es decir, que la “dictadura democrática” se realizó en el “período democrático” (los primeros seis meses) de la revolución de octubre, pero bajo la dictadura del proletariado. Mucho antes de la revolución, Lenin había escrito que la consigna tenía un pasado y un futuro. Para China, los epígonos, mirando hacia atrás solo al pasado, e incluso allí con una visión distorsionada, llenaron la consigna de un contenido reaccionario, que todavía buscan aplicar no solo a la “China atrasada”, sino a aproximadamente cuatro quintas partes de todo el mundo... incluida la España moderna. Una de las mayores contribuciones al movimiento realizadas por la Oposición, y en primer lugar, por el camarada Trotsky, es el establecimiento del antiguo lema leninista en su perspectiva histórica adecuada, el examen franco (y no servil) del valor del lema a la luz de las experiencias revolucionarias, y la restauración en el lugar que le corresponde de la concepción marxiana de la revolución permanente, expresado por Lenin para Oriente en particular, en aquellas secciones de las tesis del Segundo Congreso de la Internacional Comunista que hablan de la vía no capitalista de desarrollo de los países atrasados coloniales y semicoloniales².

Un tercer punto que puede interesar a los lectores, o suscitar cierta confusión, es otra aparente contradicción en el punto de vista de la Oposición. Solo en los documentos posteriores el camarada Trotsky habla de que la Oposición se opone a la integración del partido proletario, el Partido Comunista de China, en el partido de la burguesía, el Kuomintang. Cualquier malentendido que pueda surgir se eliminará reproduciendo parte de una carta escrita por el camarada Trotsky al que suscribe el 10 de diciembre de 1930, que me tomo la libertad de citar.

“Ustedes tienen razón cuando afirman que en la primera mitad de 1927 la Oposición todavía no había exigido abiertamente la ruptura con el Kuomintang. Sin embargo, creo haber comentado ya públicamente este hecho en alguna parte. Personalmente, desde el principio, es decir, desde 1923 me opuse resueltamente a que el partido comunista ingresara al Kuomintang, y asimismo a que se permitiera el ingreso del Kuomintang a la “Kuomintern”. Rádek siempre tomó partido por Zinóviev en mi contra. Los militantes más jóvenes de la Oposición de 1923 me apoyaron casi como por unanimidad. Rakovsky estaba en París y carecía de información suficiente. Hasta 1926 siempre voté contra todos los demás miembros del buró político en esta cuestión. En 1925

¹ Ver *Plataforma de la Oposición Conjunta*, en estas mismas [OELT-EIS](#), páginas 54 y 56 del formato pdf.

² Ver *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones*, en nuestra serie [Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales](#) , página 82 y siguientes del formato pdf en su 2ª edición.

presenté las tesis sobre el Ferrocarril Oriental de China, de las que ya hablé en la prensa de la Oposición y, al mismo tiempo, propuse formalmente que el partido comunista saliera inmediatamente del Kuomintang. La votación en contra fue unánime y este asunto dio lugar posteriormente a muchas provocaciones. Durante 1926 y 1927 choqué constantemente con los zinovievistas en torno a este problema. En dos o tres ocasiones llegamos al borde de la ruptura. Un número aproximadamente igual de miembros de cada una de las dos tendencias aliadas integraba nuestro centro, porque, después de todo, sólo éramos un bloque. Cuando se llevó el asunto a votación, la posición de la Oposición de 1923, fue traicionada por Rádek que abandonó sus principios, y por Piatakov, que nunca los tuvo. Nuestra fracción estaba indignada y exigió la separación de Rádek y Piatakov del centro. Pero, dado que ello provocaría la ruptura con los zinovievistas, se resolvió que yo cediera públicamente e hiciera conocer mi posición por escrito al resto de la Oposición. Y así fue cómo hicimos nuestro planteamiento tan tarde, a pesar de que en el buró político y en el plenario del comité central mi posición siempre era distinta de la posición oficial de la Oposición. Ahora puedo decir con certeza que cometí un error al ceder formalmente en esta cuestión. En todo caso, el error resultó evidente con la evolución posterior de los zinovievistas. En esa época, la abrumadora mayoría de la fracción consideraba que una ruptura con ellos resultaría fatal. Por eso, el manifiesto (sobre China de la Oposición de Izquierda Internacional) no falsea los hechos al afirmar que la Oposición rusa, la auténtica, se opuso al ingreso del partido comunista al Kuomintang. De los miles de presos, exiliados, etcétera, muy pocos apoyaron a Rádek en esta cuestión. Ya aclaré en muchas cartas que la gran mayoría de los capituladores no tuvieron una posición segura y firme respecto de las cuestiones china y anglo-rusa.”³ [“¡Eso es muy característico!”]

Los documentos que siguen están ordenados más o menos en orden cronológico. En conjunto, presentan una imagen bastante completa del curso de la revolución china y la lucha por el bolchevismo que la Oposición llevó a cabo en todos los períodos de su desarrollo, hasta el día de hoy. El lector puede juzgar por sí mismo con qué brillantez demuestran la indispensabilidad del marxismo, que sirve al revolucionario para prever el día venidero y prepararse para él. [...]

En conclusión, el autor desea expresar su gratitud, y el agradecimiento de los editores, a sus camaradas, Sam Gordon y Morris Lewit, que prestaron una ayuda tan indispensable en la comprobación final de las traducciones.

Max Shachtman
Nueva York, 7 de agosto de 1931

³ “La historia de la Oposición en relación con el Kuomintang”, en *Escritos*, Tomo II, Volumen 1, páginas 119-121 del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

La revolución china y las tesis del camarada Stalin

Las tesis del camarada Stalin tituladas “Problemas de la revolución china” se han publicado en *Pravda* el 21 de abril de 1927, algunos días después de la clausura del Pleno del CC, pleno al que no fueron presentadas y que no las examinó (aunque todos los miembros del Pleno estuvieran presentes en Moscú⁴).

Pero esas tesis son erróneas hasta tal punto, invierten de tal manera todas las cosas, están tan penetradas del espíritu del “seguidismo”, hacen correr de tal forma el peligro de perpetuar los errores cometidos, que sería un crimen permanecer en silencio durante más tiempo.

Es necesario sacar las lecciones de los acontecimientos de China

1.- Al prohibir el examen público de los problemas teóricos y tácticas de la revolución china se ha invocado en los últimos tiempos el motivo de que eso sería hacerle el juego a los enemigos de la URSS. Se da por sentado que sería absolutamente inadmisibles hacer publicidad de hechos de los que se pudiesen aprovechar nuestros enemigos, que no dudan, por otra parte, en inventar toda suerte de “hechos” y “documentos”. Pero no hay ninguna necesidad de una discusión de ese tipo. Se trata solamente de definir las fuerzas motrices de la revolución china y de apreciar las grandes líneas de su dirección política. Con otras palabras, se trata de examinar esas mismas cuestiones a las que están consagradas las tesis del camarada Stalin. Si esas tesis han tenido publicidad ¿por qué no se podría publicar la crítica de ellas?

Afirmar que el examen de los problemas de la revolución china podría perjudicar a nuestros intereses gubernamentales es un error inaudito. Si fuera así, no solamente el PC de la URSS sino todos los partidos de la Internacional Comunista, y entre ellos el partido chino, deberían abstenerse de este examen. Sin embargo, el interés de la revolución china, igual que la educación de todos los partidos comunistas del mundo, exigen la discusión pública, decidida y completa, de todos los problemas de esta revolución, y principalmente de los puntos litigiosos. Es falso que el interés de la Internacional Comunista esté en contra del interés gubernamental de la URSS. El rechazo a examinar los errores no está dictado por el interés del estado obrero sino por una forma burocrática de ver la revolución china y el interés de la URSS.

2.- La derrota sufrida por la revolución china en abril no es solamente el fracaso de una táctica oportunista, también es al fracaso de métodos burocráticos de dirección, métodos que colocan al partido ante cada decisión como ante un hecho cumplido. La decisión queda declarada fuera de crítica hasta que los hechos hayan puesto de manifiesto

⁴ Las tesis del camarada Stalin se publican en nombre del CC. Ello no cambia en nada el hecho que no hayan sido examinadas por el Plenario. El BP encargó a tres de sus miembros (los camaradas Stalin, Bujarin y Molotov) que las estudiaran y, en caso de acuerdo, las publicasen en nombre del CC. Evidentemente no se trata aquí del aspecto formal, que nadie discute. Pero está claro que una manera tan “simplificada” de decidir sobre problemas de una importancia mundial, tras los errores cometidos y los duros fracasos sufridos, no responde en absoluto al interés del partido y de la revolución china.

su inconsistencia; tras lo cual, no menos automáticamente, es decir sin el reconocimiento del partido, queda reemplazada por una nueva decisión, a menudo aún más errónea, como las presentes tesis de Stalin. Este método, que es incompatible con todo desarrollo de un partido revolucionario, deviene un obstáculo particularmente amenazador para los partidos jóvenes que pueden y deben extraer por sí mismo una enseñanza en la experiencia de los errores y fracasos.

El yugo del imperialismo y la lucha de clases

3.- La originalidad de la revolución china, comparada por ejemplo con nuestra revolución de 1905, consiste ante todo en el carácter semicolonial de China. Una política que ignore la potente presión ejercida por el imperialismo sobre la vida interna de China sería radicalmente falsa. Pero no menos falsa sería una política que partiese de una concepción abstracta de la opresión nacional, sin conocer su reflejo en las diversas clases. La fuente esencial de los errores contenidos en las tesis de Stalin, como de toda la táctica seguida hasta aquí en general, consiste en una falsa comprensión del papel del imperialismo y de su influencia en las relaciones sociales en China.

El yugo del imperialismo debe servir de justificación a la política del “Bloque de las Cuatro Clases”. El yugo del imperialismo se ha dicho que tiene como resultado que “todas [¡!] las clases de China reconozcan igualmente [¡!] al gobierno de Cantón como al gobierno nacional de toda China.” (Discurso de Kalinin, *Izvestia* 6 de marzo). Ahí está, en el fono, la posición de Dai-Tchi-Tao, de la derecha del KMT, que pretende que a causa de la opresión imperialista las leyes de la lucha de clases no existen en China.

China es un país oprimido, simicolonial. El desarrollo de las fuerzas productivas de China, al efectuarse bajo la forma capitalista, exige el derrocamiento del yugo imperialista. La guerra de independencia nacional es, en China, una guerra progresiva, porque se desgaja de las exigencias del progreso económico y moral del país y, al mismo tiempo, porque facilita el desarrollo de la revolución proletaria inglesa y universal.

Pero ello no significa que el yugo imperialista sea un yugo mecánico, que pese “igualmente” desde el exterior sobre “todas” las clases de China., El enorme papel que ejerce el capital extranjero en la vida de ese país es causa de que categorías muy importantes de la burguesía, de la burocracia y de la casta militar, hayan unido sus destinos al del imperialismo. Sin eso no se podría comprender el papel colosal de los militaristas en la China moderna.

También sería una gran ingenuidad creer que entre la burguesía de los “compradores” en China, es decir de los agentes económicos y políticos del capital extranjero, y la burguesía nacional, exista un abismo. Por el contrario, esas dos categorías están incomparablemente más cercanas una a la otra que la burguesía, las masas obreras y campesinas. La burguesía ha participado en la guerra nacional como un freno interior, lanzando siempre una mirada hostil sobre los obreros y campesinos, presta continuamente a establecer un compromiso con el imperialismo.

La burguesía nacional, instalada en el KMT y en su dirección, ha sido en el fondo un instrumento de los compradores y de los imperialistas. No puede mantenerse en el campo de la guerra nacional más que a causa de la debilidad del movimiento obrero y campesino, a causa del poco desarrollo de la lucha de clases, de la falta de importancia del partido comunista chino y de la docilidad del KMT en manos de la burguesía.

Pensar que el imperialismo crea mecánicamente desde el exterior una cohesión entre todas las clases de China es un grosero error. Esa es la posición del cadete chino Dai-Chi-tao, y en absoluto la nuestra. La lucha revolucionaria contra el imperialismo, lejos de debilitar la diferenciación política entre las clases la refuerza. El imperialismo es en China, en todas las relaciones internas, una fuerza de primer orden. La fuente de esta fuerza no se halla en los navíos de guerra del Yangtsé (no son más que medios auxiliares),

sino en la ligazón política y económica indígena. La lucha contra el imperialismo, precisamente a causa de la potencia económica y militar de éste, exige de parte del pueblo chino, en toda su masa, un esfuerzo colosal. Para alzar verdaderamente contra el imperialismo a los obreros y campesinos es necesario ligar sus intereses vitales más esenciales y más profundos con la causa de la liberación nacional. Una huelga, pequeña o grande, un motín campesino, una insurrección del pueblo oprimido en las aldeas y el campo contra los usureros, contra la burocracia, contra los sátrapas locales, en una palabra, todo aquello que despierta a la masa, la agrupa, educa y temple, es un progreso real en la vía de la emancipación revolucionaria y social del pueblo chino. Ante la falta de ello, los éxitos militares y los fracasos de los generales de derecha, de semiderecha o de semiizquierda, se mantendrán en la espuma de la superficie del Océano. Pero todo aquello que rebele a la masa oprimida y aplastada de los trabajadores, empuja fatalmente a la burguesía nacional a la alianza declarada con el imperialismo. La lucha de clases entre la burguesía y las masas obreras y campesinas, lejos de resultar debilitada por la opresión imperialista resulta, por el contrario, exasperada en cada conflicto serio, hasta mutar en guerra civil sangrienta. La burguesía china siempre tiene tras de sí una retaguardia sólida en la persona del imperialismo, siempre dispuesto a ayudarla contra los obreros y campesinos chinos con su dinero, sus mercancías y sus obuses.

Para pensar que se puede llegar a la emancipación nacional de China calmando la lucha de clases, frenando las huelgas, los movimientos campesinos, renunciando al armamento de las masas, hay que ser miserables filisteos o sicofantes que esperan en su corazón obtener la libertad de China como una limosna del imperialismo en recompensa por la buena conducta del pueblo chino. Cuando el camarada Martinov propone sustituir las huelgas y la lucha campesina por el arbitraje gubernamental no se distingue en nada de Dai. Chi-tao, el inspirador filosófico de la política de Chiang Kai-shek.

¿Revolución democrática o revolución socialista?

4.- Se le atribuye a la oposición la insensata afirmación que China estaría hoy en día en vísperas de una dictadura socialista del proletariado. En esta “crítica” no hay nada de original. En vísperas de 1905, y más tarde, los mencheviques ya proclamaron en numerosas ocasiones que la táctica de Lenin sería legítima si Rusia estuviera directamente en vísperas de una revolución socialista. Lenin les explicaba que su táctica era el único medio para llegar a la victoria radical de la revolución democrática que, bajo circunstancias favorables, se transformaría, poco a poco, en revolución socialista.

La cuestión del desarrollo “no capitalista” de China ha sido planteada indirectamente por Lenin. Para él, como para nosotros, era una verdad elemental que la revolución china, abandonada a sus propias fuerzas, es decir *sin la ayuda del proletariado victorioso de la URSS y de la clase obrera de todos los países de vanguardia*, sólo podía terminar en la conquista de más amplias posibilidades de evolución capitalista con condiciones más ventajosas para el movimiento obrero.

5.- No es menos falso que los interrogantes ¿el proletariado chino necesita un partido de clase propio? ¿ese partido necesita hacer bloque con el KMT o subordinarse? ¿son necesarios sóviets? etc., deben ser resueltos de forma diferente según la idea que nos hagamos de la marcha y velocidad de las etapas *siguientes* de la revolución china. Es muy probable que China tenga que atravesar una fase relativamente prolongada de parlamentarismo, comenzando con una asamblea constituyente. Esta última reivindicación está inscrita en la bandera del partido comunista. Si la revolución democrática burguesa no se transforma próximamente en revolución socialista, los sóviets de diputados obreros y campesinos cederán muy probablemente el lugar en un momento determinado a un régimen burgués que, a su vez, en un nuevo estadio y en

relación con los progresos de la revolución mundial, cederá el lugar a la dictadura del proletariado.

6.- Pero, en primer lugar, la fatalidad de la evolución capitalista está lejos de estar demostrada; además, el argumento que para nosotros en estos momentos es mucho más actual, los objetivos burgueses pueden ser resueltos de muchas formas. La fórmula de una Asamblea Constituyente sólo es una abstracción vacía de sentido y a menudo charlatanesca, si no se dice quién la convocará y sobre qué programa. Mañana mismo Chiang Kai-shek puede lanzar la consigna de Asamblea Constituyente contra nosotros, como ahora ha lanzado su “programa obrero y campesino”. De ninguna manera queremos una Asamblea Constituyente convocada por Chiang Kai-shek sino por un Comité Ejecutivo de los Soviets Obreros y Campesinos. He ahí la única vía seria y segura.

7.- Por parte de Bujarin es una tentativa muy inconsistente justificar la táctica oportunista de conciliación invocando el papel, que se pretende dominante en la economía china, de las “supervivencias feudales”. Si incluso esta apreciación de la economía china estuviese basada en un análisis económico, y no en las definiciones escolásticas, las “supervivencias feudales” no justificarían en absoluto la política que ha facilitado tan claramente el golpe de estado de abril.

La revolución china tiene un carácter nacional burgués, sobre todo porque el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo ha tropezado con la dependencia aduanera de China en relación con los países imperialistas.

Los obstáculos que se le ponen al progreso de la industria china y del mercado interior entrañan la conservación o el renacimiento de formas económicas más retardatarias en la agricultura, de las formas de explotación más parasitarias, de las formas de opresión y de violencia más bárbaras, una superpoblación creciente, así como la persistencia de la agravación del pauperismo y de toda suerte de sometimiento.

Sea cual sea la importancia relativa de los elementos específicamente “feudales”, no pueden ser destruidos más que por la vía revolucionaria, en consecuencia, mediante la lucha contra la burguesía y no en alianza con ella.

Cuanto más grande y complicada es la complejidad de las relaciones feudales y capitalistas, menos se puede resolver la revolución agraria mediante una legislación desde arriba y más indispensable es la iniciativa revolucionaria de las masas campesinas, en estrecha unión con los obreros y la población pobre de las ciudades, más falsa es la política que se agarra convulsivamente a la alianza con los burgueses y que le da a esta alianza su acción en las masas. La política del “bloque de las cuatro clases” no solamente ha preparado el bloque de la burguesía con el imperialismo, también ha entrañado la conservación de todas las supervivencias de barbarie en la administración y en la economía.

Invocar en particular contra los sóviets el carácter burgués de la revolución china es, pura y simplemente, renegar de las lecciones de nuestras revoluciones burguesas de 1905 y 1917. El objetivo esencial e inmediato de esas revoluciones era la abolición del régimen autocrático y feudal. Este objetivo, lejos de excluirlo, reclamó el armamento de los obreros y la formación de sóviets.

He ahí en qué términos trataba este tema Lenin tras la revolución de febrero:

“¡No, si se ha de luchar realmente contra la monarquía zarista, se ha de garantizar la libertad en los hechos, y no sólo de palabra, no sólo con las promesas versátiles de Miliukov y Kerensky; *no son* los obreros quienes deben apoyar al nuevo gobierno, sino es el gobierno quien de “apoyar” a los obreros! Porque la única *garantía* de libertad y de destrucción completa del zarismo reside en *armar al proletariado*, en consolidar, extender, desarrollar el papel, la importancia y la fuerza del soviets de diputados obreros.

Todo lo demás es pura fraseología y mentiras, vanas ilusiones por parte de los politiqueros del campo liberal y radical, maquinaciones fraudulentas. Ayuden a armarse a los obreros, o al menos no estorben esta tarea, y la libertad será invencible en Rusia, la monarquía no podrá ser restaurada y la República se verá asegurada.

De lo contrario, los Guchkov y los Miliukov restaurarán la monarquía y no otorgarán *ninguna*, absolutamente ninguna de las “libertades” por ellos prometidas. Todos los políticos burgueses en todas las revoluciones burguesas han “alimentado” a los pueblos y engañado a los obreros con promesas.

La nuestra es una revolución burguesa, *por consiguiente*, los obreros deben apoyar a la burguesía, dicen los Potréssov, los Gvózdiev y los Chjeídze, como ya lo dijera Plejánov.

La nuestra es una revolución burguesa, decimos nosotros, los marxistas, *por consiguiente* los obreros deben abrir los ojos al pueblo para que vea el engaño de los politicastros burgueses, enseñarle a no creer en las palabras, a confiar únicamente en *sus propias* fuerzas, en *su propia* organización, en *su propia* unión, en *sus propias armas*.⁵

El revolucionario chino que, alejando de su cabeza las resoluciones y comentarios demasiado hábiles sobre el bloque de las cuatro clases, penetre en el sentido de estas simples palabras de Lenin, estará seguro de no equivocarse y llegará al objetivo.

La escuela de Martinov en la cuestión china

8.- La dirección oficial de la revolución china siempre se ha orientado en base al “frente único nacional” o “el bloque de las cuatro clases” (informes de Bujarin, artículo central de *La Internacional Comunista* nº 2, discurso no publicado de Stalin a los militantes activos de Moscú del 5 de abril de 1927, artículo de Martinov en *Pravda* del 10 de abril, editorial de *Pravda* del 16 de marzo, discurso de Kalinin en *Izvestia* del 6 de marzo, discurso de Rondzutak en *Pravda* del 9 de marzo, etc. Etc.). Las cosas han ido tan lejos en esta vía que en las mismas vísperas del golpe de estado de Chiang Kai-shek *Pravda* proclamaba, contra la Oposición, que China revolucionaria era gobernada no por un poder burgués sino por un “gobierno del bloque de las cuatro clases”. La filosofía de Martinov, que tiene el triste coraje de llevar todos los errores de Stalin y Bujarin en materia de política china hasta su desarrollo último lógico, no encuentra en ello ni una sombra de objeción. Y sin embargo, vuelve a pisotear los principios fundamentales del marxismo. Reproduce los rasgos más groseros del menchevismo ruso e internacional aplicado a la revolución china. Dan, el líder de los mencheviques, escribe en el último número del *Mensajero Socialista*:

“En principio los bolcheviques también estaban a favor de la conservación del “frente único” en la revolución china hasta el cumplimiento del objetivo de la liberación nacional. El 10 de abril, en *Pravda*, Martinov probaba muy sabiamente, y a pesar de las obligadas injurias contra la socialdemocracia, según el buen método menchevique, contra el opositor de izquierda Rádek, la justeza de la posición *oficial*, insistiendo en la conservación del “bloque de las cuatro clases” y pidiendo que nadie se apresure a derrocar a un gobierno de coalición en el que los obreros se sientan al lado de la gran burguesía, y que no se le imponga prematuramente a dicho gobierno objetivos socialistas”. (número 8, 23 de abril de 1927, página 4)

Todo el mundo que conozca la historia de la lucha del bolchevismo contra el menchevismo, y en particular en la cuestión de la burguesía liberal, está obligado a reconocer que la aprobación que hace Dan de los “sabios principios” de la escuela de Martinov no es accidental, sino que, por el contrario, es perfectamente lógica. Lo

⁵ V. I. Lenin, “Cartas desde lejos. Primera carta”, en *Obras Completas*, Tomo XXIV, Akal Editor, Madrid, 1977, páginas 343-344 NdT.

antinatural solamente es que esta escuela levante la voz impunemente desde las filas de la Internacional Comunista.

La vieja táctica menchevique de 1905-1917, tirada abajo por el curso de los acontecimientos, hoy en día la transporta a China la escuela de Martinov, igual que el comercio capitalista cuela en las colonias sus mercancías de mala calidad que no encuentran compradores en las metrópolis. La mercancía incluso ni se refresca. Los argumentos son los mismos, letra a letra, que los de hace ahora veinte años. Solamente que allí donde había *autocracia* se escribe ahora *imperialismo*. Evidentemente el imperialismo británico se distingue de la autocracia, pero los razonamientos mencheviques que se refieren a él no se distinguen en nada de aquellos que se referían a la autocracia. La lucha contra el imperialismo extranjero, como la lucha contra la autocracia, es una lucha de clases. No se puede extraer de la idea del frente único nacional: los sangrientos acontecimientos de abril, consecuencia directa de la política del bloque de las cuatro clases, son un elocuente testimonio.

Cómo se ha puesto en práctica la línea

9.- Sobre el período transcurrido, finalizado con el golpe de estado de abril, las tesis de Stalin dicen:

“La línea adoptada era la única línea justa”

¿Para qué ha servido en la práctica? Tam-Pin-san, el ministro comunista de agricultura, da una respuesta elocuente en su informe al 7º Pleno del CE de la IC de diciembre de 1926⁶.

“Después de la instalación en julio pasado del gobierno nacional de Cantón, que es nominalmente el gobierno del ala izquierda, *el poder está prácticamente en las manos de la derecha...* El movimiento de los obreros y de los campesinos no puede alcanzar toda su envergadura a consecuencia de toda suerte de obstáculos. Tras el asunto de marzo, se ha establecido una *dictadura militar del Centro* [es decir de Chiang Kai-shek], manteniéndose el poder político en manos de la derecha. Toda autoridad que [ilegible en la reproducción] debería haber pertenecido a la izquierda está perdida definitivamente.”

Así, la izquierda “debería” detentar el poder, pero lo ha perdido definitivamente; el poder pertenece a la derecha; la autoridad militar, con mucho la más potente, está completamente en manos de Chiang Kai-shek y del “centro” que ha devenido, en efecto, el centro del complot. Bajo esas condiciones no es difícil comprender por qué “el movimiento de los obreros y campesinos” no se ha podido desarrollar como era necesario.

Tam-Pin-San aún define mejor los resultados prácticos de la “única línea justa”:

“... *Prácticamente hemos sacrificado los intereses de los obreros y campesinos...* Tras largas conversaciones con nosotros, el gobierno no ha promulgado incluso ni la ley sobre los sindicatos... El gobierno no ha aceptado las reivindicaciones campesinas que le presentamos en nombre de diversas organizaciones públicas. En los conflictos que estallan entre los terratenientes y campesinos pobres, el gobierno siempre toma partido a favor de los primeros.”

¿Cómo ha podido suceder esto? Tam-Pin-san indica prudentemente los motivos:

“a) “los líderes de izquierda no son capaces de consolidar y ampliar su influencia por medio del poder político...”

⁶ Impreso en folleto con prefacio de Raskolnikov bajo el título: *Vías de desarrollo de la revolución china*. Hace una exposición concienzuda y, en consecuencia, abrumadora. Las conclusiones del autor son escurridizas y contradictorias, reflejando, por una parte, la presión de la lucha de clases en China y, por otra parte, “la única línea justa”, en aplastante contradicción con los hechos. El prefacio es destacable únicamente por su incomprensión total de lo que ha sido, es y será.

b) el ala derecha “en parte *a causa de nuestra táctica errónea*, tiene todas las posibilidades de acción.”

10.- Tal es la situación política que ha recibido el pomposo nombre de “bloque de las cuatro clases”. De bloques de ese género está llena no solamente la historia revolucionaria sino también la historia parlamentaria de los países burgueses: la gran burguesía arrastra a remolque a los demócratas pequeño burgueses, a los parafraseadores del frente único nacional, y estos últimos, volteándoles la cabeza, infeudan a los obreros a la burguesía. Cuando la “cola” proletaria, a pesar de los esfuerzos de los parafraseadores pequeño burgueses, comienza a agitarse demasiado violentamente, la burguesía ordena a sus generales que la golpee. Entonces, los oportunistas constatan, con una apariencia de profundidad, que la burguesía “ha traicionado” la causa nacional.

11.- ¿Pero la burguesía china no ha combatido “sin embargo” al imperialismo? Este argumento también es otro lugar común sin substancia. En casos análogos, los oportunistas de todos los países siempre han asegurado a los obreros que la burguesía liberal combate a la reacción. La burguesía china se ha aprovechado de la ayuda de la democracia pequeño burguesa únicamente para establecer con el imperialismo una alianza contra los obreros. La campaña contra el norte solamente ha servido para hacer más fuerte a la burguesía y a los obreros más débiles. La táctica que ha preparado semejante resultado es una táctica falsa. “Prácticamente hemos sacrificado los intereses de los obreros y campesinos”, dice Tam-Pin-san. ¿Por qué? Por apoyar al bloque de las cuatro clases. ¿Resultado? Un gran éxito de la contrarrevolución burguesa, la consolidación del imperialismo quebrantado y el debilitamiento de la URSS. Esta política es criminal. Es imposible dar un paso adelante sin condenarla implacablemente antes.

Las tesis justifican la “línea” que nada puede justificar

12.- Las tesis intentan todavía hoy en día justificar la política que ha ligado al partido del proletariado a la gran burguesía en el interior de una única y misma organización, el KMT, dejando toda la dirección a la burguesía. Las tesis dicen: “era una línea... tendente a utilizar a la derecha, a sus relaciones y experiencia, aunque se someta [¡!] a la disciplina del KMT.” Ahora sabemos cómo la burguesía se ha sometido “a la disciplina” y cómo el proletariado ha utilizado a la derecha, es decir a los gran y medianos burgueses, a sus relaciones (con los imperialistas) y a su experiencia (en el estrangulamiento de los obreros). Esta “utilización” está escrita con letras de sangre en el libro de la revolución china. Pero ello no le impide a las tesis afirmar: “Los acontecimientos que han venido después han confirmado enteramente la justeza de esta línea.” No se puede llegar más lejos. De un inmenso golpe de estado contrarrevolucionario, las tesis de Stalin sacan la conclusión, verdaderamente patética, que la política de “aislamiento de la derecha” en el interior del KMT unificado debe ser “reemplazada” por una política de “lucha declarada” contra la derecha. Todo ello después de que los “camaradas” de la derecha del partido hayan hecho hablar a las ametralladoras.

13.- Es cierto que las tesis invocan anteriores “predicciones” sobre la desafección fatal de la burguesía. Pero ¿semejantes predicciones son suficientes para hacer una política bolchevique? Predecir que la burguesía se desviará de la revolución es pronunciar un lugar común, al menos que se extraigan de ello conclusiones políticas determinadas. En el artículo ya citado que aprueba la línea oficiosa de Martinov, Dan escribe: “En un movimiento que abraza a clases antagónicas, *el frente único no puede ser, naturalmente, eterno*”, (*Mensajero Socialista*, 28 de abril de 1927, página 3). Dan admite pues “la desafección fatal de la burguesía”. En la práctica, la política del menchevismo en la revolución consiste en conservar el frente único a cualquier precio, tanto tiempo como sea posible, a riesgo de adaptar su política a la de la burguesía, a riesgo de rebajar las consignas y actividad de las masas e, incluso y como en China, a riesgo de someter

orgánicamente al partido obrero al aparato político de la burguesía. El método bolchevique, por el contrario, consiste en desolidarizarse absolutamente, tanto en política como en la organización, de la burguesía, en desenmascarar implacablemente a esta última desde los primeros pasos de la revolución, en destruir todas las ilusiones pequeño burguesas sobre la unidad del frente con la burguesía, en combatir sin descanso para quitarle a la burguesía la dirección de las masas, para expulsar del partido comunista sin piedad a todos los que siembren esperanzas en la burguesía o que la idealicen.

Dos vías de desarrollo y los errores del pasado

14.- Las tesis del camarada Stalin tienden, ciertamente, a oponer entre sí dos vías de desarrollo de la revolución china: una bajo la dirección de la burguesía, aplastando al proletariado y estableciendo necesariamente alianza con el imperialismo extranjero, otra bajo la dirección del proletariado contra la burguesía.

Pero para que esta segunda perspectiva de revolución democrática burguesa no quede en un vano nombre es preciso decir francamente que toda la dirección de la revolución china ha estado hasta aquí en completa contradicción con ella. La oposición ha sido, y es, blanco de encarnizadas críticas precisamente porque desde el principio ha defendido el punto de vista de Lenin, es decir la lucha del proletariado contra la burguesía para ganar la dirección de las masas oprimidas de las ciudades y el campo en el marco y sobre el terreno de la revolución democrática nacional.

15.- De las tesis de Stalin se deduce que el proletariado sólo se podrá separar de la burguesía después de que esta última lo haya rechazado, desarmado, decapitado y pisoteado. Pero precisamente así es como se desarrolló la revolución abortada de 1848: entonces se vio al proletariado, sin bandera propia, seguir a la democracia pequeño burguesa que, a su vez, se arrastraba tras la burguesía liberal y sacrificó a los obreros al sable de Cavaignac. Por grande que sea la originalidad de la situación china, el carácter esencial de la evolución seguida por la revolución de 1848 se vuelve a encontrar en la revolución china con una precisión tan aplastante que se diría que se han perdido las lecciones de 1848, 1871, 1905 y 1917 del partido comunista de la URSS y de la IC.

Ahora es un lugar común que Chiang Kai-shek ha jugado el papel de un Cavaignac republicano liberal. Las tesis de Stalin, tras la Oposición, reconocen esta analogía. Pero esta analogía necesita ser completada. Cavaignac hubiera sido imposible sin los Ledru-Rollin, los Louis Blanc y otros charlatanes del frente nacional. ¿Quién ha jugado pues ese papel en China? No ha sido solamente Wan-Tin-wei, también han sido los dirigentes del partido comunista, y sobre todo sus inspiradores del CE de la IC. Si no se dice francamente, si no se arroja luz, la filosofía de las dos vías de desarrollo servirá solamente para ocultar el oportunismo a lo Louis Blanc y a lo Martinov, es decir para preparar la repetición de la tragedia de abril en una nueva etapa de la revolución china.

El Partido Comunista de China

16.- Para tener derecho a hablar, a defender el método bolchevique de revolución democrática, hay que tener en las manos el arma esencial de la política proletaria: *un partido proletario independiente* que combata bajo su estandarte propio y que jamás deje que su política ni su organización se fundan en las de las otras clases. Si no está asegurada la independencia teórica, política y organizativa absoluta del partido comunista, hablar de las “dos vías de desarrollo” es reírse del bolchevismo. Ahora bien, el Partido Comunista Chino siempre ha sido *no el aliado* de la fracción pequeño burguesa revolucionaria del KMT sino el *subordinado* el todo el KMT que, en realidad, se deja conducir por la gran burguesía, detentadora del ejército y del poder. El partido comunista se ha sometido a la disciplina política de Chinag Kai-shek. Se ha comprometido a no criticar el programa de Sun-Tat-sen, es decir la teoría pequeñoburguesa dirigida no solamente contra el imperialismo sino también contra la lucha de clases. Se ha visto privado de prensa propia,

es decir de la principal arma de un partido independiente. Bajo esas condiciones, hablar de la lucha del proletariado por la hegemonía es engañarse a uno mismo y engañar a los demás.

17.- ¿Cómo se explica la posición subordinada, impersonal, políticamente indigna del partido comunista en el KMT de Chiang Kai-shek? Gracias a la orientación sobre la unidad del frente nacional bajo la dirección efectiva de la burguesía que “no puede” ligarse a la revolución (escuela de Martinov), es decir gracias a la negación práctica de la segunda vía, la vía bolchevique, de la que las tesis de Stalin no hablan más que a toro pasado, con funciones de escudo.

Justificar semejante política mediante la necesidad de la alianza obrera y campesina es reducir esta alianza al estado de frase, de camuflaje del papel de dirección de la burguesía. La situación dependiente del partido comunista, resultado inevitable del “bloque de las cuatro clases”, ha sido el principal obstáculo que ha trabado al movimiento obrero y campesino, y en consecuencia también a la verdadera alianza del proletariado y el campesinado, alianza sin la que no se puede concebir el triunfo de la revolución china.

18.- ¿Qué ocurrirá en el futuro con el partido comunista?

Las tesis contienen sobre ello una sola frase, pero capaz de sembrar la mayor confusión y causar daños irreparables: “... luchando en las filas del KMT revolucionario, el partido comunista debe más que nunca *conservar su independencia*.” ¿Conservarla? Pero hasta hoy el partido comunista no ha tenido independencia. Su ausencia de independencia es incluso la causa de todos los males y de todos los errores. Las tesis, en esta cuestión fundamental, en lugar de acabar de una vez por todas con las prácticas del pasado, pretenden conservarlas “más que nunca”. Se quiere, pues, conservar la dependencia ideológica, política y organizativa del partido proletario frente al partido pequeño burgués que está condenado, por la fuerza de las cosas, a transformarse en instrumento de la gran burguesía.

Para justificar una política falsa uno se ve obligado a llamar a la dependencia “independencia” y a pedir la conservación de lo que nunca debería haber sido enterrado.

19.- El bolchevismo chino sólo puede nacer de una autocrítica implacable por parte de los mejores elementos del partido comunista. Nuestro deber es ayudar a esos elementos. Se causará grandes males, principalmente al Partido Comunista Chino, queriendo hacer unas chapuzas con los errores del pasado tras haber impedido artificialmente su discusión. Si no le ayudamos a desembarazarse, en el menor plazo, del menchevismo y de los mencheviques, entrará en una fase de crisis prolongada, con escisiones, deserciones y rivalidades encarnizadas entre agrupamientos. Además, graves derrotas del oportunismo pueden abrir paso a las influencias anarcosindicalistas.

Si el Partido Comunista Chino, a pesar del movimiento obrero de masas, a pesar de un potente crecimiento de los sindicatos, a pesar del movimiento agrario revolucionario del campo, debe mantenerse como parte integrante de un partido burgués y entrar, a título de apéndice, sin autoridad, en un gobierno nacional formado por ese partido burgués, entonces será necesario decirlo francamente: no ha llegado el tiempo del Partido Comunista Chino. Es mejor no constituir el partido comunista que descreditarlo así, en el momento de una revolución, es decir en una época en la que lazos de sangre vinculan a las masas y en el que nacen grandes tradiciones destinadas a pervivir durante décadas.

¿Quién se equivoca sobre la velocidad?

20.- Las tesis de Stalin contienen, como es de justicia, una sección entera consagrada a los “errores de la oposición”. En lugar de golpear a derecha, es decir sobre los errores del mismo Stalin, las tesis se encarnizan en golpear a izquierda, redoblando

así los errores, acumulando confusión, haciendo más difícil la curación y empujando la línea directriz del partido por las rodadas del oportunismo.

21.- Acusación principal: la Oposición “no comprende que la revolución en China no puede desarrollarse a gran velocidad”. Las tesis hablan aquí de la velocidad de la revolución de octubre, que no tienen nada que ver. Si se quiere hablar de velocidad es preciso medirla, no con el patrón exterior de la revolución de octubre sino con el de la situación de las clases en el interior mismo de la revolución china. La burguesía china, como es sabido, no ha tenido en cuenta prescripciones sobre la velocidad enlentecida. En abril de 1927 juzgó perfectamente llegado el momento de arrojar la máscara del frente único, que le había servido tan bien, para golpear con todas sus fuerzas a la revolución. El partido comunista, el proletariado, y con ellos la izquierda del KMT, se encontraron absolutamente cogidos de improviso. ¿Por qué? Porque la dirección contaba con una velocidad lenta, porque estaba irremediabilmente atrasada respecto a los acontecimientos, porque estaba infectada de “seguidismo”.

El 20 de abril, es decir tras el golpe de estado de Chiang Kai-shek, el CC del KMT publicó, de acuerdo con el gobierno de “izquierda” de Wan, un manifiesto que decía:

“No podemos hoy en día más que lamentar [¡!] no haber actuado cuando aún estábamos a tiempo. Lo lamentamos sinceramente ([¡!].” (Pravda, 28 de abril de 1927).

Esta piadosa y lacrimógena confesión contiene, contra la voluntad de sus autores, una implacable refutación de la filosofía de Stalin sobre la “velocidad” de la revolución china.

22.- Hemos insistido en sostener el bloque con la burguesía en el momento en que las masas obreras se abalanzaban a la lucha independiente. Hemos pretendido utilizar la experiencia de la derecha y hemos sido un juguete en sus manos. Hemos hecho la política del avestruz, censurando la prensa y ocultándole a nuestro propio partido el primer golpe de estado de Chiang Kai-shek en marzo de 1926, así como los fusilamientos de obreros y campesinos, y en general todos los hechos que señalaban el carácter contrarrevolucionario de la dirección del KMT. Hemos descuidado la vigilancia de la independencia de nuestro propio partido. No hemos fundado ningún diario para él. “Hemos prácticamente sacrificado los intereses de los obreros y campesinos” (Tam-Pin-san). No hemos hecho trabajo serio para someter a los soldados a nuestra influencia. Hemos dejado a Chiang Kai-shek y a su banda instalar “la dictadura militar del Centro”, es decir de la contrarrevolución burguesa. En vísperas del golpe de estado, alabábamos en todas partes a Chiang Kai-shek. Afirmábamos que “estaba sometido a la disciplina” y que habíamos logrado “prevenir, con una hábil maniobra, el brusco giro a derecha que amenazaba a la revolución china.” (Prefacio de Raskolnikov al folleto de Tam-Pin-san). Hemos marchado retrasados respecto a los acontecimientos en toda la línea. A cada paso, hemos perdido velocidad en provecho de la burguesía. Así hemos creado las condiciones más ventajosas para la contrarrevolución burguesa. La izquierda del KMT nos envía al menos sus lamentos “sinceros”. Pero las tesis de Stalin sacan de toda esta cadena de errores, verdaderamente sin comparación, la conclusión digna de señalar: que la Oposición reclama... una velocidad más acelerada.

23.- Se escucha cada vez más a menudo en nuestras reuniones acusar a “la extrema izquierda” de Shanghái y, en general, a los obreros chinos de haber provocado a Chiang Kai-shek con sus excesos. Por otra parte, no se nos dan ejemplos de esos excesos. Pero ¿qué podrían probar? Ninguna revolución verdaderamente popular, arrastrando en su torbellino a millones, puede estar exenta de “excesos”. Una política que pretenda prescribirle a las masas que acaban de rebelarse un itinerario respetuoso con el “orden burgués” es una política de incurables filisteos. Siempre se romperá contra la lógica de la guerra civil cuando, dirigiendo tardías maldiciones a los Cavaignac y a los Kornílov,

denuncie al mismo tiempo los pretendidos excesos de la izquierda. La “falta” de los obreros chinos consiste en haber sido sorprendidos, por el momento crítico de la revolución, en un estado de poca preparación, de poca organización y de desarme. Pero esa no es su falta, es su desgracia. La responsabilidad recae enteramente sobre una mala dirección que ha dejado pasar todos los plazos.

¿Ya existe un nuevo centro revolucionario o hay que crearlo?

24.- Sobre el actual estado de la revolución china las tesis proclaman:

“El golpe de estado de Chiang Kai-shek significa que de ahora en adelante, en el sur, habrá dos campos, dos gobiernos, dos ejércitos, dos centros: un centro de la revolución en Wuhan y un centro de la contrarrevolución en Nanquín.” ¡Característico, inexacto y vulgar! No se trata de dos mitades del KMT sino de un nuevo agrupamiento de las clases. Pensar que el gobierno de Wuhan sea un centro ya preparado, que continuará pura y simplemente la revolución a partir del rincón donde ha sido parada y derribada por Chiang Kai-shek es considerar al golpe de estado contrarrevolucionario de abril como a un equipo personal, como un episodio, en una palabra: es no entender nada.

Los obreros no han sido solamente aplastados. Han sido aplastados por aquellos mismos que los conducían. ¿Se puede creer que ahora las masas seguirán a la izquierda del KMT con la misma confianza que le daban ayer al KMT en su conjunto? Y sin embargo, hay que combatir de ahora en adelante no ya solamente a los antiguos militaristas, ligados al imperialismo, sino también a la burguesía “nacional”, a la que nuestra política radicalmente falsa le ha permitido apoderarse del aparato militar y de una importante fracción del ejército.

Para llevar adelante la lucha en un nuevo estadio y más elevado de la revolución, es preciso ante todo inspirar confianza a las masas engañadas y despertar a las masas todavía adormecidas. Para ello, en primer lugar, hay que mostrar que ha desaparecido para siempre la vergonzosa política que “sacrifica los intereses de los obreros y campesinos” (ver Tam-Pin-san) para apoyar al bloque de las cuatro clases. Todo individuo que trabaje a favor de esta política debe ser implacablemente expulsado del partido comunista chino.

Hay que rechazar muy lejos esa miserable idea de dirigentes superficiales según la cual todavía hoy en día, tras esas sangrientas pruebas, hay que levantar y conducir milicias obreras y campesinas desplegando solamente la bandera del KMT. ¡No le entregaremos a nadie la bandera del KMT! Grita Bujarin. No, las masas reclaman un programa revolucionario y una organización de combate, salida de sus propias filas, y que ofrezca garantías internas de una ligazón cierta con las masas y de una perfecta fidelidad. Para ello, los dirigentes de Wuhan no son suficientes, son necesarios sóviets de diputados obreros, campesinos y soldados, sóviets de trabajadores.

Los sóviets y el armamento de los obreros y campesinos

25.- Las tesis de Stalin, que rechazan la consigna vital e indispensable de los sóviets, declara de una forma un poco inesperada que la principal “contraposición [¿?] a oponerle a la contrarrevolución es el armamento de los obreros y campesinos.” Incontestablemente. El armamento de los obreros y campesinos es una cosa muy necesaria. Sobre ello no habrá desacuerdo entre nosotros., Pero ¿cómo explicar entonces que para el bien de la revolución hasta ahora se haya juzgado útil no armar a los obreros más que “en proporciones mínimas”? ¿Y qué decir sobre que los representantes de la IC se hayan *opuesto* prácticamente al armamento de los obreros? (ver la carta de 4 camaradas a la delegación del PC de la URSS y a la IC), ¿y qué decir sobre que, a pesar de la posibilidad que tenían de armarse, los obreros se hayan visto sin armas en el momento del golpe de estado? Todo ello se explica por el deseo de no romper con Chiang Kai-shek, de no apenar a Chiang Kai-shek, de no echar atrás a la derecha. La maravillosa

“contraposición” se echó en falta, precisamente, el día en que era más necesaria. Hoy en día, incluso en Wuhan, no se arma a la masa obrera para “no echar atrás” a Wan Tin-wei.

26.- El armamento de los obreros y campesinos es una cosa excelente. Pero hay que ser lógicos. En el sur ya hay campesinos armados; son los armados nacionales. Y, sin embargo, lejos de ser “la contraposición opuesta a la contrarrevolución” han sido su instrumento. ¿Por qué? Porque la dirección política, en lugar de abrazar a toda la masa armada a través de sóviets de diputados de soldados, se ha limitado a copiar exteriormente nuestras “secciones políticas” y nuestros comisarios. Todo ello, en ausencia de un partido revolucionario independiente y de sóviets de soldados, se ha convertido en un simple escudo del militarismo burgués.

27.- Las tesis de Stalin rechazan la fórmula de sóviets bajo el pretexto que eso sería “una consigna de lucha contra la autoridad del KMT revolucionario”. Pero, ¿qué quieren decir entonces estas palabras: “la principal contraposición a oponer a la contrarrevolución es el armamento de los obreros y campesinos”? ¿Contra quién se armarán los obreros y campesinos? ¿No será contra la autoridad del KMT revolucionario?

La consigna del armamento de los obreros y campesinos, si no es una frase, un escudo, sino un llamamiento a los actos, tiene un carácter no menos agudo que el que tiene la de los sóviets de obreros y campesinos. ¿Se puede creer que el pueblo armado soportará junto o encima de él una autoridad de una burocracia extranjera y enemiga? El armamento efectivo de los obreros y campesinos, bajo las condiciones dadas, entraña fatalmente la formación de sóviets.

28.- ¿Quién armará a las masas? ¿Quién dirigirá a esos hombres armados? Mientras que los ejércitos nacionales avanzaban y los ejércitos del norte cedían terreno, el armamento de los obreros se podría haber efectuado relativamente sin problemas. La organización a tiempo útil de sóviets de diputados de obreros, campesinos y soldados, habría sido, en efecto, “una contraposición” opuesta a la contrarrevolución. Desgraciadamente el pasado es irreparable. Las circunstancias han cambiado mucho. Las pocas armas robadas espontáneamente por los obreros (¿no está aquí la cuestión de los “excesos?”), les han sido arrebatadas. De ahora en adelante, el armamento de los obreros y campesinos es una cosa difícil y trabajosa. Declarar que no ha llegado todavía el momento de los sóviets y lanzar al mismo tiempo la consigna del armamento de los obreros es sembrar la confusión. Únicamente los sóviets pueden devenir, en el desarrollo ulterior de la revolución, los órganos capaces de practicar realmente el armamento de los obreros y dirigir a esas masas en armas.

¿Por qué sería imposible constituir sóviets?

29.- Las tesis responden a esto:

“En primer lugar, no se pueden formar sóviets en cualquier momento; se forman solamente en los períodos de gran ascenso revolucionario”. Si estas palabras tienen un sentido, éste es: “hemos dejado pasar el momento favorable porque no aconsejamos formar sóviets desde el principio del último período de potente movimiento revolucionario de las masas”. Una vez más, el pasado es irreparable. Si se juzga que la revolución está aplastada para mucho tiempo, la fórmula de los sóviets, naturalmente, no encontrará eco en el pueblo. Pero entonces, la del armamento de los obreros y campesinos se encuentra aún más desprovista de fundamento. Sin embargo, nosotros no pensamos que las consecuencias de la falsa política seguida sean tan graves y profundas. Hay muchos indicios sobre la posibilidad y verosimilitud de un nuevo aflujo revolucionario en un plazo breve. Uno de esos indicios, entre otros, es el hecho que Chiang Kai-shek está obligado a coquetear con las masas, a prometerles a los obreros la jornada de ocho horas, a los campesinos otras ventajas, etc. En el caso en que el movimiento agrario continuase extendiéndose, y en el que la pequeña burguesía de las ciudades se girase

contra Chiang Kai-shek, agente declarado del imperialismo, pueden presentarse próximamente condiciones más favorables en las que la vanguardia revolucionaria, ahora derrotada, reagrupe las filas de los trabajadores para una nueva ofensiva. Ello sucederá un mes más tarde o un mes antes, lo ignoramos, pero en cualquier caso debemos preparar esta ofensiva desde ahora con nuestro programa, nuestras consignas y nuestra organización. Con otras palabras, *la consigna de los sóviets acompañará de ahora en adelante a toda la marcha de la revolución china y reflejará sus destinos.*

30.- “En segundo lugar [dicen las tesis], los sóviets no se forman para charlar; se forman ante todo como instrumentos de lucha contra el poder existente, y para la conquista del poder.” Que los sóviets no se creen para parlotear creo que es, mire usted por donde, la única verdad contenida en las tesis. Pero un revolucionario propone menos aún el armamento de los obreros y campesinos para charlar. Decir: en el actual estadio de los sóviets solo puede salir charlatanería y, por el contrario, del armamento de los obreros y campesinos puede salir un resultado serio, eso es reírse de uno mismo o bien de otros.

31.- Tercer argumento: como ahora hay en Wuhan una serie de organizaciones de la izquierda del KMT (aquellas que, en el manifiesto solemne del 23 de abril se excusaban de haberse dejado sorprender por el golpe de estado de Chiang Kai-shek) las tesis extraen la conclusión siguiente: la formación de sóviets equivaldría a una insurrección contra la izquierda del KMT “pues hoy en día en esta región no hay ninguna otra autoridad que la del KMT revolucionario.”

La concepción burocrática de la autoridad revolucionaria se transparenta a través de estas palabras. La autoridad se entiende no como la expresión y fijación de la lucha de clases en desarrollo sino como la voluntad propia del KMT. Las clases vienen y van, pero la perpetuidad de la autoridad del KMT se mantiene. Sin embargo, no es suficiente con declarar Wuhan centro de la revolución para que lo sea en efecto. El KMT de Chiang Kai-shek tenía en las provincias una vieja burocracia reaccionaria y venal. ¿Qué tiene el KMT en la izquierda? Nada por el momento, o casi nada. La consigna de los sóviets es un llamamiento a la constitución de verdaderos órganos de una autoridad nueva, pasando por el régimen transitorio de dos autoridades paralelas.

32.- Pero ¿cuál será la actitud de los sóviets hacia “el gobierno del KMT revolucionario”, única autoridad, se dice, “en esta región”? ¿Pregunta clásica, ciertamente! La autoridad de los sóviets hacia el KMT revolucionario responderá a la actitud del KMT revolucionario hacia los sóviets. Con otras palabras, a medida que los sóviets se formen, armen y consoliden, no soportarán encima de ellos más que un gobierno que se apoye en los obreros y campesinos en armas. Lo que valoriza al sistema de los sóviets, sobre todo en una época directamente revolucionaria, es que suministra el mejor medio para garantizar la concordancia entre la autoridad central y la autoridad local.

33.- En 1925 el camarada Stalin ya llamaba al KMT “un partido obrero y campesino” (¿?) (Ver *Problemas del leninismo*, página 264). Esta definición no tiene nada en común con el marxismo. Pero se comprende que, mediante esta fórmula inexacta, el camarada Stalin ha querido expresar la idea que la base del KMT es la alianza de los obreros y campesinos contra la burguesía. Era completamente falso en el período en que se dijo: tras el KMT marchaban, en efecto, los obreros y campesinos, pero su guía era la burguesía, y sabemos a dónde los ha conducido. Partidos de ese tipo se llaman partidos burgueses y no partidos obreros y campesinos. Hoy en día, tras la “desafección de la burguesía” (es decir, tras que ésta haya masacrado al proletariado no armado ni preparado), la revolución, según Stalin, entra en una nueva fase en la que debe ser conducida por el KMT de izquierda, es decir por un KMT que es necesario suponer realizará por fin la idea estalinista del “partido obrero y campesino”. Se plantea el

interrogante: ¿Por qué la formación de sóviets de diputados de obreros y campesinos significaría la guerra a la autoridad del KMT obrero y campesino?

34.- Otro argumento: invitar a formar sóviets “es darles a los enemigos del pueblo chino una nueva arma para combatir a la revolución, para fabricar nuevas leyendas y pretender que no hay revolución nacional sino un trasplante artificial de los *sóviets moscovitas*.”

Este argumento desconcertante significa que, si desarrollamos, extendemos y profundizamos el movimiento revolucionario, los enemigos del pueblo chino redoblarán los esfuerzos para calumniarlo. Este argumento no tiene otro sentido. Por tanto, no tiene ningún sentido.

¿Puede ser que las tesis tengan en cuenta no a los enemigos del pueblo chino sino al temor que inspira a las masas populares la soviétización moscovita? ¿Sobre qué está basada semejante consideración? A todas las variedades de la burguesía “nacional” (derecha, centro e izquierda) les gusta, como cada uno sabe, decorarse con colores moscovitas: tienen comisarios, direcciones políticas del ejército, Plenarios del Comité Central, Comisiones de Control, etc... La burguesía china no teme en absoluto el trasplante de las formas moscovitas que falsifica cuidadosamente para servirse de ellas para sus objetivos. ¿Por qué? En absoluto por afecto hacia Moscú sino porque las formas moscovitas son populares entre las masas. El campesino chino sabe que los sóviets le han dado la tierra al campesino ruso. Aquellos que no lo saben deben aprenderlo. Los obreros chinos saben que los sóviets han asegurado la libertad del proletariado ruso. La experiencia de la contrarrevolución de Chiang Kai-shek ha debido hacer entender a los obreros conscientes que, sin una organización independiente, que abrace a todo el proletariado y asegure su colaboración con las masas oprimidas de los pueblos y campos, la revolución no puede triunfar. La formación de sóviets la deduce la población china de su propia experiencia. Lejos de ser “un trasplante artificial de los sóviets moscovitas”, una política que teme nombrar a las cosas por su nombre es una falsa política. Es preciso guiarse por las masas revolucionarias, por las exigencias objetivas de la revolución y no por lo que dirán los enemigos.

35.-Se dice: el gobierno de Hang Keu es un hecho, Feng Yu-sian es un hecho, Tan Chen-si es un hecho, y tienen fuerzas armadas. Ni el gobierno de Wuhan (Hang Keu), ni Feng Yu-sian, ni Tan Chen-si quieren sóviets. Constituir sóviets sería romper con esos aliados. Este argumento, sin estar francamente formulado en las tesis, es decisivo para muchos camaradas. Hemos oído a Stalin nombrar al gobierno de Hang Keu como “el centro de la revolución”, “el único poder”. En nuestras asambleas del partido vemos hacer publicidad de Feng Yu-sian, “antiguo obrero”, “fiel revolucionario”, “hombre seguro”, etc... Es la repetición de los errores del pasado bajo circunstancias en las que esos errores pueden ser aún más funestos. El gobierno de Hang Keu, y la dirección militar, sólo pueden no estar contra los sóviets si estos no están decididos por un programa agrario radical, si rechazan romper efectivamente con los grandes propietarios terratenientes y la burguesía, si alimentan secretamente la idea de un compromiso con la derecha. Pero entonces, es más esencial formar sóviets. Es el único medio de empujar hacia la izquierda a los elementos revolucionarios de Hang Keu y de obligar a retirarse a los elementos contrarrevolucionarios.

36.- Pero, ¿incluso si los sóviets no le hacen la guerra al “único” gobierno de Hang Keu, aportarán, sin embargo, cierta división del poder? Sin duda alguna. Quien se oriente verdaderamente, y no verbalmente, hacia el poder obrero y campesino debe comprender que esta orientación supone cierto período de división del poder. ¿Cuánto durará este período, qué formas concretas tomará? Ello dependerá de la conducta del gobierno de Hang Keu, del grado de independencia e iniciativa del partido comunista, de la rapidez

del desarrollo de los sóviets, etc. Nuestra tarea consistirá en todo caso en reforzar al elemento obrero y campesino de esta diarquía, preparando así el verdadero gobierno obrero y campesino con un programa democrático integral.

37.- Pero ¡en el Yangtsé hay decenas de navíos de guerra extranjeros que pueden barrer Shanghai, Hang Keu y el resto! Este argumento tampoco está formulado en las tesis de Stalin, pero se pasea por las reuniones del partido (Martinov quisiera matar la idea de los sóviets con el miedo a la artillería de la marina británica). El procedimiento no es nuevo. En 1917, los S-R y los mencheviques querían atemorizarnos diciendo que la toma del poder por los sóviets entrañaría la toma de Cronstadt y de Petrogrado por los aliados. Nosotros les respondíamos entonces: la única salvación está en la profundización de la revolución. El imperialismo extranjero no aceptara jamás más que una “revolución” que afiance sus propias posiciones en China a cambio de algunas concesiones a la burguesía china. Toda revolución verdaderamente popular, minando las bases coloniales del imperialismo, llamará fatalmente a una resistencia encarnizada por parte de éste. Hemos intentado pararnos a medio camino, pero esta “única línea justa” no ha salvado a Nanquín de los cañones del imperialismo, ni a los obreros chinos de las metrallas de Chang Kai-shek. Únicamente la entrada de la revolución china en la fase de la acción verdadera de las masas, únicamente la formación de sóviets de obreros, campesinos y soldados, únicamente la profundización del programa social de la revolución, pueden, como lo atestigua nuestra propia experiencia, llevar el desconcierto a las filas de los ejércitos extranjeros, despertar sus simpatías hacia los sóviets y, por ello, proteger efectivamente a la revolución contra los golpes de fuera.

¿Qué proponen las tesis de Stalin en lugar de los sóviets?

38.- La formación de “comités de campesinos revolucionarios, sindicatos obreros y otras organizaciones de masas, elementos preparatorios de los sóviets del futuro”. ¿Qué deben representar esas organizaciones? Sobre eso no encontramos nada en las tesis. La frase que dice que son “los elementos preparatorios de los sóviets del futuro” sólo es una frase y nada más. ¿Qué harán esas organizaciones ahora? Deberán conducir las huelgas, los boicots, romper el aparato burocrático, destruir a las bandas contrarrevolucionarias, expulsar a los grandes propietarios, desarmar a las tropas de los usureros y kulaks, armar a los obreros y campesinos, en una palabra, resolver todos los problemas de la revolución democrática agraria y elevarse así a la situación de órganos locales del poder. Pero entonces eso serán sóviets, pero solamente sóviets mal adaptados a sus funciones. Las tesis proponen pues, si se toma en serio esta propuesta, constituir, en lugar de sóviets, sucedáneos de sóviets.

39.- Durante todos sus movimientos de masas, los sindicatos han cumplido necesariamente funciones que se aproximaban a las de los sóviets (Hong-Kong, Shanghai, etc.). Pero precisamente para asegurar esas funciones, los sindicatos se han demostrado como completamente insuficientes. Agrupan a un grupo muy pequeño de obreros. No abarcan en ningún grado a la pequeña burguesía de las ciudades, próxima al proletariado. Y, sin embargo, funciones como la dirección de huelgas con el menor daño para la población pobre de las ciudades, la distribución de víveres, la participación en la política fiscal, la participación en la formación de fuerzas armadas, por no hablar de la revolución agraria, no pueden ser llevadas a buen puerto con la envergadura necesaria más que si la organización dirigente no solamente abarca a todas las categorías del proletariado sino que, además, las liga estrechamente en el curso de su acción con la población pobre de las ciudades y el campo. En efecto, el golpe de estado militar de Chiang Kai-shek ha debido hacer comprender a todos los revolucionarios que los sindicatos separados del ejército son una cosa y que sóviets de disputados obreros y soldados son otra. Sindicatos

revolucionarios y comités de campesinos pueden, tan bien como los sóviets, suscitar el odio del enemigo. Pero mucho menos que los sóviets pueden rechazar los golpes.

Si hablamos seriamente de la alianza del proletariado con las masas oprimidas de las ciudades y campos (no de una “alianza” medio adulterada entre los dirigentes y por medio de representantes dudosos, sino de una alianza de combate efectiva, formada y templada en la lucha de las masas contra el enemigo) no puede haber otra forma de organización más que los sóviets. Esto únicamente pueden negarlo quienes cuentan más con los dirigentes oportunistas que con las masas revolucionarias.

¿Ruptura con el KMT de izquierda?

De todo lo que antecede se ve hasta qué punto tienen fundamento los temores que se quieren provocar en lo concerniente a una ruptura del partido comunista con el KMT. “Ello supone [dicen las tesis] abandonar el campo de batalla y entregarlo a los aliados del KMT a merced de los enemigos de la revolución”. Estas líneas patéticas están completamente desplazadas. No se trata de ruptura, se trata de preparar un bloque, no sobre la base de la subordinación sino sobre la de la igualdad real. El KMT revolucionario todavía no ha nacido. Somos de la opinión que los comunistas militen en el interior del KMT atrayendo pacientemente a su lado a los obreros y campesinos. Pero el partido comunista puede muy bien ganar un aliado pequeño burgués revolucionario sin postrarse ante el KMT en cada una de las oscilaciones de este último sino actuando, por el contrario, franca y directamente en su propio nombre, bajo su propia bandera, dirigiéndose a los obreros, organizándolos a su alrededor, mostrándole al KMT, con el ejemplo y con los actos, lo que es un partido de masas, apoyando cada paso adelante del KMT y desenmascarando implacablemente cada duda, cada paso hacia atrás, creando una verdadera base revolucionaria en el bloque con el KMT bajo la forma de sóviets de diputados de obreros, campesinos y soldados.

40.- Es una estupidez afirmar que la oposición reclamará el “aislamiento político” del partido comunista. Hay en esta afirmación tan poca verdad como en esta otra según la cual la oposición reclamaría el abandono de las Trade-Unions en Inglaterra. Ambas acusaciones han servido para ocultar el bloque con el KMT de derecha y con el Consejo General traidor, la Oposición reclama enérgicamente el refuerzo y desarrollo del bloque con los elementos revolucionarios del KMT, la alianza de combate tan estrecha como sea posible entre los obreros y la población pobre de las ciudades y campos, la orientación sobre la dictadura revolucionaria de los obreros, campesinos y de la pequeña burguesía de las ciudades.

Es preciso:

- a) Declarar funestas las formas de bloque en las que el partido comunista sacrifica los intereses de los obreros y campesinos con la utópica intención de mantener a la burguesía en el campo de la revolución nacional.
- b) Rechazar pura y simplemente las formas de bloque que, directa o indirectamente, obstaculizan la iniciativa del partido comunista sometiénolo al control de otras clases.
- c) Renunciar categóricamente a formas de bloque que obligan al partido a renegar de su bandera y a sacrificar el progreso de su influencia y de su autoridad a los intereses de su aliado.
- d) Basar el bloque en una comunidad de objetivos netamente formulada, y no sobre malentendidos, maniobras diplomáticas y falsedades.
- e) Determinar las condiciones y límites del bloque con una perfecta exactitud y ponerlos en conocimiento de todos.
- f) Conservar en el partido comunista su plena libertad de crítica, el derecho a vigilar a su aliado con no menos vigilancia que a un enemigo, sin olvidar

ni un instante que un aliado que se apoye en otras clases, o que dependa de otras clases, sólo es un aliado temporal y puede, en razón de las circunstancias, convertirse en adversario y enemigo.

g) Preferir la ligazón con las masas pequeñoburguesas a la ligazón con los dirigentes de su partido.

h) En fin de cuentas, no fiarse más que de uno mismo, de su organización, de sus armas y fuerza.

Solo la observación de estas condiciones hará posible un bloque verdaderamente revolucionario y no una alianza dudosa, sometida a toda suerte de peripecias entre dirigentes; únicamente estas condiciones permitirán apoyarse sobre la alianza de todos los oprimidos de las ciudades y campos bajo la hegemonía política de la vanguardia proletaria.

Los problemas de la revolución china y el Comité Anglo-Ruso

41.- En la dirección de la revolución china nos enfrentamos no solo a errores tácticos, sino a una línea de conducta radicalmente falsa. Esta línea se desprende de todo lo que precede. La cosa será aún más clara si se compara nuestra política en China con la que hemos tenido frente al Comité Anglo-Ruso. En este último caso, la inconsistencia de la línea oportunista se ha manifestado menos trágicamente que en China, pero no menos completamente y no de forma menos evidente.

42.- En Inglaterra, como en China, se adoptó esta línea de conducta errónea de acercamiento a los dirigentes con “peso”, de relaciones personales, de combinaciones diplomáticas, renunciando prácticamente a profundizar el abismo entre las masas revolucionarias, o al menos las que evolucionan hacia la izquierda, y los dirigentes traidores. Queriendo amarrarnos a Chiang Kai-shek hemos empujado a los comunistas chinos a aceptar las condiciones dictatoriales que Chiang Kai-shek le planteaba al Partido Comunista Chino. Queriendo amarrarnos a Purcell, Hicks, Citrine y otros, los delegados del Consejo General de los Sindicatos soviéticos han adoptado en principio la posición de neutralidad sindical, han reconocido al Consejo General de las Trade-Unions como al único representante del proletariado y se han comprometido de hecho a no intervenir en el movimiento obrero británico.

43.- Las decisiones de la Conferencia del Comité Anglo-Ruso en Berlín significan que se renuncia a apoyar en el futuro a los huelguistas contra la voluntad de los rompehuelgas demostrados. Esas condiciones repercuten entregando y condenando a la minoría sindical, cuya acción entera está dirigida contra los traidores que hemos reconocido como los únicos intérpretes de la clase obrera inglesa. Por fin, proclamar solemnemente la “no intervención” es capitular, de principio, ante la estrechez nacional y ante las formas más atrasadas y más conservadoras del movimiento obrero.

44.- Chiang Kai-shek nos acusa de intervenir en los asuntos internos de China, igual que Citrine nos acusaba de intervenir en los de las Trade-Unions. Las dos acusaciones sólo son una repetición, bajo otra forma, de las acusaciones lanzadas por el imperialismo contra el estado obrero que osa interesarse por la suerte de los oprimidos del mundo entero. Chiang Kai-shek y Citrine, bajo condiciones diferentes y desde puestos diferentes, siguen siendo los agentes del imperialismo a pesar de sus diferencias [entre ellos⁷]. Buscando la colaboración con los “jefes” de ese género estamos obligados a restringir, limitar y renegar cada vez más de nuestros métodos de movilización revolucionaria.

45.- A causa de nuestra política falsa no solamente hemos ayudado al Consejo General a conservar sus posiciones, quebrantadas desde su traición en la huelga, sino que

⁷ Bastante ilegible en la reprografía de *Cahiers CERMTRI*. NdT.

hemos suministrado las armas necesarias para imponernos audaces exigencias, exigencias que hemos aceptado dócilmente. Hablando fieramente de “hegemonía”, nos hemos comportado en la revolución china y en el movimiento obrero inglés como vencidos moralmente, y por ello hemos preparado nuestra derrota material. Una desviación oportunista siempre se ve acompañada de una pérdida de confianza en la política propia.

46.- Los especuladores del Consejo General, al haber recibido del Consejo de los Sindicatos de la URSS un compromiso de no intervención, persuaden ciertamente a Chamberlain de que su forma de combatir la propaganda bolchevique es mucho más eficaz que los ultimátum y amenazas. Pero Chamberlain, que prefiere el método combinado, une la diplomacia del Consejo General a la violencia del imperialismo británico.

47.- Invocar contra la Oposición el hecho que Baldwin o Chamberlain quieren “ellos también” la ruptura del Comité Anglo-Ruso, es no entender nada sobre el mecanismo político de la burguesía. Baldwin temía, y teme justamente, la influencia perniciosa de los sindicatos soviéticos sobre el movimiento obrero inglés. A la presión del Consejo de los Sindicatos de la URSS sobre los dirigentes traidores de las Trade-Unions, la burguesía inglesa le ha opuesto su propia presión sobre el Consejo General, y ha triunfado en toda la línea. El Consejo General ha rechazado aceptar el dinero de los sindicatos soviéticos y estudiar de común acuerdo con ellos la ayuda a suministrar a los mineros. Ejerciendo su presión sobre el Consejo General, la burguesía inglesa ha influido, a través de este último, en el Consejo de los Sindicatos de la URSS, y ha obtenido de la Conferencia de Berlín una capitulación inaudita en los puntos tocantes a la lucha de clases. Un Comité Anglo-Ruso *de esta especie* no sirve más que a la burguesía inglesa (ver el *Times*). Ello no le impedirá a esta última continuar en el futuro su presión sobre el Consejo General y exigir su ruptura con los sindicatos rusos, pues esta política de presión y chantaje le hace ganar todo lo que nosotros perdemos a causa de nuestra conducta insensata y sin principios.

48.- Es preciso otorgarles el mismo valor a las insinuaciones según las cuales Chiang Kai-shek sería “solidario” con la Oposición porque quiere expulsar a los comunistas del KMT. Se hace circular una frase de Chiang Kai-shek según la cual le habría dicho a otro general estar de acuerdo sobre ese punto con la Oposición del PCUS en este punto. En el documento del que se extrae esta “cita” las palabras de Chiang Kai-shek son citadas no como la expresión de sus opiniones sino para demostrar que es capaz de engañar, mentir e, incluso, disfrazarse de “comunista de izquierda” durante algunos días a fin de golpear mejor como traidor. Mucho más, el documento en cuestión solo es un acta de acusación contra la táctica y acción de los representantes de la IC en China. En lugar de coger frases separadas y darles un sentido opuesto al que tienen en el texto, sería necesario poner en conocimiento de la IC todo el documento⁸. Pero pasemos por alto esas lamentables “citas”. Se mantiene esta “coincidencia”, que Chiang Kai-shek siempre ha estado contra el bloque con los comunistas y nosotros contra el bloque con Chiang Kai-shek. La escuela de Martinov extrae de aquí la conclusión que la política de la Oposición “en general” sirve a la reacción. Esta acusación es aún menos nueva. El bolchevismo ha crecido en Rusia continuamente acompañado de la acusación menchevique de hacerle el juego a la reacción, de ayudar a la monarquía contra los cadetes, o bien a los cadetes contra los S-R y los mencheviques, y así consecutivamente. Renaudel acusa a los comunistas franceses de favorecer a Poincaré atacando al bloque de los radicales y socialistas. La socialdemocracia alemana ha pretendido más de una vez que nuestro rechazo a entrar en la DN les hacía el juego a los peores imperialistas, etc... etc...

⁸ Este documento nunca fue hecho público por los canales oficiales de la Internacional Comunista. Se encontrará reimpresso en su totalidad entre los apéndices de esta obra. Traductor [al inglés].

Si la gran burguesía representada por Chiang Kai-shek necesita romper con el proletariado, y si el proletariado revolucionario necesita romper con la burguesía, ello no da testimonio de su solidaridad sino, por el contrario, de su inconciliable antagonismo social. Los incorregibles oportunistas todavía se mantienen entre la burguesía y el proletariado y acusan a los dos flancos de “extremistas”, de querer romper el frente nacional y de favorecer a la reacción. Acusar a la Oposición de hacerle el juego a Chamberlain, Thomas o Chiang Kai-shek, es mostrar el espíritu limitado de un oportunista y, al mismo tiempo, reconocer involuntariamente el carácter proletario y revolucionario de nuestra línea política.

49.- La Conferencia de Berlín, que coincidía con el principio de la intervención inglesa en China, no se ha atrevido a tocar la cuestión de las medidas eficaces a tomar contra los actos de bandidismo del imperialismo británico en el Extremo Oriente. ¿Hay alguna prueba más impactante de esta verdad: que el Comité Anglo-Ruso es incapaz de levantar incluso el dedo pequeño para prevenir una guerra? Pero no es solamente inútil, causa un daño increíble al movimiento revolucionario, como lo hace naturalmente toda ilusión y toda mentira. Al invocar su colaboración con los sindicatos soviéticos para la “obra de paz”, el Consejo General podrá calmar y tranquilizar al proletariado inglés alarmado por el peligro de guerra. El Consejo General de los Sindicatos soviéticos juega ahora el papel, a los ojos de la clase obrera de Inglaterra y del mundo entero, de garante de la política internacional de los traidores del Consejo General. Al mismo tiempo se debilita y vuelve inoperante la crítica de los elementos revolucionarios de Inglaterra contra el Consejo General. Gracias a Purcell, Hicks y compañía, Mac Donald y Thomas obtienen la posibilidad de conducir a las masas obreras, mantenidas en un estado de letargia, hasta el umbral de la guerra, para llamarlas después a la defensa de la patria democrática. El camarada Tomski, en su última entrevista (*Pravda*, 8 de mayo) al criticar a Thomas, Havelock, Wilson y otros mercenarios de las finanzas, no dice ni una palabra del trabajo clandestino, desmoralizador, adormecedor y, en consecuencia, infinitamente más nocivo, de los Purcell, Hicks y compañía. A esos “aliados” no se les nombra en la entrevista, como si no existiesen. Entonces ¿para qué hacer bloque con ellos? Pero existen. Sin ellos, Thomas no existe políticamente. Sin Thomas, Baldwin, es decir el régimen capitalista en Inglaterra, no existe. A pesar de nuestras mejores intenciones, sostener al bloque con Purcell es en realidad sostener a todo el régimen británico y favorecer su acción en China. Tras todos los acontecimientos, ello está claro para todo revolucionario que haya estado en la escuela de Lenin. Así, nuestra colaboración con Chiang Kai-shek ha adormecido la vigilancia del proletariado chino y ha facilitado con ello el golpe de estado de abril.

La teoría de los estadios y la teoría del socialismo en un solo país

50.- La justificación de principio de la táctica oportunista se ha buscado en la teoría “seguidista” de los “estadios” o de los “grados”, enunciada en numerosas ocasiones en los últimos tiempos por Stalin. Reclamar la plena independencia orgánica y política del Partido Comunista Chino sería saltar diversos grados. Reclamar la organización soviética para los obreros y campesinos arrastrados a la guerra civil, eso sería saltar a través de diversos “estadios”. Reclamar la ruptura del bloque político con los traidores del Consejo General, que actualmente realizan un innoble trabajo, eso sería quemar las etapas. El gobierno nacional del KMT, la dirección militar de Chiang Kai-shek, el Consejo General, en una palabra, toda institución basada en la presión de las clases poseedoras y dominantes, y constituyendo un obstáculo al movimiento revolucionario de las masas, deviene, según esta teoría, un “grado” de la historia al que hay que adaptar su política hasta el día en que “las mismas masas” lo derroquen. Una vez entrada en esta vía, nuestra política cambia de factor revolucionario a factor de conservación. La marcha de

la revolución china y la suerte del Comité Anglo-Ruso suministran una amenazadora advertencia.

51.- hecho como los fracasos de las grandes huelgas del proletariado inglés del último año, y de la revolución china este año, no pueden quedar sin consecuencias para el movimiento obrero internacional, igual que no quedó sin consecuencias la derrota del proletariado alemán en el otoño de 1923. El debilitamiento temporal inevitable de las posiciones revolucionarias es por sí mismo un gran mal. Puede devenir durante mucho tiempo irreparable, con una orientación errónea, con una línea estratégica falsa. Precisamente en estos momentos, durante el reflujó temporal de la revolución, es necesario combatir más que nunca todas las manifestaciones de oportunismo y estrechez nacional y defender el internacionalismo revolucionario.

Al aceptar el principio de la no intervención, nuestra delegación, sean cuales sean sus intenciones, favorece a las tendencias más decadentes y más conservadoras de la clase obrera. No hay nada de sorprendente en que ciertos agrupamientos obreros más retardatarios o fatigados considerasen la intervención en la huelga inglesa o en la revolución china como un error. Razonan cada vez más de siguiente manera: “¿Acaso no se nos enseña que nosotros podemos construir el socialismo en nuestro país incluso sin revolución en los otros países, siempre y cuando no haya intervención? Hay que hacer, pues, una política que no provoque la intervención. Intervenir en Inglaterra y China es un error, puesto que esta política, sin dar resultados positivos, empuja a la burguesía en la vía de las intervenciones militares y por ello amenaza la construcción del socialismo en nuestro país.”

Sin lugar a dudas, tras las nuevas derrotas del movimiento revolucionario internacional, la teoría de la construcción del socialismo en un solo país, independientemente de la voluntad de sus autores, servirá de justificación, de basamento y consagración para todas las tendencias que aspiran a limitar los objetivos revolucionarios a la envergadura disminuida de la lucha, a la estrechez nacional y conservadora.

Ahora bien, el menor cambio en la dirección de la “no intervención”, cubierto o no por la teoría de la construcción del socialismo en un solo país, aumenta el peligro de la amenaza imperialista en lugar de disminuirla.

En lo que concierne a la revolución china, está perfectamente claro y es incontestable que solamente una más profunda influencia sobre las masas, solamente un programa social más radical, solamente la consigna de los sóviets de obreros y campesinos, pueden constituir una protección seria contra un ataque militar desde el exterior. Únicamente una revolución, en cuyo estandarte los trabajadores y oprimidos inscriban muy claramente sus reivindicaciones propias, es capaz de interesar verdaderamente no solamente al proletariado internacional sino, también, a los soldados del capitalismo. Lo sabemos por experiencia. Lo hemos visto y verificado durante la guerra civil, en Arcángel, en Odesa y en otros lugares. La dirección de los traidores oportunistas no ha protegido a Nanquín contra el saqueo, le ha abierto el acceso del Yangtsé a los barcos enemigos. Una dirección revolucionaria, en presencia de un potente movimiento social, convierte en llamas las aguas del Yangtsé para los pilotos de Georges, de Chamberlain y de Mac Donald. En cualquier caso, ahí está el único medio y la única esperanza de defensa.

La ampliación del frente soviético es al mismo tiempo la mejor defensa de la URSS. Bajo las actuales circunstancias, es una verdadera bestialidad decir que nuestra posición internacional ha empeorado o puede empeorar a consecuencia de errores “de izquierda”. Si ha empeorado es porque la derrota es un acontecimiento histórico e internacional, independientemente del hecho que estemos mezclados en ella. Si no

hubiésemos intervenido mientras que sí lo hacía el imperialismo, únicamente le habríamos facilitado la tarea contra China y contra nosotros mismos. Pero hay intervención e intervención. La suerte de intervención más falsa y más peligrosa es la que pretende detener a mitad camino la marcha de la revolución. La paz está en el centro de nuestra política internacional. Pero incluso el defensor más extremo de la escuela de Martinov osará jamás decir que nuestra política de paz puede contradecir el desarrollo de la revolución china, o que esta última pueda contradecir nuestra política de paz. Las dos se complementan mutuamente. El mejor medio para defender a la URSS será superar la contrarrevolución de Chiang Kai-shek y llevar el movimiento a un estadio más elevado. Aplazar los sóviets en China bajo semejantes condiciones es desarmar a la revolución china. Proclamar el principio de no intervención frente al proletariado europeo es debilitar a su vanguardia revolucionaria. Una cosa y la otra debilitan al mismo tiempo la situación de la URSS, principal ciudadela del proletariado internacional.

Así vemos los errores añadirse a los errores para resultar en conjunto una línea que descarta cada vez más la del bolchevismo. Las voces de crítica y de advertencia se interpretan como obstáculos. El desplazamiento de la línea oficial hacia la derecha se completa con golpes contra la izquierda. Continuar por esta vía colocará en un extremo peligro al estado soviético y a la IC. Mantener silencio sobre esos peligros ante la vanguardia proletaria internacional sería traicionar la bandera del comunismo.

Ni un solo instante dudamos de que se puedan reparar los errores, enderezar los descartes, corregir la línea adoptada, todo ello sin crisis ni sacudidas. La voz de los hechos es demasiado elocuente, las lecciones de la experiencia son demasiado evidentes. Solamente es necesario que nuestro partido, el partido comunista de la URSS, y el del mundo entero, tenga todas las posibilidades de apreciar libre y calmadamente los errores y sacar de ello las conclusiones convenientes. Creemos firmemente que las sacará con un espíritu de unidad revolucionaria.

7 de mayo de 1927
L. Trotsky

Epilogo: el discurso de Chen Tu-hsiu sobre las tareas del Partido Comunista de China

52.- ¿Para qué sirve el marxismo en la política? Para comprender lo que es y para prever lo que será. Hay que prever antes de actuar. Ya sabemos lo que ha ocurrido con las predicciones del camarada Stalin: una semana antes del golpe de estado de Chiang Kai-shek defendía a éste y le hacía publicidad invitando a la gente de derechas a utilizar su experiencia, sus relaciones (discurso a los funcionarios de Moscú del 5 de abril). En las tesis que hemos analizado, Stalin ofrece otro modelo de su clarividencia que también ha sido probada por la vida. La cuestión central de nuestra crítica a las tesis de Stalin ha sido formulada por nosotros más arriba de la forma siguiente: “¿Existe ya un nuevo centro de la revolución o solo ahora es preciso crearlo?” Stalin ha pretendido que en China, tras el golpe de estado de Chiang Kai-shek, hay “dos gobiernos, dos ejércitos y dos centros: el centro revolucionario de Wuhan y el centro contrarrevolucionario en Nanquín”. Stalin ha pretendido que no se pueden instaurar los sóviets pues eso sería el levantamiento contra el centro de Wuhan, contra el “único gobierno” en China del sur. Hemos calificado esta caracterización de la situación de “falsa, superficial, vulgar”, hemos llamado a dicho gobierno de Wuhan la “dirección de Wuhan” y hemos probado que en la China del sur,

tras la brusca pirueta de la guerra civil hacia otra línea de clase, no hay todavía gobierno y que ahora es cuando hay que crear uno.

En *Pravda* del 15 de mayo, se ha reproducido el discurso del camarada Chen Tu-hsiu en el congreso del Partido Comunista Chino (29 de abril). Ni Stalin, ni nosotros, teníamos ese discurso cuando Stalin escribió sus tesis y cuando nosotros las criticamos. Chen Tu-hsiu no caracteriza la situación sobre la base de un análisis general de las circunstancias, sino sobre la base de sus observaciones inmediatas. ¿Qué dice Chen Tu-hsiu del nuevo movimiento revolucionario? Declara, francamente, que “sería un error” considerar al gobierno de Wuhan como a un órgano de la dictadura democrática revolucionaria: “todavía no es un gobierno de las masas obreras y campesinas sino únicamente un bloque de jefes”. Pero ¿eso no es palabra por palabra lo que hemos dicho contra Stalin?

Stalin escribía: “No hay otro poder gubernamental ahora más que el gobierno del Kuomintang revolucionario.” Le hemos replicado: “La concepción burocrática de la autoridad revolucionaria se transparenta a través de estas palabras. La autoridad se entiende no como la expresión y fijación de la lucha de clases en desarrollo sino como la voluntad propia del KMT. Las clases vienen y van pero la perpetuidad de la autoridad del KMT se mantiene. Sin embargo, no es suficiente con declarar Wuhan centro de la revolución para que lo sea en efecto.” (Ver más arriba). Así, en lugar de hacer ver claramente a los revolucionarios chinos, y en primer lugar a los comunistas, que el gobierno de Wuhan va a romperse la cabeza si se imagina que ya es él mismo el único gobierno en China, en lugar de girarse sin miedo contra la hipocresía decorativa de los revolucionarios pequeño burgueses que ya ha hecho perecer tantas revoluciones, en lugar de gritar directamente a los oídos del centro poco seguro, temeroso y vacilante, de Wuhan: “No os dejéis engañar por las apariencias exteriores, no os dejéis aturdir por el estallido de vuestras propias denominaciones y manifiestos, comenzad a hacer el duro trabajo diario, levantad a las masas, edificad consejos de obreros, soldados y campesinos, instaurad un poder gubernamental revolucionario.” En lugar de todo eso, Stalin se precipita contra la consigna de los sóviets y apoya los peores prejuicios de esos revolucionarios de desgracias que tienen miedo de los sóviets populares pero que, en consecuencia, creen en las manchas de tinta escrita en la correspondencia del Kuomintang.

El camarada Chen Tu-hsiu caracteriza, sobre la base de sus propias observaciones, la situación exactamente con las mismas palabras con las que nosotros la hemos caracterizado sobre la base de consideraciones teóricas. No gobierno revolucionario sino únicamente un bloque de los jefes. Ahora bien, ello no significa en absoluto que el camarada Chen Tu-hsiu saque conclusiones justas de las circunstancias que ha caracterizado justamente. Como tienen los pies y las manos atados por falsas directivas, Chen Tu-hsiu saca deducciones que contradicen radicalmente su propio análisis. Dice: “Ante nosotros tenemos la tarea de comenzar a edificar un gobierno revolucionario y democrático verdadero, a partir del momento en que la situación se haya transformado en el dominio del gobierno nacional y haya desaparecido la amenaza de la intervención extranjera y de la ofensiva de los militaristas.

Nos es preciso decir aquí directa y abiertamente: plantear así la cuestión es tomar el camino de la pérdida más segura y más corta. La creación de un verdadero gobierno revolucionario, que se apoye en las masas del pueblo, se ve relegada al momento en que los peligros hayan desaparecido, pero el peligro central no consiste en el hecho que en lugar de un gobierno revolucionario en China del sur no haya más que un bloque de los jefes. Este mal principal es el que duplica todos los otros peligros, incluyendo también el peligro militar. Si uno quiere defenderse en la medida de lo posible de la banda de los

militaristas extranjeros y de su “propia” banda militarista, es preciso devenir fuerte, fortalecerse, organizarse, armarse. No hay otras vías. No hay que enterrar la cabeza en el suelo. Los artificios no sirven para nada. Es preciso despertar el entusiasmo de las masas, su resolución a luchar y morir por su propia causa. Pero para ello es necesario agarrarse a las masas tan profundamente como sea posible desde el punto de vista político y organizativo. Es preciso inmediatamente, sin perder ni una hora, darles un programa de acción revolucionaria y la forma de organización de los sóviets. No hay otras vías. Si se retrasa la creación de un gobierno revolucionario hasta el momento en que no importe quién haya descartado ni de qué manera los peligros de la guerra, uno se adentra en el camino de la pérdida más segura y corta.

51.- En lo concerniente al movimiento agrario, el camarada Chen Tu-hsiu reconoce lealmente que el programa agrario del partido (rebaja de los arrendamientos) es completamente insuficiente. El movimiento campesino, dice él, “se transforma en la lucha por la tierra. El campesinado se levanta espontáneamente y quiere zanjar por sí mismo la cuestión de la tierra.” Más adelante Chen Tu-hsiu declara abiertamente: “Hemos seguido una política demasiado pacífica. Ahora es necesario confiscar a la gran propiedad...” Si se desarrolla de forma marxista el contenido de estas palabras completan la condena más dura de toda la línea del pasado del Partido Comunista Chino, así como de la IC, en la cuestión agraria de la revolución china. En lugar de decidir de antemano el curso del movimiento agrario, de fijar a tiempo las consignas y de sembrarlas a través de los obreros, soldados revolucionarios y campesinos avanzados en las masas campesinas, el Partido Comunista Chino se ha mantenido retrasado respecto al movimiento agrario espontáneo. ¿Puede haber una forma más desagradable de “seguidismo”? “Hemos seguido una política demasiado pacífica.” Pero ¿qué significa la política pacífica de un partido revolucionario en la época de una revolución agraria espontánea? Significa el error histórico más grande que un partido del proletariado pueda cometer jamás. Política pacífica (rebaja de los arrendamientos), cuando el campesinado lucha ya espontáneamente por la tierra, eso no es una política de compromiso menchevique sino una política de compromiso liberal. Solamente no lo comprende un filisteo, estropeado por una supuesta sagacidad de estado; pero en ningún caso un revolucionario podría equivocarse al respecto.

55.- Pero de su caracterización justa y, en consecuencia, mortal, de las relaciones del partido con el movimiento agrario, el camarada Chen Tu-hsiu no saca solamente conclusiones falsas sino también directamente nefastas: “Ahora es necesario confiscar la gran propiedad terrateniente, pero al mismo tiempo hacer concesiones a los pequeños propietarios con los que hay que contar.” En principio no se puede atacar tal forma de plantear la cuestión. Hay que determinar claramente quién pasa por pequeño propietario y en qué parte de China, cómo y con qué límites hay que contar con ellos. Ahora bien, Chen Tu-hsiu dice aquí:

“Sin embargo es necesario esperar también para confiscar la gran propiedad terrateniente al desarrollo ulterior de las acciones militares, la única decisión justa en el actual momento es el principio de la profundización de la revolución y solamente después su ampliación.”

Esta vía es la más segura, la más determinada y el camino más corto a la derrota. El campesino ya se ha levantado para apoderarse de las tierras de los grandes propietarios terratenientes. Nuestro partido, en una contradicción monstruosa con su programa, con su nombre, lleva adelante una política agraria pacífica-liberal. El mismo Chen Tu-hsiu declara que “ahora es necesario confiscar al gran propietario terrateniente”, pero inmediatamente reflexiona que “no se debe caer en un extremismo de izquierda” (son las propias palabras de Chen Tu-hsiu) y añade que, hasta la confiscación de la gran propiedad

terratendiente, se debe “esperar al desarrollo ulterior de las acciones militares” que en primer lugar se debe ampliar la revolución y que se debe profundizar más tarde.

Pero todo esto es una repetición ciega de la antigua fórmula, conocida desde hace mucho tiempo y perimida, del engaño nacional-liberal de las masas: primero la victoria, después la reforma. Vamos a ampliar la tierra (¿para quién?, para los grandes propietarios terratenientes) e inmediatamente después de la victoria nos ocuparemos con toda tranquilidad de la “profundización”. Todo campesino chino inteligente y de mediano razonamiento le responderá al camarada Chen Tu-hsiu: “Si el gobierno de Wuhan, en el actual momento en que se encuentra rodeado de enemigos y para el que la ayuda campesina es una cuestión de vida o muerte, si ese gobierno no se atreve ahora a darnos las tierras de los grandes propietarios terrateniente o no quiere, una vez que haya salido del cerco que lo encierra, una vez que haya vencido a sus enemigos con nuestra ayuda, nos dará exactamente tanta tierra como Chiang Kai-shek le ha dado a los obreros de Shanghái”. Hay que decirlo con plena claridad: la fórmula agraria del camarada Chen Tu-shiu, que tiene los pies y las manos atados por la falsa dirección de los representantes de la IC, no es objetivamente otra cosa más que la fórmula de desolidarización del Partido Comunista de China de ese movimiento agrario real que se produce ahora en China y que aporta una nueva oleada de la revolución china.

Para reforzar y profundizar esta oleada se necesitan consejos campesinos, con la bandera de la revolución agraria desplegada no tras la victoria sino inmediatamente para asegurar la victoria.

Si no se quiere permitir que la oleada campesina se rompa y disperse en espuma, es preciso unir los consejos campesinos a los consejos de obreros en las ciudades y centros industriales y añadir, además, a los consejos de obreros consejos de la población pobre de los sectores ciudadanos del comercio y los artesanos.

Si no se quiere permitir que la burguesía hunda una cuña entre las masas revolucionarias del ejército, es necesario integrar a los consejos de soldados en la cadena revolucionaria.

También es necesario, y tan deprisa como sea posible, tan enérgicamente como sea posible, profundizar la revolución tras la victoria, pero inmediatamente, porque si no, no habrá victoria.

La profundización de la revolución agraria, la toma inmediata de la tierra por los campesinos, debilitarán en el campo a Chiang Kai-shek, llevarán la incertidumbre a las filas de sus soldados y levantarán al campesino medio. No hay otro camino para la victoria y no puede haber otro.

¿Realmente hemos hecho tres revoluciones en el espacio de veinte años para olvidar el ABC de la primera? Quien durante la revolución agraria haga una política pacífica está perdido. Quien aplace las cosas, quien vacile, quien espere, quien pierda tiempo, ese está perdido. La fórmula de Chen Tu-hsiu es la vía más segura para conducir la revolución a su derrota.

Habrán calumniadores para decir que nuestras palabras están dictadas por nuestro odio al Partido Comunista Chino y a sus jefes. ¿Acaso no se dijo en su momento que nuestra posición frente al Comité Anglo-ruso significaba una posición hostil hacia el PC británico? Los acontecimientos han confirmado que fuimos precisamente nosotros quienes actuamos respecto a los comunistas británicos como fieles revolucionarios y no como aduladores burocráticos. Los acontecimientos confirmaron (lo confirman día día) que nuestra crítica a los comunistas chinos ha sido dictada por una posición revolucionaria más seria, más marxista de cara a la revolución china de lo que era la posición de los aduladores burocráticos que aprobaban todo a toro pasado con tal de no tener nada que prever para el futuro.

El hecho que el discurso del camarada Chen Tu-hsiu se haya reproducido en *Pravda* sin una sola palabra de comentario, que no se haya dedicado ningún artículo a ese discurso, desenmascarando su nefasto curso, ese hecho debe llenar a cada revolucionario de la más gran preocupación pues ¿no se trata del órgano central del partido de Lenin?

Que los adormecedores no nos hablen de las “inevitables faltas de un joven partido comunista”. No se trata de faltas aisladas. Se trata de la falta, de las faltas. Se trata de la falsa línea fundamental de la que las tesis del camarada Stalin son la expresión más acabada.

El necesario acuerdo final

En el número del *Mensajero Socialista* del 9 de mayo se puede leer en el artículo que acompaña a las tesis de Stalin:

“Si se hace abstracción de las palabras que envuelven obligatoriamente las tesis de un jefe comunista, se puede objetar mucho a lo esencial de la línea que en ellas se traza. Si es posible, mejor no salir de Kuomintang y agarrarse hasta el último extremo a su ala izquierda y al gobierno de Wuhan, “evitar un combate decisivo bajo condiciones desfavorables”; no lanzar la consigna “todo el poder a los sóviets” a fin de no poner en manos de los enemigos del pueblo chino nuevas armas para luchar contra la revolución y para forjar de nuevo la leyenda que en China lo que tiene lugar no es una revolución nacional sino un trasplante artificial de la soviétización moscovita ¿Qué puede haber, en efecto, más sabio para los bolcheviques después que el “frente único” está visible e irremediamente destruido y de que bajo las “circunstancias completamente desfavorables” se haya roto tanta porcelana?”(*Mensajero Socialista*, número 9 (151), página 1)

Después que el *Mensajero Socialista* haya reconocido en su número del 23 de abril que Martinov analizó las tareas de la revolución china en *Pravda* “de manera muy impresionante” y “completamente a la manera menchevique”, el editorial del órgano central de los mencheviques declara en su último número que sólo se pueden objetar “a penas alguna cosa a lo esencial de la línea” que se traza en las tesis del camarada Stalin. Esta coincidencia de líneas políticas nos dispensa de explicaciones particulares.

Pero aún hay más, el mismo artículo del *Mensajero Socialista* dice más adelante, con un tono de desprecio, (citamos literalmente) “La línea de Rádek que, cubierta con consigna completamente “de izquierdas” (salida del Kuomintang, “propaganda del sistema de los sóviets”, etc.) exige en realidad “que nos retiremos, simplemente, y que se deje jugar...” (*Mensajero Socialista*, número 9 (151), página 2). La línea de Rádek se caracteriza aquí sobre la base de frases de editoriales y folletos de *Pravda*. Por otra parte, no puede ser de otra forma: Rádek no puede decir nada abiertamente de su línea en la prensa, si no el partido se daría cuenta de que la línea de Rádek está confirmada por todos los acontecimientos. La redacción del *Mensajero Socialista* representa “la línea de Rádek” no solamente con las frases de *Pravda*, sino que la aprecia también en plena comunidad de puntos de vista con los artículos de *Pravda*. Según Dan, la línea de la Oposición da la posibilidad, “cubierta con consignas” completamente “de izquierdas” en realidad de “dejar hacer el juego”. Ya hemos leído en artículos de *Pravda* que, si se acepta la línea de la Oposición, “hay que hacer una misa fúnebre” por la revolución china, que es preciso que los comunistas chinos “vuelvan a ser ellos mismos”, que renuncien a las “grandes acciones y a los grandes planes”, y que todo eso es el “sermón de la liquidación de la revolución china”. Esto se ha dicho literalmente, por ejemplo, en el editorial de *Pravda* del 16 de mayo de 1927. Vemos que es, palabra a palabra, lo que dice Dan, o más exactamente Dan dice de la Oposición, palabra a palabra, lo que *Pravda* ha dicho en una serie de sus artículos. Dan aprueba las tesis de Stalin y se mofa del “liquidador” Rádek que cubre su liquidacionismo con frases completamente de izquierda. Ahora está todo

claro: el liquidacionismo de Rádek es el mismo liquidacionismo juzgado como liquidacionismo por el famoso revolucionario Dan. Tal es lo que el editorial del *Mensajero Socialista* presenta como enseñanza a quienes todavía son incapaces de aprender alguna cosa.

Ciertamente es de una gran importancia que el artículo citado del *Mensajero Socialista* haya llegado a Moscú en vísperas de la apertura de la sesión del CE de la IC que debe deliberar ampliamente sobre el problema de la revolución china.

17 de mayo de 1927

Dos intervenciones sobre la cuestión china en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista

Primera intervención

¡Camaradas! En la cuestión que nos ocupa se os han dado a conocer las tesis del camarada Zinóviev que hasta ahora han permanecido desconocidas para el partido ruso. A Zinóviev no se le permitió venir aquí, aunque tiene pleno derecho (tanto política como formalmente) a hacerlo. Defiendo aquí las tesis del camarada Zinóviev como comunes a ambos. La primera regla para la educación política de un partido de masas es: debe conocer no sólo lo que adopta el comité central, sino también lo que rechaza, pues sólo así la línea de la dirección resulta clara y comprensible para las masas del partido. Y así han sido siempre las cosas entre nosotros hasta ahora. La negativa a mostrar al partido las tesis del camarada Zinóviev y las mías revela la debilidad intelectual, la falta de seguridad en la propia posición, el temor a que las tesis de la Oposición parezcan más correctas a la opinión pública del partido que las tesis de la mayoría. No puede haber otros motivos para la ocultación de nuestras tesis.

Mi intento de publicar una crítica de las tesis de Stalin en el órgano teórico del partido no tuvo éxito⁹. El comité central, contra cuya línea en esta cuestión se dirigen mis tesis, prohibió su publicación, así como la de otros artículos míos y de Zinóviev.

Ayer se distribuyó aquí una decisión del comité editorial, firmada por el camarada Kurella. Se refiere a la información sobre nuestros procedimientos. No tengo muy claro qué significa esto. En cualquier caso, el comité ejecutivo se está reuniendo en un extraño ambiente de silencio por parte de la prensa. Sólo se ha dedicado un artículo en *PRAVDA* al pleno y este artículo contiene una frase de un descaro inaudito: “Sería un criminal quien pensara en hacer tambalear la unidad de las filas de la Comintern”, etc., etc. Todo el mundo comprende lo que se quiere decir con esto. Incluso antes de que se hayan publicado los proyectos de resolución, *PRAVDA* tacha de criminal a quien se oponga a las futuras resoluciones. Uno puede imaginarse cómo *PRAVDA* informará mañana al partido sobre lo que está ocurriendo aquí. Mientras tanto, aquí en Moscú toda expresión de opinión, oral o escrita, a favor de la Oposición sobre los problemas básicos de la revolución china es tratada como un crimen contra el partido. Las tesis completamente falsas del camarada Stalin han sido declaradas inviolables de facto. Más aún, en los mismos días de las deliberaciones del ejecutivo, los camaradas que, en las discusiones en sus células del partido, protestaron contra la provocación al camarada Zinóviev, son sencillamente expulsados del partido o, por lo menos, amenazados de expulsión. En este ambiente, camaradas, es en el que estáis actuando y decidiendo. Propongo que el ejecutivo decida que cada partido, el Partido Comunista de la Unión Soviética incluido, publique informes completamente exactos y objetivos sobre nuestras deliberaciones,

⁹ Ver en esta misma obra, más arriba: *La revolución china y las tesis del camarada Stalin*.

complementados con todas las tesis y documentos distribuidos aquí. Los problemas de la revolución china no pueden meterse en una botella y sellarse.

Camaradas, el mayor de todos los peligros es el cada vez más enconado régimen del partido. Cada error de la dirección se convierte en “bueno”, por así decirlo, a través de medidas contra la Oposición. El día en que se dio a conocer en Moscú el telegrama sobre el *coup d'état* de Chiang Kai-shek, nos dijimos: la Oposición tendrá que pagar esto caro, sobre todo porque últimamente no han escaseado las reclamaciones por su parte.

Siempre se encuentra la ocasión de montar un nuevo “caso” de Zinóviev, Kámenev, Trotsky, Piatakov, Smilgá, etc., para distraer la atención del partido de las cuestiones más candentes; las expulsiones de la Oposición, a pesar de la proximidad del congreso del partido (o más bien sólo a causa de esa proximidad) aumentan constantemente. Los mismos métodos en cada sección del partido: en cada fábrica, en cada distrito, en cada ciudad. En esta situación surgen con frecuencia, por necesidad, aquellos elementos que están siempre dispuestos a aceptar de antemano todo lo que viene de arriba. Se adormecen en la esperanza de que, una vez vencidos Trotsky o Zinóviev, todo estará en orden. Al contrario: el régimen tiene su propia lógica interna. La lista sólo se ha abierto, no se ha cerrado. A lo largo de este camino sólo habrá dificultades y nuevas convulsiones.

Este régimen pesa mucho sobre la Internacional. Nadie se atreve a pronunciar abiertamente una palabra de crítica, con el falso pretexto de no querer perjudicar a la Unión Soviética. Pero así es exactamente como se hace el mayor daño. Nuestra política interior necesita una crítica internacional revolucionaria, pues las tendencias erróneas de la política exterior no son más que una prolongación de las tendencias incorrectas de nuestra política interior.

Paso ahora al proyecto de resolución del camarada Bujarin. Primero, una pregunta que toca directamente el punto del orden del día ya tratado. Escuchad, camaradas:

“La Internacional Comunista opina que los partidos, y en general todas las organizaciones que se autodenominan partidos obreros y organizaciones obreras, que no llevan a cabo la lucha más decisiva contra la intervención en China, que *adormecen la vigilancia de la clase obrera* y propagan una actitud pasiva sobre esta cuestión, ayudan objetivamente (a veces también subjetivamente) a los imperialistas... en la preparación de la guerra contra la Unión Soviética y en la preparación de nuevas guerras mundiales en general.”

Parecen palabras honestas. Pero sólo se vuelven honestas cuando se aplican también al Comité Anglo-Ruso. ¿Acaso “lleva a cabo la lucha más decisiva contra la intervención en China”? ¿No adormece la vigilancia de la clase obrera? Lo hace. ¿No propaga una actitud pasiva en esta cuestión? Sin duda alguna. ¿No ayuda así objetivamente (en su mitad británica también subjetivamente) a los imperialistas de Gran Bretaña en su trabajo de preparación de la guerra? Obviamente y sin género de dudas.

Compárese esto con lo que Kusinen declamó ayer aquí sobre el Comité Anglo-Ruso, en el lenguaje del purcellismo kusinenizado. ¿De dónde viene esta duplicidad? La filosofía de los certificados aduaneros es mucho más apropiada en la aduana de un estado fronterizo que en la tribuna de la Comintern. Esta filosofía falsa e indigna debe ser barrida con una escoba.

Sigamos escuchando la resolución de Bujarin:

“El CEIC declara que el desarrollo de los acontecimientos [en la revolución china, la estimación de sus fuerzas motrices hecha en el último Pleno Ampliado de la IC] ha confirmado el pronóstico. El CEIC declara especialmente que el curso de los acontecimientos ha confirmado plenamente el pronóstico del pleno ampliado sobre la

inevitable salida de la burguesía del frente único revolucionario nacional y su paso al bando de la contrarrevolución”.

Los obreros de Shanghái y Hankeu se sorprenderán sin duda cuando lean que los acontecimientos de abril se desarrollaron en completa armonía con la línea histórica de la marcha que el camarada Bujarin había trazado anteriormente para la revolución china. ¿Podría imaginarse jamás una caricatura más maliciosa y una pedantería más ridícula? La vanguardia del proletariado chino fue aplastada por esa misma burguesía “nacional” que ocupaba el papel dirigente en el partido conjunto del Guomindang, subordinando al partido comunista, en todas las cuestiones decisivas, a la disciplina organizativa del partido conjunto. Después del golpe contrarrevolucionario, que golpeó a los obreros chinos y a la inmensa mayoría de la clase obrera del mundo como un rayo caído del cielo, la resolución dice: todo tuvo lugar de acuerdo con las mejores reglas del pronóstico bujarinista. Esto parece realmente una broma de mal gusto.

¿Qué debe entenderse aquí por pronóstico, qué significa este supuesto pronóstico en las condiciones dadas? Nada más que una frase vacía sobre el hecho de que la burguesía, en una etapa dada de la revolución burguesa, debe separarse de las masas oprimidas del pueblo. Que a este lugar común se le llame patéticamente “pronóstico”, es una vergüenza para el marxismo. Esta banalidad no separa ni por un instante al bolchevismo del menchevismo. Preguntad a Kautsky, a Otto Bauer o a Dan, y su respuesta será: el bloque del proletariado con la burguesía no puede durar eternamente. Dan lo garabateó en su periodicucho hace poco tiempo.

Pero el meollo de la cuestión es el siguiente: decir que la burguesía debe separarse de la revolución nacional es una cosa. Pero decir que la burguesía debe apoderarse de la dirección de la revolución y de la dirección del proletariado, engañar a la clase obrera y luego desarmarla, aplastarla y desangrarla, es algo muy distinto. Toda la filosofía de Bujarin, en su resolución, se fundamenta en la identidad de estos dos pronósticos. Pero esto significa que no se quiere hacer ningún contraste fundamental entre las perspectivas bolchevique y menchevique.

Escuchemos lo que Lenin dijo sobre esta cuestión:

“Los políticos burgueses han alimentado y engañado al pueblo con promesas en todas las revoluciones burguesas. Nuestra revolución es una revolución burguesa, por lo tanto, los obreros deben apoyar a la burguesía. Esto es lo que dicen los políticos inútiles del campo liquidador. Nuestra revolución es una revolución burguesa, es lo que decimos los marxistas, y por eso los obreros deben abrir los ojos al pueblo ante el engaño de los políticos burgueses, enseñarle a no creerles, sino a confiar en sus propias fuerzas, en su propia solidaridad, en sus propias armas.” (marzo de 1917)

Previendo la inevitable salida de la burguesía, la política bolchevique en la revolución burguesa se dirige a crear cuanto antes una organización independiente del proletariado, a impregnarla lo más profundamente posible de la desconfianza hacia la burguesía, a unir a las masas lo más pronto y ampliamente posible y a armarlas, a ayudar en todo al levantamiento revolucionario de las masas campesinas. La política menchevique, al prever la llamada salida de la burguesía, está dirigida a aplazar este momento lo más posible; mientras se sacrifica a este fin la independencia de la política y de la organización del proletariado, se inculca a los obreros la confianza en el papel progresista de la burguesía y se predica la necesidad de la autocontención política. Para mantener la alianza con Purcell, el gran rompehuelgas, hay que apaciguarlo declamando sobre las relaciones cordiales y el acuerdo político. Para mantener el supuesto bloque con la burguesía china, hay que blanquearla continuamente de nuevo, facilitando así el engaño de las masas por los políticos burgueses.

Sí, así se puede aplazar el momento de la salida de la burguesía. Pero este aplazamiento es utilizado por la burguesía contra el proletariado: Se apodera de la dirección gracias a sus grandes ventajas sociales, arma a sus tropas leales, impide el armamento del proletariado, tanto político como militar, y después de haber adquirido la ventaja organiza una masacre contrarrevolucionaria al primer choque serio.

No es lo mismo, camaradas, que se eche a un lado a la burguesía o que se eche a un lado a la vanguardia proletaria. Estos son los dos caminos de la revolución. ¿Por qué camino viajó la revolución hasta el golpe? El camino clásico de todas las revoluciones burguesas anteriores, del que Lenin dijo: los políticos burgueses han alimentado y engañado al pueblo con promesas en todas las revoluciones burguesas.

¿La falsa posición de la dirección obstruyó o facilitó este camino de la burguesía china? Lo facilitó en gran medida.

Para evitar que la salida de la burguesía se convirtiera en la destrucción del proletariado, la miserable teoría del bloque de cuatro clases debería haber sido denunciada desde el principio como una auténtica traición teórica y política a la revolución china. ¿Se hizo esto? No, todo lo contrario.

No tengo tiempo suficiente para presentar una descripción histórica del desarrollo de la revolución y de nuestras diferencias, cosa que Bujarin tuvo plena oportunidad de hacer, extensa y engañosamente. Estoy dispuesto a emprender este tratamiento retrospectivo en el órgano teórico del partido o de la Internacional. Desgraciadamente, Bujarin toca esta cuestión sólo donde no tenemos oportunidad de responderle adecuadamente, es decir, con hechos y citas.

Por hoy bastará con lo siguiente:

1.- El 16 de marzo, un mes antes del golpe de Chiang Kai-shek, un editorial de *PRAVDA* acusaba a la Oposición de creer que la burguesía está a la cabeza del Guomindang y del gobierno nacional y prepara la traición. En vez de aclarar esta verdad a los obreros chinos, *PRAVDA* la negó indignado. Sostuvo que Chiang Kai-shek se sometía a la disciplina del Guomindang, como si las clases en conflicto, especialmente en el febril tempo de la revolución, pudieran someterse a una disciplina política común. A propósito: si la Oposición nunca tuvo nada que decir contra la línea oficial, como dijo aquí Smeral con su pesadez, ¿por qué los discursos y artículos de Bujarin del último año están llenos de acusaciones contra la Oposición sobre las cuestiones más candentes de la revolución china?

Si tengo tiempo, leeré aquí una carta de Rádek: es una repetición de su carta del pasado julio. Esta carta fue escrita el pasado septiembre y aborda las cuestiones más candentes de la revolución china.

2.- Sólo el 5 de abril, es decir, sólo una semana antes del golpe de estado de Chiang Kai-shek, Stalin rechazó la opinión de Rádek en una reunión de funcionarios moscovitas y declaró de nuevo que Chiang Kai-shek se sometía a la disciplina, que las amonestaciones carecían de fundamento, que utilizaríamos a la burguesía china y luego la tiraríamos como un limón exprimido. Todo el discurso de Stalin significaba calmar, disipar la inquietud, adormecer a nuestro partido y al partido chino. Miles de camaradas escucharon este discurso. Fue el 5 de abril. En verdad, el pronóstico no es tan notable como Bujarin puede afirmar. El estenograma de este discurso de Stalin nunca se hizo público, porque pocos días después el limón exprimido tomó el poder con su ejército. Como miembro del CC, tenía derecho a conseguir el estenograma de este discurso. Pero mis esfuerzos e intentos fueron en vano. Intentadlo ahora, camaradas, quizás tengáis mejor suerte. Lo dudo. Este taquigrama oculto de Stalin basta por sí solo, sin ningún otro documento, para revelar lo erróneo de la línea oficial, y para demostrar lo fuera de lugar

que está sostener que los acontecimientos de Shanghai y Cantón “confirmaron” la misma línea que Stalin defendió en Moscú una semana antes.

3.- El CC recibió el 17 de marzo un informe de China, de tres camaradas que fueron enviados allí por el CC. Este importantísimo documento ofrece una descripción real de cómo era realmente la línea de la IC. En palabras del documento, Borodin actuó unas veces como un derechista, otras como un hombre del Guomindang de Izquierda, pero nunca como un comunista. Los representantes de la IC actuaban también con el mismo espíritu, transformándola un poco en la Kuomintern; obstaculizaban la política independiente del proletariado, su organización independiente y, sobre todo, su armamento; reducir éste al mínimo lo consideraban su deber sagrado. Dios no lo quiera, con las armas en la mano el proletariado asustaría al gran espíritu de la revolución nacional, que se cierne sobre todas las clases. ¡Exijan este documento! ¡Léanlo! Estúdienlo, para que no tengan que votar a ciegas.

Podría citar decenas de artículos, discursos y documentos de este tipo a lo largo de un año y medio o dos años. Estoy dispuesto a hacerlo por escrito en cualquier momento, con toda exactitud y con indicación de fecha y página. Pero, lo dicho ya, es suficiente para demostrar cuán básicamente falsa es la afirmación de que los hechos confirmaron el “pronóstico” de entonces.

Léase más adelante en la resolución:

“El CEIC opina que la táctica de un bloque con la burguesía nacional, en el período de la revolución ya pasado, era plenamente correcta.”

Aún más. Bujarin sostiene aún hoy que la célebre fórmula de Martinov de que el gobierno nacional es el gobierno del bloque de cuatro clases, adolece de un solo defecto insignificante: que Martinov no subrayó que la burguesía está a la cabeza del bloque. ¡Una nimiedad bastante insignificante! Por desgracia, la obra maestra de Martynov presenta muchos otros defectos. En su artículo para *PRAVDA*, Martynov sostiene abierta y claramente que el gobierno nacional de Chiang Kai-shek no era (¡no!) un gobierno burgués, sino (¡sino!) un gobierno del bloque de las cuatro clases. Así está escrito para él en las sagradas escrituras.

¿Qué significa esto de bloque de cuatro clases? ¿Se han encontrado antes esta expresión en los escritos marxistas? Si la burguesía dirige a las masas oprimidas del pueblo bajo la bandera burguesa y se apodera del poder estatal a través de su dirección, entonces esto no es un bloque sino la explotación política de las masas oprimidas por la burguesía. Pero la revolución nacional es progresista, responden. Por supuesto. El desarrollo capitalista en los países atrasados también es progresivo. Pero su carácter progresivo no está condicionado por la cooperación económica de las clases, sino por la explotación económica del proletariado y del campesinado por la burguesía. Quien no habla de lucha de clases sino de cooperación de clases para caracterizar el progreso capitalista, no es un marxista sino un profeta de sueños de paz. Quien habla del bloque de cuatro clases para subrayar el carácter progresivo de la explotación política del proletariado y del campesinado por la burguesía, no tiene nada que ver con el marxismo, pues en ello reside realmente la función política de los oportunistas, de los “conciliadores”, de los heraldos de los sueños de paz

La cuestión del Guomindang es la que está más estrechamente relacionada con esto. Lo que Bujarin hace de ello es una verdadera superchería política. El Guomindang es tan “especial”, algo sin precedentes, algo que sólo puede caracterizarse por la bandera azul y el humo azul; en una palabra: no hay quien entienda esta “cosa especial” tan complicada, y no puede entenderse porque, según Bujarin, es demasiado “especial”. Lo que el propio Bujarin entiende de ella, sin embargo, no debe entenderse en absoluto a partir de las palabras de Bujarin. El Kuomintang es un *partido* y, en tiempos de

revolución, sólo puede entenderse como partido. En el período reciente, este partido no ha encarnado el “bloque de cuatro clases”, sino el papel dirigente de la burguesía sobre las masas populares, el proletariado y el partido comunista incluidos. No hay que abusar de la palabra “bloque”, sobre todo en este caso en que se hace sólo por el bien de la burguesía. Tomado políticamente, un bloque es la expresión de una alianza de bandos “con iguales derechos”, que llegan a un entendimiento sobre una determinada acción conjunta. Sólo que éste no era el caso en China, y sigue sin serlo a día de hoy. El partido comunista era una parte subordinada de un partido a cuya cabeza estaba la burguesía nacional-liberal. El pasado mes de mayo, el partido comunista se obligó a no criticar ni siquiera las enseñanzas de Sun Yat-sen, es decir, la doctrina pequeñoburguesa que se dirige no sólo contra el imperialismo, sino también contra la lucha de clases proletaria.

Este Guomindang “especial” ha asimilado la lección de la *exclusividad* del partido que ejerce la dictadura y saca de ello la conclusión en cuanto a los comunistas: “¡Callad la boca!”, pues en Rusia [dicen] también hay un solo partido a la cabeza de la revolución.

Para nosotros, la dictadura del partido (falsamente discutida teóricamente por Stalin) es la expresión de la dictadura socialista del proletariado. En China tenemos la revolución burguesa, y la dictadura del Kuomintang se dirige no sólo contra los imperialistas y los militaristas, sino también contra la lucha de clases proletaria. De ese modo, la burguesía, apoyada por la pequeña burguesía y los radicales, frena la lucha de clases del proletariado y los levantamientos del campesinado, se fortalece a costa de las masas populares y de la revolución.

La dictadura de un partido forma parte de la revolución socialista. En la revolución burguesa, el proletariado debe asegurar absolutamente la independencia de su propio partido, a cualquier precio, cueste lo que cueste. En el pasado, el Partido Comunista de China ha sido un partido encadenado. No tenía ni siquiera su propio periódico. Imagínense lo que esto significa en general y especialmente en una revolución. ¿Por qué no ha tenido, y no tiene hasta hoy, su propio diario? Porque el Guomindang no lo quiere. ¿Podemos tolerar algo así? Esto significa desarmar políticamente al proletariado. Entonces, retirada del Guomindang (grita Bujarin). ¿Y por qué? ¿Quiere decir con ello que el partido comunista no puede existir dentro del Kuomintang “revolucionario” como partido? Se puede aceptar permanecer dentro de un Guomindang realmente revolucionario sólo bajo condiciones de completa libertad de acción política y organizativa para el partido comunista, con una tendencia común garantizada para la acción del Guomindang junto con el partido comunista.

Las condiciones políticas para ello han sido enumeradas en la tesis de Zinóviev, así como en la mía propia (núm. 39), más precisamente en los puntos a, b, c, d, e, f, g y h. Éstas son las condiciones para permanecer en el Guomindang de Izquierda. Si el camarada Bujarin está a favor de permanecer incondicionalmente (bajo cualquier circunstancia y a cualquier precio), entonces no estamos de acuerdo con él.

(*Remmele*: ¿Dónde está eso en la resolución?)

El mantenimiento de un bloque o de la forma organizativa de un bloque a cualquier precio conduce a la necesidad de arrojarse a los pies del compañero. La sesión berlinesa del Comité Anglo-Ruso nos lo enseña.

El partido comunista debe crear su propia prensa diaria completamente independiente, a cualquier precio. Así, por primera vez, empezará realmente a vivir y a actuar como un partido político.

Sigamos leyendo:

“El CEIC considera radicalmente falsa la opinión liquidadora [¡Mira, mira!] de que la crisis de la revolución china es una derrota a largo plazo”.

Sobre este punto, nos hemos expresado en nuestra tesis con toda claridad. Que la derrota es grande lo considero evidente. Tratar de minimizarla sólo significa interponerse en el camino de la educación del partido chino.

Nadie está hoy en condiciones de profetizar con exactitud si la derrota durará, ni por cuánto tiempo. En todo caso, en nuestras tesis partimos de la posibilidad de una rápida superación de la derrota por el proletariado. Pero la condición previa para ello es una política correcta por nuestra parte. La política representada por el camarada Chen Tu-hsiu, dirigente del partido, en su discurso en la última convención del Partido Comunista de China (publicado recientemente en *PRAVDA*) es básicamente falsa en las dos cuestiones más importantes: la del gobierno revolucionario y la de la revolución agraria. Si no corregimos con la mayor energía la política de los chinos y de nuestro propio partido en estas dos cuestiones decisivas, la derrota se hará más profunda y pesará durante mucho tiempo sobre el pueblo trabajador chino. Lo más esencial al respecto se ha dicho en mi tesis, en el epílogo del discurso del camarada Chen Tu-hsiu. Debo limitarme mucho, y señalo las tesis y otros documentos. He prometido leer también la carta de Rádek al comité central. Desgraciadamente no puedo refutar aquí afirmaciones totalmente frívolas y absurdas sobre la “rendición” del Ferrocarril Oriental Chino, etc. Bujarin, al igual que yo, no dispone de documentos al respecto, porque la cuestión se examinó muy superficialmente en una sesión del politburó.

(Bujarin: Es una desvergüenza negarlo).

Si me dan tres minutos para ello, refutaré inmediatamente al avergonzado Bujarin, pues lo que dice es mentira. Lo único que propuse en aquel momento (después de las palabras del camarada Rudzutak, que dijo que este ferrocarril se convierte de vez en cuando en un instrumento del imperialismo, por lo que Bujarin atacó a Rudzutak) fue una declaración por nuestra parte en la que repitiéramos, de manera abierta y solemne, lo que ya habíamos dicho una vez en las decisiones sobre Pekín: en el momento en que el pueblo chino haya creado su propio gobierno democrático unificado, le entregaremos libre y gustosamente el ferrocarril en las condiciones más favorables. El politburó dijo: no, en este momento tal declaración será interpretada como un signo de debilidad, haremos esta declaración dentro de un mes. Aunque no estaba de acuerdo, no protesté. Se trató de una discusión pasajera que más tarde se transformó de una manera miserable, de una manera falsa, y luego se convirtió en una fórmula redondeada, lanzada en la organización del partido, en las células del partido, con insinuaciones torcidas en la prensa, en una palabra, tratada tal como se ha convertido en costumbre y práctica entre nosotros en los últimos tiempos.

Presidente: camarada Trotsky, llamo su atención sobre el hecho de que sólo tiene ocho minutos más para hablar. El presidium le ha concedido cuarenta y cinco minutos y después de eso debo dejar que el pleno decida.

Remmele: además de eso, debo pedir al pleno que rechace ciertas imputaciones y expresiones; hablar de un Bujarin desvergonzado es lo más bajo que he oído hasta ahora.

Trotsky: si se me reprocha desvergüenza y hablo del avergonzado, se protesta... contra mí. Hablo del avergonzado Remmele que me acusa de desvergüenza. Es usted quien habla de desvergüenza, yo siempre hablo sólo de descaró.

Presidente: Le ruego encarecidamente que se abstenga de tales expresiones. No crea que puede comportarse aquí como le plazca.

Trotsky: Me inclino ante la objetividad del presidente y retiro toda sospecha de “vergüenza”.

No puedo leer toda la carta de Rádek; tal vez lo haga cuando hable por segunda vez. La carta de Rádek, que fue enviada al CC de pleno acuerdo conmigo y con Zinóviev, y que planteaba las cuestiones más candentes de la revolución china que estamos

discutiendo hoy aquí, no fue contestada por el politburó del partido. Por lo tanto, ahora sólo debo hablar de las consecuencias políticas generales creadas por la gravísima derrota de la revolución china.

El camarada Bujarin ya ha hecho el intento de referirse al hecho de que Chamberlain rompió las relaciones diplomáticas. Nos encontrábamos (ya lo he observado) en una situación muy difícil, en la que estábamos rodeados de enemigos, y Bujarin y otros camaradas participaron entonces en una gran discusión de partido para encontrar la forma correcta de salir de la difícil situación. Un partido revolucionario no puede renunciar a su derecho a analizar la situación y sacar las conclusiones necesarias para su política, tanto en una situación difícil como en una favorable. Porque, repito una vez más, si una política falsa puede ser inofensiva en una situación favorable, puede llegar a ser fatal en una situación difícil.

¿Son grandes las diferencias de opinión? Muy grandes, muy significativas y muy importantes. No se puede negar que se han profundizado en el transcurso del último año. Nadie hubiera creído hace un año en la posibilidad de las decisiones berlinesas del Comité Anglo-Ruso, nadie en la posibilidad de que la filosofía del bloque de las cuatro clases fuera alardeada en *PRAVDA*, de que Stalin presentara su limón exprimido en vísperas del golpe de estado de Chiang Kai-shek, igual que Kuusinen presentó ayer su certificado de aduanas. ¿Por qué fue posible este rápido desarrollo? Porque la línea incorrecta fue puesta en jaque por los dos mayores acontecimientos del último año, las grandes huelgas en Gran Bretaña y la revolución china.

Han surgido camaradas (y sin duda volveremos a oír tales voces) que decían: puesto que las contradicciones se han agudizado, el camino conduce necesariamente a dos partidos. Yo niego esto. Vivimos en un período en el que las contradicciones no se osifican, porque los grandes acontecimientos nos enseñan mejor. Hay un gran y peligroso empuje hacia la derecha en la línea de la IC. Pero tenemos suficiente confianza en la fuerza de las ideas bolcheviques y en el poder de los grandes acontecimientos para rechazar con decisión y determinación toda profecía de escisión.

Las tesis del camarada Bujarin son erróneas. Y, además, de la manera más peligrosa. Suprimen los puntos más importantes de la cuestión. Contienen el peligro de que no sólo no recuperemos el tiempo perdido, sino que perdamos aún más tiempo.

1.- En lugar de hacer sonar continuamente las alarmas sobre el deseo de retirarse del Guomintang (lo que no se propone en absoluto), la independencia política del partido comunista debe ponerse por encima de cualquier otra consideración, incluso la de permanecer en el Guomintang. Una prensa diaria separada, crítica implacable también contra el Guomintang de izquierdas.

2.- El aplazamiento de la revolución agraria hasta que el territorio esté asegurado militarmente (la idea de Chen Tu-hsiu) debe ser condenado formalmente, pues este programa pone en peligro la vida de la revolución.

3.- El aplazamiento de la reorganización del gobierno hasta la victoria militar (una segunda idea de Chen Tu-hsiu) también debe caracterizarse por poner en peligro la vida de la revolución. El bloque de dirigentes de Hankeu no es todavía un gobierno revolucionario. Crear y difundir cualquier ilusión a este respecto significa condenar la revolución a muerte. Sólo los sóviets de obreros, campesinos, pequeñoburgueses y soldados pueden servir de base a un gobierno revolucionario.

Naturalmente, el gobierno de Hankeu tendrá que adaptarse de un modo u otro a los sóviets o, de lo contrario, desaparecer.

4.- La alianza entre el partido comunista y un Kuomintang realmente revolucionario no sólo debe mantenerse, sino que debe ampliarse y profundizarse sobre la base de los sóviets de masas.

Quien hable de armar a los obreros sin permitirles construir sóviets no habla en serio de armarlos. Si la revolución se desarrolla más (y estamos plenamente seguros de que así será), el impulso de los trabajadores para construir sóviets será cada vez más fuerte. Debemos preparar, fortalecer y extender este movimiento, pero no obstaculizarlo ni ponerle frenos como propone la resolución.

La revolución china no puede avanzar si se consienten las peores desviaciones de la derecha y se permite que circulen mercancías mencheviques de contrabando bajo el sello aduanero del bolchevismo (el camarada Kuusinen lo hizo ayer durante toda una hora), mientras que, por otro lado, se sofocan mecánicamente las advertencias realmente revolucionarias de la izquierda.

La resolución de Bujarin es errónea y peligrosa. Dirige el ataque hacia la izquierda. El Partido Comunista de China, que puede y debe convertirse en un verdadero partido bolchevique en el fuego de la revolución, no puede aceptar esta resolución. Nuestro partido y toda la Comintern no pueden hacer suya esta resolución. El problema histórico mundial debe ser discutido abierta y honestamente por toda la Internacional. La discusión, por aguda que sea políticamente, no debe desarrollarse en el tono de la mordacidad y la calumnia envenenadas y personales. Todos los documentos, los discursos, las tesis, los artículos deben ponerse a disposición de los miembros de la Internacional.

La revolución china no puede ser metida en una botella y sellada desde arriba con un sello.

Segunda intervención

Todos somos de la opinión de que la revolución china vive y seguirá viviendo. Por eso, la cuestión principal no es si la Oposición lanzó una advertencia y cuándo y dónde (yo afirmo que sí lanzó una advertencia y me encargo de demostrarlo); la cuestión no es si Trotsky o Maslow querían entregar el Ferrocarril Oriental Chino; la cuestión es más bien qué hay que hacer a partir de ahora para sacar a la revolución del pantano al que la condujo una política falsa y ponerla en el camino correcto. Quiero, en pocas palabras, ir al meollo de la cuestión y mostrar la irreconciliable divergencia entre nuestra posición y la de Stalin.

Stalin ha vuelto a pronunciarse aquí contra los sóviets obreros y campesinos con el argumento de que el Guomintang y el gobierno de Wuhan son medios e instrumentos suficientes para la revolución agraria. De este modo, Stalin asume, y quiere que la Internacional asuma, la responsabilidad de la política del Guomintang y del gobierno de Wuhan, como asumió repetidamente la responsabilidad de la política del antiguo “gobierno nacional” de Chiang Kai-shek (particularmente en su discurso del 5 de abril, cuyo estenograma, por supuesto, se ha ocultado a la Internacional).

No tenemos nada en común con esta política. No queremos asumir ni una sombra de responsabilidad por la política del gobierno de Wuhan y de la dirección del Guomintang, y aconsejamos urgentemente a la Comintern que rechace esta responsabilidad. Decimos directamente a los campesinos chinos: los dirigentes del Guomintang de Izquierda del tipo de Wang Jing-wei y compañía os traicionarán inevitablemente si seguís a los jefes de Wuhan en vez de formar vuestros propios sóviets independientes. La revolución agraria es una cosa seria. Los políticos del tipo de Wang Jing-wei, en condiciones difíciles, se unirán diez veces con Chiang Kai-shek contra los obreros y campesinos. En tales condiciones, dos comunistas en un gobierno burgués se convierten en rehenes impotentes, cuando no en una máscara directa para la preparación de un nuevo golpe contra las masas trabajadoras. Decimos a los obreros de China: los

campesinos no llevarán a cabo la revolución agraria hasta el final si se dejan dirigir por radicales pequeñoburgueses en vez de por vosotros, los proletarios revolucionarios. Por tanto, construid vuestros sóviets obreros, aliadlos con los sóviets campesinos, armaos a través de los sóviets, atraed a los representantes de los soldados a los sóviets, fusilad a los generales que no reconozcan a los sóviets, fusilad a los burócratas y liberales burgueses que organicen levantamientos contra los sóviets. Sólo a través de los sóviets de campesinos y soldados ganaréis para vosotros a la mayoría de los soldados de Chiang Kai-shek. Vosotros, los proletarios chinos avanzados, seríais traidores a vuestra clase y a vuestra misión histórica si creyeráis que una organización de dirigentes, pequeñoburguesa y de espíritu transigente, que no tiene más de 250.000 miembros (véase el informe de Tang Ping-shan), es capaz de ocupar el lugar de los sóviets de obreros, campesinos y soldados que agrupan a millones y millones. La revolución democrático-burguesa china avanzará y triunfará en la forma soviética o no triunfará.

Diremos a los comunistas chinos: el programa del camarada Chen Ti-hsiu, a saber, aplazar la “reorganización” del régimen de Hankeu y la confiscación de las tierras de los grandes terratenientes hasta que desaparezca el peligro de guerra, es el camino más seguro y rápido hacia la ruina. El peligro de guerra es el peligro de clase. Sólo se puede acabar con ella aplastando a los grandes terratenientes, aniquilando a los agentes del imperialismo y de Chiang Kai-shek y construyendo sóviets. Precisamente en ello reside la revolución agraria, la revolución popular, la revolución obrera y campesina, es decir, la auténtica revolución nacional (en el sentido leninista, pero no martinovista del término).

Pasemos ahora a las cuestiones internas del Partido Comunista de la Unión Soviética.

En momentos críticos como el actual, la regla principal de la política revolucionaria consiste en reflexionar sobre una cuestión hasta el final y expresar la propia opinión completamente, con toda claridad, sin hipocresía alguna, sin reservas. Se trata de la oposición en el PCUS y de lo que va a ocurrir en relación con las dificultades internacionales y las perspectivas de guerra.

Sería manifiestamente absurdo creer que la Oposición puede simplemente renunciar a sus puntos de vista. Tales cuestiones se deciden por la prueba de los acontecimientos. Un examen del último medio año transcurrido desde el VII Pleno Ampliado ha mostrado y demostrado, en nuestra opinión, que la línea de la Oposición resistió la prueba de los mayores acontecimientos de la revolución china y permitió prever y predecir correctamente cada etapa de la cuestión del Comité Anglo-Ruso, es decir, en esencia, la cuestión de Ámsterdam y, por consiguiente, también de la II Internacional.

¿Es posible el trabajo en común? Les he enumerado a nuestros diplomáticos, y sólo he nombrado a los más importantes. Podría nombrar a cientos y miles de obreros del partido, de la Oposición, en diversos puestos en el país. ¿Se atreverá alguien a decir que tales opositores, por ejemplo, como el Comisario del Pueblo para Comunicaciones Postales y Telegráficas, Ivan Nikitich Smirnov, o el jefe de la Inspección Obrera y Campesina para el Ejército y la Marina, Murálov, o el Comisario del Pueblo para el Interior, Beloborodov, cumplen sus deberes peor que otros? Pero todo el truco del aparato del partido consiste en apartar a los opositores de su trabajo, empezando por los obreros cualificados de las fábricas. Se les persigue, se les desplaza, se les expulsa, independientemente de la calidad de su trabajo, única y exclusivamente a causa de su punto de vista de la Oposición, que defienden con los métodos del partido. A medida que se acerca el congreso del partido, intentan enviar a un miembro del comité central, el camarada Smilgá, uno de los bolcheviques más antiguos, uno de los héroes de la revolución de octubre y de la guerra civil, uno de nuestros economistas más destacados,

al Extremo Oriente, a Jabárovsk, para que realice trabajos de planificación, es decir, simplemente para aislarlo políticamente. Del mismo modo, tratan de deshacerse del camarada Safarov, que tiene a sus espaldas más de veinte años de trabajo ininterrumpido en el partido, proponiéndole que se marche cuanto antes, ya sea a Turquía, ya a Tierra del Fuego, ya al planeta Marte, ya a cualquier otro lugar, con tal de que desaparezca. Están intentando a toda costa enviar a uno de los miembros más antiguos del partido, Kuklin, proletario hasta la médula, antiguo miembro del comité central (fue apartado de él por apoyar a la Oposición) a Gran Bretaña, donde estaría prácticamente como pez fuera del agua. Todos ellos son revolucionarios sin tacha, combatientes de la revolución de octubre y de la guerra civil. El número de ejemplos podría multiplicarse hasta el infinito¹⁰. Este método es ruinoso. Desorganiza al partido. El trabajo práctico común es totalmente posible. Lo ha demostrado toda nuestra experiencia. La garantía de ese trabajo común en interés de nuestro estado obrero depende enteramente del comité central que, es cierto, sigue un curso exactamente contrario.

Repito: el trabajo en común concienzudo es posible, a pesar de la profundización de las diferencias durante el último año. En las cuestiones internacionales esto se ha manifestado claramente, porque allí han tenido lugar acontecimientos tremendos. Pero ahora los acontecimientos están entrando en una nueva fase también en las cuestiones internas. No sólo la guerra, sino también el peligro de guerra en sí, nos plantean duramente todas las cuestiones. Cada clase examina necesariamente las cuestiones fundamentales de la política cuando se enfrenta a la guerra. El kulak, el funcionario y el hombre de la NEP levantan la cabeza y preguntan: ¿Qué clase de guerra será ésta?, ¿qué sacaremos de ella?, con qué métodos se llevará a cabo? Por otra parte, ante el peligro de guerra, el obrero de la ciudad, el trabajador de la tierra y el campesino pobre también examinarán más agudamente los logros de la revolución, las ventajas y desventajas del régimen soviético, y preguntarán: ¿en qué dirección cambiará la relación de fuerzas con la guerra?, ¿acrecentará el rol de los hombres de arriba o el de las masas de abajo?, ¿enderezará la línea de clase proletaria del partido o acelerará la desviación de los de arriba con el pretexto de una “guerra nacional” (según la interpretación estalinista)?

Los elementos burgueses entre nosotros se han hecho muy fuertes; la lucha de las dos tendencias tiene sus raíces en las clases. Como en nuestro país sólo hay un partido, la lucha continúa dentro de nuestro partido.

Con la mayor ligereza, o más correctamente, con la ligereza más criminal, se ha hablado aquí de romper la Oposición, de escindir la Oposición, y los oradores eran aquellos cuyo pasado entero no les da el menor derecho a hacerlo. Pero no me detendré en ellos. A esas personas las arrastra una ola y se las lleva otra.

Ustrialov¹¹, el más astuto enemigo del bolchevismo, exige desde hace tiempo la expulsión de la Oposición y la escisión con ella. Ustrialov es el representante de la nueva burguesía que surge de la NEP, y del sector más viril de la vieja burguesía que quiere apoyarse en la nueva. Ustrialov no quiere “saltarse ninguna etapa”. Ustrialov apoya abiertamente la política de Stalin y sólo exige de Stalin una mayor determinación en la liquidación de la Oposición. Reflexionen sobre estos hechos.

Por otra parte, cuando MacDonald llama contra la intervención, exige que no se impida a los sensatos “políticos prácticos” acabar con “los propagandistas de la Tercera Internacional” (son palabras literales de MacDonald), es decir, que no se moleste a Stalin en su labor de aplastar a la Oposición. Chamberlain, con sus métodos de bandolero, quiere

¹⁰ Kuklin y Safarov, condenados en 1935, fueron ejecutados en prisión igual que Beloborodov y Smilgá, sin juicio. Smirnov y Murálov fueron condenados en el primer y segundo proceso de Moscú. *Broué*.

¹¹ Ustrialov, emigrado blanco, dirigente de la tendencia a la restauración del capitalismo en la URSS por vía progresiva. *Broué*.

acelerar el mismo proceso. Los diversos métodos se dirigen hacia un objetivo: aplastar la línea proletaria, destruir las conexiones internacionales de la Unión Soviética, obligar al proletariado ruso a renunciar a su intervención en los asuntos del proletariado internacional. ¿Puede dudarse de que MacDonald no pondrá objeciones a su negativa a permitir que el camarada Zinóviev asista a las sesiones de la Comintern? MacDonald se jactará de su propia clarividencia si ustedes llevan a cabo la política de destruir y escindir a la oposición. MacDonald dirá: los políticos prácticos rompen con los propagandistas de la III Internacional.

El intento de presentar a la Oposición como un grupo de dirigentes es un burdo engaño. La Oposición es una expresión de la lucha de clases. La debilidad organizativa de la Oposición no se corresponde en absoluto con su peso específico en el partido y en la clase obrera. La fuerza del actual régimen del partido radica, entre otras cosas, en el hecho de que cambia la relación de fuerzas en el partido por medios artificiales. El pesado régimen burocrático actual del partido refleja la presión de otras clases sobre el proletariado. Ayer, ochenta viejos miembros del partido, bolcheviques probados, enviaron una declaración al comité central en la que apoyan plenamente el punto de vista que estamos desarrollando aquí. Todos ellos son camaradas que tienen a sus espaldas diez, quince, veinte y más años de trabajo ininterrumpido en el Partido Bolchevique. Hablar de cualquier tipo de “trotskismo” ante todos estos hechos, es falsear la cuestión de una manera ridícula y miserable. Los revisionistas etiquetan el contenido revolucionario del marxismo con la palabra blanquismo, para poder luchar más fácilmente contra el marxismo. Los camaradas que se apartan de la línea bolchevique etiquetan el contenido revolucionario del leninismo con la palabra “trotskismo”, para poder luchar más fácilmente contra el leninismo. Hemos tenido un ejemplo clásico de esto en el discurso del camarada Kuusinen, por cuya boca habló un socialdemócrata alemán provinciano.

Durante el período más reciente de desarrollo del partido, los golpes se han dirigido sólo contra la izquierda. La razón fundamental de ello son las derrotas del proletariado en el campo internacional y el fortalecimiento del rumbo de la derecha que se deriva de ellas. Toda la historia del movimiento obrero demuestra que las grandes derrotas se traducen en un triunfo temporal de la línea oportunista. Tras la derrota de las grandes huelgas en Gran Bretaña y de la revolución china, quieren asestar un nuevo golpe a la Oposición, es decir, a la línea revolucionaria de izquierda en el Partido Comunista de la Unión Soviética y en la Internacional Comunista. No cabe duda de que el discurso de principios más consumado fue el pronunciado aquí por el nuevo líder del nuevo curso, Martynov, el charlatán del bloque de las cuatro clases. ¿Qué significa esto? Un fortalecimiento aún mayor del giro a la derecha. Significa la amenaza de que triunfen las tendencias de Ustrialov. Los Ustrialov no quieren saltarse ninguna etapa o fase, por eso los Ustrialov están ahora abiertamente a favor de Stalin. Pero, por supuesto, no piensan quedarse con él. Para ellos, no es más que una etapa. Para ellos, se trata de destruir la barrera de la izquierda en el PCUS, de debilitar la línea proletaria, de transformar el sistema soviético en un instrumento de la pequeña burguesía, para proceder, a partir de ahí, por el camino directo hacia la restauración del capitalismo, muy probablemente bajo la forma bonapartista.

El peligro de guerra plantea todas las cuestiones con dureza. La línea de Stalin es la línea de la indecisión, de la vacilación entre las tendencias de izquierda y de derecha, con un apoyo real a la línea de la derecha. El crecimiento del peligro de guerra obligará a Stalin a elegir. Se ha esforzado aquí por demostrar que la elección ya se ha hecho. Después de la masacre de los obreros chinos por la burguesía, después de la capitulación del buró

político ante Purcell¹², después del discurso de Chen Duxiu en PRAVDA, Stalin ve al enemigo sólo a la izquierda y dirige su fuego contra ella. Decenas de viejos y probados camaradas del Partido Bolchevique, principalmente de Moscú y Leningrado, advierten al partido en su carta colectiva de los amenazadores peligros internos. No dudamos de que miles de combatientes del partido se unirán a ellos, combatientes que no temen amenazas ni provocaciones y que, a pesar de todas las barreras mecánicas, comprenderán cómo penetrar en la opinión pública del partido y reconducir la línea revolucionaria del bolchevismo, y lo harán a través del partido y por los métodos del partido.

Confraternizar con Purcell y provocar a Zinóviev, elogiar y pintar a los dirigentes burgueses del Guomindang y cargar furiosamente contra la Oposición de Izquierda en el PCUS y en otros partidos: una cosa va estrechamente ligada a la otra. Este es un rumbo determinado. Lucharemos hasta el final contra este rumbo. Stalin dijo que la Oposición está en un frente con Chamberlain, con Mussolini y con Zhang Zuolin. A eso respondo: nada ha facilitado tanto el trabajo de Chamberlain como la falsa política de Stalin, particularmente en China. La revolución no puede hacerse a medias. El golpe de Londres es el pago del curso martinovista en China. En este camino, sólo se pueden acumular derrotas.

Es evidente que Stalin quiere hacer el intento de presentar a la Oposición como algo así como un cuerpo de defensa de Chamberlain. Esto está totalmente en el espíritu de sus métodos. Ayer Michael Romanov¹³, hoy Chamberlain. Pero aquí se equivocará aún más que con sus esperanzas en Chiang Kai-shek y Purcell. Chamberlain debe ser seriamente combatido, y la clase obrera del país, y de todo el mundo, debe ponerse en pie y unirse. Las masas sólo pueden ponerse en pie, unirse y fortalecerse mediante una línea de clase correcta. Mientras luchamos por una línea revolucionaria correcta contra la línea de Stalin, estamos preparando las mejores condiciones para la lucha contra Chamberlain. No somos nosotros quienes ayudamos a Chamberlain; es la falsa política.

Ni un solo proletario honesto creará la insensata infamia sobre el frente único entre Chamberlain y Trotsky. Pero el sector reaccionario de la pequeña burguesía, el kulakismo creciente de los Cien Negros, puede creerlo, o fingir creerlo, para llevar hasta el fin la supresión de la línea proletaria revolucionaria y de sus representantes. Si se le deja un dedo al demonio del chovinismo, uno se pierde por completo. Con sus acusaciones envenenadas, Stalin ofrece este dedo. Lo decimos aquí y lo diremos abiertamente ante el proletariado internacional.

¹² Dirigente de los sindicatos británicos. *Broué*.

¹³ En la reunión de noviembre-diciembre de 1927 del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, durante el debate sobre la cuestión rusa, Stalin intentó desacreditar, por todos los medios posibles, el punto de vista de la Oposición mediante duros ataques personales a su líder. En las observaciones finales de su informe, Stalin de repente “recordó” que, inmediatamente después de la revolución de marzo de 1917, Kámenev se había unido a varios ricos comerciantes siberianos en Moscú para enviar un telegrama de felicitaciones a Miguel Romanov, a quien el zar abdicante había cedido el “derecho al trono”. El “recuerdo” de Stalin de esta historia provocó una gran agitación en la sala. Los contrarrevolucionarios habían hecho circular una historia similar durante los primeros años de la revolución bolchevique. Al no tener ningún fundamento, Lenin y el partido la negaron formal y públicamente en aquellos momentos. Se reavivó maliciosamente en 1927 por consideraciones puramente fáccionales. Traductor al inglés.

La vía segura

La corresponsalía de Shanghái del *Daily Express* comunica que:

“Los campesinos de la provincia de Henan la ocupan y ejecutan a los terratenientes que resisten más obstinadamente. Por todas partes el control está en manos de los comunistas. Se han creado consejos obreros locales a los que les pertenece el poder administrativo.” (*Pravda* del 11 de mayo de 1927)

No sabemos en qué medida es justo el telegrama que caracteriza el ambiente con trazos tan netos. No tenemos otras noticias al margen de este telegrama. ¿Cuál es la amplitud real del movimiento? ¿No está exagerado conscientemente para influenciar la imaginación de Mac Donald, Thomas, Purcell y Hicks con la intención de hacerlos más dúctiles a la política de Chamberlain? No lo sabemos, pero eso en este caso no tiene una importancia decisiva.

Los campesinos se apoderan de la tierra y exterminan a los terratenientes más contrarrevolucionarios. Se han creado consejos obreros locales a los que les pertenece el poder administrativo. Esto es lo que un corresponsal de un diario reaccionario nos hace saber. La redacción de *Pravda* ha considerado esta comunicación lo suficientemente importante como para colocarla en la primera página, en el sumario que ofrece de los acontecimientos diarios más notables del mundo entero. También opinamos que esto es justo. Pero sería evidentemente muy prematuro pretender que la revolución china, tras el golpe de estado de abril de la contrarrevolución burguesa, ha entrado ya en un nuevo y superior estadio. Tras una gran derrota, sucede frecuentemente que una parte de las masas, que no se ha visto obligada a soportar golpes directos, desata en un estadio siguiente un movimiento y supera temporalmente a los destacamentos de cabeza que ya han sufrido de una forma particularmente fuerte la derrota. Si estuviésemos ante un fenómeno de ese género, los sóviets de Henan desaparecerán muy pronto, arrastrados temporalmente por el reflujo revolucionario general.

Pero no existe la menor razón para afirmar que estamos únicamente ante choques violentos de la retaguardia de la revolución que retrocede por un largo período. Aunque la derrota de abril no haya sido un “episodio” parcial sino una etapa muy importante en el desarrollo de la contrarrevolución; a pesar de la crueldad sanguinaria que han sufrido los destacamentos de vanguardia de la clase obrera, no existe la mínima razón para afirmar que la revolución china esté vencida para décadas.

Como el movimiento agrario está más diseminado, está menos expuesto a la acción inmediata de los verdugos de la contrarrevolución. No está excluida la posibilidad de ver cómo el crecimiento ulterior del movimiento agrario le da al proletariado la posibilidad de levantarse ya en un futuro relativamente próximo, y pasar a un nuevo ataque. Evidentemente, profecías exactas son imposibles en este punto, en particular a una gran distancia. El Partido Comunista de China tendrá que seguir atentamente el curso real de los acontecimientos y los agrupamientos de clase a fin de adaptar el momento actual a una nueva oleada de ofensiva.

La posibilidad de una nueva ofensiva no dependerá solamente del desarrollo del movimiento agrario, sino que dependerá, también, de qué lado se desarrollen, en el próximo período, las amplias masas pequeño burguesas de las ciudades. El golpe de estado de Chiang Kai-shek no significa solamente (puede que menos) el reforzamiento de la potencia de la burguesía china sino, también, la restauración y la reafirmación de las posiciones del capital extranjero en China, con todas las consecuencias que de ello se derivan. De ahí resulta el carácter verosímil, puede ser que incluso el carácter inevitable (y ello en un futuro bastante próximo), de un giro de las masas pequeño burguesas contra Chiang Kai-shek. La pequeña burguesía, que no solamente debe soportar pesados sufrimientos a causa del capital extranjero sino, también, a causa de la alianza de la burguesía china nacional con él, no puede menos que (tras algunas dudas) girarse contra la contrarrevolución burguesa. Es precisamente en esto en lo que consiste uno de los fenómenos más importantes para nosotros de la mecánica de las clases en la revolución nacional democrática.

Por fin, el joven proletariado chino está habituado de tal forma, por todas las condiciones de su existencia, a las privaciones y sacrificios, ha “aprendido”, junto a todo el pueblo chino oprimido, a mirar la muerte a los ojos en tal medida, que se tiene derecho a esperar de los obreros chinos, una vez sean justamente despertados por la revolución, una abnegación en la lucha completamente excepcional.

Todo ello nos concede el derecho a contar con que la nueva oleada de la revolución china no se verá separada por largos años, sino por algunos cortos meses, de la oleada que terminó con la derrota en abril del proletariado. Pero seríamos revolucionarios sin ningún valor si no orientásemos nuestro curso sobre un nuevo impulso, si no elaborásemos a estos efectos un programa de acción, una vía política y formas de organización.

La derrota de abril no fue “un episodio”, fue una severa derrota de la clase; renunciamos aquí al análisis de las causas de esta derrota. En este artículo queremos hablar del mañana y no del ayer. La severidad de la derrota de abril no consiste solamente en el hecho que los centros proletarios han recibido un duro golpe. La severidad de la derrota consiste en el hecho que los obreros han sido vencidos por uno de los que, hasta ahora, los encabezaba. Un giro tan violento no puede menos que desorganizar físicamente y desconcertar políticamente a las filas del proletariado. Este desconcierto, que es más peligroso para la revolución que la misma derrota, solo puede superarse gracias a una línea revolucionaria clara y precisa para el día de mañana.

En ese sentido, el telegrama del corresponsal de Shanghái, del diario inglés reaccionario, adquiere una importancia absolutamente especial. Muestra qué vías puede seguir la revolución en China si logra alcanzar un estadio superior en el próximo período.

Hemos dicho más arriba, también, que la liquidación, a la campesina, de los grandes terratenientes en Henan, así como la creación de consejos obreros, puede ser también el final acentuado de una última oleada y el comienzo de una nueva, estando dado que se considera la cosa desde lejos. Esta oposición entre las dos oleadas puede perder su importancia si el intervalo entre ellas es largo, es decir de algunas semanas o incluso algunos meses. Pero sea cual sea el estado de las cosas, la significación sintomática de los hechos de Henan es muy clara e indiscutible, independientemente de su amplitud e impulso. Los campesinos y los obreros del Henan muestran qué vía puede seguir su movimiento una vez se rompan las pesadas cadenas de su bloque con la burguesía y los grandes terratenientes. Sería despreciable y pequeño burgués creer que la cuestión agraria y la cuestión obrera, en el proceso de esta revolución gigantesca por las tareas y por las masas que arrastra, pueden solucionarse mediante decretos venidos de arriba y mediante comisiones de arbitraje. El obrero mismo quiere romperle la columna

vertebral a la burguesía reaccionaria y enseñarles a los fabricantes a respetar al proletariado, su personalidad y derechos. El campesino quiere él mismo cortar los nudos de su dependencia frente a los grandes propietarios terratenientes, que le despojan gracias a la usura y lo mantienen en la esclavitud. El imperialismo que, por la violencia, mediante su política aduanera, financiera y militar, impide el desarrollo económico de China, condena a los obreros a la mendicidad y a los campesinos a la esclavitud más cruel. La lucha contra el gran propietario terrateniente, la lucha contra el usurero, la lucha contra el capitalista por mejorar las condiciones de trabajo, se eleva, por eso mismo, a la lucha por la independencia nacional de China, por la liberación de sus fuerzas productivas de las ataduras y cadenas del imperialismo extranjero. Es el enemigo principal y el más potente. Es potente no solamente por sus barcos de guerra sino, también y directamente, por la indisoluble ligazón de los jefes de la banca, de los usureros, burócratas y militares, de la burguesía china, y por las relaciones indirectas, pero que no por ello son menos estrechas, de la gran burguesía comercial e industrial con él.

Todos estos hechos rinden testimonio de que la presión del imperialismo no es en absoluto una presión exterior, mecánica, que suelde a todas las clases. No. Es un factor muy profundo de la acción interior que atrae a la lucha de clases. La burguesía china, comercial e industrial, a cada choque serio con el proletariado le añade la fuerza del capital extranjero y las bayonetas extranjeras. Los dueños de esos capitales y de esas bayonetas, ejercen el papel de agitadores probados y hábiles que también inscriben en sus cuentas la sangre de los obreros chinos, exactamente como el caucho bruto y el opio. Si se quiere expulsar al imperialismo extranjero, si se quiere vencer a este enemigo, es preciso hacer que su trabajo de verdugo y de bandido “pacífico”, “normal”, sea imposible en China. Evidentemente, no se puede llegar a lograrlo por la vía del compromiso de la burguesía con el imperialismo extranjero. Tal compromiso puede aumentar en algún tanto por cien la parte de la burguesía china en los productos del trabajo de los obreros y de los campesinos chinos. Pero ello santificará la injerencia más profunda del imperialismo extranjero en la vida económica y política de China, la esclavitud más profunda de los obreros y campesinos chinos. La victoria sobre el imperialismo extranjero no puede lograrse más que gracias a su expulsión, de las ciudades y campos, por los trabajadores. Es preciso para ello que millones y millones de trabajadores se levanten realmente. No pueden levantarse bajo la simple consigna de liberación nacional, sino solamente en la lucha directa contra el gran propietario terrateniente, contra el sátrapa militar, el usurero, el bergante capitalista. En esta lucha, las masas se levantan ya, se endurecen y arman. No hay otra vía de educación revolucionaria. La dirección gran burguesa del Kuomintang (la banda de Chiang Kai-shek) se ha opuesto por todos los medios a esta vía. Eso solamente desde el interior, por la vía de decretos y prohibiciones, y como la “disciplina” del Kuomintang no era suficiente para ellos, con la ayuda de las ametralladoras. La dirección pequeño burguesa del Kuomintang duda por temor a un desarrollo demasiado tumultuoso del movimiento de las masas. De acuerdo con todo su pasado, los radicales pequeño burgueses están habituados a mirar más bien desde arriba, a buscar combinaciones de toda suerte de grupos “nacionales”, más que a mirar desde abajo, hacia la lucha verdadera de millones de trabajadores. Pero si las dudas y falta de resolución son peligrosas en todas las cosas, en la revolución son nefastas. Los obreros y campesinos del Henan muestran la salida para escapar de las dudas y, en consecuencia, la vía para llegar a la revolución.

No es necesario explicar que únicamente este camino, es decir el impulso más profundo de las masas, el mayor radicalismo social del programa, la bandera levantada de los consejos obreros y campesinos, puede impedir seriamente que la revolución sea abatida militarmente desde el exterior. Los sabemos por nuestra propia experiencia. Únicamente una revolución, sobre cuya bandera los trabajadores y explotados inscriban

claramente sus propias reivindicaciones, es capaz de apoderarse de los sentimientos vivos de los soldados del capitalismo. Experimentamos y probamos todo esto en las aguas del Arcángel, de Odesa y en otros lugares. La dirección llena de compromiso y alevosía no ha salvado a Nanquín de la destrucción y le ha abierto a los barcos enemigos el acceso al Yangtsé. Una dirección revolucionaria, estando dado el impulso social potente del movimiento, puede hacer de modo que las aguas del Yangtsé se conviertan en demasiado ardientes para los barcos de George Chamberlain y Mac Donald. En cualquier caso, la revolución sólo puede buscar y encontrar su defensa en esta vía.

Además, hemos dicho más arriba, en dos ocasiones, que el movimiento agrario y la creación de sóviets pueden significar el fin del ayer y el comienzo del mañana. Pero ello no depende solamente de las condiciones objetivas. El factor subjetivo tiene una enorme importancia, puede que decisiva, bajo las actuales circunstancias: la fijación exacta de las tareas, la dirección firme y clara. Si un movimiento como el que ha comenzado en Henan se deja abandonado a sí mismo, será irremediablemente ahogado. La confianza de las masas que se levantan se duplicará desde el momento en que sientan una dirección firme y más cohesión. Una dirección clara, que generalice las cosas en el terreno político y que las ligue en el terreno organizativo, es la única capaz de librar, más o menos, al movimiento de sobresaltos imprudentes y prematuros y de lo que se llama los “excesos”, sin los cuales, por otra parte, así como lo prueba la experiencia de la historia, no vence ningún movimiento revolucionario de masas real.

La tarea consiste en darle al movimiento agrario y a los consejos obreros un programa claro de acción práctica, darle cohesión interna y un objetivo político de carácter general. Solamente sobre esta base puede formarse y desarrollarse una colaboración realmente revolucionaria del proletariado con la pequeña burguesía, una real alianza combativa del partido comunista con el Kuomintang de izquierda. Los cuadros de este último no pueden formarse y endurecerse realmente más que cuando lo hagan en conexión más estrecha con la lucha revolucionaria de los campesinos y de la población pobre de la ciudad. El movimiento agrario, conducido por consejos de campesinos y obreros, colocará a la gente del Kuomintang de izquierda ante la necesidad de escoger definitivamente entre el campo de Chiang Kai-shek de la burguesía y el campo de los obreros y campesinos. Bajo las actuales condiciones, plantear abiertamente las cuestiones de clase fundamentales es el único medio para acabar con las dudas de los radicales pequeñoburgueses y obligarles a seguir la única vía que lleva a la victoria. Únicamente nuestro partido chino puede realizarlo con la ayuda de toda la Internacional Comunista.

27 de mayo de 1927

Hang Keu y Moscú

¿Qué pasa ahora en Hang Keu? Solo podemos juzgar gracias a los fragmentos de telegramas que no publica Tass.

El KMT de izquierda continúa rumiando la teoría de la solidaridad entre los obreros, campesinos y la burguesía en la “revolución nacional” y, por eso mismo, llama a los obreros y campesinos a observar la disciplina, la disciplina ante la burguesía.

El CC del partido comunista (o el CC del KMT) llama a los sindicatos a que se ocupen de “sus asuntos” y a que se remitan al poder del KMT para luchar contra la contrarrevolución.

El jefe del PC chino, Chen Tu-hsiu, incita a los campesinos a *esperar*, en lo concerniente a la tierra, hasta la victoria sobre el enemigo exterior.

Desde Moscú se alerta sobre el peligro de la formación “prematura” de sóviets.

Al mismo tiempo, el imperialismo presiona a Chiang Kai-shek, y Chiang Kai-shek, a través de la burguesía de Hang Keu, presiona al KMT de izquierdas.

El KMT de izquierdas les exige a los obreros y campesinos disciplina y paciencia.

Tal es el cuadro general. El sentido está completamente claro.

¿Qué hace estos días la dirección de Moscú? No sabemos nada al respecto. Pero no se puede dudar que, bajo la influencia de los últimos telegramas archialarmantes de Hang Keu, desde Moscú se envían allí abajo consejos que tienen aproximadamente el siguiente contenido: “lo más posible de revolución agraria”, “lo más posible de masas en el KMT”, etc. Los ministros comunistas transmiten estos consejos al gobierno y al CC del KMT.

De esta forma, el trabajo del PC se desdobra. En lo más alto, se conmina a los obreros y campesinos a *esperar*; y desde lo más bajo se le dice a la oreja del gobierno burgués que *se dé prisa*. Pero la revolución es precisamente revolución porque las masas no quieren esperar. Y los “radicales” burgueses tienen miedo de darse prisa porque precisamente son por naturaleza burgueses radicales. Y el PC en lugar de guiar a las masas, de apoderarse de la tierra y formar sóviets, pierde su tiempo en dar consejos estériles a una parte y a la otra, según la sacrosanta receta de Martinov al respecto del bloque de las cuatro clases y del reemplazamiento de la revolución por una comisión de arbitraje.

Es completamente ineluctable el hundimiento de esta política. Si no la corregimos rápida, ardorosa y severamente, su hundimiento se producirá en un muy próximo futuro. Entonces, comenzarán a mostrarnos un gran número de papeles con los consejos de Moscú: “¡lo más posible de revolución agraria! “¡lo más posible de masas en el KMT!”. Pero entonces nosotros repetiremos exactamente lo que decimos ahora: consejos de esta naturaleza son pamplinas. Es imposible hacer depender el desarrollo de la revolución de este interrogante: ¿Acepta o no la dirección burguesa pusilánime del KMT nuestros buenos consejos? No puede aceptarlos. La revolución agraria se puede realizar no de acuerdo con Wan Tin-wei sino a pesar de él y en lucha contra él.

Por ello nuestra primera tarea es desatarnos las manos, hacer salir a los ministros comunistas del gobierno nacional, llamar a las masas a apoderarse inmediatamente de la tierra y a formar sóviets.

Y para hacerlo es formalmente necesaria la independencia del partido comunista, no comprometiéndose desde arriba sino conduciendo ardorosamente su lucha en la base.

No hay otra vía y no puede haberla.

28 de mayo de 1927

¿Verdaderamente no ha llegado ya el momento de entender?

Hoy se pueden encontrar algunos telegramas en el *Boletín de Tass* nº 118, pero no en la prensa, telegramas de una importancia exclusivamente política. Esos telegramas se les disimulan a la opinión pública no porque puedan causar daño al gobierno soviético o a la revolución china, sino porque demuestran la falsedad de la línea política oficial y la justeza de la línea de la Oposición. Citamos solamente los dos telegramas más claros.

“Nº 312 Shanghái, 24 de mayo. TASS. LA CONFERENCIA CENTRAL POLÍTICA DE NANQUÍN HA DECIDIDO DESIGNAR A FEN YU-SIAN COMO MIEMBRO DE LA CONFERENCIA.”

Que Chiang Kai-shek ha designado a Feng Yu-sian como miembro de la Conferencia (puede que sin el consentimiento, por el momento, del “prudente” Feng Yu-sian) lo sabe ahora todo el mundo. Pero sin embargo debe mantenerse secreto de cara a los obreros soviéticos. ¿Por qué? Porque aquí, hasta hace poco, se presentaba a Feng Yu-sian como a un “obrero” (o “campesino”) auténtico, como a un revolucionario seguro, etc..., es decir que en lo tocante a Feng Yu-sian se han cometido todos los errores que se cometieron anteriormente respecto a Chiang Kai-shek. Ahora, desde la semana pasada, se ocultan todos los telegramas relativos a la conducta más equívoca de Feng Yu-sian. ¿Por qué? ¿Con qué objetivo? Evidentemente porque se alimenta la expectativa de esta secreta esperanza: ¡puede que no nos traicione! Y si traiciona se dirá: esto se corresponde plenamente con nuestras previsiones sobre el abandono de la burguesía de la revolución nacional. Sí, pero ¿qué se hace ahora? En lugar de poner en guardia a los obreros chinos y al partido, en lugar de empujar a la masa de los obreros y campesinos a tomar inmediatamente medidas revolucionarias contra la traición de los generales, se disimulan, se ocultan los telegramas en el bolsillo. Pero no se puede, es imposible, ocultar la lógica de la lucha revolucionaria en el bolsillo.

Segundo telegrama:

Nº 60. Hang Keu, 25 de mayo. TASS. EL CC DEL PARTIDO COMUNISTA HA PROPUESTO A “LA LIGA DE U-PEI POR EL REFUERZO DEL FRENTE REVOLUCIONARIO” QUE PONGA ORDEN EN LAS RELACIONES ENTRE LOS OBREROS Y LA PEQUEÑA BURGUESÍA. EL CC HA SEÑALADO LA NECESIDAD DE REFORZAR LA DISCIPLINA ENTRE LOS OBREROS Y EL RESPETO A LOS DECRETOS DEL GOBIERNO NACIONAL, EXPLICANDO QUE LOS SINDICATOS NO TIENEN DERECHO A ARRESTAR Y QUE DEBEN DIRIGIRSE A LAS AUTORIDADES CADA VEZ QUE ESTIMEN NECESARIO PROCEDER AL ARRESTO DE ALGUIEN.”

Este telegrama es aún más importante que el primero. Para todo revolucionario serio, deja clara la situación y demuestra el carácter absolutamente erróneo de la línea política oficial y la justeza absoluta de la línea de la Oposición.

Meditad bien esto: en el territorio del gobierno de Hang Keu los sindicatos arrestan a los enemigos de la revolución. Ello significa que los sindicatos, a causa de toda la lógica de la situación, se ven obligados a asumir las tareas de los sóviets revolucionarios. ¿Qué hace entonces el CC del partido comunista? Recomienda a los sindicatos que se abstengan de toda actividad no legal, que se sometán a los decretos

provenientes de los dirigentes de Hang Keu y, caso en que fuera necesario arrestar o fusilar a contrarrevolucionarios, traidores o conspiradores, dirigirse respetuosamente a las autoridades (que, por lo que parece, están verosímilmente ligadas a esos conspiradores por parentesco y toda suerte de afinidades). ¿Esto no es reírse de la revolución, de sus exigencias y tareas elementales? En lugar de llamar a las masas a acabar directamente, in situ, con los enemigos de la revolución, el gobierno de Hang Keu lo prohíbe. Mucho más, prohíbe no en su nombre sino a través del partido comunista. En tal caso, el CC del partido comunista juega el papel de empleado de los burgueses timoratos, radicales y falsos radicales, que temen a la revolución y que piensan, en primer lugar con Martinov, que es posible realizar la revolución por medio de una comisión de arbitraje, pero no por la vía de la represión ejercida por las masas sobre los enemigos de la revolución. ¿Esto no es monstruoso? ¿Esto no es reírse de la revolución? Camaradas ¿a dónde vamos?

A la par con todo esto es de resaltar que “la Liga de U-Pei por el refuerzo del frente revolucionario” se fija como misión especial “poner orden en las relaciones entre los obreros y la pequeña burguesía”. Poner orden en esas relaciones es posible, no a través de una liga especial, menos aún con instrucciones especiales, sino solamente mediante una “política justa”. Los sóviets de diputados de obreros, de semiproletarios, de la gente pobre de las ciudades, deben ser los organismos amplios de tal política revolucionaria cotidiana. Cuando los sindicatos se ven *obligados* a asumir las funciones de los sóviets es casi ineluctable que, en determinados casos, ignoren los intereses de la base pequeño burguesa de las ciudades o que atenten contra ellos. Así, la ausencia de sóviets descarga un golpe sobre la pequeña burguesía y perjudica a su alianza con el proletariado.

Tal es la situación real. Empujando a las masas, los sindicatos se esfuerzan en corregir los errores de la dirección china y de la dirección de Moscú, y proceder a la represión inmediata contra los enemigos. Pero el CC del partido comunista, que debería ser el inspirador y jefe de esta severa represión, frena a los obreros y los llama a reforzar su “disciplina” (su disciplina ante la burguesía) y se inclina en silencio ante la connivencia de los Kerensky y Tseretelli de Hang Keu con los agentes del imperialismo, de la burguesía y de Chiang Kai-shek. He ahí una porquería a lo Martinov, no con palabras sino con hechos.

Toda una serie de telegramas, provenientes en particular de Tokio, hablan del “desorden” que reina en el gobierno de Hang Keu, de su próxima derrota, etc... Está claro que hay que mantener la mayor prudencia ante tales telegramas. Son telegramas del enemigo, que espera la derrota de la revolución, que confía en esa derrota, que la aguarda, que la imagina y predice. Pero los dos telegramas de arriba, así como muchos otros telegramas del mismo género enviados casi a diario, nos obligan a reconocer *que la situación del gobierno de Hang Keu puede devenir desesperada*. Si les impide a los obreros y campesinos acabar con los contrarrevolucionarios, se dirige a la derrota. Por su política errónea, el CC del partido comunista ayuda a su derrota. Si el gobierno de Hang Keu cae bajo el asalto de los sóviets de obreros, campesinos y soldados, seguramente no nos quejaremos. Pero se dirige a su derrota porque se opone a la creación de sóviets. Al sostener en este punto de una forma desastrosa la política del gobierno de Hang Keu, al disuadir a los obreros y campesinos chinos para que no repriman inmediatamente al enemigo y creen sóviets, el *Partido Comunista Chino ayuda al gobierno de Hang Keu a caer en el más breve plazo* y a morir sin gloria, no bajo los golpes de las masas obreras y campesinas sino bajo los golpes de la reacción burguesa. Además, lo más verosímil es que con tal política el gobierno de Hang Keu antes de “perecer” se una a Chiang Kai-shek contra los obreros y campesinos.

¿Verdaderamente no ha llegado ya el momento de entender?

28 de mayo de 1927

La insurrección de Cantón

Las etapas de la revolución china

La primera etapa para el Kuomintang fue un período de dominación de la burguesía indígena, bajo la enseña apologética del “bloque de las cuatro clases”. El segundo período, después del golpe de estado de Chiang Kai-shek, vio la dominación paralela y “autónoma” del kerenskysmo chino. Si los populistas rusos y los mencheviques dieron a su corta “dictadura” la forma de una dualidad de poderes abierta, la “democracia revolucionaria” china, por su parte, no tenía bastante fuerza para llegar a ello. Y como, en general, la historia no trabaja por encargo, no queda más que comprender que *no hay y no habrá otra dictadura “democrática”* que la que ejerce el Kuomintang desde 1925. Será así tanto si la semiunidad de China conseguida por el Kuomintang se mantiene en el inmediato porvenir como si el país se desmiembra de nuevo. Pero precisamente cuando la dialéctica de clase de la revolución, después del agotamiento de todos los demás recursos, puso a la orden del día la *dictadura del proletariado* y arrastró a los millones de oprimidos y desheredados de las ciudades y los campos, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista colocó en primer plano la consigna de la dictadura *democrática* (es decir, democrático-burguesa) de los obreros y los campesinos. La respuesta a esta fórmula fue la insurrección de Cantón, que, a pesar de su carácter prematuro y de su dirección aventurista, muestra que la nueva etapa, la *tercera*, será la futura revolución china. Es necesario insistir en ello.

Buscando un seguro contra los pecados del pasado, la dirección, hacia finales del año anterior, imprimió de forma criminal un ritmo a la marcha de los acontecimientos que desembocó en el aborto de Cantón. Pero incluso un aborto puede enseñarnos mucho sobre el estado de la madre y el proceso del embarazo. Desde el punto de vista teórico, la importancia enorme, decisiva, de los acontecimientos de Cantón con relación a los problemas esenciales de la revolución china, es que nos encontramos en presencia de un hecho extremadamente raro en historia y en política: *una experiencia de laboratorio a una escala gigantesca*. La hemos pagado cara; esto nos obliga todavía más a asimilar bien las enseñanzas.

Según la información de *Pravda* (número 31), una de las consignas del combate en Cantón fue el grito: “¡Abajo el Kuomintang!” Después de la traición de Chiang Kai-shek y después de la de Wan Tin-wie (que no traicionaron a su clase, sino nuestras ilusiones), el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista hizo solemnes promesas: “¡No cederemos la bandera del Kuomintang!” Sin embargo, los obreros de Cantón prohibieron el Kuomintang y *proclamaron fuera de la ley a todas sus tendencias*. Esto significa que para realizar todas las tareas fundamentales, la burguesía (no solamente la grande, sino también la pequeña) no presenta una fuerza política, de partido, de fracción, al lado de las cuales el partido del proletariado pueda resolver los problemas de la revolución democrático-burguesa. El problema de la conquista del movimiento de los campesinos incumbe ya enteramente al proletariado y directamente al partido comunista. Ahí se encuentra la clave que permitirá tomar la posición. Para que pueda haber una solución verdadera de los problemas democrático-burgueses, será necesario que todo el poder se concentre en las manos del proletariado.

A propósito del poder soviético efímero de Cantón, *Pravda* comunica:

“En interés de los obreros, el Soviet de Cantón ha decidido... el control sobre la producción por los obreros y la realización de este control por los comités de fábrica..., la nacionalización de la gran industria, de los transportes y la banca.” Más adelante se citan medidas de este género:

“Confiscación de todas las viviendas de la gran burguesía en provecho de los trabajadores.”

Así, pues, los obreros de Cantón estaban en el poder y el poder estaba de hecho en manos del partido comunista. El programa del nuevo poder comprendía no solamente la confiscación de las tierras de los terratenientes, por mucho que hubieran pertenecido al Kuomintang, sino también la nacionalización de la gran industria, los bancos, los transportes e incluso la confiscación de las viviendas de la burguesía y de todos los bienes de ésta en provecho de los trabajadores. ¡Si éstos son los métodos de la revolución burguesa, uno se pregunta a qué se parecerá en China la revolución proletaria!

Aunque las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no hayan hablado jamás de la dictadura proletaria ni de medidas socialistas, aunque Cantón se distinga de por su carácter pequeñoburgués de Shanghái, Hang Keu y otros centros industriales del país, el golpe de estado revolucionario realizado *contra el Kuomintang* ha llevado automáticamente a la dictadura del proletariado; desde sus primeros pasos, debido a la situación de conjunto, ha debido aplicar medidas más radicales que las que fueron tomadas al principio de la Revolución de Octubre. Y este hecho, a pesar de su apariencia paradójica, deriva normalmente tanto de las relaciones sociales en China como de todo el desarrollo de la revolución.

La propiedad terrateniente (grande y mediana, tal como se encuentra en China) se mezcla de la manera más íntima con el capitalismo de las ciudades, e incluso con el capitalismo extranjero. No existe en China casta de terratenientes que se oponga a la burguesía. El explotador más común y el más aborrecido en el campo es el kulak usurero, agente del capitalismo financiero de las ciudades. También la revolución agraria tiene un carácter tanto antifeudal como antiburgués. En China no habrá, o no habrá apenas, una etapa parecida a la primera etapa de nuestra Revolución de Octubre, durante la cual el kulak marchaba con los campesinos medios y pobres, y a menudo a su cabeza, contra el propietario terrateniente. La revolución agraria en este país significa y significará, de ahora en adelante, la insurrección no solamente contra el reducido número de propietarios y burócratas verdaderos, sino también contra el kulak y el usurero. Si, entre nosotros, los comités de campesinos pobres sólo intervinieron en la segunda etapa de la Revolución de Octubre, hacia mediados de 1918, por el contrario, en China, aparecerán en escena, sea bajo el aspecto que sea, tan pronto como renazca el movimiento agrario. La “deskulakización” será, en China, el primero, y no el segundo paso del Octubre chino.

Sin embargo, la revolución agraria no constituye el único fondo de la lucha histórica que se desarrolla actualmente en China. La revolución agraria más radical, el reparto de las tierras (es evidente que el partido comunista lo apoyará hasta el final), no permitirán por sí solos salir del callejón sin salida económico. China necesita igualmente su unidad nacional, su soberanía económica, es decir, la autonomía aduanera o, más exactamente, el monopolio del comercio exterior; pero eso exige que se *libere del imperialismo mundial*. Para este último, China no es solamente la fuente más abundante de enriquecimiento; garantiza también su existencia, al constituir una válvula de seguridad para las explosiones que se producen hoy en día en el interior del capitalismo europeo y que se producirán mañana en el interior del capitalismo norteamericano. Es esto lo que determina de antemano la excepcional amplitud y la monstruosa aspereza de la lucha que las masas populares chinas deberán sostener, sobre todo ahora que su profundidad ha podido ser medida por todos los participantes.

El papel enorme del capital extranjero en la industria china, y el hábito que ha adquirido, para la defensa de sus apetitos, de apoyarse directamente sobre las bayonetas “nacionales”, convierten el programa del control obrero en todavía menos realizable de lo que lo fue entre nosotros. La expropiación directa de las empresas capitalistas, en primer lugar las extranjeras, después de las chinas, será, con gran verosimilitud impuesta por el curso de la lucha al día siguiente de la revolución victoriosa.

Las mismas causas objetivas, sociales e históricas, que determinaron la aparición de octubre en la revolución rusa se presentan en China con un aspecto todavía más agudo. Los polos burgués y proletario de la nación están opuestos en China con más intransigencia aún, si es posible, que en Rusia, porque, por una parte, la burguesía china ha nacido directamente ligada al imperialismo extranjero y a su aparato militar, y por otra parte, el proletariado chino ha tomado contacto, desde el principio, con la Internacional Comunista y la Unión Soviética. Numéricamente, el campesinado chino representa dentro del país una masa mucho más considerable todavía que el campesinado ruso; pero, atezado por las contradicciones mundiales (de su solución, en un sentido o en otro, depende su destino), el campesinado chino es todavía más incapaz de jugar un papel *dirigente* que el campesinado ruso. En la actualidad esto no es ya simplemente una previsión teórica, es un hecho enteramente comprobado en todos sus aspectos.

Estas premisas sociales y políticas, cuya importancia no se puede discutir, muestran que, para la tercera revolución china, no solamente *ha caducado* definitivamente la fórmula de la dictadura democrática, sino también que, a pesar de su gran atraso, o más bien a causa de ese atraso, China no pasará, a diferencia de Rusia, por un período “democrático”, ni siquiera de una duración de seis meses como fue el caso, de noviembre de 1917 a julio de 1918, de la Revolución de Octubre; desde el principio deberá llevar a cabo una gran transformación y suprimir la propiedad privada en las ciudades y en el campo.

Es cierto que esta perspectiva no concuerda con la concepción pedante y esquemática de las relaciones entre la economía y la política. Pero la responsabilidad de esta discordancia que hace conmoverse a los prejuicios enraizados de nuevo (aunque octubre les haya asestado ya un serio golpe), no incumbe al “trotskismo”, sino a *la ley del desarrollo desigual*. En este caso es justamente aplicable.

Sería una muestra de pedantería afirmar que si se hubiese seguido una política bolchevique en la Revolución de 1925-1927, el Partido Comunista de China se habría adueñado del poder *con seguridad*. Pero afirmar que esta posibilidad estaba completamente excluida sería algo propio de un filisteísmo vergonzoso. El movimiento de masas de los obreros y los campesinos, lo mismo que la desagregación de las clases dominantes, podía permitir su realización. La burguesía indígena enviaba sus Chiang Kai-shek y sus Wan Tin-wie a Moscú; llamaba a las puertas de la Internacional Comunista por medio de sus Hou Han-min precisamente porque frente a las masas revolucionarias se sentía débil en grado extremo: conocía esta debilidad y buscaba protegerse por adelantado. Los obreros y los campesinos no habrían seguido a la burguesía indígena si nosotros no los hubiéramos cogido a lazo y les hubiésemos hecho seguirla. Si la política de la Internacional Comunista hubiera sido un poco correcta, el resultado de la lucha del partido comunista por la conquista de las masas habría estado decidido por adelantado: el proletariado chino habría apoyado a los comunistas, y la guerra campesina habría apoyado al proletariado revolucionario.

Si desde el comienzo de la marcha hacia el Norte hubiéramos comenzado a establecer sóviets en las regiones “liberadas” (y las masas aspiraban a ello con todas sus fuerzas), habríamos adquirido la base necesaria y reunido el impulso revolucionario; habríamos concentrado en torno nuestro las insurrecciones agrarias; habríamos creado

nuestro ejército y descompuesto el del enemigo; a pesar de su juventud, el Partido Comunista de China habría podido madurar bajo la dirección juiciosa de la Internacional Comunista en el curso de esos años excepcionales; habría podido llegar al poder, si no en toda China de una sola vez, al menos en una parte considerable de su territorio. Y, lo más importante de todo, habríamos tenido un *partido*.

Pero precisamente en el dominio de la dirección se ha producido una cosa absolutamente monstruosa, una verdadera catástrofe histórica: la autoridad de la Unión Soviética, del Partido Bolchevique, de la Internacional Comunista, ha servido enteramente para apoyar a Chiang Kai-shek contra la política propia del partido comunista, y posteriormente para apoyar a Wan Tin-wie como dirigente de la revolución agraria. Después de haber pisoteado la base misma de la política leninista y haber roto la columna vertebral del joven Partido Comunista de China, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista determinó de antemano la victoria del kerenskysmo chino sobre el bolchevismo, de los Miliukov chinos sobre los Kerensky, del imperialismo anglo-japonés sobre los Miliukov chinos. Esta es la significación (la única significación) de lo que ha sucedido en China en 1925-1927.

¿Dictadura democrática o dictadura del proletariado?

¿Cómo ha juzgado, pues, el último plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista la experiencia adquirida en la revolución china, comprendida la que ha aportado el golpe de estado de Cantón? ¿Cuáles son las perspectivas que ha esbozado para el porvenir? A propósito de la revolución china, la resolución del plenario de febrero de 1928 permite abordar las partes del proyecto de programa consagradas a este respecto; dice así:

“No es exacto caracterizar [esta revolución] como una revolución “permanente” (posición del representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista). La tendencia a saltar [¿?] por encima de la etapa burguesa y democrática de la revolución estimando al mismo tiempo [¿?] que esta revolución es “permanente” es un error análogo al de Trotsky en 1905 [¿?].”

Desde que Lenin dejó su dirección, es decir, desde 1923, la actividad ideológica de la Internacional Comunista consiste sobre todo en luchar contra el pretendido “trotskysmo”, y en particular contra la “revolución permanente”. ¿Cómo ha sido posible entonces que, sobre el problema fundamental de la revolución china, no solamente el Comité Central del Partido Comunista de China, sino también el delegado oficial de la Internacional Comunista (es decir, un delegado que había recibido instrucciones especiales), cometan precisamente el “error” por el que cientos de hombres se encuentran en Siberia o en prisión? La lucha respecto a la cuestión china dura ya dos años y medio. Cuando la Oposición declaró que el antiguo comité central (Chen Tu-siu), sufriendo la influencia de las falsas directrices de la Internacional Comunista, practicaba una política oportunista, esta valoración fue tratada de “calumnia”. La dirección del Partido Comunista de China fue considerada como irreprochable. El célebre Tan Pin-Sian, aprobado por todo el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, juraba:

“Desde que surgió el trotskysmo, el partido y las Juventudes Comunistas adoptaron por unanimidad una resolución contra él.”

Cuando, a pesar de todas estas conquistas, los acontecimientos desarrollaron trágicamente su lógica, que condujo al primer desastre de la revolución y posteriormente al segundo, aún más espantoso, la dirección del Partido Comunista de China, antes ejemplar, fue bautizada de menchevique y destituida en veinticuatro horas. Al mismo tiempo se anunció que la nueva dirección representaba enteramente la línea de la Internacional Comunista. Pero cuando comenzó una nueva etapa seria, se acusó al nuevo

Comité Central del Partido Comunista de China de haber pasado (como hemos visto, no de palabra, sino con actos) a una actitud de pretendida “revolución permanente”. El delegado de la Internacional Comunista tomó la misma vía. Este hecho sorprendente, realmente inconcebible, no puede explicarse más que por la separación “sorprendente” que se abre entre las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y la verdadera dinámica de la revolución.

No insistiremos aquí sobre el mito de la “revolución permanente” de 1905, que fue puesto en circulación en 1924 para crear problemas y despistar. Nos contentaremos con examinar cómo se ha reflejado este mito en el problema de la revolución china.

El primer párrafo de la resolución de febrero, del que ha sido tomada la cita reproducida más arriba de las motivaciones suficientes de su actitud negativa hacia la pretendida “revolución permanente”:

“El período actual de la revolución china es el de la revolución burguesa y democrática, que no está acabada ni desde el punto de vista económico (transformación agraria y abolición de las relaciones feudales), ni desde el punto de vista de la lucha contra el imperialismo (unidad de China e independencia nacional), ni desde el punto de vista del carácter de clase del poder (dictadura del proletariado y del campesinado).”

Esta exposición de motivos es un encadenamiento ininterrumpido de errores y contradicciones.

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha enseñado que la revolución china debe asegurar a China la posibilidad de desarrollarse en la vía del socialismo. Sólo se puede alcanzar este objetivo si la revolución no se detiene en las tareas democráticas burguesas, sólo si en su crecimiento, al pasar de una fase a otra, es decir, al desarrollarse sin interrupción (o de una forma *permanente*), conduce a China a un desarrollo socialista. Esto es precisamente lo que Marx entendía por revolución permanente. ¿Cómo se puede, entonces, hablar por una parte de la vía no capitalista seguida por el desarrollo de China y negar, por otra, el carácter permanente de la revolución en general?

Pero, según replica la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, la revolución no está acabada ni desde el punto de vista de la transformación agraria, ni desde el punto de vista de la lucha nacional contra el imperialismo. De ahí se deduce el carácter democrático burgués de la revolución china en el período actual. En realidad, el período actual es el de la contrarrevolución. Sin duda, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista quiere decir que la próxima oleada de la revolución china, o, más exactamente, la *tercera revolución china*, tendrá un carácter burgués democrático, puesto que la segunda revolución china de 1925-1927 no ha resuelto ni la cuestión agraria ni el problema nacional. De todos modos, incluso bajo esta forma enmendada, un razonamiento semejante descansa sobre una total incomprensión de la experiencia y las enseñanzas tanto de la revolución china como de la revolución rusa.

La revolución de febrero de 1917 había dejado sin solucionar en Rusia todos los problemas internos e internacionales: el feudalismo en el campo, la vieja burocracia, la guerra y el desastre económico. Era partiendo de esta situación como no solamente los socialistas revolucionarios y los mencheviques, sino también numerosos responsables de nuestro partido, demostraban a Lenin que “el período actual de la revolución era el de una revolución democrático-burguesa”. Sobre este punto esencial la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no hace más que volver a copiar las objeciones que hicieron los oportunistas a Lenin en 1917 a fin de oponerse a la lucha por la dictadura del proletariado.

En el texto, más adelante, se dice que la revolución democrático-burguesa no está terminada no solamente desde el punto de vista económico y nacional, sino tampoco

“desde el punto de vista de la naturaleza de clase del poder (dictadura del proletariado y los campesinos)”. Esto no puede significar más que una cosa: la prohibición al proletariado chino de luchar por el poder en tanto que no haya a la cabeza de China un “verdadero” gobierno democrático. Desgraciadamente, no se indica dónde encontrarlo.

La confusión aumentó todavía más desde el momento en que la consigna de los sóviets fue rechazada para China en el curso de estos dos últimos años, ya que, según se decía, la creación de los sóviets sólo es admisible cuando se pasa a la revolución proletaria (“teoría” de Stalin). No obstante, cuando fue realizada la transformación revolucionaria, cuando los que participaban en ella llegaron a la conclusión de que se trataba precisamente del paso a la revolución proletaria, se les acusó de “trotskismo”. ¿Con semejantes métodos se puede educar al partido y ayudarle a cumplir sus grandes tareas?

A fin de salvar una posición desesperada, la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (en ruptura con el curso de otras ideas), saca prematuramente su último argumento: invoca al imperialismo. Se encuentra con que la tendencia a saltar por encima de la etapa democrático-burguesa:

“...es tanto [¡!] más nociva cuanto que al plantear así la cuestión se elimina [¿?] la particularidad nacional más importante de la revolución china, que es una revolución semicolonial”.

La única significación que pueden tener estas palabras absurdas es la idea de que el yugo del imperialismo será derribado por una especie de dictadura no proletaria. Es lo mismo que decir que se invoca la “particularidad nacional más importante” en el último momento para embellecer la imagen bien de la burguesía china indígena, bien de la “democracia” pequeñoburguesa de China. Este argumento no puede tener otro sentido. Pero ya hemos examinado de una forma bastante detallada esta concepción en el capítulo que trata “sobre la naturaleza de la burguesía colonial”. Es inútil volver sobre ello.

Es preciso que China conozca todavía una lucha gigantesca, encarnizada, sangrienta, prolongada, por conquistas tan elementales como la liquidación de las formas más “asiáticas” de servidumbre, la emancipación y la unidad del país. Pero como lo ha mostrado el curso de los acontecimientos, es precisamente este hecho el que hace imposible en el porvenir la existencia de una dirección, o incluso de una semidirección burguesa de la revolución. La unidad y la emancipación de China constituyen hoy un problema internacional, lo mismo que la existencia de la URSS. Sólo se puede resolver este problema por medio de la lucha encarnizada de las masas populares, masas aplastadas, hambrientas, perseguidas, bajo la dirección directa de la vanguardia proletaria. Lucha no solamente contra el imperialismo mundial sino, también, contra sus agentes económicos y políticos en China, contra la burguesía, incluida la burguesía indígena. Esta es la vía de la dictadura del proletariado.

A partir de abril de 1917, Lenin explicaba a sus adversarios, que le acusaban de haberse pasado a la “revolución permanente”, que la dictadura del proletariado y del campesinado ya se había realizado en parte, en la época de la dualidad de poder. Más tarde precisó que esta dictadura había encontrado su prolongación en el primer período del poder de los sóviets cuando el campesinado entero realizaba con los obreros la transformación agraria, mientras que la clase obrera no procedía todavía a la confiscación de las fábricas y hacía la experiencia del control obrero. En lo que se refiere a “la naturaleza de clase del poder”, la “dictadura” socialista revolucionaria y menchevique dio lo que podía dar: un aborto de dualidad de poder. En lo que se refiere a la transformación agraria, la revolución arrojó al mundo un bebé sano y fuerte, pero fue ya la dictadura del proletariado quien ejerció de comadrona. En otras palabras, todo lo que la fórmula teórica de la dictadura del proletariado y el campesinado trataba de unir se vio descompuesto en el curso de la lucha de clases. La cáscara vacía del medio poder fue entregada

provisionalmente a Kerensky y Tseretelli, mientras que el verdadero núcleo de la revolución agraria y democrática pertenecía a la clase obrera triunfante. Esta es la disociación dialéctica de la dictadura democrática que no han comprendido los dirigentes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Se han hundido en un callejón sin salida político, al condenar mecánicamente el procedimiento que consiste en “saltar por encima de la etapa burguesa y democrática”, y al intentar dirigir un proceso histórico por medio de circulares. *Si se entiende por etapa burguesa y democrática la realización de la revolución agraria por la vía de la dictadura “democrática”, entonces es la Revolución de Octubre la que saltó audazmente “por encima” de la etapa burguesa y democrática. ¿Hay que condenarla?*

¿Por qué, entonces, lo que fue inevitable históricamente en Rusia, lo que expresó el bolchevismo en su más alto grado, resulta ser ahora “trotskismo” en China? Es, evidentemente, en virtud de la misma lógica que proclama que para China es conveniente la teoría de Martynov, que durante veinte años fue desacreditada por el bolchevismo en Rusia.

¿Pero se puede a este respecto, en general, admitir una analogía con la situación en Rusia? Nosotros respondemos que la consigna de la dictadura del proletariado y el campesinado es lanzada por los dirigentes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista basándose solamente en el método de las analogías, pero de las analogías literarias, formales, y no a partir del materialismo histórico. Se puede admitir una analogía entre China y Rusia si se aborda la comparación de una forma correcta. Lenin lo hizo excelentemente no después de los hechos, sino adelantándose a ellos, previendo los errores futuros de los epígonos. Lenin tuvo que defender cientos de veces a la revolución proletaria de Octubre, que se atrevió a conquistar el poder aunque los problemas burgueses y democráticos no hubieran recibido todavía solución; Lenin respondía: *es precisamente por esta razón y justamente para darles una.*

El 16 de enero de 1923 Lenin escribía a propósito de los pedantes que se pronunciaban contra la conquista del poder refiriéndose a un argumento “indiscutible”, el hecho de que Rusia no estaba madura:

“Ni siquiera se les ocurre, por ejemplo, que Rusia, situada en la divisoria entre los países civilizados y los que han emprendido definitivamente por primera vez, a causa de esta guerra, el camino de la civilización (los países de todo el Oriente, los países no europeos), que Rusia, digo, podía y debía mostrar, por eso, ciertas peculiaridades que, claro está, no se salen de la pauta general del desarrollo mundial, pero que distinguen su revolución de todas las revoluciones anteriores habidas en los países de Europa Occidental, introducen algunas innovaciones parciales al desplazarse a los países orientales”

Para Lenin, la “particularidad” que precisamente *aproximaba* a Rusia a los países de oriente era que, desde los albores del movimiento, el joven proletariado debía barrer la barbarie feudal y todas las demás antiguallas para abrir la vía hacia el socialismo.

Si se toma como punto de partida la analogía leninista entre China y Rusia, podemos decir: desde el punto de vista de la *naturaleza política del poder*, todo lo que podía realizar la dictadura democrática ha sido intentado en China, primero en el Cantón de Sun Tat-sen, después en la marcha de Cantón a Shanghái con el golpe de estado de Shanghái como acto final; después en donde el Kuomintang de izquierda apareció en su forma pura, es decir, según las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, como organizador de la revolución agraria y, en realidad, como su verdugo. En cuanto a las tareas de la revolución burguesa y democrática, deberán llenar el primer periodo de la futura dictadura del proletariado y de los campesinos pobres chinos. Cuando no solamente el papel de la burguesía china sino, también, el de la “democracia” ha

podido desvelarse enteramente, cuando se ha convertido en algo absolutamente incontestable que, en las batallas futuras, la “democracia” ejercerá sus funciones de verdugo más vigorosamente aún que en el pasado, avanzar en la actualidad la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado es, simplemente, permitir disimular nuevas variedades del Kuomintang, es tender una trampa al proletariado.

Recordemos, para completar, lo que Lenin dijo brevemente respecto a los bolcheviques que continuaban oponiendo la experiencia socialista revolucionaria y menchevique a la consigna de la “verdadera” dictadura democrática:

“El que no habla más que de “dictadura revolucionaria democrática del proletariado y el campesinado”, marcha con retraso, se pasa de hecho del lado de la pequeña burguesía contra la lucha de la clase proletaria; debe ser relegado a los archivos de las “rarezas” bolcheviques de antes de la revolución (podríamos llamarlos los archivos de los “viejos bolcheviques”)”

Estas palabras suenan todavía hoy como si fueran actuales.

No hay que decir que en la actualidad no se trata en absoluto de llamar al Partido Comunista de China a levantarse inmediatamente por la conquista del poder. No se puede suprimir las consecuencias de una derrota revisando simplemente la táctica. Actualmente, la revolución está en un reflujo. La verborrea apenas disimulada que contiene la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista cuando asegura que la revolución sigue de nuevo su curso ascendente, *porque* hay en China ejecuciones sin número y una dura crisis comercial e industrial, revela una ligereza de espíritu criminal, pero nada más. Después de tres derrotas considerables, una crisis económica no excita al proletariado, sino que le deprime. Se encuentra ya agotado sin ella, y las ejecuciones están destruyendo al partido, políticamente debilitado. En China, hemos entrado en un período de reflujo; por tanto, hay que profundizar en los problemas teóricos, favorecer la autoeducación crítica del partido, establecer y consolidar firmes puntos de apoyo en todos los dominios del movimiento obrero, constituir células en los pueblos, dirigir y unificar los combates parciales, primero defensivos y después ofensivos, de los obreros y los campesinos pobres.

¿Por dónde comenzará el nuevo flujo de las masas? ¿Cuáles son las circunstancias que darán a la vanguardia proletaria, situada a la cabeza de masas formadas por varios millones, el impulso revolucionario necesario? No se puede predecir. Será el porvenir el que mostrará si bastarán los procesos internos por sí solos, o si será un choque venido desde fuera el que ayude.

Existen razones suficientes para pensar que el desastre de la revolución china, estrechamente condicionado por una dirección errónea, le permitirá a la burguesía china y extranjera salir triunfante, en cierta medida, de la espantosa crisis económica que asola actualmente al país; no es necesario decir que este resultado será conseguido a expensas de los obreros y los campesinos. Esta fase de “estabilización” agrupará de nuevo a los obreros, les dará cohesión, les devolverá la confianza de clase en sí mismos y los opondrá de nuevo, más brutalmente, al enemigo; pero este movimiento se situará en una etapa histórica más elevada. Sólo cuando se levante una nueva ola ofensiva del movimiento proletario se podrá evocar seriamente la perspectiva de una revolución agraria.

No está excluido que, en el primer período, esta tercera revolución reproduzca, de forma muy abreviada y modificada, las etapas ya atravesadas, presentando, por ejemplo, algunas nuevas parodias de “frente nacional unificado”. Pero este primer período difícilmente le concederá tiempo al partido para proclamar ante las masas populares sus “tesis de abril”, es decir, su programa y su táctica para tomar el poder. Ahora bien, ¿qué dice el proyecto de programa al respecto?

“La transición que lleva aquí [en China] a la dictadura del proletariado no es posible más que a través de toda una serie de grados preparatorios [¿?], después de todo un período de transformación durante el crecimiento [¿?] de la revolución democrática en revolución socialista.”

Con otras palabras, todos los “grados” pasados no cuentan, el proyecto de programa ve delante lo que ya ha quedado atrás. Esta es una manera conformista de abordar la cuestión. Es abrir en toda su amplitud la puerta a nuevas experiencias del tipo de la del Kuomintang. De esta forma, escondiendo los viejos errores, se prepara inevitablemente el camino a nuevos errores.

Si abordamos el nuevo impulso revolucionario cuyo ritmo, con seguridad, será incomparablemente más rápido que el de los precedentes, conservando el esquema caduco de la “dictadura democrática”, podemos estar seguros de que la tercera revolución irá a la ruina igual que la segunda.

El aventurerismo como consecuencia del oportunismo

El segundo párrafo de la misma resolución del Plenario de Febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista dice así:

“La primera oleada del amplio movimiento revolucionario de los obreros y los campesinos, cuyo curso, en lo esencial, seguía las consignas y en gran parte la dirección del partido comunista, ya se ha retirado. Ha terminado, en toda una serie de centros del movimiento revolucionario, con las derrotas más crueles de los obreros y los campesinos, con la destrucción material de los comunistas y, en general, de los cuadros revolucionarios del movimiento obrero y campesino.”

Cuando subía la marea, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista decía que todo el movimiento marchaba bajo la bandera azul y bajo la dirección del Kuomintang, que sustituía incluso a los sóviets. Por esto precisamente el partido comunista se subordinó al Kuomintang. Pero también es precisamente por esta razón por la que el movimiento revolucionario ha terminado en “las derrotas más crueles”. Ahora, estando reconocidas las derrotas, se intenta borrar completamente al Kuomintang, hacer como si no hubiera existido, como si el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no hubiera proclamado que la bandera azul era también su bandera.

Antes se nos decía que no había habido una sola derrota, ni en Shanghái ni en U-Tchang; que se trataba de etapas de la revolución, que pasaba a “un estadio más elevado”. Esto es lo que nos enseñaban. Ahora se proclama brutalmente que la suma de todas esas etapas constituye “las derrotas más crueles”. De todos modos, para camuflar en cierta medida este error inaudito de previsión y de valoración, el párrafo con el que concluye la resolución declara:

“El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista prescribe como un deber para todas las secciones de la Internacional Comunista luchar contra la calumnia de la socialdemocracia y los trotskystas, que afirman que la revolución china está liquidada [¿?] ...”

En el primer párrafo de la resolución se nos decía que el “trotskysmo” consistía en creer que la revolución china es *permanente*, es decir, que se transforma en el curso de su crecimiento, pasando precisamente ahora de la fase burguesa a la fase socialista. Leyendo el último párrafo, nos enteramos que, según la concepción de los “trotskystas”, “la revolución china está liquidada”. ¿Cómo puede una revolución *liquidada* ser *permanente*? Esto es puro Bujarin. Hay que ser totalmente irresponsable e irreflexivo para permitirse presentar contradicciones semejantes, que minan en su raíz todo pensamiento revolucionario.

Si por “liquidación” de la revolución se entiende el hecho que la ofensiva de los obreros y los campesinos ha sido rechazada y ahogada en sangre, que las masas están en

un retroceso y un reflujo, que antes de que haya un nuevo ascenso de la ola, a no ser que concurren otras circunstancias, deben todavía producirse dentro de las mismas masas procesos moleculares que necesitan una cierta duración imposible de determinar por adelantado, si es esto lo que entiende por liquidación, entonces no se distingue en nada de las “derrotas más crueles” que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha debido reconocer finalmente.

¿O quizá debemos entender la palabra “liquidación” literalmente, como el aplastamiento definitivo de la revolución china, la imposibilidad de su renacimiento en una nueva etapa? Se podría hablar de una perspectiva parecida con seriedad (es decir, no para crear confusión) solamente en dos casos: si China estuviese abocada al desmembramiento y la desaparición completa (pero nada permite semejante hipótesis), o bien si la burguesía china se mostrase capaz de resolver los problemas fundamentales de su nación por sus propios medios no revolucionarios. ¿No es esta última variante la que intentan atribuirnos, ahora, los teóricos del “bloque de las cuatro clases”, que han hecho doblegarse al partido comunista bajo el yugo de la burguesía?

La historia se repite. Los ciegos que, durante un año y medio, no comprendieron las proporciones de la derrota de 1923, nos acusaron, a propósito de la revolución alemana, de ser unos “liquidadores”. Pero esta lección que le costó tan cara a la Internacional Comunista no les ha aprovechado. En la actualidad retoman sus viejas fórmulas, aplicándolas no a Alemania, sino a China. Es cierto que experimentan con más urgencia que hace cuatro años la necesidad de encontrar “liquidadores”. En efecto, ahora es algo patente que si ha habido alguien que haya “liquidado” la segunda revolución china, han sido precisamente los autores de la alianza con el Kuomintang.

La fuerza del marxismo reside en su capacidad de previsión. En este punto, la Oposición puede subrayar la completa confirmación de sus previsiones por la experiencia: primero con respecto al Kuomintang en su conjunto, después con respecto al Kuomintang “de izquierda” y el gobierno de U-Chang, y, en fin, el “anticipo” de la tercera revolución, el golpe de estado de Cantón. ¿Puede haber una confirmación mejor de la justeza de nuestras opiniones en el plano teórico?

La misma línea oportunista que, a través de una política de capitulación ante la burguesía ya provocó, en las dos primeras etapas, las derrotas más crueles para la revolución, “se transformó, pero para agravarse” durante la tercera etapa, hasta convertirse en una política de incursiones aventuristas contra la burguesía, desembocando así en la derrota.

Si la dirección no se hubiese apresurado tanto ayer en olvidar las derrotas que ella misma había provocado, habría comenzado por explicarle al partido comunista que no se consigue la victoria en un abrir y cerrar de ojos, que en la vía que conduce hacia la insurrección hay todavía un período de luchas intensas, incansables, furiosas por la conquista política de los obreros y los campesinos.

El 27 de septiembre de 1927, en el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista decíamos:

“Los diarios de hoy anuncian que el ejército revolucionario ha tomado Swatow. Hace ya varias semanas que avanzan los ejércitos de Ho-Lun y Ye-Tin. *Pravda* los califica de revolucionarios... Pero yo os pregunto: ¿cuáles son las perspectivas que se abren para la revolución china como consecuencia del avance del ejército revolucionario y de la toma de Swatow? ¿Cuáles son las consignas del movimiento? ¿Cuál es el programa? ¿Cuáles deben ser las formas de organización? ¿Dónde ha ido a esconderse la consigna de los sóviets chinos lanzada repentinamente (por un día) por *Pravda* en julio?”

Sin la oposición previa del partido comunista al Kuomintang en su conjunto, sin una agitación llevada a cabo por el partido entre las masas a favor de los sóviets y el poder de los sóviets, sin una movilización de las masas tras las consignas de la revolución agraria y la liberación nacional, sin la creación, la extensión y el reforzamiento sobre el terreno de los sóviets de diputados de obreros, soldados y campesinos, la insurrección de Ho-Lun y de Ye-Tin (incluso dejando de lado su política oportunista) sólo podía ser una aventura revolucionaria, majnovismo pseudocomunista; no podía más que estrellarse contra su propio aislamiento. Y se estrelló.

El golpe de Cantón fue una réplica más grave, a mayor escala, de la aventura de Ho-Lun y de Ye-Tin, y sus consecuencias fueron infinitamente más trágicas

La resolución de febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista combate el espíritu putschista del Partido Comunista de China, es decir, la tendencia a organizar enfrentamientos armados. De todos modos, no dice que estas tendencias sean una reacción a toda la política oportunista de 1925-1927, y la consecuencia inevitable de la orden estrictamente militar, dada desde arriba, de “cambiar de ritmo”, sin que haya habido una valoración de todo lo que se ha hecho, sin que hayan sido revisadas abiertamente las bases de la táctica y se haya propuesto una visión clara del porvenir. La campaña de Ho-Lun y el golpe de estado de Cantón fueron explosiones de putschismo (y en esas condiciones no podía ser de otro modo).

Sólo se puede elaborar un verdadero antídoto para el putschismo y para el oportunismo, comprendiendo bien la siguiente verdad: la dirección de la insurrección de los obreros y campesinos pobres, la conquista del poder y la instauración de la dictadura del proletariado recaen, de ahora en adelante, con todo su peso, sobre el Partido Comunista de China. Si esta verdad penetra enteramente en él, estará tan poco inclinado a improvisar incursiones militares contra las ciudades, o insurrecciones que en realidad son trampas, como a correr servilmente tras la bandera del enemigo.

La resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista se condena a sí misma a la esterilidad, aunque no sea más que porque diserta de una forma totalmente arbitraria sobre el carácter inaceptable del salto por encima de las etapas, sobre la nocividad del putschismo, y porque guarda totalmente silencio sobre las causas sociales del golpe de estado en Cantón y del efímero régimen soviético al que dio nacimiento. Nosotros, opositores, estimamos que el golpe de estado fue una aventura intentada por la dirección a fin de salvar su “prestigio”. Pero para nosotros está claro que incluso una aventura se desarrolla según las leyes que determina la estructura del medio social. Esta es la razón por la que buscamos descubrir, en la insurrección de Cantón, los rasgos de la futura etapa de la revolución china. Estos rasgos coinciden plenamente con el análisis teórico que habíamos establecido antes de esta insurrección. Pero el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que considera que la sublevación de Cantón fue un episodio correcto y normal del desarrollo de la lucha, tiene también el deber de caracterizar su naturaleza de clase. Sin embargo, la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no dice una sola palabra sobre ello, aunque el plenario se haya celebrado inmediatamente después de los acontecimientos de Cantón. ¿No es ésta la prueba más convincente de que la dirección actual de la Internacional Comunista, empeñándose en seguir una línea de conducta errónea, deba limitarse a hablar de los pretendidos errores cometidos en 1925 o a lo largo de otros años, pero no se atreva a abordar la insurrección de Cantón de 1927, cuya significación anula totalmente el esquema de la revolución en Oriente tal como lo había establecido el proyecto de programa?

Los sóviets y la revolución

La resolución de febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista hace responsables al camarada N... y a otros del hecho de “que no haya habido en absoluto

un soviet *elegido* en Cantón” como el órgano de la insurrección (subrayado en el texto de la resolución). Esta acusación encubre en realidad una confesión asombrosa.

El informe de *Pravda* (nº 31), establecido sobre la base de una documentación directa, anunciaba que el poder de los sóviets ha sido instaurado en Cantón. Pero no contenía ni una sola palabra que indicase que el soviet de Cantón *no había sido elegido*, es decir, que no era un soviet (porque ¿cómo podría no ser elegido un soviet?). Nos hemos enterado de esto gracias a una resolución. Meditemos un poco sobre su significación. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista enseña en la actualidad que es necesario un soviet para hacer la insurrección y que no hay ninguna necesidad de él antes de eso. ¡Pero he aquí que la insurrección es decidida por un soviet que no existe! No es en absoluto una cosa sencilla conseguir la elección de un soviet: hace falta que las masas sepan por experiencia lo que es un soviet, que comprendan esta institución, que su pasado las haya acostumbrado a una organización soviética elegida. Esto ni siquiera se planteó en China, porque la consigna de los sóviets fue calificada de trotskysta precisamente en el curso del período en el que hubiera debido convertirse en el eje de todo el movimiento. Pero cuando, con toda precipitación, se decidió la insurrección para trascender las derrotas, fue necesario también *designar por orden* un soviet. Si no se ponen totalmente al desnudo las raíces de este error, la consigna de los sóviets se puede transformar incluso en un nudo corredizo para estrangular la revolución.

Lenin ya había explicado a los mencheviques que la tarea histórica fundamental de los sóviets es la de organizar o ayudar a organizar la conquista del poder; y después, que al día siguiente de la victoria se convierten en el aparato de este poder. Los epígonos (y no los discípulos) han sacado la conclusión que no se pueden organizar los sóviets hasta que suena la campanilla de la insurrección. Transforman con posterioridad la generalización leninista en una breve y pequeña receta que, lejos de servir a la revolución, la pone en peligro.

Antes de la toma del poder en octubre de 1917 por los sóviets bolcheviques habían existido durante nueve meses unos sóviets socialistas-revolucionarios y mencheviques. Los primeros sóviets revolucionarios habían existido doce años antes en San Petersburgo, Moscú y docenas de otras ciudades. Antes de que el soviet de 1905 se extendiese a las fábricas y talleres de la capital se había creado en Moscú, durante la huelga, un soviet de diputados de los impresores. Varios meses antes, en mayo de 1905, la huelga de Ivanovo-Vozniesensk había hecho surgir un órgano dirigente, que ya presentaba los rasgos esenciales de un soviet de diputados obreros. Han transcurrido más de doce años entre el primer ensayo de creación de un soviet de diputados obreros y la gigantesca experiencia que fue el establecimiento del poder de los sóviets. Evidentemente, este retraso no se aplica obligatoriamente en absoluto a los demás países, entre ellos China. Pero imaginar que los obreros chinos serán capaces de levantar sóviets con la ayuda de una pequeña y breve receta con la que se sustituye la generalización leninista, es reemplazar la dialéctica de la acción revolucionaria por una ordenanza impotente y fastidiosa propia de un pedante. Los sóviets no hay que establecerlos en la víspera de la insurrección, cuando se lanza la consigna de la conquista inmediata del poder; en efecto, si se llega al estadio de la conquista del poder, si las masas están preparadas para la insurrección, *sin que existan sóviets*, esto significa que otras formas y otros métodos de organización han permitido efectuar la tarea de preparación que asegurará el éxito de la insurrección; la cuestión de los sóviets no tiene entonces más que una importancia secundaria ya, se reduce a un problema de técnica organizativa, o incluso a una cuestión de vocabulario. La tarea de los sóviets no consiste simplemente en exhortar a las masas a la insurrección o en desatlarla, sino fundamentalmente *en conducir a las masas a la sublevación pasando por las etapas necesarias*. Al principio, el soviet no gana en absoluto a las masas gracias a la consigna

de la insurrección, sino gracias a otras consignas parciales; sólo a continuación, paso a paso, va llevando a las masas hacia esta consigna, sin dispersarlas por el camino e impidiendo que la vanguardia se separe del conjunto de la clase. Lo más frecuente es que el soviét se constituya principalmente sobre la base de una lucha huelguística, que tiene ante sí una perspectiva de desarrollo revolucionario, pero que se limita en el momento considerado a las reivindicaciones económicas. En la acción, las masas deben sentir y comprender que el soviét es *su* organización, que es *de ellas*, que reagrupa sus fuerzas para la lucha, para la resistencia, para la autodefensa y para la ofensiva. Las masas pueden sentir y comprender esto a través de experiencias que adquieren durante semanas, meses, incluso años, con o sin discontinuidad, pero no en la acción de un día ni, tampoco en general, en una acción llevada a cabo en una sola vez. Esta es la razón por la que sólo una dirección de epígonos y burócratas puede retener a una masa que se despierta y se dispone a crear sóviets, cuando el país atraviesa una época de sacudidas revolucionarias, cuando la clase obrera y los campesinos pobres del campo ven abrirse ante ellos la perspectiva de la conquista del poder, aunque no sea sino en una de las etapas ulteriores, e incluso si en la etapa considerada esta perspectiva no aparece más que ante una minoría restringida. Esa es la concepción que siempre hemos tenido de los sóviets. Hemos visto en ellos una forma de organización vasta y flexible, accesible desde los primeros pasos de su ascenso revolucionario a las masas que no hacen más que despertarse, y capaz de unir a la clase obrera en su conjunto, cualquiera que sea el número de los que entre ella hayan alcanzado un nivel de desarrollo suficiente para comprender los problemas de la conquista del poder.

¿Es necesario todavía citar a este respecto los testimonios escritos? He aquí, por ejemplo, lo que escribía Lenin respecto a los sóviets en la época de la primera revolución:

“El Partido Obrero Socialdemócrata ruso [denominación del partido en aquella época] no ha renunciado jamás a utilizar en un ascenso revolucionario más o menos fuerte ciertas organizaciones de obreros sin partido, del tipo de los sóviets de diputados obreros, a fin de aumentar la influencia de los socialdemócratas sobre la clase obrera y de consolidar el movimiento obrero socialdemócrata.”

Los testimonios literarios e históricos de este tipo que podríamos citar son innumerables. Pero la cuestión parece que está suficientemente clara sin ellos.

Tomando a contrapié esta opinión, los epígonos han transformado los sóviets en una especie de uniforme de gala con el que el partido viste simplemente al proletariado en la víspera de la conquista del poder. Pero entonces es cuando no se puede improvisar unos sóviets en veinticuatro horas, por encargo, directamente con el objetivo de preparar la insurrección. Las experiencias de este tipo revisten inevitablemente el carácter de una ficción destinada a ocultar, mediante una apariencia ritual del sistema soviético, la ausencia de las condiciones necesarias para la toma del poder. Esto es lo que se produjo en Cantón, donde el soviét fue simplemente designado por orden para respetar el ritual. Es aquí donde lleva la manera de los epígonos de plantear la cuestión.

En la polémica que se ha levantado a propósito de los acontecimientos chinos se ha acusado a la Oposición de una contradicción, según parece, flagrante: mientras que a partir de 1926 la Oposición ha propuesto en sus intervenciones la consigna de los sóviets en China, sus representantes se pronunciaron contra ella en Alemania, en el otoño de 1923. Quizá no se haya manifestado nunca la escolástica dentro del pensamiento político de una forma tan ruidosa como por medio de esta acusación. Efectivamente, exigimos que se abordase en China la creación de los sóviets, considerados como la organización de los obreros y los campesinos que tenía un valor propio, *en el momento en que ascendía la marea*. La institución de los sóviets debería haber tenido como función principal la de

oponer a los obreros y los campesinos a la burguesía del Kuomintang y a su agencia, que constituía su izquierda. La consigna de los sóviets en China significaba, en primer lugar, la necesidad de romper el vergonzoso “bloque de las cuatro clases” que llevaba al suicidio, y de hacer salir al partido comunista del Kuomintang. El centro de gravedad del problema no se encontraba, por tanto, en una forma abstracta de organización, sino en una línea de conducta de clase.

En Alemania, en cambio, no se trataba en el otoño de 1923 más que de una forma de organización. Como consecuencia de la pasividad extrema, del retraso y lentitud manifestadas por la dirección de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Alemania, se había dejado pasar el momento favorable para llamar a los obreros a la creación de sóviets; gracias a la presión de la base, los comités de fábrica ocuparon por sí mismos dentro del movimiento obrero alemán, en el otoño de 1923, el lugar que habrían tenido los sóviets, con un éxito seguramente mayor, si el partido comunista hubiera llevado a la práctica una política correcta y audaz. En aquel momento, la situación era muy grave. Perder todavía más tiempo era dejar escapar definitivamente una situación revolucionaria. La insurrección estaba por fin a la vista, y su lanzamiento previsto en el plazo mínimo. Proclamar en tales circunstancias la consigna de los sóviets habría sido cometer la mayor necedad teórica que se puede concebir. El soviet no es por sí mismo un talismán dotado de poderes milagrosos. En la situación de entonces, unos sóviets creados apresuradamente no habrían sido más que un duplicado de los comités de fábrica; habría sido necesario privar a éstos de sus funciones revolucionarias para transmitirlos a unos sóviets recién creados y que no gozaban todavía de ninguna autoridad; y eso ¿en qué momento? Cuando cada día contaba. Se habría sustituido la acción revolucionaria por el juego más nefasto, que consiste en distraerse, en el terreno organizativo, con puerilidades.

Es indiscutible que la forma de organización soviética puede tener una importancia enorme, pero solamente cuando traduce en el momento adecuado una línea de conducta política correcta. Sin embargo, puede adquirir una significación negativa de amplitud igualmente considerable cuando se transforma en una ficción, en un fetiche, en una cáscara vacía. Unos sóviets alemanes creados en el último minuto, en el otoño de 1923, no habrían aportado ninguna novedad política; habrían introducido la confusión en el terreno organizativo. En Cantón fue todavía peor. El soviet creado apresuradamente, para ofrecer un sacrificio a los ritos, no servía más que para camuflar un putsch aventurero. Gracias a eso nos hemos enterado, después de los hechos consumados, que el soviet de Cantón se parecía a un antiguo dragón chino: estaba dibujado simplemente sobre el papel. La política de las marionetas y los dragones de papel no es la nuestra. Nosotros nos opusimos a que se improvisasen en Alemania, en 1923, unos sóviets por telégrafo. Nosotros queríamos la creación de sóviets en China en 1926. Nosotros nos habríamos opuesto a la creación de un soviet de carnaval en Cantón en diciembre de 1927. No existe ahí contradicción, sino, por el contrario, una profunda unidad en la concepción de la dinámica del movimiento revolucionario y de sus formas de organización.

La cuestión del papel y de la significación de los sóviets, que ha sido desfigurada, embarullada y oscurecida por la teoría y la práctica aplicadas en el curso de los últimos años, no ha sido clarificada en absoluto en el proyecto de programa.

Julio de 1928

La cuestión china después del VI Congreso

Las lecciones y los problemas de la estrategia y la táctica de la revolución china constituyen actualmente la mejor de las enseñanzas para el proletariado internacional. La experiencia adquirida en 1917 ha sido modificada, desfigurada, falsificada, hasta hacerla irreconocible, por los epígonos que han llevado al poder las derrotas sucesivas de la clase obrera mundial. La revolución china ha verificado por reducción al absurdo la política bolchevique. La estrategia de la Internacional Comunista en China fue un gigantesco juego de “gana quien pierde”. Hay que utilizar la antítesis china, oponerla a la experiencia de Octubre para hacer aprender el alfabeto del bolchevismo a la joven generación de revolucionarios. Por sí misma, China tiene una importancia mundial. Pero lo que pasa dentro de ese país decide no solamente su suerte, sino también el destino mismo de la Internacional Comunista, en el pleno sentido de la palabra. Lejos de sacar un balance correcto y de aportar alguna claridad, el VI Congreso ha consagrado los errores cometidos y los ha completado con un nuevo embrollo, colocando al Partido Comunista de China en una situación inextricable para largos años. Los rayos burocráticos de la excomunión, evidentemente, no nos harán callar cuando está en juego la suerte de la revolución internacional. Quienes nos excomulgan son los responsables directos de las derrotas sufridas: por eso temen a la luz.

A lo largo de los cinco últimos años, ningún partido ha sufrido tan cruelmente el oportunismo de la dirección de la Internacional Comunista como el Partido Comunista de China. En China hemos tenido un ejemplo perfecto (y que, precisamente por esta razón, llevó a la catástrofe) de la aplicación de la política menchevique a una época revolucionaria. Además, el menchevismo disponía del monopolio, puesto que la autoridad de la Internacional Comunista y el aparato material del poder de los sóviets lo protegían de la crítica bolchevique. Tal concurso de circunstancias es único en su género. Ha permitido que una revolución a la que se le presentaba el mejor porvenir haya sido confiscada por la burguesía china, ha permitido el reforzamiento de la burguesía cuando, según todos los datos, ésta no podía esperarlo. Incluso hoy mismo, los errores del oportunismo no han sido reparados. Todo el desarrollo de los debates del congreso, los informes de Bujarin y de Kuusinen, las intervenciones de los comunistas chinos, todo esto demuestra que la política seguida por la dirección en China era y es todavía errónea. Partiendo del oportunismo abierto, bajo la forma de colaboracionismo (1924-1927), ha hecho a finales de 1927 un zigzag brusco y se lanza a las aventuras. Después de la insurrección de Cantón, rechaza el putschismo y pasa a una tercera fase, la más estéril, intentando combinar las viejas tendencias oportunistas con un radicalismo impotente, de pura forma, que durante cierto período se llamó entre nosotros “ultimatismo” y “oztovismo”, la peor variedad de ultraizquierdismo.

Todo comunista chino no puede avanzar ahora ni un solo paso sin haber valorado previamente en su justa medida la dirección oportunista que condujo a una aplastante derrota en las tres etapas (Shanghái, U-Chang y Cantón), y sin haber medido plenamente

la inmensa ruptura provocada por estas derrotas en la situación social y política, interior e internacional de China.

Los debates del congreso han mostrado qué ilusiones burdas y peligrosas subsisten todavía en la concepción de los dirigentes comunistas chinos. Para defender la insurrección de Cantón, uno de los delegados chinos se refirió al hecho que, después de la derrota sufrida en esta ciudad, los efectivos del partido no hubieran bajado sino aumentado. Incluso aquí, a miles de kilómetros del teatro de los acontecimientos revolucionarios, parece increíble que una información tan monstruosa haya podido ser presentada a un congreso mundial sin suscitar una refutación indignada. Sin embargo, nos enteramos, gracias a las observaciones presentadas por otro delegado sobre otro punto, de que si el Partido Comunista de China ha ganado (¿por mucho tiempo?) decenas de millares de nuevos miembros entre los campesinos, en cambio ha perdido a la mayoría de sus obreros. Este es un proceso amenazante, que marca sin posibilidad de error cierta fase del *declive* del Partido Comunista de China, que los comunistas chinos describían en el congreso como un signo de crecimiento, de progresión. Cuando la revolución es derrotada en las ciudades y los centros más importantes del movimiento obrero y campesino, hay y habrá siempre, sobre todo en un inmenso país como China, regiones frescas, precisamente porque son atrasadas, que contengan fuerzas revolucionarias intactas. En la periferia lejana, los sobresaltos de la oleada revolucionaria durarán mucho tiempo todavía. Sin tener datos directos sobre la situación de las regiones chinas y musulmanas del suroeste, no se puede hablar con precisión de la probabilidad de una fermentación revolucionaria, en esos lugares y en un período próximo. Pero todo el pasado de China hace posible esta eventualidad. Es absolutamente evidente que este movimiento no será más que un eco tardío de las batallas de Shanghái, Hang Keu y Cantón. Después de la derrota decisiva sufrida por la revolución en las ciudades, el partido puede todavía, durante algún tiempo, encontrar decenas de millares de nuevos miembros en el campesinado que despierta. Esto es importante, porque es el signo precursor de las grandiosas posibilidades que encierra el porvenir. Pero, en el período actual, no es más que una forma de la disolución y la liquidación del Partido Comunista de China, que al perder su núcleo proletario no responde ya a su destino histórico.

Una época de declive revolucionario, por su misma esencia, está llena de amenazas para un partido revolucionario. En 1852 decía Engels que un partido revolucionario que deja escapar una situación revolucionaria o que sufre una derrota decisiva durante ésta, desaparece inevitablemente de la historia durante un cierto período de la misma. La contrarrevolución afecta tanto más cruelmente a un partido revolucionario cuando el aplastamiento de la revolución no ha sido causado por una relación de fuerzas desfavorable, sino por errores evidentes, indiscutibles de la dirección (como fue precisamente el caso en China). Añádase a esto la juventud del Partido Comunista de China, la ausencia de cuadros fuertemente templados y de tradiciones sólidas; añádanse también los cambios efectuados a la ligera en la dirección, que, allí como en todas partes, fue considerada como gerente responsable y tuvo de expiar los errores de la Internacional Comunista. Todo esto junto le crea al Partido Comunista de China condiciones verdaderamente fatales para la época contrarrevolucionaria, cuya duración no puede ser prevista.

Sólo planteando clara y valientemente todas las cuestiones fundamentales, las de ayer y las de hoy, se le puede evitar la suerte evocada por Engels (liquidación política durante determinado período).

Hemos examinado la dinámica de clase de la revolución china en un capítulo especial de la crítica a la que hemos sometido las tesis fundamentales del proyecto de programa de la Internacional Comunista. Hoy no vemos la necesidad de añadir nada a ese

capítulo, y mucho menos para hacer ninguna modificación en él. Hemos llegado a la conclusión que el desarrollo ulterior de la revolución china sólo puede efectuarse por medio de la lucha del proletariado chino, arrastrando a cientos de millones de campesinos pobres a la conquista del poder. La solución de los problemas fundamentales, burgueses y democráticos, conduce necesariamente en China a la dictadura del proletariado. Oponer a la dictadura del proletariado la dictadura democrática de los obreros y los campesinos sería una tentativa reaccionaria de hacer volver atrás la situación, a etapas que datan de la coalición del Kuomintang. Este diagnóstico político general determina la línea estratégica de la etapa siguiente, o, más exactamente, de la tercera revolución china; no anula, sin embargo, los problemas de táctica de hoy y de mañana.

1.- La revolución permanente y la insurrección de Cantón

En noviembre de 1927, el Plenario del Comité Central del Partido Comunista de China constataba:

“Las circunstancias objetivas que existen actualmente en China son tales que la duración de la situación directamente revolucionaria se medirá no en semanas o en meses, sino en largos años. La revolución china tiene un carácter duradero, no se ha detenido. Por su carácter constituye lo que Marx llamaba una “revolución permanente”.”

¿Es esto cierto? Si se comprende bien esta afirmación, es cierta. Pero hay que comprenderla desde la óptica de Marx, y no a la de Lominadzé. Bujarin, que desenmascaró a este último por la utilización que hacía de esta fórmula, no está más cerca de Marx que él. Toda verdadera revolución, en una sociedad capitalista, sobre todo en un gran país y más en particular hoy en día, en la época imperialista, tiende a transformarse en revolución permanente, es decir, a no detenerse en las etapas alcanzadas, a no limitarse a los marcos nacionales, sino a extenderse y profundizarse hasta la transformación total de la sociedad, hasta la abolición definitiva de las diferencias de clase y, por tanto, hasta la supresión completa y final de la posibilidad misma de una nueva revolución. Es en esto en lo que consiste la concepción marxista de la revolución proletaria, que se distingue por ello de la revolución burguesa, limitada ésta por su marco nacional y por sus objetivos específicos. La revolución china tiende a convertirse en permanente en la medida en que encierra la posibilidad de la conquista del poder por el proletariado. Hablar de revolución permanente sin hablar de esta posibilidad y sin contar con ella es hablar para no decir nada. Sólo el proletariado, después de haberse apropiado del poder del estado y de haberlo transformado en instrumento de lucha contra todas las formas de opresión y explotación, tanto dentro del país como más allá de sus fronteras, asegura a la revolución un carácter continuo y la lleva hasta la edificación de la sociedad socialista integral. La condición necesaria de esta edificación es, por tanto, una política que prepare al proletariado para tomar el poder en el momento oportuno. Lominadzé ha hecho de la posibilidad de un desarrollo permanente de la revolución (a condición que la política comunista sea correcta) una fórmula escolástica que garantiza de una sola vez y definitivamente una situación revolucionaria “para largos años”. La permanencia de la revolución se convierte así en una ley situada por encima de la historia, independiente de la política de la dirección y del desarrollo material de los acontecimientos revolucionarios. Como siempre sucede en casos similares, Lominadzé y compañía se decidieron a proclamar su fórmula metafísica en cuanto al carácter permanente de la revolución cuando la dirección política de Stalin, Bujarin, Chen Tu-hsiu y Tan Pin-sian habían saboteado completamente la situación revolucionaria.

Después de haber asegurado así la continuidad de la revolución para largos años, el Plenario del Comité Central del Partido Comunista de China, liberado de toda especie

de dudas, deducía de esta fórmula que las condiciones eran favorables para la insurrección:

“No solamente la fuerza del movimiento revolucionario de las masas trabajadoras de China no se ha agotado todavía, sino que únicamente ahora empieza a manifestarse por una progresión nueva de la lucha revolucionaria. Estos hechos obligan al Plenario del Comité Central del Partido Comunista de China a reconocer que existe actualmente [noviembre de 1927] en toda China una situación directamente revolucionaria.”

La insurrección de Cantón fue la consecuencia inevitable de esta apreciación. Si la situación hubiera sido verdaderamente revolucionaria, la derrota de Cantón sólo habría constituido un episodio particular, y, en todo caso, esta sublevación no habría aparecido como una aventura. A pesar de las condiciones desfavorables en el mismo Cantón, la dirección habría tenido el deber de desencadenar muy rápidamente la insurrección, con el fin de dispersar y debilitar así las fuerzas del enemigo y facilitar la sublevación en otras partes del país.

Sin embargo, varios meses más tarde (y no “largos años”) tuvo que confesar que la situación política se había deteriorado bruscamente, y ello antes de la insurrección de Cantón. Las campañas de Ho-Lun y de Ye-Tin ya se desarrollaban en un momento de reflujo revolucionario: los obreros se separaban de la revolución y las tendencias centrífugas se reforzaban. Esto no está en absoluto en contradicción con la existencia de movimientos campesinos en diversas provincias. Siempre ocurre así.

¡Que los comunistas chinos se pregunten ahora, pues, si se habrían atrevido a decidir para diciembre la insurrección de Cantón de haber sabido que, para dicho período, estaban agotadas las fuerzas principales de la revolución y había comenzado el gran declive! Está claro que si hubiesen comprendido en el momento oportuno este cambio radical de la situación, en ningún caso habrían llamado a la insurrección de Cantón. La única forma de explicar la política de la dirección que ha decidido y realizado esta revuelta es que *no había comprendido el sentido* y las consecuencias de las derrotas de Shanghái y Hupe. No puede haber ninguna otra interpretación. Pero la incomprensión puede servir mucho menos de excusa a la dirección de la Internacional Comunista si se tiene en cuenta que la Oposición había advertido, en el momento oportuno, del cambio de la situación y los nuevos peligros. Los tontos y los calumniadores la habían acusado por ello de derrotismo.

La resolución del VI Congreso confirma que la resistencia insuficientemente opuesta a las “disposiciones putschistas” trajo como consecuencia las sublevaciones infructíferas de Hunan, Hupe, etc. ¿Qué hay que entender por “disposiciones putschistas”? Conforme a las directrices de Stalin y Bujarin, los comunistas chinos creían que la situación en China era directamente revolucionaria y que los movimientos parciales tenían todas las posibilidades de ampliarse hasta convertirse en una insurrección general. De esta forma, el desencadenamiento de estos golpes de mano era el resultado de una valoración errónea de las circunstancias en las que se encontraba China hacia el segundo semestre de 1927, inmediatamente después de las derrotas sufridas.

En Moscú se podía hablar mucho de la “situación directamente revolucionaria”, acusar a los opositores de derrotismo, con sólo inmunizarse contra el porvenir (sobre todo después de Cantón) por medio de reservas a propósito del “putschismo”. Pero en el teatro de los acontecimientos, en la misma China, todo revolucionario honesto tenía el deber de hacer, en la medida de sus fuerzas, todo lo que pudiera para acelerar la sublevación, ya que la Internacional Comunista había declarado que la situación general era propicia para una insurrección a escala nacional. Así manifiesta el régimen de

duplicidad su carácter abiertamente criminal. Al mismo tiempo, la resolución del congreso dice:

“El congreso estima que es absolutamente inexacto considerar la insurrección de Cantón como un putsch. Fue una heroica batalla de retaguardia [¡!] del proletariado chino en el curso del período de la revolución china que acaba de transcurrir; a pesar de los errores de la dirección, este levantamiento permanecerá, para la nueva etapa soviética de la revolución, como un estandarte.”

Aquí, la confusión alcanza su cenit. Se subraya el heroísmo del proletariado de Cantón, se hace de él un biombo para ocultar los errores de la dirección, no la de Cantón (que la resolución abandona completamente), sino la de Moscú, que, todavía la víspera, lejos de hablar de una “batalla de retaguardia”, hablaba de derrocamiento del gobierno del Kuomintang. ¿Por qué, *después* de la experiencia de Cantón, el llamamiento a la insurrección es denunciado como putschismo? Porque esta experiencia confirma la inoportunidad del levantamiento. La dirección de la Internacional Comunista necesitaba una nueva lección, dada por el ejemplo, para descubrir lo que ya aparecía claramente sin necesidad de la misma. Pero estas lecciones complementarias para retrasados mentales, dadas así en vivo, ¿no cuestan demasiado caras al proletariado?

Lominadzé (uno de los niños prodigio de la estrategia revolucionaria) juraba en el XV Congreso del Partido Comunista de la URSS que la insurrección de Cantón era necesaria, justa y saludable, precisamente porque inauguraba una era de lucha directa de los obreros y los campesinos por la conquista del poder. Se estuvo de acuerdo con él. En el VI Congreso, Lominadzé ha reconocido que la insurrección no inauguraba una era triunfal, sino que clausuraba una era de derrotas. A pesar de ello, se continúa considerando este levantamiento como necesario, justo y saludable. Simplemente se le ha cambiado el nombre: de un choque entre las vanguardias de las fuerzas en presencia, ha pasado a ser una “batalla de retaguardia”. Todo lo demás continúa igual. El intento que se ha hecho de escapar a la crítica de la Oposición camuflándose detrás del heroísmo de los obreros de Cantón tiene tanto peso como, por ejemplo, el del general Rennenkampf intentando pavonearse con el heroísmo de los soldados rusos que él ahogó, con su estrategia, en los pantanos mazurianos. Los proletarios de Cantón son culpables, sin haber cometido ningún error, simplemente por exceso de confianza en su dirección. La dirección de Cantón es culpable de haber tenido una confianza ciega en la política con el espíritu de aventura.

Es radicalmente erróneo comparar la insurrección de Cantón de 1927 con la de Moscú en 1905. Durante el año 1905, el proletariado ruso avanzó paso a paso, arrancando concesiones al enemigo y sembrando la descomposición en sus filas, reuniendo siempre alrededor de su vanguardia una parte cada vez más importante de las masas populares. La huelga de octubre de 1905 fue una victoria inmensa cuya significación histórica fue mundial. El proletariado ruso tenía su propio partido, que no estaba supeditado a ninguna disciplina burguesa o pequeño burguesa. El valor propio, la intransigencia, el espíritu ofensivo del partido aumentaban en cada nueva etapa.

El proletariado ruso había creado sóviets en decenas de ciudades, y no en la víspera de la revuelta, sino en el curso del proceso de una lucha de masas por medio de la huelga. A través de estos sóviets, el partido estableció una ligazón con las amplias masas, controló su espíritu revolucionario y las movilizó. Viendo que cada día modificaba la correlación de fuerzas a favor de la revolución, el gobierno zarista pasó a la contraofensiva y le impidió, así, a la dirección revolucionaria disponer de todo el tiempo necesario para movilizar todas sus fuerzas. Bajo tales condiciones, la dirección revolucionaria debía poner todo en marcha para verificar en la práctica el estado de espíritu del último factor decisivo: el ejército. Ese fue el sentido de la insurrección de diciembre de 1905.

En China, los acontecimientos se desarrollaron de un modo directamente contrario. La política estalinista del Partido Comunista de China consistió en una serie de capitulaciones ante la burguesía, acostumbró a la vanguardia obrera a soportar el yugo del Kuomintang. En marzo de 1926, el partido capituló ante Chiang Kai-shek, cuya posición consolidó debilitando la suya propia; comprometió la bandera del marxismo y se transformó en un instrumento secundario de la dirección burguesa. El partido sofocó el movimiento agrario y las huelgas obreras, aplicando las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista sobre el bloque de las cuatro clases. El partido renunció a la organización de los sóviets para no complicar, en la retaguardia, la situación de los generales chinos; de tal forma, entregó a Chiang Kai-shek, atados de pies y manos, a los obreros de Shanghái. Después del aplastamiento de Shanghái, de acuerdo con las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, el partido depositó todas sus esperanzas en el Kuomintang de izquierda, pretendido “centro de la revolución agraria”. Los comunistas entraron en el gobierno de U-Chang, que reprimió la huelga y los levantamientos campesinos: preparaban así una nueva y más cruel destrucción de las masas revolucionarias. Después se lanzó una directriz absolutamente aventurista, ordenando una orientación urgente hacia la insurrección. Ese es el origen, primeramente, de la aventura de Ho-Lun y de Ye-Tin, y posteriormente de aquella otra, mucho más dolorosa todavía, que fue el levantamiento de Cantón.

No, todo esto no es en absoluto comparable a la insurrección de diciembre de 1905.

Si un oportunista llama a los acontecimientos de Cantón una aventura, es porque fue una *insurrección*. Si un bolchevique utiliza para esos hechos la misma denominación, es porque fue una *insurrección inoportuna*. No en vano un proverbio alemán afirma que cuando dos hombres dicen la misma cosa, eso no significa la misma cosa.

Los funcionarios estilo Thaelmann pueden, a propósito de la revolución china, continuar hablando a los comunistas alemanes de la “apostasía” de la Oposición. Nosotros enseñaremos a los comunistas de Alemania a darle la espalda a los Thaelmann. En efecto, la apreciación llevada a cabo sobre la insurrección de Cantón plantea la cuestión de las lecciones del III Congreso, de un asunto en el que el proletariado alemán se jugó la cabeza.

En marzo de 1921 el Partido Comunista de Alemania intentó una insurrección, apoyándose sobre una minoría agitada del proletariado, mientras que la mayoría, fatigada, transformada en desconfiada por las derrotas anteriores, permanecía pasiva. Los que, en aquella época, dirigieron este intento se esforzaron también en hacerse apreciar por el heroísmo de los obreros en los combates de marzo. Sin embargo, el III Congreso, lejos de felicitarles por esta empresa, condenó su espíritu de aventura. ¿Cuál fue entonces nuestra valoración de los acontecimientos de marzo? “Su esencia [escribíamos] se resume en que el joven partido comunista, horrorizado por un declive patente en el movimiento obrero, hizo un intento desesperado de aprovecharse de la intervención de uno de los destacamentos más activos del proletariado, para “electrizar” a la clase obrera y llevar las cosas, si era posible, hasta una batalla decisiva” Thaelmann no ha comprendido nada de todo esto.

Desde julio de 1923 habíamos exigido que se fijase la fecha de la insurrección en Alemania, con gran asombro de Clara Zetkin, Warsky y otros viejos socialdemócratas, muy venerables pero incorregibles. Pero, a comienzos de 1924, cuando Clara Zetkin declaró que en aquel momento veía la eventualidad de un levantamiento con mucho “más optimismo” que el año anterior, no podíamos hacer otra cosa que encoger los hombros.

“Una verdad elemental del marxismo dice que la táctica del proletariado socialista no puede ser la misma en una situación revolucionaria que cuando ésta no existe.”

Este ABC [señalado por Lenin] es admitido verbalmente por todo el mundo hoy en día, pero está muy lejos de ser aplicado en realidad.

La cuestión no es saber lo que los comunistas deben hacer cuando las masas se levantan por sí mismas. Esa es una cuestión especial. Cuando las masas se levantan, los comunistas deben estar con ellas, deben organizarlas e instruir las. Pero el problema se plantea de otra forma: ¿Qué es lo que la dirección ha hecho y qué es lo que tenía que hacer durante las semanas y los meses que precedieron a la insurrección de Cantón? La dirección tenía el deber de explicar a los obreros revolucionarios que, después de las derrotas sufridas como consecuencia de una política errónea, la correlación de fuerzas había cambiado completamente a favor de la burguesía. Trastornadas por el choque, enormes masas obreras, que habían librado inmensos combates, abandonaban el campo de batalla. Es absurdo pensar que se pueda marchar hacia una insurrección campesina cuando las masas proletarias se retiran. Entonces es necesario agruparse, librar combates defensivos, evitando la batalla general (presentándose ésta, visiblemente, sin esperanzas). Si *a pesar* de un trabajo así de esclarecimiento y de educación, despreciando estas explicaciones, las masas de Cantón se hubiesen sublevado (lo que era poco probable), los comunistas deberían haberse puesto a su cabeza. Pero lo que ocurrió fue justamente lo contrario. La insurrección fue ordenada de antemano, a sabiendas y premeditadamente, a partir de una estimación incorrecta de toda la situación. Se arrastró a un destacamento del proletariado a una lucha manifiestamente sin esperanzas, que permitió al enemigo aniquilar más fácilmente a la vanguardia de la clase obrera. No decirlo abiertamente es engañar a los obreros chinos y preparar nuevas derrotas. El VI Congreso no lo ha dicho.

¿Significan estas críticas que la insurrección de Cantón fuera *solamente* una aventura, y llevan a una única conclusión, a saber, que la dirección fue completamente incapaz? No, no es ese su sentido. La insurrección de Cantón ha mostrado que, incluso en una ciudad no industrializada, con las viejas tradiciones pequeñoburguesas del sunyatsenismo, el proletariado se ha revelado capaz de ir a la insurrección, combatir con valentía y conquistar el poder. Este hecho tiene una importancia enorme. Prueba una vez más cuán grande es el papel histórico que puede ejercer la clase obrera, incluso si es relativamente débil numéricamente, en un país históricamente atrasado y en el que la mayoría de la población se compone de campesinos y de pequeños burgueses dispersos. El acontecimiento, una vez más después de 1905 y 1917, ha desmentido completamente a los filisteos estilo Kuusinen, Martinov y compañía, que predicaban que no se puede soñar con la dictadura del proletariado en la China “agraria”. Y, sin embargo, los Martinov y los Kuusinen son actualmente los inspiradores cotidianos de la Internacional Comunista.

La insurrección de Cantón ha mostrado al mismo tiempo que, en el momento decisivo, el proletariado no ha podido encontrar, incluso en la capital pequeñoburguesa del sunyatsenismo, un solo aliado político, ni tan siquiera entre los residuos del Kuomintang de izquierda o de ultraizquierda. Esto significa que la tarea vital que consiste en realizar la alianza entre los obreros y los campesinos pobres incumbe directa y exclusivamente, en China, al partido comunista. Su cumplimiento es una de las condiciones del triunfo de la tercera revolución china, cuya victoria dará el poder a la vanguardia del proletariado, apoyada por la unión de los obreros y los campesinos pobres.

Si se quiere hablar de “apostasía”, habremos de decir que los traidores de los héroes y las víctimas de la insurrección de Cantón son aquellos que rehúsan sacar las lecciones de este levantamiento para esconder los crímenes de la dirección. He aquí esas lecciones:

1º La insurrección de Cantón ha mostrado que, en China, la vanguardia proletaria es la única capaz de realizar el levantamiento y conquistar el poder. Después de la experiencia de colaboración habida entre el partido comunista y el Kuomintang, la

insurrección ha mostrado la total falta de vitalidad y el carácter reaccionario de la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado, opuesta a la de la dictadura del proletariado arrastrando tras de sí a los campesinos pobres.

2º La insurrección de Cantón ha mostrado que, por ser concebida y ejecutada en un sentido contrario al de la marcha de la revolución, aceleró y profundizó su repliegue, facilitando la aniquilación de las fuerzas proletarias por la contrarrevolución burguesa. Esta catástrofe da al período interrevolucionario un carácter doloroso, que será crónico y duradero. El mayor problema es ahora el renacimiento del partido comunista en tanto que organización de la vanguardia del proletariado.

Estas dos conclusiones tienen la misma importancia. Solamente considerándolas conjuntamente se puede juzgar la situación y fijar las perspectivas. El VI Congreso no ha hecho ninguna de las dos cosas. Tomando como base las resoluciones del IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (febrero de 1928), que afirmaba que la revolución china “continuaba”, el congreso esquivó la verdad; llegó hasta afirmar que esta revolución entraba en una fase preparatoria. Pero este velo no servirá para nada. Hay que hablar clara y sinceramente; hay que reconocer neta, abierta y brutalmente la ruptura que se ha producido, ajustar la táctica y, al mismo tiempo, seguir una orientación tal que la vanguardia del proletariado sea llevada a ejercer, por medio de la insurrección, un papel preponderante en la China soviética del porvenir.

2.- El período interrevolucionario y sus tareas

La política bolchevique se caracteriza no solamente por su envergadura revolucionaria, sino también por su realismo político. Estos dos aspectos del bolchevismo son inseparables. La más importante de las tareas es saber reconocer en el momento oportuno una situación revolucionaria y explotarla hasta el final. Pero no es menos importante ser capaz de comprenderlo cuando esta situación ha pasado y se ha transformado políticamente en su contraria. No hay nada más vano y más indigno que mostrar el puño después de la batalla. Esta es, sin embargo, la especialidad de Bujarin. Primero ha explicado que el Kuomintang y los sóviets eran una misma cosa, y que, a través del Kuomintang, los comunistas podían conquistar el poder sin batalla. Y cuando el Kuomintang aplasta a los obreros, con la ayuda de Bujarin, éste amenaza con el puño. Cuando Bujarin no hacía más que corregir o “completar” a Lenin, su aspecto caricaturesco no sobrepasaba ciertos límites modestos. Cuando pretende dirigir por sí mismo, aprovechando la falta total de conocimientos de Stalin, Rykov y Molotov en las cuestiones internacionales, el pequeño Bujarin se hincha hasta convertirse en una caricatura gigante del bolchevismo. La estrategia de Bujarin se reduce a rematar y mutilar, en la época del declive, todo lo que ha quedado vivo de la revolución manchada y echada a perder.

Hay que comprender claramente que no hay en la actualidad una situación revolucionaria en China. Es, por el contrario, una situación contrarrevolucionaria la que la ha sustituido; comienza un período interrevolucionario de duración indeterminada. Volved la espalda con menosprecio a quien diga que eso es pesimismo y falta de fe. Cerrar los ojos ante los hechos: ahí está la mala fe, y la más infame de todas.

En China la situación continúa siendo revolucionaria en el fondo en la medida en que todas las contradicciones internas y externas de este país no tienen otra solución que la revolución. Pero en este sentido no hay un solo país en el mundo en el que la situación no deba, algún día, convertirse en abiertamente revolucionaria, a excepción de la URSS, donde, a pesar de cinco años de deslizamiento oportunista, la forma soviética de la dictadura proletaria mantiene todavía la posibilidad de un renacimiento de la Revolución de Octubre por la vía de las reformas.

En ciertos países, la transformación de la revolución potencial en una revolución real es una posibilidad más próxima; en otros es muy lejana. Resulta tanto más difícil predecir la mutación por cuanto que ésta no está solamente determinada por la gravedad de las contradicciones internas, sino también por la intervención de los factores mundiales. Se puede suponer, por muchas razones, que la revolución tendrá lugar en Europa antes que en América del Norte. Pero las previsiones anunciando que la revolución estallará primero en Asia y después en Europa ya tienen un carácter más condicional. Esto es posible, incluso probable, pero no tiene que ser fatalmente así. Nuevas dificultades y complicaciones parecidas a la ocupación del Ruhr en 1923, o bien la agravación de la crisis del comercio y la industria bajo la presión de los Estados Unidos, pueden arrojar en un futuro próximo a los estados europeos a una situación directamente revolucionaria, como en Alemania en 1923, en Inglaterra en 1926 o en Austria en 1927.

El hecho que China atravesase todavía ayer una crisis revolucionaria aguda no aproxima la revolución, ni la adelanta para hoy o para mañana, sino que, por el contrario, la aleja. El período que siguió a la revolución de 1905 conoció grandes conmociones revolucionarias y transformaciones en los países de oriente (Persia, Turquía, China) pero en la misma Rusia la revolución no renació sino doce años más tarde, en relación con la guerra imperialista. Ciertamente, estos plazos no son obligatorios para China. El ritmo general de desarrollo de las contradicciones mundiales se ha acelerado: es todo lo que puede decirse. Pero hay que tener en cuenta el hecho que, precisamente en China, la revolución ha sido rechazada hasta un futuro indeterminado. Hay algo más grave: no han terminado todavía las consecuencias de la derrota. Entre nosotros, el reflujo se prolongó durante 1907, 1908, 1909 y, parcialmente, 1910, año en que, en gran medida, gracias a la recuperación de la industria, la clase obrera se reanimó. Ante el Partido Comunista de China se abre un barranco no menos abrupto. Es necesario, en esta situación, saber agarrarse a cada saliente, conservar con tenacidad cada punto de apoyo con el fin de no caerse y romperse el cuello.

El Partido Comunista de China, y para comenzar su vanguardia, debe asimilar la inmensa experiencia de las derrotas y, con métodos de acción nuevos, reconocer la nueva situación; debe reajustar sus filas dislocadas; debe renovar sus organizaciones de masas; debe, más clara y netamente que hasta ahora, precisar su actitud frente a los problemas que se plantean al país: unidad y liberación nacional, revolución agraria.

Por otra parte, la burguesía china tiene que gastar el capital acumulado en sus victorias. Las contradicciones que existen en su seno, así como entre la burguesía y el mundo exterior, deben ser, una vez más, puestas al desnudo y agravadas. Un nuevo reagrupamiento de las fuerzas debe tener una repercusión en el campesinado y relanzar su actividad. Gracias a estos signos se podrá reconocer que la situación ha vuelto a convertirse en revolucionaria a un nivel histórico más elevado.

“Los que han tenido que vivir [decía Lenin el 23 de febrero de 1918] los largos años de las batallas revolucionarias, en la época del ascenso de la revolución y en la época de su caída en el abismo, cuando los llamamientos revolucionarios a las masas no encontraban ningún eco, saben que, sin embargo, la revolución siempre vuelve a levantarse.”

El ritmo que siga la revolución china “levantándose” no dependerá solamente de las condiciones objetivas sino, también, de la política de la Internacional Comunista.

La resolución del congreso da un rodeo diplomático alrededor de estos problemas esenciales; siembra reservas a derecha e izquierda a fin de salvarse: podemos decir que, como los abogados, crea de antemano los motivos que permitirán presentar los recursos de casación y apelación.

Es cierto que reconoce que “la consigna del levantamiento de las masas se convierte en una consigna propagandística, y sólo en la medida en que se prepare un nuevo flujo de la revolución se convertirá de nuevo en práctica e inmediatamente aplicable”. Notemos, de pasada, que en febrero de este año una actitud parecida era todavía denominada trotskismo. Hay que comprender, sin duda, que este término designa la capacidad para tener en cuenta los hechos y sus consecuencias más rápidamente de lo que pueda hacerlo la dirección de la Internacional Comunista.

Pero la resolución del congreso no va más lejos de esta transformación de la insurrección armada en una consigna de propaganda. Los informes no aportan ninguna otra cosa sobre este punto. ¿Qué debemos esperar en el curso del próximo período? ¿Qué orientación hay que seguir en el trabajo? No hay ninguna perspectiva.

Para captar bien y a fondo las lecciones que se pueden sacar todavía de una reflexión sobre este tema, echemos de nuevo un vistazo a la jornada de ayer, a esta misma resolución del comité central chino que ofrece la manifestación más asombrosa de una ligereza de espíritu “revolucionario” agravada por el oportunismo.

El Plenario del Comité Central del Partido Comunista de China, dirigido por los niños prodigio del centrismo de izquierda, adoptaba, en noviembre de 1927, en vísperas de la insurrección de Cantón, la resolución siguiente:

“Considerando la situación política creada después del golpe de estado contrarrevolucionario de Hunan, el Comité Central del Partido Comunista de China ha afirmado ya, en sus tesis de agosto, que sobre la base de las actuales relaciones sociales, económicas y políticas, la estabilización de la reacción militar burguesa en China es absolutamente imposible.”

En esta extraordinaria tesis sobre la *estabilización* se ha hecho la misma operación, sólo que a propósito de la *situación revolucionaria*. Estos dos conceptos han sido transformados en sustancias irremediamente opuestas la una a la otra. Si (no importa bajo qué circunstancias) la situación revolucionaria está asegurada para “largos años”, está claro que la estabilización, pase lo que pase, es “absolutamente imposible”. Una completa a la otra, dentro de un sistema de principios metafísicos. Bujarin y su amigo-enemigo Lominadzé comprenden tan mal, tanto uno como otro, que la *situación revolucionaria* y su contrario, la *estabilización*, no son solamente un terreno para la lucha de clases, sino que constituyen también su contenido viviente. Hemos escrito ya una vez que la “estabilización” es un “objeto” de la lucha de clases, y no una arena fijada de antemano para ésta. El proletariado quiere desarrollar y utilizar una situación de crisis, mientras que la burguesía pretende poner fin a esa crisis y superarla por medio de la estabilización. La estabilización es el “objeto” de la lucha de estas fuerzas fundamentales de clase. Bujarin se rio primero burlescamente de esta definición, para introducirla en seguida, textualmente, de tapadillo, en un informe impreso, presentado a un plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Pero, incluso admitiendo nuestra fórmula, especialmente dirigida contra su escolástica, Bujarin no comprendió en absoluto el significado de nuestra definición. En cuanto a las cabriolas caprichosas que ejecuta hacia la izquierda Lominadzé, su radio es muy restringido, porque el valiente niño prodigio no se atreve a romper la cuerda que le sujeta a Bujarin.

Naturalmente, la estabilización absoluta es algo totalmente opuesto a una situación revolucionaria absoluta. La conversión de uno de estos absolutos en el otro es “absolutamente imposible”. Pero si se desciende de esas ridículas cimas teóricas, nos encontramos con que antes del triunfo completo y definitivo del socialismo hay grandes probabilidades de que la situación revolucionaria se convierta, más de una vez, en estabilización relativa (y viceversa). Permaneciendo el resto de las cosas iguales, el peligro de transformación de una situación revolucionaria en estabilización burguesa es

tanto mayor cuanto menos capaz sea la dirección revolucionaria de explotar la situación. La dirección de la camarilla de Chiang Kai-shek fue superior a la de Chen Tu-siu y Tan Pin-sian. Pero no es esta dirección la que tomaba las decisiones: el imperialismo entero guiaba a Chiang Kai-shek con amenazas y promesas y por medio de su ayuda directa. La Internacional Comunista guiaba a Chen Tu-siu. Aquí cruzaron sus espadas dos direcciones de envergadura mundial. La de la Internacional Comunista mostró en todas las etapas de la lucha su perfecta mediocridad, facilitando así al máximo la tarea de la dirección imperialista. Bajo tales condiciones, la transformación de la situación revolucionaria en estabilización burguesa no solamente no es “imposible”, sino que es absolutamente *inevitable*. Más aún: se realiza, dentro de *determinados* límites ya se ha producido.

Para Europa, Bujarin ha anunciado un nuevo período de estabilización “orgánica”. Asegura que en los próximos años no se debe esperar en Europa una repetición de los acontecimientos de Viena ni, en general, sacudidas revolucionarias. No se sabe por qué. La lucha por la conquista del poder pasa al último plano en Europa, en beneficio de la lucha que hay que llevar a cabo contra la guerra. En cambio, cuando se trata de China, se niega la estabilización de la misma forma que el V Congreso la negó para Alemania después de la derrota de 1923. Todo pasa y todo cambia, exceptuando los errores de la Internacional Comunista.

La derrota de los obreros y los campesinos en China se corresponde inevitablemente con una consolidación política de las clases dirigentes chinas; ahí está precisamente el punto de partida de la estabilización económica. Una cierta puesta en orden de la circulación interior y de las relaciones comerciales exteriores después de la pacificación o la limitación del sector en el que reina la guerra civil, entrañan automáticamente una recuperación de la actividad económica. Las necesidades vitales del país, completamente devastado y agotado, deben ser satisfechas en algún grado. El número de los obreros empleados tiene que aumentar.

Sería ceguera cerrar los ojos a la existencia de ciertas premisas políticas para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas del país, desarrollo que, naturalmente, tomará formas de servidumbre capitalista. Las premisas políticas no bastan por sí solas. También es necesario un impulso económico, sin el cual no se lograría el éxito sobre la reorganización más que con una relativa lentitud. Este empujón exterior puede venir dado por la afluencia de capitales extranjeros. En este momento, Norte América ya ha tomado el atajo, adelantando al Japón y a Europa, al consentir, en la forma, la conclusión de un “tratado equitativo”. La depresión interna, habiendo recursos disponibles, hace más que probable una vasta intervención económica de los Estados Unidos en China, manteniendo evidentemente el Kuomintang las puertas ampliamente abiertas. No hay duda de que los países europeos (en particular Alemania, en lucha contra la crisis que se agrava rápidamente) intentarán desembarcar en el mercado chino.

Dada la inmensa extensión de China y lo multitudinario de su población, incluso éxitos débiles en la construcción de carreteras, incluso un simple aumento en la seguridad de los transportes, acompañados de cierta regularización del cambio, deben aumentar automáticamente de forma considerable la circulación comercial y, por ello mismo, animar a la industria. En la actualidad, los países capitalistas más importantes, entre ellos y no el que menos los Estados Unidos, preocupados por la salida de sus automóviles, están interesados en el establecimiento de carreteras de todo tipo.

Para estabilizar el cambio chino y para trazar las carreteras es preciso un gran empréstito del extranjero. Se está discutiendo la posibilidad de tal empréstito y se reconoce como absolutamente real en la prensa financiera anglosajona influyente. Se habla de un consorcio internacional bancario para amortizar las deudas de China y

concederle nuevos créditos. Actualmente, la prensa bien informada ya estima que este futuro negocio es el “más importante de la historia mundial”.

En qué medida serán ejecutados estos proyectos grandiosos es algo imposible de decir sin una documentación más abundante; no obstante, ésta se refiere, en parte, a operaciones que tienen lugar entre bastidores. Pero no hay duda que, en un futuro próximo, los acontecimientos seguirán esta dirección. Hoy la prensa ya ofrece decenas de informaciones mostrando que la pacificación extremadamente relativa de China y su unificación, todavía más relativa, ya han provocado un progreso en los terrenos más diversos de la vida económica. Una buena cosecha en casi toda China apunta en el mismo sentido. Los diagramas de la circulación interior, de las importaciones, de las exportaciones, evidencian signos de desarrollo.

Sobra decir que no se deben repetir los errores de ayer al revés. A la estabilización semicolonial capitalista no hay que atribuirle no se sabe qué rasgos rígidos, incambiables, metafísicos para decirlo en una sola palabra. Será una estabilización muy desigual, expuesta a todos los vientos de la política mundial, así como a los peligros internos, que todavía no han sido eliminados. No obstante, esta estabilización burguesa, muy relativa, es algo muy distinto a una situación revolucionaria. Es verdad que, materialmente, las relaciones fundamentales entre las clases continúan siendo las mismas. Pero las relaciones políticas entre sus fuerzas, para el período que estamos considerando, se han modificado radicalmente. El hecho que el partido comunista se haya visto obligado casi enteramente a retroceder a sus posiciones de partida, manifiesta también esta modificación. Deberá reconquistar su influencia política partiendo casi desde cero. Lo que se ha adquirido es la experiencia. Pero para que resulte positiva y no negativa, esta experiencia debe ser juiciosamente asimilada, esto es completamente necesario. Mientras tanto, la burguesía actúa con más seguridad, con más cohesión. Ha pasado a la ofensiva. Se fija a sí misma grandes tareas para mañana. El proletariado retrocede, está lejos de resistir siempre los golpes. El campesinado, privado de una dirección un poco centralizada, hierve aquí y allá, pero sin posibilidades reales de éxito. No obstante, el capital extranjero viene en ayuda de la burguesía china con la intención de doblegar todavía más cerca del suelo, por intermedio de ésta, a las masas laboriosas chinas. Ese es el mecanismo de la estabilización. Pasado mañana, cuando Bujarin se tope de frente con los hechos, proclamará que hasta entonces se podía considerar la estabilización como “ocasional”, pero que, en la actualidad, está claro que es “orgánica”. En otras palabras, una vez más saltará por encima de las parihuelas, sólo que apoyándose esta vez sobre el pie derecho.

La recuperación económica se corresponderá, por su parte, con la movilización de nuevas decenas y centenares de miles de obreros chinos, con el fortalecimiento de sus filas, con el crecimiento de su peso específico en la vida social del país, y por ello mismo con un aumento de la confianza revolucionaria en sí mismos. La animación del comercio y la industria en China hará que pronto alcance toda su agudeza el problema del imperialismo. Si el Partido Comunista de China, influenciado por la escolástica de Bujarin y Lominadzé, da la espalda al proceso que se desarrolla efectivamente en el país, perderá el punto de apoyo económico de la recuperación del movimiento obrero. Al principio, el aumento del peso específico del proletariado y de su confianza de clase se manifestará en un renacimiento de las luchas, en las huelgas y la consolidación de los sindicatos. Es inútil decir que así se abrirán serias posibilidades ante el Partido Comunista de China. Ignoramos cuánto tiempo tendrá que permanecer en la clandestinidad. En cualquier caso, es necesario reforzar y perfeccionar la organización ilegal a lo largo del próximo período. Pero esta tarea no puede ser llevada a cabo al margen de la vida y la lucha de las masas. El aparato ilegal tendrá tantas más posibilidades de desarrollarse cuanto más íntimamente lo arropen las organizaciones legales y semilegales de la clase

obrera, y cuanto más penetre dentro de ellas. Es necesario que el Partido Comunista de China renuncie a todas las orejeras doctrinales y que esté atento al pulso de la vida económica del país. En el momento oportuno, debe ponerse a la cabeza de las huelgas, tomar la iniciativa de la resurrección de los sindicatos y de la lucha por la jornada de ocho horas. Sólo bajo estas condiciones puede realizarse sobre una base seria su participación en la vida política del país.

“No puede plantearse [decía en el congreso uno de los delegados chinos] una consolidación del poder del Kuomintang.” (*Pravda*, 28 de agosto de 1928.) Esto es falso. Puede perfectamente “plantearse” una consolidación, incluso muy considerable, del poder del Kuomintang, incluso para un período también muy importante.

En el período considerado la burguesía china ha logrado victorias muy importantes sobre los obreros y los campesinos con una facilidad que no preveía. La consecuente recuperación de su conciencia de clase se ha hecho sentir netamente en la conferencia económica que se reunió a fines de junio en Shanghái, conferencia que, de alguna forma, ha sido el preparlamento económico de la burguesía china. Ha mostrado que quiere recoger los frutos de su victoria. En este camino evita a los militaristas y a los imperialistas, con cuya ayuda ha triunfado sobre las masas. La burguesía quiere la autonomía aduanera, este jalón de la independencia económica, y la unificación tan completa como sea posible de China: abolición de las aduanas interiores, que desorganizan el mercado; supresión de la arbitrariedad de las autoridades militares, que confiscan el material que circula por los ferrocarriles y atentan contra la propiedad privada; reducción de los ejércitos, que pesan gravemente sobre la economía del país. La creación de un valor monetario único y la puesta en orden de la administración también persiguen ese objetivo. Todas estas exigencias han sido formuladas por la burguesía en su preparlamento económico. El Kuomintang ha tomado nota formalmente; pero, totalmente dividido entre las camarillas militares regionales, es un obstáculo para la realización de estas medidas.

Los imperialistas extranjeros representan otro obstáculo más importante. No sin razón, la burguesía cree que explotará con más éxito las contradicciones interimperialistas y que obtendrá compromisos más ventajosos, cuanto mejor haya sabido obligar en su provecho a las camarillas militares del Kuomintang a someterse al aparato del estado burgués centralizado. En este sentido se dirigen las aspiraciones actuales de los elementos más “progresistas” de la burguesía y de la democracia pequeñoburguesa.

La idea de la Asamblea Nacional, coronación de las victorias conseguidas, medio de barrer a los militaristas, representación autorizada de la burguesía china en los negocios a tratar con el capital extranjero, nace de esta voluntad. El progreso económico que se esboza ante nosotros no puede más que envalentonar a la burguesía, y la obliga a ver con una hostilidad particular todo lo que pueda atentar contra la regularidad de la circulación de las mercancías y desorganice el mercado nacional. La primera etapa de la estabilización económica aumentará con seguridad las posibilidades de éxito del parlamentarismo chino, y exigirá, como consecuencia, que el Partido Comunista de China dé pruebas también en esta cuestión, en el momento oportuno, de su iniciativa política.

Puesto que ha vencido a los obreros y los campesinos, la burguesía china sólo puede plantearse una asamblea archicensataria, que tal vez dará simplemente forma a las representaciones industriales y comerciales sobre la base de las cuales se convocó la conferencia económica de Shanghái. La democracia pequeñoburguesa, que inevitablemente comenzará a agitarse contra el declive de la revolución, formulará

consignas más “democráticas”. Buscará ligarse así a ciertas capas superiores de las masas populares de las ciudades y el campo.

El desarrollo “constitucional” de China, al menos en su próxima etapa, está íntimamente ligado a la evolución interna del Kuomintang, que concentra actualmente el poder del estado. El último pleno de agosto del Kuomintang ha decidido, por lo que podemos saber, convocar para el 1 de enero de 1929 el congreso del partido, que ha sido retrasado durante tanto tiempo como consecuencia del miedo que tenía el centro a perder el poder (como vemos, la “particularidad” de China no es muy particular). En su orden del día figura el problema de la constitución china. Es cierto que acontecimientos cualesquiera, interiores o exteriores, pueden impedir el congreso de enero del Kuomintang y toda la era constitucional de la estabilización de la burguesía china. Esta eventualidad siempre es posible. Pero si no intervienen nuevos factores, la cuestión del régimen estatal en China, los problemas constitucionales, estarán en el centro de la atención pública en el próximo período.

¿Qué posición tomará el partido comunista? ¿Qué opondrá a ese proyecto de constitución del Kuomintang? ¿Puede decir el partido comunista que, como se prepara para crear sóviets en el porvenir, cuando se produzca un reavivamiento revolucionario, le es indiferente que exista o no, *de aquí a entonces*, en China una Asamblea Nacional (poco importa que sea censataria o abierta a todo el pueblo)? Semejante actitud sería superficial, vacía, pasiva.

El partido comunista puede y debe formular la consigna de una Asamblea Constituyente con plenos poderes, elegida por sufragio universal, igual, directo y secreto. Durante la agitación que se desarrolle a favor de esta consigna evidentemente se tendrá que explicar a las masas que es muy dudoso que se convoque una asamblea así, y que si lo fuera, sería impotente mientras el poder material continuase en manos de los generales del Kuomintang. Así aparece la posibilidad de abordar de una forma nueva la consigna del armamento de los obreros y los campesinos.

La animación política ligada a la recuperación económica, convertirá de nuevo en protagonista la cuestión agraria. Pero, durante cierto período, ésta puede verse planteada en el terreno parlamentario, es decir, que puede ser que veamos a la burguesía, y sobre todo a la democracia pequeñoburguesa, intentar “resolverla” por la vía legislativa. El partido comunista no puede adaptarse a la legalidad burguesa, no puede capitular ante la propiedad burguesa. Por tanto, puede y debe tener su propio proyecto acabado para dar una solución de conjunto a la cuestión agraria sobre la base de la confiscación de las propiedades terratenientes que sobrepasen cierta extensión (variable según las provincias). En el fondo, el proyecto comunista de ley agraria debe ser la futura revolución agraria. Pero el partido comunista puede y debe introducir su fórmula en la lucha por la Asamblea Nacional, y dentro de esta asamblea misma, si llega a ser convocada.

La consigna de la Asamblea Nacional (o Constituyente) se combina así estrechamente con las otras: la jornada de ocho horas, la confiscación de tierras y la independencia nacional completa de China. En estas consignas es donde se manifiesta la etapa democrática del desarrollo de la revolución china. En el plano político internacional, el partido comunista reivindicará la alianza con la URSS. Combinando juiciosamente estas consignas, avanzando cada una en el momento oportuno, el partido comunista podrá salir de la clandestinidad, formar un bloque con las masas, conquistar su confianza y aproximar así el momento de la creación de los sóviets y de la lucha directa por el poder.

Esta etapa democrática de la revolución impone tareas históricas muy determinadas. Pero el carácter democrático de estas tareas no determina en absoluto, por sí mismo, las clases que resolverán estos problemas ni fija las condiciones bajo las que lo

harán. En el fondo, todas las grandes revoluciones burguesas tenían que resolver problemas del mismo tipo, pero se planteaban con mecanismos de clase diferentes. En la lucha por los objetivos democráticos en China, en el curso del período interrevolucionario, el partido comunista reunirá sus fuerzas, controlará él mismo sus consignas y sus métodos de acción. Si, por ello mismo, le toca pasar por un período de parlamentarismo (lo que es posible, incluso probable, pero en absoluto inevitable), la vanguardia proletaria podrá reconocer a sus enemigos y adversarios examinándolos a través del prisma del parlamento. A lo largo del período preparlamentario y parlamentario esta vanguardia deberá llevar una lucha intransigente para conquistar la influencia sobre los campesinos, para dirigir políticamente al campesinado de forma directa. Incluso en el caso que la Asamblea Nacional llegase a constituirse de manera muy democrática, los problemas fundamentales no dejarían de tener que ser resueltos por la fuerza. A través del período parlamentario, el partido comunista llegará a una lucha directa e inmediata por el poder, pero poseerá una base histórica más madura; la victoria se hará más segura.

Hemos dicho que la etapa parlamentaria era probable, pero no inevitable. Una nueva descomposición del país, así como causas exteriores, pueden impedirlo; de todos modos, en el primer caso podría surgir un movimiento a favor de parlamentos regionales. Pero todo esto no disminuye la importancia de la lucha por una Asamblea Nacional convocada democráticamente que, por sí misma, se introduciría como una cuña entre los agrupamientos de las clases poseedoras y ampliaría el marco de la actividad del proletariado.

Sabemos por adelantado que todos los “dirigentes” que han predicado el bloque de las cuatro clases y las comisiones de arbitraje en lugar de las huelgas, que han ordenado mediante despachos no extender el movimiento agrario, que han aconsejado no aterrorizar a la burguesía, que han prohibido la creación de los sóviets, subordinado el partido comunista al Kuomintang, aclamado a Wan Tin-wie como jefe de la revolución agraria, sabemos que todos estos oportunistas culpables de la derrota de la revolución van a intentar engordar a costa del ala izquierda y que ven en nuestra forma de plantear el problema “ilusiones constitucionales” y una “desviación socialdemócrata”. Creemos que es indispensable prevenir a tiempo a los comunistas y a los obreros avanzados chinos contra el falso radicalismo vacío de aquellos que, ayer mismo, tenían como favorito a Chiang Kai-shek. No es posible desembarazarse de un proceso histórico por medio de citas deformadas, de la confusión, de kilómetros de resoluciones; mediante toda clase de trucos burocráticos y literarios no se puede escapar de los hechos y las clases. Los acontecimientos llegan y juzgan. Aquellos para quienes no sea suficiente con el control del pasado no tienen más que esperar al del porvenir. Pero que no olviden en ningún momento que esta verificación se realiza a costa de la vanguardia proletaria.

3.- Los sóviets y la asamblea constituyente

Esperamos que no sea necesario plantear aquí el problema general de la democracia formal, es decir, de la democracia burguesa. Nuestra actitud con respecto a ella no tiene nada en común con la negación estéril del anarquismo. La consigna y las normas de la democracia se presentan bajo formas diversas para los diferentes países, según la etapa en que se encuentre la evolución de la sociedad burguesa. Las consignas democráticas contienen durante cierto tiempo ilusiones y engaños, pero encierran en su seno una fuerza política animadora:

“Mientras la lucha de la clase obrera por todo el poder entero no esté a la orden del día, tenemos el deber de utilizar todas las formas de la democracia burguesa.” [Lenin]

Desde el punto de vista *político*, la cuestión de la democracia formal recubre el problema de nuestra actitud no solamente frente a las masas pequeñoburguesas sino,

también, frente a las masas obreras, en la medida en que estas últimas no hayan adquirido todavía una conciencia revolucionaria de clase. En condiciones en que progresaba la revolución, en el momento de la ofensiva del proletariado, la irrupción en la vida política de las capas de base de la pequeña burguesía se manifestó en China por medio de revueltas campesinas, conflictos con las tropas gubernamentales, huelgas de todo tipo, la masacre de los pequeños administradores. En la actualidad, todos los movimientos de este tipo disminuyen claramente. La soldadesca triunfante del Kuomintang domina la sociedad. Cada día de estabilización producirá choques cada vez más numerosos entre este militarismo y esta burocracia, por una parte, y, por la otra, no solamente los obreros avanzados, sino también la masa pequeñoburguesa predominante en las ciudades y en el campo e incluso, dentro de determinados límites, la gran burguesía. Antes de que el desarrollo de estas colisiones las transforme en una lucha revolucionaria clara, pasarán, según todos los datos, por un estadio “constitucional”. Los conflictos entre la burguesía y sus propias camarillas militares se extenderán inevitablemente, por medio de un “tercer partido” o por otras vías, a las capas superiores de las masas pequeñoburguesas. En el plano económico y cultural, estas masas son extraordinariamente débiles. Su fuerza política potencial se reduce a su número. Las consignas de la democracia formal conquistan o son capaces de conquistar no solamente a las masas pequeñoburguesas sino, también, a las grandes masas obreras, precisamente porque les ofrecen la posibilidad (al menos aparente) de oponer su voluntad a la de los generales, los terratenientes y los capitalistas. La vanguardia proletaria educa a las masas sirviéndose de esta experiencia y las lleva hacia adelante.

El ejemplo de Rusia muestra que, cuando progresa la revolución, el proletariado organizado en sóviets puede, por medio de una política correcta dirigida hacia la conquista del poder, arrastrar al campesinado, hacerle chocar frontalmente con la democracia formal personificada por la Asamblea Constituyente y empujarle por el camino de la democracia soviética. En cualquier caso, no se llega a estos resultados oponiendo simplemente los sóviets a la Asamblea Constituyente, sino arrastrando a las masas hacia los sóviets, conservando siempre las consignas de la democracia formal hasta el momento de la conquista del poder e incluso después.

“Es un hecho histórico plenamente establecido y absolutamente indiscutible que en septiembre, octubre y noviembre de 1917, en virtud de una serie de condiciones particulares, la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos de Rusia estaban preparados de un modo excepcional para aceptar el régimen soviético y disolver el parlamento burgués más democrático. Y pese a ello, los bolcheviques *no* boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones, tanto antes *como después* de la conquista del poder político por el proletariado...

...incluso unas semanas antes de la victoria de la república soviética, e incluso *después* de esta victoria, la participación en un parlamento democrático burgués, lejos de perjudicar al proletariado revolucionario, le permite *demonstrar* con mayor facilidad a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, *facilita* el éxito de su disolución, *facilita* “la caducidad política” del parlamentarismo burgués.” [Lenin]

Cuando adoptamos las medidas prácticas directas para dispersar la Asamblea Constituyente recuerdo cómo Lenin insistió especialmente en que se hiciera venir a Petrogrado uno o dos regimientos de cazadores letones, compuestos sobre todo de obreros agrícolas. “La guarnición de Petrogrado es casi enteramente campesina; puede vacilar ante la Constituyente.” Así expresaba Lenin sus preocupaciones. En este asunto no se trataba en absoluto de “tradiciones” políticas, porque el campesinado ruso no podía tener

tradiciones serias de democracia parlamentaria. El fondo del problema es que la masa campesina, una vez que se ha despertado a la vida histórica, no se siente inclinada en absoluto a confiar de repente en una dirección proveniente de las ciudades, incluso si es proletaria, sobre todo en un período no revolucionario; esta masa busca una fórmula política simple que exprese *directamente* su propia fuerza política, es decir, el predominio del número. La expresión política de la dominación de la mayoría es la democracia formal.

No hay que decir que sería una pedantería digna de Stalin afirmar que las masas populares no pueden y no deben jamás, bajo ninguna circunstancia, “saltar” por encima del escalón “constitucional”. En algunos países, la época del parlamentarismo dura largas decenas de años, incluso siglos. En Rusia, este período no se prolongó más que durante los pocos años del régimen pseudoconstitucional y el único día de existencia de la Constituyente. Históricamente, se puede concebir perfectamente situaciones en las que no existan siquiera estos pocos años y este único día. Si la política revolucionaria hubiera sido correcta, si el partido comunista hubiera sido completamente independiente del Kuomintang, si se hubieran formado sóviets en 1925-1927, el desarrollo revolucionario habría podido conducir a la China de hoy a la dictadura del proletariado, sin pasar por la fase democrática. Pero incluso en ese caso la fórmula de la Asamblea Constituyente que el campesinado no ha ensayado en el momento más crítico, que no ha experimentado y que, por tanto, le ilusiona todavía, habría podido, tras la primera diferencia seria entre el campesinado y el proletariado, al día siguiente mismo de la victoria, convertirse en la consigna de los campesinos y de los pequeño burgueses de las ciudades contra los proletarios. A pesar de todo, los conflictos importantes entre el proletariado y el campesinado, incluso en unas condiciones favorables a su alianza, son absolutamente inevitables, como lo demuestra la Revolución de Octubre. Nuestra mayor ventaja residía en este hecho: la mayoría de la Asamblea Constituyente se había formado durante la lucha de los partidos dominantes por la continuación de la guerra y contra la confiscación de la tierra por los campesinos; por consiguiente, estaba seriamente comprometida a los ojos del campesinado en el momento en que fue convocada la asamblea.

¿Cómo caracteriza la resolución del congreso, adoptada tras la lectura del informe de Bujarin, el período actual del desarrollo de China y las tareas que se desprenden? El párrafo 54 de esta resolución dice:

“En la actualidad, la tarea principal del partido (durante el período comprendido entre dos oleadas de ascenso revolucionario) es luchar por conquistar a las masas, es decir, que debe realizar un trabajo de masas entre los obreros y los campesinos, restablecer sus organizaciones, utilizar todo descontento contra los propietarios terratenientes, los burgueses, los generales, los imperialistas extranjeros.”

Aquí hay realmente un ejemplo clásico de doble sentido, del tipo de los más célebres oráculos de la antigüedad. El período actual está caracterizado como “comprendido entre dos oleadas de ascenso revolucionario”. Esta fórmula nos resulta conocida. El V Congreso la había aplicado a Alemania. Toda situación revolucionaria no se desarrolla uniformemente, sino que conoce flujos y reflujos. Esta fórmula ha sido elegida con premeditación, para que no se pueda pensar al interpretarla que confiesa la existencia de una situación revolucionaria, en la cual se produce simplemente un pequeño momento de “calma” antes de la tempestad. Por si acaso, se podría creer también que admite que se agotará todo un período entre dos revoluciones. Tanto en un caso como en

otro, será posible comenzar una futura resolución con las palabras “como habíamos previsto” o “como habíamos predicho”.

En todo pronóstico histórico hay, inevitablemente, un elemento condicional. Cuanto más breve es el período considerado, más importante es este elemento. En general, es imposible establecer un pronóstico que dispense a los dirigentes del proletariado de tener que analizar más tarde la situación. Un pronóstico no fija una necesidad invariable; es su orientación lo que tiene importancia. Se puede y se debe ver hasta qué punto todo pronóstico es condicional. Se puede incluso, en determinadas situaciones, presentar varias variantes para el porvenir, delimitándolas de forma reflexiva. En fin, en el caso de una situación problemática, se puede renunciar totalmente, a título provisional, a establecer un pronóstico y aconsejar simplemente esperar y observar. Pero todo eso debe ser hecho clara, abierta y honestamente. A lo largo de los cinco últimos años, los pronósticos de la Internacional Comunista no han sido directrices, sino trampas para las direcciones de los partidos de los diversos países. El objetivo principal de estos pronósticos es inspirar la veneración por la sabiduría de la dirección y, en caso de derrota, salvar el “prestigio”, ese supremo fetiche de los débiles. Es un método que permite obtener revelaciones de los oráculos, y no proceder a análisis marxistas. Presupone, en la práctica, la existencia de “chivos expiatorios”. Es un sistema desmoralizador. Los errores ultraizquierdistas de la dirección alemana en 1924-1925 eran, justamente, el resultado de la misma manera pérfida de formular con doble sentido una opinión sobre las “dos oleadas del ascenso revolucionario”. La resolución del VI Congreso puede producir otras tantas desgracias.

Hemos conocido la ola revolucionaria de antes de Shanghái, y después la de U-Tchang. Ha habido muchas otras, más limitadas y más localizadas. Todas se basaban en el ascenso revolucionario general de 1925-1927. Pero este ascenso histórico ha terminado. Hay que comprenderlo y decirlo con claridad. De ello se desprenden consecuencias estratégicas importantes.

La resolución hace referencia a la necesidad de “utilizar” todo descontento contra los propietarios terratenientes, los burgueses, los generales y los imperialistas extranjeros. Esto es indiscutible, pero es demasiado vago. ¿Cómo “utilizarlo”? Si estamos entre dos oleadas de ascenso revolucionario, entonces toda manifestación un poco importante de descontento puede ser considerada como el famoso “comienzo de la segunda oleada” (según Zinóviev y Bujarin). Entonces la consigna propagandística de la insurrección armada deberá convertirse rápidamente en una consigna de acción. De ahí puede nacer un “segundo ataque” de putschismo. El partido utilizará de una forma totalmente distinta el descontento de las masas si lo considera situado en una perspectiva histórica correcta. Pero el VI Congreso no dispone de esta “bagatela” (una perspectiva histórica correcta) en ninguna cuestión. Esta laguna hizo del V Congreso un fracaso. Por ello puede desmembrarse enteramente la Internacional Comunista.

Después de haber condenado de nuevo las tendencias putschistas a las que ella misma prepara el terreno, la resolución del congreso continúa:

“Por otra parte, ciertos camaradas han caído en un error oportunista: avanzan la consigna de la Asamblea Nacional.”

En qué consiste el oportunismo de esta consigna es algo que no explica la resolución. Solamente el delegado chino Strajov, en su discurso de clausura sobre las lecciones de la revolución china, intenta dar una explicación. He aquí lo que dice:

“Por la experiencia de la revolución china vemos que cuando la revolución en las colonias [¿?] se aproxima al momento decisivo, la cuestión se plantea netamente: o bien la dictadura de los propietarios terratenientes y de la burguesía, o bien la del proletariado y el campesinado.”

Naturalmente, cuando la revolución (y no solamente en las colonias) “se aproxima al momento decisivo”, entonces toda forma de actuar como se ha hecho con el Kuomintang, es decir, todo colaboracionismo, es un crimen de consecuencias fatales: sólo se puede concebir, pues, una dictadura de los poseedores o una dictadura de los trabajadores. Pero, como ya hemos visto, incluso en momentos semejantes, para triunfar de forma revolucionaria sobre el parlamentarismo, no se le debe negar estérilmente. No obstante, Strajov va todavía más lejos:

“Allí [en las colonias] la democracia no puede existir: sólo es posible la dictadura burguesa abierta. No puede haber ninguna vía constitucional.”

Esto es extender de forma doblemente inexacta una idea correcta. Si en los “momentos decisivos” de la revolución, la democracia burguesa se ve inevitablemente torpedeada (y no solamente en las colonias), esto no significa en absoluto que sea imposible en los períodos interrevolucionarios. Pero precisamente Strajov y todo el congreso no quieren reconocer que ya ha pasado el “momento decisivo”, durante el cual los comunistas se complacían en las peores ficciones democráticas en el seno del Kuomintang. Antes de un nuevo “momento decisivo” hay que atravesar un largo período, durante el cual se deberá abordar de una forma *nueva* los problemas *viejos*. Afirmar que no puede haber en las colonias períodos constitucionales o parlamentarios es renunciar a utilizar unos medios absolutamente esenciales, y es, sobre todo, hacer difícil para uno mismo una orientación política correcta, es empujar al partido a un callejón sin salida.

Decir que para China, como, por otra parte, para todos los demás estados del mundo, no existe salida hacia el desarrollo libre, dicho de otra forma socialista, por la vía parlamentaria, es algo correcto. Pero decir que en el desarrollo de China o de las colonias no puede haber ningún período o etapa constitucional, es algo distinto e incorrecto. En Egipto había un parlamento, ahora disuelto. Es posible que renazca. A pesar del estatuto colonial de este país, hay un parlamento en Irlanda. Lo mismo ocurre en todos los Estados de América del Sur, por no hablar de los *dominions* de Gran Bretaña. Existen “sucedáneos” de parlamentos en la India. Todavía pueden desarrollarse más: en este punto, la burguesía británica es muy hábil. ¿Cómo se puede afirmar que, después del aplastamiento de su revolución, China no atravesará una fase parlamentaria o pseudoparlamentaria, o que no será el escenario de una lucha política seria para alcanzar este estadio? Una afirmación semejante no tiene ninguna base.

El mismo Strajov dice que, precisamente, los oportunistas chinos aspiran a sustituir la consigna de los sóviets por la de la Asamblea Nacional. Es posible, probable, incluso inevitable. Toda la experiencia del movimiento obrero mundial, y del movimiento ruso en particular, prueba que los oportunistas son siempre los primeros en agarrarse a los métodos parlamentarios y, en general, a todo aquello que, de cerca o de lejos, se parezca al parlamentarismo. Los mencheviques se agarraban a la actividad en la Duma, *oponiéndola* a la acción revolucionaria. La utilización de los métodos parlamentarios hace surgir inevitablemente todos los peligros ligados al parlamentarismo: ilusiones constitucionales, legalismo, tendencia a los compromisos, etc. Estos peligros, estas enfermedades, sólo se pueden combatir por medio de una orientación revolucionaria de toda la política. Pero el hecho que los oportunistas prediquen la lucha por la Asamblea Nacional no es en absoluto un argumento que justifique por parte nuestra una actitud negativa hacia el parlamentarismo. Después del golpe de estado del 3 de junio de 1907 en Rusia, la mayoría de los elementos dirigentes del Partido Bolchevique eran favorables al boicot a una Duma mutilada y trucada. En cambio, los mencheviques estaban completamente de acuerdo en participar en la Duma. Esto no le impidió a Lenin intervenir vigorosamente para que fuese utilizado incluso el “parlamentarismo” del 3 de junio, en la conferencia del partido que unía todavía en aquella época a las dos fracciones. Lenin fue

el único bolchevique que votó con los mencheviques a favor de la participación en las elecciones. Evidentemente, la “participación” de Lenin no tenía nada que ver con la de los mencheviques, como lo demostró toda la marcha posterior de los acontecimientos; no se oponía a las tareas revolucionarias, sino que contribuía a ellas durante la época comprendida entre dos revoluciones. Aun utilizando el pseudoparlamento contrarrevolucionario del 3 de junio, nuestro partido, a pesar de su gran experiencia de los sóviets de 1905, continuaba llevando la lucha por la Asamblea Constituyente, es decir, por la forma más democrática de la representación parlamentaria. Hay que conquistar el derecho a renunciar al parlamentarismo uniendo a las masas alrededor del partido y llevándolas a luchar abiertamente por la conquista del poder. Es ingenuo creer que se puede sustituir este trabajo por la simple renuncia a la utilización revolucionaria de los métodos y las formas contradictorias y opresivas del parlamentarismo. En esto consiste el error más burdo de la resolución del congreso, que hace aquí una vulgar cabriola ultraizquierdista.

Veamos, en efecto, cómo todo ha sido puesto del revés. Siguiendo la lógica de la dirección actual, y de acuerdo con las resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista, China no se acerca a su año 1917, sino a su 1905. *Por esta razón*, concluyen mentalmente los dirigentes, ¡abajo la consigna de la democracia formal! Realmente, no queda ni una sola articulación que los epígonos no se hayan tomado la molestia de luxar. ¿Cómo se puede rechazar la consigna de la democracia y sobre todo la más radical, la representación democrática del pueblo, bajo las condiciones de un período no revolucionario, cuando la revolución no ha cumplido sus tareas más inmediatas: la unidad de China y su depuración de todas las antiguallas feudales, militares y burocráticas?

El Partido Comunista de China, que yo sepa, no ha tenido un programa propio. El Partido Bolchevique llegó a la Revolución de Octubre y la realizó armado con su viejo programa, en el que las consignas de la democracia ocupaban un lugar importante. Bujarin intentó suprimir este programa mínimo, igual que intervino más tarde contra las reivindicaciones transitorias del programa de la Internacional Comunista. Pero esta actitud de Bujarin no ha quedado en la historia del partido más que como una anécdota. Como es sabido, es la dictadura del proletariado quien ha llevado a cabo la revolución democrática en Rusia. Eso tampoco quiere comprenderlo en absoluto la dirección actual de la Internacional Comunista. Pero nuestro partido sólo llevó al proletariado a la dictadura porque defendía con energía, perseverancia y abnegación, todas las consignas, todas las reivindicaciones de la democracia, incluidas la representación popular basada en el sufragio universal, la responsabilidad del gobierno ante los representantes del pueblo, etc. Sólo una agitación así le permitió al partido proteger al proletariado de la influencia de la democracia pequeñoburguesa, eliminar la influencia de ésta sobre el campesinado, preparar la alianza de los obreros y los campesinos e incorporar a sus filas a los elementos revolucionarios más resueltos. ¿Es que esto no era más que oportunismo?

Strajov dice que nuestra consigna es la de los sóviets y que sólo un oportunista puede sustituirla por la de la Asamblea Nacional. Este argumento revela de la manera más ejemplar el carácter erróneo de la resolución del congreso. En la discusión nadie contradujo a Strajov; al contrario, su posición fue aprobada y ratificada por la resolución principal sobre la táctica. Sólo ahora podemos ver con claridad cuán numerosos son, en la dirección actual, los que han hecho la experiencia de una, dos e incluso tres revoluciones dejándose llevar por la marcha de las cosas y la dirección de Lenin, pero sin meditar sobre el sentido de los acontecimientos y sin asimilar las más grandes lecciones

de la historia. Estamos en gran medida obligados a repetir todavía ciertas verdades elementales.

En mi crítica del programa de la Internacional Comunista he mostrado cómo los epígonos han desfigurado y mutilado monstruosamente el pensamiento de Lenin, que afirmaba que los sóviets son órganos de la insurrección y órganos de poder. Se ha sacado la conclusión de que no se pueden crear sóviets más que en la “véspera” de la insurrección. Esta idea grotesca ha encontrado su expresión más acabada, como siempre, en la misma resolución del plenario de noviembre último del comité central chino, que hemos descubierto recientemente. Dice:

“Se puede y se deben crear los sóviets como órganos del poder revolucionario solamente en el caso en el que nos encontremos en presencia de un progreso importante, indiscutible, del movimiento revolucionario de las masas, y cuando tenga asegurado un éxito sólido dicho movimiento.”

La primera condición, “el progreso importante”, es indiscutible. La segunda condición, “la garantía del éxito”, y además de un éxito “sólido”, es simplemente una tontería digna de un pedante. Sin embargo, en la continuación del texto de esta resolución se desarrolla ampliamente esta estupidez:

“Evidentemente, no se puede abordar la creación de los sóviets cuando la victoria no está totalmente garantizada, porque podría suceder que toda la atención se concentrase únicamente sobre las elecciones a los sóviets y no sobre la lucha militar, a partir de lo cual podría instalarse el democratismo pequeñoburgués, lo que debilitaría la dictadura revolucionaria y crearía un peligro para la dirección del partido.”

El espíritu de Stalin, reflejándose a través del prisma del niño prodigio Lominadzé, planea sobre estas líneas inmortales. Sin embargo, todo esto es simplemente absurdo. Durante la huelga de Hong-Kong y de Shanghai, durante todo el violento progreso posterior del movimiento de los obreros y los campesinos, se podía y se debían crear los sóviets como órganos de la lucha revolucionaria abierta de las masas, que *tarde o temprano*, y en absoluto inmediatamente, llevaría a la insurrección y a la conquista del poder. Si la lucha, en la fase considerada, no se eleva hasta la insurrección, evidentemente los sóviets mismos también se reducen a nada. No pueden convertirse en instituciones “normales” del estado burgués. Pero en ese caso, es decir, si los sóviets son destruidos antes de la insurrección, las masas trabajadoras hacen de todos modos una adquisición enorme con el conocimiento práctico que extraen de los sóviets y la familiaridad que adquieren con su mecanismo. En la etapa siguiente de la revolución, su edificación está así garantizada de una forma más fructífera y a una escala más vasta; sin embargo, incluso en la fase siguiente, puede ocurrir que no lleven directamente ni a la victoria ni a la insurrección siquiera. Acordémonos firmemente de esto: la consigna de los sóviets puede y debe ser avanzada desde las primeras etapas del progreso revolucionario de las masas. Pero debe ser un progreso real. Las masas obreras deben afluir hacia la revolución, colocarse bajo su bandera. Los sóviets dan una expresión organizativa a la fuerza centrípeta del desarrollo revolucionario. Estas consideraciones implican que durante el período del reflujó revolucionario, en que se manifiestan tendencias centrífugas dentro de las masas, la consigna de los sóviets se convierte en doctrinaria, en inerte o, lo que no es mejor, en una consigna de aventureros. No es posible mostrarlo más clara ni más trágicamente de como lo ha hecho la experiencia de Cantón.

Ahora la consigna de los sóviets no tiene otro valor en China que el de abrir una perspectiva, y en ese sentido tiene un papel propagandístico. Sería absurdo oponer los sóviets, la consigna de la tercera revolución china, a la Asamblea Nacional, es decir, a la consigna que es resultado del desastre de la segunda revolución china. El abstencionismo,

en un período interrevolucionario, sobre todo después de una cruel derrota, sería una política suicida.

Se podría decir (hay muchos sofistas en el mundo) que la resolución del VI Congreso no significa el abstencionismo: no hay ninguna Asamblea Nacional, nadie la convoca todavía ni promete convocarla, y, como consecuencia, no hay nada que boicotear. Semejante razonamiento sería, sin embargo, demasiado lastimoso, formal, infantil, bujarinista. Si el Kuomintang se viese forzado a convocar la Asamblea Nacional, ¿es que la boicotearíamos en esta situación? No. Desenmascararíamos sin piedad la falsedad y la mentira del parlamentarismo del Kuomintang, las ilusiones constitucionales de la pequeña burguesía; exigiríamos la extensión integral de los derechos electorales; al mismo tiempo, nos lanzaríamos a la arena política para oponer en el curso de la lucha por el parlamento, en el curso de las elecciones, y dentro del mismo parlamento, los obreros y los campesinos pobres a las clases poseedoras y sus partidos. Nadie se empeñará en predecir cuáles serían para el partido, actualmente reducido a una existencia clandestina, los resultados obtenidos así. Si la política fuese correcta, las ventajas podrían ser muy importantes. Pero en este caso, ¿no está claro que el partido puede y debe no solamente participar en las elecciones si las decide el Kuomintang, sino también exigir que traigan consigo una movilización de masas alrededor de esa consigna?

Políticamente, el problema está ya planteado; cada día que pase lo confirmará. En nuestra crítica del programa hemos hecho referencia a la probabilidad de una cierta estabilización económica en China. Posteriormente, los periódicos han aportado decenas de testimonios sobre el comienzo de una recuperación económica (véase el *Boletín de la Universidad China*). Ahora, ya no es una suposición, sino un hecho, aunque la recuperación no esté todavía más que en su primera fase. Pero es precisamente al principio cuando hay que percibir el sentido de la tendencia; si no, no se hace política revolucionaria, sino seguidismo. Lo mismo ocurre con la lucha política en torno a los problemas de la constitución. Ahora no es ya una previsión teórica, una simple posibilidad, sino algo más concreto. No es gratuito que el delegado chino haya vuelto varias veces sobre el tema de la Asamblea Nacional; no es por azar que el congreso ha creído necesario adoptar una resolución especial (y particularmente falsa) a este respecto. No es la Oposición la que ha planteado este problema, sino precisamente el desarrollo de la vida política en China. Aquí también hay que saber percibir la tendencia desde su inicio. Cuanto más intervenga el partido comunista, con audacia y resolución, sobre la consigna de la Asamblea Constituyente democrática, menos espacio dejará a los diferentes partidos intermediarios, y más sólido será su propio éxito.

Si el proletariado chino debe vivir todavía varios años (incluso aunque sólo sea un año) bajo el régimen del Kuomintang, ¿va a poder renunciar el partido comunista a la lucha por la extensión de las posibilidades legales de todo tipo: libertad de prensa, de reunión, de asociación, derecho de huelga, etc.? Si renunciase a esta lucha se transformaría en una secta inerte. Pero esa es una lucha por las libertades democráticas. El poder de los sóviets significa el monopolio de la prensa, de las reuniones, etc., en las manos del proletariado. ¿Es posible que el partido comunista saque ahora esta consigna? En la situación que estamos considerando sería una mezcla de infantilismo y de locura. El partido comunista no está luchando en la actualidad por conquistar el poder, sino por mantener y consolidar su ligazón con las masas en nombre de la lucha por el poder en el porvenir. La lucha por la conquista de las masas está inevitablemente ligada a la lucha desarrollada contra las violencias de la burocracia del Kuomintang frente a las organizaciones de masas, frente a sus reuniones, frente a su prensa, etc. En el curso del período próximo, ¿va el partido comunista a combatir por la libertad de prensa, o dejará esta tarea a un “tercer partido”? ¿Se limitará el partido comunista a la presentación de

reivindicaciones democráticas aisladas (libertad de prensa, de reunión, etcétera), lo que equivaldría a un reformismo liberal, o planteará las consignas democráticas más consecuentes? En el plano político, eso significa la representación popular basada en el sufragio universal.

Uno puede preguntarse si la Asamblea Constituyente democrática es “realizable” después de la derrota de la revolución en una China semicolonial rodeada por los imperialistas. Sólo es posible responder a esta pregunta por medio de conjeturas. Pero cuando se trata de una reivindicación, cualquiera que sea, formulada en las condiciones generales de la sociedad burguesa o en cierto estado de esta sociedad, el simple criterio de la posibilidad de su realización no es decisivo para nosotros. Es muy probable, por ejemplo, que el poder de la monarquía y la Cámara de los Lores no sean eliminados en Inglaterra antes de la instauración de la dictadura revolucionaria del proletariado. A pesar de ello, el partido comunista inglés debe hacer figurar su abolición entre sus reivindicaciones parciales. No son las conjeturas empíricas sobre la posibilidad o imposibilidad de realizar cualquier reivindicación transitoria las que pueden resolver el problema. Es su carácter social e histórico el que decide: ¿es progresiva para el desarrollo ulterior de la sociedad? ¿Corresponde a los intereses históricos del proletariado? ¿Consolida su conciencia revolucionaria? En este sentido, reclamar la prohibición de los trusts es pequeño burgués y reaccionario; además, como lo ha demostrado la historia de Norte América, esta reivindicación es completamente utópica. En cambio, bajo determinadas condiciones, es totalmente progresivo y correcto exigir el control obrero sobre los trusts, aunque sea dudoso que se pueda lograr en el marco del estado burgués. El hecho que esta reivindicación no sea satisfecha mientras domine la burguesía, debe empujar a los obreros al derrocamiento revolucionario de la burguesía. De esta forma, la imposibilidad política de realizar una consigna puede no ser menos fructífera que la posibilidad relativa de realizarla.

¿Llegará China, durante un cierto período, al parlamentarismo democrático? ¿En qué grado, con qué fuerza y duración? A este respecto, sólo podemos entregarnos a conjeturas. Pero sería fundamentalmente erróneo suponer que el parlamentarismo sea irrealizable en China y suponer que no debemos llevar a las camarillas del Kuomintang ante el tribunal del pueblo chino. La idea de la representación del pueblo entero, como lo ha mostrado la experiencia de todas las revoluciones burguesas, y en particular las que liberaron a las nacionalidades, es la más elemental, la más simple y la más apta para despertar el interés de amplias capas populares. Cuanto más se resista la burguesía que domina a esta reivindicación “del pueblo entero”, más se concentrará la vanguardia proletaria alrededor de nuestra bandera, más madurarán las condiciones políticas para la verdadera victoria sobre el estado burgués, sea el gobierno militar del Kuomintang o un gobierno parlamentario.

Se puede replicar: pero sólo se podrá convocar una verdadera Asamblea Constituyente a través de los sóviets, es decir, a través de la insurrección. ¿No sería más sencillo comenzar por los sóviets y limitarse a ellos? No, no sería más sencillo. Sería justamente poner el carro delante de los bueyes. Es muy probable que sólo sea posible convocar la Asamblea Constituyente por medio de los sóviets, y que así esta asamblea se convierta en superflua antes de haber visto la luz del día. Esto puede suceder, de la misma forma que puede no suceder. Si los sóviets, por medio de los cuales podrá reunirse una “verdadera” Asamblea Constituyente, están ya allí, veremos si es todavía necesario proceder a esta convocatoria. Pero en la actualidad no existen sóviets. No se podrá comenzar a establecerlos hasta que empiece un nuevo ascenso de las masas, que puede

producirse dentro de dos o tres años, dentro de cinco años o de más. No existe tradición soviética en China. La Internacional Comunista ha desarrollado en este país una agitación contra los sóviets, y no a favor de ellos. No obstante, mientras tanto, las cuestiones constitucionales se dedican a salir por todas las grietas.

A lo largo de su nueva etapa, ¿puede saltar la revolución china por encima de la etapa de la democracia formal? De lo que se ha dicho más arriba resulta que, desde un punto de vista histórico, no está excluida tal posibilidad. Pero es absolutamente inadmisibles que se aborde el problema limitándose a esta eventualidad, que es la menos probable y la más lejana. Es dar prueba de ligereza de espíritu en el terreno político. El congreso adopta sus decisiones para más de un mes, e incluso, como ya sabemos, para más de un año ¿Cómo se puede dejar a los comunistas chinos atados de pies y manos, tachando de oportunismo la forma de lucha política que, en la próxima etapa, puede adquirir la mayor importancia?

Sin duda alguna, al entrar en la vía de la lucha por la Asamblea Constituyente, se puede reanimar y reforzar a las tendencias mencheviques dentro del Partido Comunista de China. No es menos importante combatir al oportunismo cuando la vida política se orienta hacia el parlamentarismo o hacia la lucha por su instauración que cuando se está en presencia de una lucha revolucionaria directa. Pero como ya se ha dicho, de ello deriva la necesidad de no tachar de oportunismo las consignas democráticas, sino de prever garantías y elaborar métodos de lucha bolcheviques a los que sirvan estas consignas. En grandes líneas, estos métodos y estas garantías son los siguientes:

1° En relación a su objetivo principal, la conquista del poder con las armas en la mano, el partido debe recordar que las consignas democráticas sólo tienen un carácter secundario, provisional, pasajero, episódico. Debe explicarlo así. Su importancia fundamental reside en que permiten desembocar en la vía revolucionaria.

2° En la lucha por las consignas de la democracia el partido debe arrancar las ilusiones constitucionales y democráticas de la pequeña burguesía y de los reformistas que expresan sus opiniones, explicando que el poder dentro del estado no se obtiene por medio de las formas democráticas del voto, sino por medio de la propiedad y el monopolio de la enseñanza y el armamento.

3° Explotando a fondo las divergencias de puntos de vista que existan en el seno de la burguesía (pequeña y grande) con respecto a las cuestiones constitucionales, franqueando las diversas vías posibles hacia un campo de actividad abierta; combatiendo por la existencia legal de los sindicatos, de los clubes obreros, de la prensa obrera; creando donde y cuando sea posible organizaciones políticas legales del proletariado colocadas bajo la influencia directa del partido; tendiendo nada más sea posible a legalizar más o menos los diversos dominios de la actividad del partido (éste deberá, ante todo, asegurar la existencia de su aparato ilegal, centralizado, que dirigirá todas las ramas de la actividad del partido, legal e ilegal).

4° El partido debe desarrollar un trabajo revolucionario sistemático entre las tropas de la burguesía.

5° La dirección del partido debe desenmascarar implacablemente todas las vacilaciones oportunistas que tiendan a una solución reformista de los problemas planteados al proletariado de China, debe separarse de todos los elementos que conscientemente se esfuerzan en subordinar el partido al legalismo burgués.

Sólo teniendo en cuenta estas condiciones asignará el partido a las distintas ramas de su actividad su justa proporción, no dejará pasar un nuevo cambio de la situación en el sentido de un nuevo reavivamiento revolucionario, entrará desde el comienzo en la vía de la creación de los sóviets, movilizándolo a las masas alrededor de éstos, y los opondrá

desde su creación al estado burgués, con todos sus camuflajes parlamentarios y democráticos.

4.- Otra vez más sobre la consigna de la “dictadura democrática”

La consigna de la Asamblea Constituyente se opone tan poco a la fórmula de la dictadura democrática como a la de la dictadura del proletariado. El análisis teórico y la historia de nuestras tres revoluciones lo testifican.

La fórmula de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado fue en Rusia la expresión algebraica, o, dicho de otra forma, la expresión más general, la más amplia, de la colaboración del proletariado y las capas inferiores del campesinado en la revolución democrática. La lógica de esta fórmula provenía del hecho de que sus grandes componentes no habían sido juzgados en la acción. En particular, no había sido posible predecir de forma totalmente categórica si, bajo las condiciones de la nueva época, el campesinado sería capaz de convertirse en una nueva fuerza más o menos *independiente*, en qué medida lo sería, y qué relaciones políticas recíprocas entre los aliados resultarían de ello dentro de la dictadura. El año 1905 no había llevado la cuestión hasta el punto de una verificación decisiva; 1917 demostró que cuando el campesinado lleva sobre sus espaldas a un partido (los socialistas revolucionarios) independiente de la vanguardia del proletariado, este partido se encuentra colocado bajo la total dependencia de la burguesía imperialista. A lo largo del período 1905-1917, la transformación imperialista, que trajo consigo el desarrollo de la democracia pequeñoburguesa, así como el de la socialdemocracia internacional, se aceleró. Por eso, en 1917, la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado se realizó verdaderamente por medio de la dictadura del proletariado, arrastrando consigo a las masas campesinas. Por ello mismo, el “transcrescimiento” de la revolución, pasando de la fase democrática al estadio socialista, se efectuó ya bajo la dictadura del proletariado.

En China, la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado habría podido tener una cierta lógica política, mucho más limitada y episódica que en Rusia, si hubiera sido formulada en el momento adecuado, en 1925-1926, para probar a las fuerzas vivificadoras de la revolución; hubiera sido sustituida, igualmente en el momento oportuno, por la de la dictadura del proletariado arrastrando a los campesinos pobres. Todo lo necesario al respecto ha sido dicho en la *Crítica del proyecto de programa*. Queda todavía por preguntarse: ¿no puede el período interrevolucionario actual, ligado a un nuevo reagrupamiento de las fuerzas de clase, favorecer el renacimiento de la consigna de la dictadura democrática? Más arriba hemos respondido: no; la hace desaparecer definitivamente. El período de la estabilización interrevolucionaria se corresponde con el crecimiento de las fuerzas productivas, con el desarrollo de la burguesía nacional, con el aumento numérico del proletariado y el desarrollo de su cohesión, con la acentuación de las diferencias en el campo y la acentuación de la degeneración capitalista en la democracia al estilo Wan Tin-wie o cualquier otro demócrata pequeñoburgués con un “tercer partido”, etc. En otras palabras, China pasará por procesos análogos en sus grandes líneas a los que atravesó Rusia bajo el régimen del 3 de junio. En aquel tiempo estábamos seguros de que dicho régimen no sería eterno, ni siquiera de larga duración, y de que desembocaría en una revolución (con la ayuda relativa de la guerra). Pero la Rusia que salió del régimen de Stolypin no era la misma que cuando empezó. Los cambios sociales que el régimen interrevolucionario introducirá en China dependen en particular de la duración de ese régimen. La tendencia general de esas modificaciones no es menos indiscutible desde ahora mismo: acentuación de las contradicciones de clase y eliminación completa de la democracia pequeñoburguesa en tanto que fuerza política independiente. Pero esto significa justamente que, en la tercera revolución china, una coalición “democrática” de los

partidos políticos tomaría un sentido más reaccionario y más antiproletario todavía de lo que lo fue el del Kuomintang en 1925-1927. No queda, pues, otra cosa que realizar que una coalición de las clases bajo la vanguardia proletaria. Es precisamente la vía de octubre. Presenta muchas dificultades, pero no existe otra.

5. *Apéndice: Un interesante documento sobre la política y el régimen de la Internacional Comunista*

Hemos hecho referencia anteriormente a la “interesante” resolución del Plenario del Comité Central del Partido Comunista de China (noviembre de 1927), precisamente la que el IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista acusó de “trotskysta”, y a propósito de la cual, Lominadzé se justificaba de forma tan variada, mientras que Stalin, con obstinación, se escondía tras el silencio. En realidad, esta resolución combina el oportunismo y una táctica aventurista, y refleja con una exactitud perfecta la política del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, antes y después de julio de 1927. Cuando la condenaron, *después de la derrota de la insurrección de Cantón*, los dirigentes de la Internacional Comunista no solamente no la reprodujeron, sino que no presentaron siquiera ningún extracto. Era demasiado humillante verse a sí mismos en el espejo chino. Esta resolución se ha publicado en una “documentación” especial y difícil de conseguir, publicada por la Universidad China Sun Tat-sen (número 10).

El número 14 de la misma publicación llegó a nuestras manos cuando nuestro trabajo (*La cuestión china después del VI Congreso*) estaba ya terminado; contiene otro documento no menos interesante, aunque de un carácter diferente: es una crítica; se trata de una resolución adoptada por el Comité Provincial de Kiang-Su del Partido Comunista de China, el 7 de mayo de 1929, en relación con las decisiones del IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Recordemos que Shanghái y Cantón forman parte de la provincia de Kiang-Su.

Esta resolución constituye, como ya se ha dicho, un documento interesante, a pesar de los errores de principio y de los malentendidos políticos que contiene. En el fondo, la resolución no hace más que condenar implacablemente las decisiones del IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, y, en general, toda la dirección de la internacional en la revolución china. Naturalmente, de conformidad con el régimen actual de la Internacional Comunista, la crítica dirigida contra su Comité Ejecutivo tiene un carácter restringido, convencionalmente diplomático. La resolución apunta hacia su propio comité central, que desempeña el papel de un ministerio responsable asistiendo a un monarca irresponsable, el cual, como ya se sabe, “no puede equivocarse”. Hay incluso amables elogios referentes a ciertas partes de la resolución del comité ejecutivo. Esta forma de abordar las cuestiones por medio de “maniobras” es, en sí misma, una crítica cruel del régimen de la Internacional Comunista: la hipocresía es inseparable del burocratismo. Pero lo que en el fondo dice la resolución de la dirección política y de sus métodos constituye una acusación todavía mucho más grave.

“Después de la Conferencia del 7 de agosto [1927], informa el Comité de Kiang-Su, el comité central formuló un juicio sobre la situación que se reducía a decir que, aunque la revolución había sufrido una triple derrota, atravesaba no obstante una fase de ascenso.”

Esta apreciación concuerda enteramente con la caricatura que hizo Bujarin de la teoría de la revolución permanente, caricatura que aplicó primero a Rusia, después a Europa y por fin a Asia. Los acontecimientos reales de la lucha, es decir, las tres derrotas, deberían haber sido, según parece, considerados todos ellos en sí mismos, y el “ascenso” permanente, separado, también por sí mismo.

De la resolución adoptada por el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (mayo), el comité central del partido chino saca la conclusión siguiente:

“Hay que preparar y organizar *inmediatamente* insurrecciones en todas partes donde sea objetivamente posible.”

¿Cuáles eran, sobre este punto, las condiciones políticas? En agosto de 1927, el comité de Kiang-Su declara:

“El informe político del comité central señala que los obreros de Hunan, después de una cruel derrota, abandonaron a la dirección del partido, que no estamos en presencia de una situación revolucionaria objetiva... pero, a pesar de ello, el comité central dice claramente que el conjunto de la situación, desde el punto de vista económico, político y social [¡justamente! L. T.] es favorable a la insurrección. Puesto que ya no es posible desatar revueltas en las ciudades, hay que trasladar la lucha armada al campo. Es ahí donde deben estar los focos de la sublevación, mientras que la ciudad debe ser una fuerza auxiliar”.

Recordemos que inmediatamente después del Plenario de mayo del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que confió la dirección de la revolución agraria al Kuomintang de izquierda, éste se lanzó a abatir a los obreros y los campesinos. La posición del comité ejecutivo se hizo absolutamente insostenible. En China se necesitaban, a cualquier precio y sin tardanza, actos de “izquierda” para refutar la “calumnia” de la Oposición, es decir, su pronóstico irrefutable. Esta es la razón por la cual el comité central chino se encontró cogido entre la espada y la pared y fue obligado, en agosto de 1927, a cambiar de arriba a abajo la política proletaria. Aunque no hubiera una situación revolucionaria, y a pesar del abandono del partido por las masas obreras, constataba el comité central, la situación económica y social era “favorable a la insurrección”. En todo caso, un levantamiento victorioso habría sido muy “favorable” al prestigio del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Dado que los obreros abandonaban la revolución, era necesario, según se pretendía, volver la espalda a las ciudades e intentar desencadenar levantamientos aislados en el campo.

Sobre el plenario de mayo [1927] del comité ejecutivo ya señalábamos que los levantamientos de Ho-Lun y Ye-Tin estaban marcados por el espíritu aventurero y condenados inevitablemente a la derrota, porque no habían sido suficientemente preparados desde el punto de vista político y no estaban ligados con el movimiento de masas; es lo que ocurrió. La resolución del comité de Kiang-Su dice a este respecto:

“A pesar de la derrota de los ejércitos de Ho-Lun y de Ye-Tin en Kuangtung, incluso después del plenario de noviembre, el comité central insiste en atenerse a la táctica de los levantamientos inmediatos y toma como punto de partida la creencia en la marcha directa hacia adelante de la revolución.”

Por razones comprensibles, el comité de Kiang-Su deja pasar en silencio el hecho de que esta apreciación fuera también la del mismo Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que trataba de “liquidadores” a los que estimaban la situación en su justo término, y que el comité central chino fue forzado en noviembre de 1927, bajo pena de ser inmediatamente depuesto y expulsado del partido, a presentar el declive de la revolución como su ascenso.

La insurrección de Cantón se desarrolló a partir de esta inversión de los términos del problema; este levantamiento no fue considerado, bien entendido, como una batalla de retaguardia (sólo unos locos rabiosos podrían haber llamado a la insurrección y a la conquista del poder a través de una “batalla de retaguardia”); no, este levantamiento fue concebido como una parte del golpe de estado general. La resolución de Kiang-Su dice sobre este punto:

“Durante la insurrección de diciembre en Cantón, el comité central decidió de nuevo lanzar un levantamiento inmediato en el Hunan, en Hupé, en el Kiang-Si, para defender Kuangtung, para ampliar el marco del movimiento dándole una envergadura ampliada a toda China (uno puede darse cuenta de esto a partir de las cartas de información del comité central, nº 16 y 22). Estas medidas procedían de una estimación subjetiva de la situación y no se correspondían con las condiciones objetivas. Evidentemente, en una posición semejante las derrotas son inevitables.”

La experiencia de Cantón horrorizó a los dirigentes no solamente en China, sino también en Moscú. Fue lanzada una advertencia contra el putschismo, pero en el fondo la línea política no varió en nada. La orientación continuó siendo la misma: hacia la insurrección. El Comité Central del Partido Comunista de China transmitía esta directriz de doble sentido a las instancias inferiores; puso también en guardia, por su parte, contra la táctica de escaramuzas, exponiendo en sus circulares definiciones académicas del espíritu de aventura.

“Pero, dado que el comité central se basaba en su estimación del movimiento revolucionario en un ascenso continuo (como lo decía justamente y con razón la resolución de Kiang-Su), no hubo modificaciones esenciales en su actitud. Las fuerzas enemigas son mucho más subestimadas y, al mismo tiempo, no se presta atención al hecho de que nuestras organizaciones han perdido contacto con las masas... Así, aunque el comité central envió a todas partes su carta de información número 28 (sobre el putschismo), no corrigió al mismo tiempo sus errores.”

Una vez más, no se trata simplemente del comité central del partido chino. El Plenario de Febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tampoco aporta cambios en su política. Limitándose a condenar la táctica de las escaramuzas en general, para asegurarse contra toda eventualidad, la resolución de este plenario se lanza con furor contra la Oposición, que mostraba la necesidad de cambiar resueltamente de orientación. En febrero de 1928 se continuaba como hasta entonces, dirigiéndose hacia la insurrección. El Comité Central del Partido Comunista de China no servía más que como una máquina para transmitir esta directriz.

El comité de Kiang-Su dice:

“La circular del comité central nº 38, de 6 de marzo [obsérvese bien: ¡6 de marzo de 1928! L. T.], muestra muy claramente que el comité central mantiene todavía la ilusión cuando estima la situación como favorable a la insurrección general en el Hunan, en Hupe, en el Kiang-Si, y la conquista del poder como posible en toda la provincia de Kuangtung. La discusión sobre la elección de Tchancha o de Hang Keu como centro de la insurrección, continuaba todavía entre el buró político del comité central y el instructor del comité central en el Hunan y en Hupe”.

Tal fue el sentido desastroso de la resolución del plenario de febrero: falsa en el terreno de los principios, ofrece en el aspecto práctico un doble sentido premeditado. La idea de fondo era siempre la misma: si, contra todo pronóstico, la sublevación se extiende, nos referiremos a los pasajes que se dirigen contra los liquidadores; si la insurrección no va más lejos que las refriegas de los rebeldes, señalaremos con el dedo los párrafos que ponen en guardia contra el putschismo.

Aunque la resolución de Kiang-Su no se atreva en ninguna parte a criticar al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (todos saben lo que supone), no obstante, en ninguno de sus documentos ha dado la Oposición unos golpes tan mortales a la dirección de la Internacional Comunista como lo hace el comité de Kiang-Su en esta requisitoria, formalmente dirigida contra el Comité Central del Partido Comunista de

China. Después de una exposición cronológica de las manifestaciones del espíritu aventurero en el terreno de la política, la resolución se vuelve hacia las causas generales de esta orientación desastrosa.

“¿Cómo explicar [pregunta] esta estimación errónea por parte del comité central, que influyó sobre la lucha práctica y contenía serios errores? De la manera siguiente:

1° El movimiento revolucionario fue valorado como un ascenso continuo [¡“revolución permanente” al estilo de Bujarin y Lominadzé! L:T.]

2° No se prestó atención a la pérdida de contacto entre nuestro partido y las masas, ni a la desagregación de las organizaciones de masas cuando la revolución llegó a un giro decisivo.

3° No se tuvo en cuenta el nuevo reagrupamiento de las fuerzas de clase que se produjo en el campo enemigo a partir de este giro.

4° No se tomó en consideración la dirección del movimiento en las ciudades.

5° Se despreció la importancia del movimiento antiimperialista en un país semicolonial.

6° En el momento de la insurrección no se tuvieron en cuenta las condiciones objetivas ni la necesidad de adaptar a éstas los diversos medios de lucha.

7° Se hizo sentir una desviación campesina.

8° El comité central, en su estimación de la situación, se dejó guiar por un punto de vista subjetivo.”

Es dudoso que el comité de Kiang-Su haya leído lo que había escrito la Oposición sobre todas estas cuestiones. Podemos incluso afirmar con seguridad que no lo ha leído. Porque si lo hubiera hecho, tendría miedo a formular con tanta precisión unas consideraciones que coinciden completamente al respecto con las nuestras. El comité de Kiang-Su se ha servido, sin saberlo, de nuestra prosa.

Los ocho puntos enumerados anteriormente y que caracterizan la línea errónea de conducta del comité central (dicho de otra forma, del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista) tienen la misma importancia. Si queremos añadir algunas palabras sobre el quinto punto es porque vemos aquí una confirmación particularmente brillante y concreta de la justeza de nuestra crítica en sus rasgos más esenciales. La resolución de Kiang-Su acusa a la política del comité central de despreciar los problemas del movimiento antiimperialista en un país colonial. ¿Cómo se ha podido llegar a esto? Por la fuerza de la dialéctica de la falsa línea de conducta política; los errores, como todo, tienen su dialéctica. El punto de partida del oportunismo oficial se encontraba en la constatación de que la revolución china es en el fondo una revolución antiimperialista, y que el yugo del imperialismo agrupa a todas las clases, o al menos a “todas las fuerzas vivas del país”. Nosotros objetamos que una lucha fructífera contra el imperialismo sólo es posible mediante la ampliación audaz de la lucha de clases y, como consecuencia, de la revolución agraria. Nos hemos levantado con fuerza contra el intento de subordinar la lucha de clases al criterio abstracto de la lucha contra el imperialismo (sustitución del movimiento huelguístico por las comisiones de arbitraje, consejos dados por medio de despachos telegráficos de no avivar la revolución agraria, prohibición de establecer sóviets, etcétera). Tal fue la primera etapa. Después de la “traición” del amigo Wan Tin-wie se produjo verdaderamente un giro de 180°. Ahora se pretende que el problema de la independencia aduanera, es decir, de la soberanía económica (y por tanto política) de China es un problema secundario “burocrático” (Stalin). Lo esencial de la revolución china consistiría en la transformación agraria. La concentración del poder en manos de la

burguesía, el abandono de la revolución por los obreros, la ruptura entre el partido y las masas, han sido apreciados como fenómenos secundarios, en comparación con las revueltas campesinas. En lugar de una verdadera hegemonía del proletariado, tanto en la lucha antiimperialista como en el problema agrario, es decir, en el conjunto de la revolución democrática, se produjo una capitulación vergonzosa ante las fuerzas elementales campesinas, acompañadas de aventuras “secundarias” en las ciudades. Sin embargo, esta capitulación prepara fundamentalmente el putschismo. Toda la historia del movimiento revolucionario en Rusia, así como en los demás países, lo testimonia así. Los acontecimientos de China del año pasado lo han confirmado.

En su estimación y sus advertencias, la Oposición ha partido de consideraciones teóricas generales apoyadas sobre informaciones oficiales muy incompletas, a veces conscientemente deformadas. El comité de Kiang-Su ha partido de hechos directamente observados desde el centro del movimiento revolucionario; desde el punto de vista teórico, este comité se debate todavía en las redes de la escolástica bujarinista. El hecho que sus conclusiones empíricas coincidan punto por punto con las nuestras tiene, en política, la misma significación que, por ejemplo, en química, el descubrimiento en los laboratorios de un nuevo elemento simple cuya existencia hubiera sido enunciada sobre la base de deducciones teóricas. Desgraciadamente, el triunfo de nuestro análisis marxista en el plano teórico tiene como corolario político, en el caso considerado, derrotas mortales para la revolución.

El giro que se produjo en la política del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, a mediados de 1927, fue brusco y marcado en su misma naturaleza por el espíritu aventurero: no podía hacer otra cosa que provocar malsanas heridas en el Partido Comunista de China, que fue cogido de improviso. En este punto, pasamos de la línea de conducta política del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista al régimen interno de esta internacional y a los métodos organizativos de la dirección. He aquí lo que dice a este respecto la resolución del comité de Kiang-Su:

“Después de la Conferencia del 7 de agosto de 1927, el comité central debió cargar con la responsabilidad de las tendencias putschistas, ya que exigía severamente a los comités locales que la nueva línea de conducta política fuera aplicada; si alguno no estaba de acuerdo con ella, sin más ceremonia no se le permitía renovar su carné del partido, y se excluía incluso a los camaradas que ya lo habían renovado... En esta época, el estado de ánimo putschista se expandió ampliamente dentro del partido; si alguno expresaba dudas sobre la política de los levantamientos, era calificado inmediatamente de oportunista y atacado despiadadamente. Esta circunstancia provocó grandes fricciones en el seno de las organizaciones del partido”.

Estas operaciones se desarrollaban con el acompañamiento de piadosas y académicas advertencias contra los peligros del putschismo “en general”.

La política de la insurrección brusca, improvisada desde arriba, exigía una recomposición urgente y un reagrupamiento del partido entero. El comité central conservó a aquellos que admitían en silencio la orientación hacia la insurrección a pesar de un declive manifiesto de la revolución. Sería bueno publicar las directrices dadas por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista durante este período. Podrían reunirse en un manual para la organización de la derrota. La resolución de Kiang-Su expone:

“El comité central continúa sin hacer notar las derrotas y el estado de depresión de los obreros; no ve que esta situación es el resultado de los errores cometidos bajo su dirección”.

Pero hay más:

“El comité central acusa no se sabe a quién [¡justamente! L. T.] de que:

- a) Los comités locales no han controlado suficientemente bien la reorganización;
- b) No se ha hecho ocupar funciones a los elementos obreros y campesinos;
- c) Las organizaciones locales no han sido depuradas de los elementos oportunistas.”

Todo se hace bruscamente, por medio de telegramas; como sea, hay que cerrar bien la boca a la Oposición. Como de todos modos las cosas no marchan, el comité central afirma:

“El estado de ánimo de las masas sería muy diferente si la señal de la revuelta hubiese sido lanzada al menos en una provincia.”

Y el comité de Kiang-Su pregunta con razón, guardando prudentemente silencio sobre el hecho de que el comité central no hiciese más que ejecutar las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista:

“Esta última indicación, ¿no es una prueba del putschismo al 100% del mismo comité central?”

Durante cinco años, se ha dirigido y se ha educado al partido en un espíritu oportunista. En la actualidad se le exige que sea ultraradical y que “destaque inmediatamente” hacia delante jefes obreros. ¿Cómo?... Muy simplemente, fijando un cierto porcentaje. El comité de Kiang-Su se queja:

“1° No se tiene en cuenta el hecho que los que sean designados para completar los cuadros de dirección deberían ser seleccionados en el curso de la lucha. El comité central se limita a fijar formalmente por adelantado un porcentaje de obreros y de campesinos en los órganos dirigentes de las diversas organizaciones.

2° A pesar de los numerosos arrestos, no se examina el grado de restablecimiento del partido, sino que se dice solamente, formalmente, que hay que reorganizar.

3° El comité central dice simplemente, de forma dictatorial, que las organizaciones locales no destacan nuevos elementos, que no se desembarazan del oportunismo; al mismo tiempo, el comité central lanza ataques infundados contra los cuadros y los destituye con ligereza.

4° Sin prestar atención a los errores debidos a su propia dirección, el comité central exige, sin embargo, la disciplina de partido más severa a los militantes de base.”

¿No parecen haber sido copiados todos estos párrafos de la plataforma de la Oposición? No; los ha dictado la vida. No obstante, como la plataforma también está copiada de la vida, coinciden. ¿Dónde está entonces la “particularidad” de las condiciones chinas? El burocratismo lo nivela todo, todas las particularidades. La política y el régimen interno son determinados por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, más exactamente por el Comité Central del Partido Comunista de la URSS. El Comité Central del Partido Comunista de China lo hace bajar todo hasta las instancias inferiores. He aquí cómo se lleva a cabo esto, según la resolución de Kiang-Su:

“La declaración siguiente, hecha por un camarada de un comité regional, es muy característica: “En la actualidad, el trabajo es muy difícil; no obstante, el comité central muestra que hay una forma muy subjetiva de considerarlo. Lanza acusaciones y dice que el comité provincial no es bueno; este último, por su parte, acusa a las organizaciones de base y afirma que el comité regional es malo. Éste se pone a acusar y asegura que son los camaradas que trabajan sobre el terreno los

que no son buenos. Y los camaradas se defienden diciendo que las masas no son revolucionarias””.

Es realmente un cuadro brillante. Únicamente, que no tiene nada de particularmente chino.

Cada resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista registrando nuevas derrotas declara, por una parte, que todo estaba previsto, y por otra, que son los “ejecutores” los responsables de las derrotas, porque no han comprendido la línea que se les había indicado desde arriba. Falta por establecer cómo una dirección tan perspicaz ha podido preverlo todo excepto que los ejecutores no tienen talla para aplicar sus directrices. Para una dirección, lo esencial no consiste en presentar una línea de conducta abstracta, en escribir una carta sin dirección, sino en elegir y educar a los ejecutores. La justeza de la dirección se verifica precisamente en la ejecución. La seguridad y la perspicacia de la dirección sólo se confirman cuando concuerdan las palabras y los actos. Pero si de forma crónica, en cada etapa, a lo largo de varios años, la dirección se ve obligada, *post factum*, después de cada giro que lleva a cabo, a lamentarse de que no ha sido comprendida, que han deformado su pensamiento, que los ejecutores han hecho fracasar su plan, ahí hay un signo seguro de que el error le incumbe enteramente. Esta “autocrítica” es tanto más grave cuanto que es involuntaria e inconsciente. Siguiendo el espíritu del VI Congreso, la dirección de la Oposición debe ser responsabilizada de cada grupo de trásfugas; por contra, la dirección de la Internacional Comunista no tendría que responder en absoluto de los comités centrales de todos los partidos nacionales, en los momentos históricos más decisivos. Pero una dirección que no responde de nada es una dirección irresponsable. Ahí está la raíz de todos los males.

Protegiéndose contra la crítica de la base, el Comité Central del Partido Comunista de China se refiere al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, es decir, traza sobre el suelo una raya de tiza que no puede ser traspasada. El comité de Kiang-Su tampoco la traspasa. Pero, dentro de los límites fijados por esta raya, le dice a su comité central verdades amargas que, automáticamente, se aplican al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Nos vemos de nuevo forzados a citar un extracto sacado del interesante documento de Kiang-Su:

“El comité central dice que toda la dirección anterior ha estado de acuerdo con las directrices de la Internacional Comunista, ¡como si todas las vacilaciones y errores no dependieran más que de los militantes de base! Si se adopta una forma semejante de ver las cosas, el mismo comité central no podrá ni reparar sus errores ni educar a los camaradas para el estudio de esta experiencia. No le será posible reforzar su ligazón con el aparato de la base del partido. El comité central dice siempre que su dirección fue correcta; achaca todos los errores a los camaradas de base, señalando siempre de forma especial las vacilaciones de los comités de base del partido.”

Y un poco más adelante:

“Si la dirección no hace más que atacar con ligereza a los camaradas y a los órganos locales de dirección señalando sus errores, pero sin analizar de hecho las causas de esos errores, esto no puede provocar más que fricciones en el seno del partido; semejante actitud es desleal [“brutal y desleal” L. T.) y no puede ser útil ni a la revolución ni al partido. Si la dirección misma disimula sus errores y carga con sus faltas a los demás, semejante conducta tampoco será útil ni al partido ni a la revolución”.

Es una forma simple pero clásica de caracterizar la tarea del centrismo burocrático, que descompone y devasta las conciencias. La resolución de Kiang-Su muestra de forma absolutamente ejemplar cómo y mediante qué métodos se ha conducido

varias veces a la revolución china a la derrota, y al partido chino al borde de la muerte. Porque los cien mil militantes imaginarios que tiene sobre el papel el Partido Comunista de China no representan más que una forma burda de engañarse a sí mismo. Constituirían entonces la sexta parte de los efectivos totales de los partidos comunistas de todos los países capitalistas. Los crímenes de la dirección contra el comunismo chino están todavía lejos de haber sido pagados todos. Nuevas caídas amenazan aún su futuro. Y la recuperación será dolorosa. Cada paso en falso la empujará todavía más abajo. La resolución del VI Congreso condena al Partido Comunista de China a errores y tácticas erróneas. Es imposible la victoria con la orientación actual de la Internacional Comunista, con su actual régimen interior. Hay que cambiar la orientación, hay que cambiar el régimen. Esto es lo que dice, una vez más, la resolución del Comité Provincial de Kiang-Su.

Alma Ata, 4 de octubre de 1928

¿Qué está pasando en China? Una pregunta que todo comunista debe hacerse

Entre los telegramas de *Pravda* se ha comunicado en letra pequeña y en varias ocasiones que durante el mes de octubre un destacamento comunista armado bajo el mando del camarada Zhu De avanza con éxito hacia Chao-Cho (Guangdong), que este destacamento ha pasado de 5.000 a 20.000, etc. Así nos enteramos, como incidentalmente y gracias a los lacónicos telegramas de *Pravda*, de que los comunistas chinos están llevando a cabo una lucha armada contra Chiang Kai-shek. ¿Cuál es el significado de esta lucha? ¿Sus orígenes? ¿Sus perspectivas? No se nos dice ni una palabra al respecto. Si la nueva revolución en China ha madurado hasta el punto de que los comunistas han tomado las armas, parecería necesario movilizar a toda la Internacional [Comunista] ante acontecimientos de tan gigantesca importancia histórica. ¿Por qué entonces no oímos nada de eso? Y si la situación en China no es tal que ponga a la orden del día la lucha armada de los comunistas por el poder, entonces ¿cómo y por qué un destacamento comunista ha iniciado una lucha armada contra Chiang Kai-shek, es decir, contra la dictadura militar burguesa?

Sí, ¿por qué se han sublevado los comunistas chinos? ¿Quizás porque el proletariado chino ya ha encontrado el momento de sanar sus heridas? ¿Porque el desmoralizado y debilitado partido comunista ha encontrado el momento de subirse a la ola revolucionaria? ¿Han asegurado los trabajadores de la ciudad su contacto con las masas revolucionarias del país? ¿Ha empujado la huelga general al proletariado a la insurrección? Si es así, entonces todo está claro y en orden. Pero entonces, ¿por qué *Pravda* comunica estos acontecimientos en pocas líneas y en letra pequeña?

¿O acaso los comunistas chinos se han sublevado porque han recibido los últimos comentarios de Molotov sobre la resolución relativa al “tercer período”? No es casualidad que Zinóviev (quien, a diferencia de los demás capituladores, todavía finge estar vivo) haya salido en *Pravda* con un artículo que demuestra que la dominación de Chiang Kai-shek es totalmente similar a la dominación temporal de Kolchak, es decir, que no es más que un simple episodio en el proceso del ascenso revolucionario. Esta analogía es, por supuesto, estimulante para el espíritu. Por desgracia, no sólo es falsa, sino simplemente estúpida. Kolchak organizó una insurrección en una provincia contra la dictadura del proletariado ya establecida en la mayor parte del país. En China, la contrarrevolución burguesa gobierna en el país y son los comunistas los que han provocado una insurrección de algunos miles de personas en una de las provincias. Creemos, por tanto, que tenemos derecho a plantear esta pregunta: ¿Esta insurrección se debe a la situación en China o más bien a las instrucciones relativas al “tercer período”? Preguntamos, además, ¿cuál es el papel político del Partido Comunista Chino en todo esto? ¿Cuáles son las consignas con las que moviliza a las masas? ¿Cuál es su grado de influencia sobre los trabajadores? No oímos nada de todo esto. La rebelión de Zhu De parece una reproducción de las campañas aventureras de Ho Lung y Ye Ting en 1927 y del levantamiento de Cantón, programado

para el momento de la expulsión de la Oposición [de Izquierda] del Partido Comunista Ruso.

¿Quizás la rebelión estalló espontáneamente? Muy bien. Pero entonces, ¿cuál es el significado de la bandera comunista desplegada sobre ella? ¿Cuál es la actitud del Partido Comunista Chino oficial ante la insurrección? ¿Cuál es la posición de la Comintern en esta cuestión? ¿Y por qué, finalmente, al comunicarnos este hecho, la *Pravda* moscovita se abstiene de cualquier comentario?

Pero aún hay otra explicación posible, que quizá sea la más alarmante: ¿Se han sublevado los comunistas chinos a causa de la toma del Ferrocarril Oriental Chino por Chiang Kai-shek? ¿Tiene esta insurrección, de carácter totalmente partidista, como objetivo malestar a Chiang Kai-shek en su retaguardia? Si eso es lo que es, preguntamos ¿quién ha dado tal consejo a los comunistas chinos? ¿Sobre quién recae la responsabilidad política de que hayan pasado a la guerra de guerrillas?

No hace mucho condenamos con decisión las divagaciones sobre la necesidad de entregar un instrumento tan importante como el Este chino de manos de la revolución rusa a las de la contrarrevolución china. Recordábamos el deber elemental del proletariado internacional en este conflicto de defender la república de los sóviets contra la burguesía china y todos sus posibles instigadores y aliados. Pero, por otra parte, está muy claro que el proletariado de la URSS, que tiene en sus manos el poder y un ejército, no puede exigir a la vanguardia del proletariado chino que inicie de inmediato una guerra contra Chiang Kai-shek, es decir, que aplique los medios que el propio gobierno soviético no ve posibles aplicar, y lo hace correctamente.

Si hubiera comenzado una guerra entre la URSS y China, o más bien entre la URSS y los patrones imperialistas de China, el deber de los comunistas chinos sería transformar esta guerra en el menor tiempo posible en una guerra civil. Pero, incluso en ese caso, el lanzamiento de la guerra civil tendría que estar subordinado a la política revolucionaria general; e incluso entonces los comunistas chinos no podrían pasar arbitrariamente, y en cualquier momento, al camino de la insurrección abierta, sino sólo después de haberse asegurado el apoyo necesario de las masas obreras y campesinas. La rebelión en la retaguardia de Chiang Kai-shek, en esta situación, sería una prolongación del frente de los obreros y campesinos soviéticos; la suerte de los obreros chinos insurrectos estaría íntimamente ligada a la suerte de la república soviética; las tareas, los objetivos, las perspectivas estarían muy claras.

Pero, ¿cuál es la perspectiva que abre este levantamiento de los comunistas chinos, hoy aislados, en ausencia de guerra o de revolución? La perspectiva de una terrible debacle y de una degeneración aventurera de los restos del partido comunista.

Mientras tanto, hay que decirlo abiertamente: los cálculos basados en la aventura guerrillera corresponden enteramente a la naturaleza general de la política estalinista. Hace dos años, Stalin esperaba gigantescas ganancias para la seguridad del estado soviético de la alianza con los imperialistas del Consejo General de los Sindicatos Británicos. Hoy, es muy capaz de calcular que una rebelión de los comunistas chinos, incluso sin ninguna esperanza, aportaría “un pequeño beneficio” en una situación precaria. En el primer caso, el cálculo era groseramente oportunista, en el segundo, abiertamente aventurero, pero en ambos casos, el cálculo se hace independientemente de las tareas generales del movimiento obrero mundial, contra estas tareas y en detrimento de los intereses correctamente entendidos de la república soviética.

No disponemos de todos los datos necesarios para llegar a una conclusión definitiva. Por eso preguntamos:

¿Qué está pasando en China? ¡Que nos lo expliquen! El comunista que no se plantee esta pregunta a sí mismo y a la dirección de su partido será indigno del nombre

de comunista. La dirección que quisiera permanecer discretamente al margen para, en caso de derrota de los partisanos chinos, lavarse las manos y transferir la responsabilidad al Comité Central del Partido Comunista Chino, tal dirección se deshonraría a sí misma (no por primera vez, es cierto) por el crimen más abominable contra los intereses de la revolución internacional.

Preguntamos: ¿Qué está pasando en China? Seguiremos planteando esta pregunta hasta que hayamos forzado una respuesta.

9 de noviembre de 1929

Una retirada en pleno desorden

En el número de aniversario de *Pravda* (7 de noviembre), Manuilsky muestra una vez más el valor del actual liderazgo del Komintern. Analizaremos brevemente la parte de sus reflexiones sobre el aniversario dedicada a China y que equivale, en esencia, a una semicapitulación cobarde, deliberadamente confusa y, por tanto, aún más peligrosa, a la teoría de la revolución permanente.

1.- “Una dictadura revolucionaria democrática del campesinado y el proletariado en China”, escribe Manuilsky, “diferirá esencialmente de la dictadura democrática esbozada [!] por los bolcheviques en la revolución de 1905-06”.

La dictadura democrática fue “esbozada” por los bolcheviques no solo en 1905, sino también en 1917 y en todos los años entre las dos revoluciones. Pero solo *esbozada*. Los acontecimientos sirvieron de prueba. Manuilsky, al igual que su maestro Stalin, no reflexiona sobre los puntos de semejanza y los puntos de diferencia de la revolución china con las tres revoluciones rusas; no, con tal comparación no podrían preservar la ficción de la dictadura democrática y, junto con ella, la ficción de sus reputaciones teóricas. Por lo tanto, estos caballeros no comparan la revolución china con la verdadera revolución rusa, sino con la que fue “esbozada”. De esta manera es mucho más fácil confundir y echar tierra a los ojos.

2.- ¿En qué se diferencia entonces la revolución que tiene lugar en China de la “esbozada” en Rusia? De hecho, Manuilsky nos enseña que la revolución china está dirigida contra “todo el sistema del imperialismo mundial”. Es cierto que esta fue la base de la que dependió antaño Manuilsky para el papel revolucionario de la burguesía china frente a la posición bolchevique “esbozada en 1905”. Ahora, sin embargo, las conclusiones de Manuilsky son diferentes: “Las dificultades de la revolución china son enormes; y precisamente por eso el victorioso movimiento del ejército rojo chino sobre los centros industriales de China tuvo que detenerse en Changsha”. Habría sido mucho más sencillo y honesto decir que los destacamentos campesinos partisanos, *en ausencia de levantamientos revolucionarios en las ciudades*, se encontraron impotentes para tomar posesión de los centros industriales y políticos del país. ¿No estaba esto claro de antemano para los marxistas?

Pero Manuilsky necesita salvar el discurso de Stalin en el XVI Congreso. Así es como cumple esta tarea: “La revolución china tiene a su disposición un ejército rojo, está en posesión de un territorio considerable, en este mismo momento está creando en este territorio un sistema soviético de poder obrero y campesino en cuyo gobierno los comunistas son mayoría. Y esta condición permite al proletariado llevar a cabo no solo una hegemonía ideológica, sino también *estatal sobre el campesinado*”. [Énfasis nuestro].

El hecho de que los comunistas, como elementos revolucionarios y más abnegados, aparezcan al frente del movimiento campesino y de los destacamentos campesinos armados, es bastante natural en sí mismo y también excepcionalmente

importante en el sentido sintomático. Pero esto no cambia el hecho de que los trabajadores chinos se encuentran en todo su vasto país bajo el yugo de la burguesía china y el imperialismo extranjero. ¿De qué manera puede el proletariado lograr la “hegemonía estatal” sobre el campesinado, cuando el poder estatal no está en sus manos? Es absolutamente imposible entender esto. El papel de liderazgo de los comunistas aislados y los grupos comunistas aislados en la guerra campesina no decide la cuestión del poder. Las clases deciden y no los partidos. La guerra campesina puede apoyar la dictadura del proletariado, si coinciden en el tiempo, pero bajo ninguna circunstancia puede sustituir a la dictadura del proletariado. ¿Es posible que los “líderes” de la Comintern no hayan aprendido ni siquiera esto de las experiencias de las tres revoluciones rusas?

3.- Escuchemos más a Manuisky: “Todas estas [?] condiciones conducen al hecho de que una dictadura democrático-revolucionaria en China se enfrentará a la necesidad de una *confiscación consecuente de las empresas pertenecientes al capital extranjero y chino*”. (El énfasis es nuestro).

“Todas estas condiciones” es un lugar común cuyo propósito es encubrir la brecha creada en la antigua posición. Pero el centro de gravedad de la frase citada anteriormente no está en “todas estas condiciones”, sino en una sola “condición”: Manuisky ha recibido instrucciones de alejarse de la dictadura democrática y de tapar las huellas. Por eso Manuisky mueve la cola con tanto empeño, pero no con mucha habilidad.

La dictadura democrática solo puede contrastarse con la dictadura socialista proletaria. Una se diferencia de la otra por el carácter de la clase que ostenta el poder y por el contenido social de su labor histórica. Si la dictadura democrática no debe ocuparse de despejar el camino para el desarrollo capitalista, como se ha señalado del esquema bolchevique “esbozado en 1905”, sino, por el contrario, de una “confiscación consecuente de las empresas pertenecientes al capital extranjero y chino”, como “esbozado” por Manuisky, entonces nos preguntamos: ¿en qué se diferencia esta dictadura *democrática* de la *socialista*? En nada. ¿Significa entonces que Manuisky, por segunda vez¹⁴ después de un lapso de doce años, ha mordido la manzana de la teoría “permanente”? Mordió sin realmente dar un bocado: esto aún está por verse.

4.- Leemos una frase tras otra. “La presencia de elementos socialistas será la peculiaridad específica [!] de la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y el campesinado en China”. ¡No es una mala peculiaridad “específica”!

Los bolcheviques siempre consideraron la dictadura democrática como una dictadura democrática *burguesa*, y no como de una supraclase, y la compararon con la dictadura *socialista* solo en este sentido, el único posible. Ahora parece que en China habrá una “dictadura democrática con elementos socialistas”. Entre los regímenes burgués y socialista, el abismo de clase desaparece, todo se disuelve en democracia pura, y esta democracia pura se complementa gradual y planificadamente con “elementos socialistas”.

¹⁴ Se refiere al siguiente pasaje de un artículo escrito por Manuisky en 1918 y aducido a la incomodidad de este último en el Pleno de noviembre de 1926 del CEIC: “El bolchevismo ruso, nacido en la revolución de 1905-1906 confinada nacionalmente, tuvo que pasar por el ritual de purificación de la liberación de todos los rasgos típicos de la peculiaridad nacional para recibir todos los derechos de ciudadanía de una ideología internacional. En teoría, esta purga del bolchevismo del barniz nacional que se le había adherido fue llevada a cabo por Trotsky en 1905, quien se esforzó por conectar la revolución rusa con todo el movimiento internacional del proletariado en la idea de la revolución permanente”. Traductor [al inglés].

¿De quién aprendieron estas personas? De Víctor Chernov. Es precisamente él quien, en 1905-06, bosquejó una revolución rusa que no sería ni burguesa ni socialista, sino democrática, y que se complementaría gradualmente con elementos socialistas. No, Manuilsky no ha hecho mucho uso de la manzana de la sabiduría.

5.- Además: la revolución china en su transición del capitalismo al socialismo tendrá más etapas intermedias que nuestra revolución de octubre; pero los períodos *de su crecimiento hacia* una revolución socialista serán considerablemente más cortos que los períodos esbozados (!) por los bolcheviques para la dictadura democrática en 1905.

Nuestro astrólogo ha hecho un balance de todo por adelantado: de las etapas, los períodos y la duración de los períodos. Solo se olvidó del ABC del comunismo. Parece que, bajo la democracia, el capitalismo evolucionará hacia el socialismo en una serie de etapas. ¿Y el poder? ¿Seguirá siendo el mismo en este proceso o cambiará? ¿Qué clase detendrá el poder bajo la dictadura democrática y qué clase bajo el socialismo? Si diferentes clases detendrán el poder, entonces solo podrán suplantarse entre sí mediante una nueva revolución, y no mediante la “superposición” del poder de una clase sobre el poder de otra. Por otro lado, si se asume que en ambos períodos dominará una misma clase, es decir, el proletariado, entonces ¿cuál es el significado de la dictadura democrática frente a la proletaria? No puede haber respuesta a esto. Y no la habrá. A Manuilsky se le ordena no aclarar la cuestión, sino tapan las huellas.

En la revolución de octubre, las tareas democráticas se convirtieron en socialistas, bajo el dominio inalterado del proletariado. Por lo tanto, se puede establecer una distinción (se entiende que solo relativamente) entre el período democrático de la revolución de octubre y el período socialista; pero no se puede distinguir entre las dictaduras democrática y socialista porque la democrática era inexistente.

Además, hemos oído de Manuilsky que en China la dictadura democrática, desde el principio, se enfrentará a una confiscación consecuente de las empresas, lo que significa la expropiación de la burguesía. Esto significa que ni siquiera habrá una etapa democrática de la dictadura proletaria. En estas condiciones, ¿de dónde vendrá la dictadura democrática?

La construcción desacertada de Manuilsky sería completamente imposible si comparara la revolución china con la rusa tal y como se desarrolló realmente, y no con la que se “esbozó” y, además, si confundiera y distorsionara el esbozo. ¿Y todo esto con qué fin? Para retroceder sin retroceder, para renunciar a la fórmula reaccionaria de la dictadura democrática o, como dicen en China, para salvar las apariencias. Pero sobre el rostro de Stalin-Manuilsky ya está escrito, primero, Chiang Kai-shek y luego Wang Jingwei. ¡Basta! El rostro ya es suficientemente descriptivo. No tiene salvación. La confusión teórica de Manuilsky va dirigida contra los intereses básicos de la revolución china. Los bolchevique-leninistas chinos lo revelarán.

Noviembre de 1930

La revolución estrangulada

Lamentablemente, he leído con dieciocho meses o dos años de atraso *Los Conquistadores*. Es un libro dedicado a la revolución china, es decir, al tema más importante de estos últimos cinco años. Un estilo conciso y bien elaborado, el ojo agudo de un artista, la observación original y audaz, todo confiere a esta novela una importancia excepcional. Me ocupo de ella en estas páginas, no sólo porque el talento de su autor se manifiesta plenamente (hecho nada despreciable, por cierto), sino porque la obra es fuente de valiosas enseñanzas políticas. ¿Proviene ellas de Malraux? No, se desprenden de la misma novela sin que el mismo autor se percate de ello, y son un testimonio en contra de él, lo que honra al observador y al artista, pero no al revolucionario. Sin embargo, tenemos el derecho de juzgar a Malraux también desde este punto de vista: con su propio nombre y, especialmente, con el de Garin, su otro yo, el autor no escatima juicios sobre la revolución.

El libro se intitula novela. En efecto, estamos ante la crónica novelada de la revolución china en su primer período, el de Cantón. No es una crónica completa. Por momentos, le falta el vigor social. Por lo contrario, pasan frente al lector no sólo brillantes episodios de la revolución, sino también siluetas netamente recortadas que se graban en la memoria como símbolos sociales.

Con pequeños toques de color, característicos de una técnica puntillista, Malraux presenta un cuadro inolvidable de la huelga general, no con la perspectiva de los que la hicieron, sino de los que la percibieron desde arriba: los europeos no tienen su almuerzo y se mueren de calor (los chinos han dejado de trabajar en las cocinas y de hacer funcionar los ventiladores). Esto no es un reproche a la habilidad del autor: un artista extranjero no hubiera podido, sin duda, tratar el tema de otro modo. Pero se le puede hacer otra crítica, que, esa sí es importante: falta al libro la afinidad natural entre el escritor, a pesar de todo lo que él sabe y comprende, y su heroína, la revolución.

La simpatía, activa por supuesto, del autor por la China revolucionaria es indudable. Pero está corroída por exceso de individualismo y de capricho estético. Al leer el libro atentamente, se experimenta, por momentos, un sentimiento de despecho cuando, a través del tono del relato, se percibe un matiz de ironía protectora con respecto a los bárbaros capaces de entusiasmarse. Nadie exige que se silencie que China está atrasada o que algunas de sus manifestaciones políticas tienen un carácter primitivo. Pero es necesaria una perspectiva justa que ponga todas las cosas en su lugar. Los acontecimientos de la historia china, sobre cuyo fondo se desarrolla la “novela” de Malraux son incomparablemente más importantes para la historia de la cultura humana que el barullo hueco y lastimoso de los parlamentos europeos y que las montañas de productos literarios de las civilizaciones estancadas. Malraux parece un poco indeciso para darse cuenta de ello.

Hay en la novela páginas hermosas por su intensidad que muestran cómo el odio revolucionario nace del sojuzgamiento, de la ignorancia, de la esclavitud y se temple como el acero. Estas páginas podrían integrar la *Antología de la Revolución*, si Malraux hubiera tratado a las masas populares con mayor libertad y audacia y si no hubiera introducido en su obra un matiz de aburrida superioridad, cuando se excusa, ante sí mismo y ante los burócratas académicos de Francia y ante los traficantes del opio para el espíritu, de su pasajera unión con la insurrección del pueblo chino.

Borodin representa la Internacional Comunista y ocupa el cargo de consejero del gobierno de Cantón. Garin, el predilecto del autor, está encargado de la propaganda. Todo el trabajo se lleva a cabo dentro de los límites del Kuomintang. Borodin, Garin, el “general” ruso Gallen, el francés Gérard, el alemán Klein se olvidan del pueblo sublevado y hacen su propia política revolucionaria en vez de orientar la política de la revolución; así forman una original burocracia revolucionaria.

Las organizaciones locales del Kuomintang están definidas del siguiente modo: “La reunión de algunos pocos fanáticos evidentemente valientes, de algunos ricachones que buscan consideración o seguridad, de muchos estudiantes, de *coolis*...” Los burgueses no sólo forman parte de cada organización, sino que dirigen totalmente el partido. Los comunistas dependen del Kuomintang. Se persuade a los obreros y a los campesinos de que no cometan ningún acto hostil para los amigos de extracción burguesa. “Así son estas sociedades que nosotros controlamos (no del todo, por otra parte, no os equivoquéis)”. Confesión edificante. La burocracia de la Internacional Comunista trata de “controlar” la lucha de clases en China, de la misma manera que la internacional bancaria controla la vida económica de los países atrasados. Pero a una revolución no se le pueden hacer imposiciones. Solamente es posible dar una expresión política a sus fuerzas internas. Cada hombre debe saber a cuál de estas fuerzas ligará su destino.

Los *coolis* están descubriendo que existen, nada más que eso, que existen. Están bien orientados. Pero, para darse cuenta de que existen, los *coolis*, los obreros, y los campesinos tienen que derribar a aquellos que les imposibilitan la existencia. La dominación extranjera está indisolublemente ligada al sojuzgamiento interior. Los *coolis* no sólo tienen que echar a Baldwin o Macdonald, sino derrocar, además, a la clase dirigente. Ambas acciones se complementan. De este modo, entre las masas de China, diez veces más numerosas que la población francesa, la personalidad humana despierta, apoyándose inmediatamente en la lava de la revolución social. Grandioso espectáculo.

Pero he aquí que Borodin entra en escena y dice: “En esta revolución, los obreros deben hacer para la burguesía el trabajo de los *coolis*”¹⁵. El proletario encuentra transpuesto hacia la esfera de la política, el sojuzgamiento social del cual quiere liberarse. ¿Quién es el responsable de esta operación perversa? La burocracia de la Internacional Comunista... Tratando de “controlar” el Kuomintang, ayuda, en efecto, al burgués que busca “consideración y seguridad” para sojuzgar a los *coolis* que quieren existir.

Borodin, que durante todo el tiempo permanece en un segundo plano, se caracteriza en la novela como un “hombre de acción”, como un “revolucionario profesional” como una viva encarnación del bolchevismo en el territorio de China. ¡No hay nada tan inexacto! Veamos la biografía política de Borodin: en 1903, a los diecinueve años, emigra hacia América; en 1918 vuelve a Moscú donde, por sus conocimientos del inglés, “procura el enlace con los partidos extranjeros”; en 1922 es detenido en Glasgow; después es enviado a China como representante de la Internacional Comunista. Habiendo dejado Rusia antes de la primera revolución y vuelto a ella *después* de la tercera, Borodin aparece como un perfecto representante de esta burocracia del estado y del partido que reconoció la revolución después de su victoria. Cuando se trata de los jóvenes a veces no es más que una cuestión de cronología. Con respecto a los hombres de cuarenta a cincuenta años, ya es una característica política. Que Borodin se haya adherido brillantemente a la revolución triunfante en Rusia, no significa de ninguna manera que haya sido llamado para asegurar la victoria de la revolución en China. Esta clase de hombres asimila sin esfuerzo los gestos y las entonaciones de los “revolucionarios profesionales”. Gracias a su disfraz, muchos de ellos no sólo confunden a los otros, sino

¹⁵ Cfr. Carta de Chen Tu-hsiu, *La lucha de clases*, números 25-26, p. 676.

que se engañan a sí mismos. Muy a menudo, la inflexible audacia del bolchevique se metamorfosea en ellos en ese cinismo del funcionario dispuesto a todo. ¡Ah!, ¡tener unos poderes del comité central! Esta salvaguardia sacrosanta que Borodin tenía siempre en su bolsillo.

Garin no es un funcionario, es más original que Borodin y quizás esté más cerca del tipo del revolucionario. Pero carece de la formación indispensable: como es un diletante y una primera figura circunstancial, se pierde desesperadamente en medio de los grandes acontecimientos y esto se evidencia a cada instante. Con respecto a las consignas de la revolución china, él se manifiesta de la siguiente manera: "... verborragia democrática, derechos del pueblo, etc." (cf. P. 36). Esto tiene un sello radical, pero es un falso radicalismo. Las consignas de la democracia son una charlatanería execrable en boca de Poincaré, Herriot, León Blum, escamoteadores de Francia y carceleros de Indochina, Argelia y Marruecos. Pero cuando los chinos se sublevaran en nombre de los "derechos del pueblo", esto se parece a la charlatanería tan poco como se parecían las consignas de la revolución francesa del siglo XVIII. En Hong-Kong, durante el tiempo de la huelga, los saqueadores británicos amenazaban con restablecer los castigos corporales. "Los derechos del hombre y del ciudadano", esto significaba en Hong-Kong para los chinos el derecho de no ser castigados por el látigo británico. Se sirve a la revolución revelando la podredumbre democrática de los imperialistas; en cambio, llamando charlatanería a consignas de la insurrección de los oprimidos, se ayuda involuntariamente a los imperialistas.

Una buena inyección de marxismo hubiera podido preservar al autor de los fatales errores de este tipo. Pero Garin piensa, en general, que la doctrina revolucionaria es un "fárrago doctrinal". Es uno de esos para quienes la revolución es simplemente un "estado de cosas determinado". ¿No es sorprendente? Pero justamente, como la revolución es un "estado de cosas" (es decir, un estadio del desarrollo de la sociedad condicionado por causas objetivas y sometido a leyes determinadas) un espíritu científico puede prever la dirección general del proceso. Solamente el estudio de la anatomía de la sociedad y de su fisiología permite reaccionar sobre la marcha de los acontecimientos, basándose en previsiones científicas y no en conjeturas de diletante. El revolucionario que "desprecia" la doctrina revolucionaria vale tanto como el curandero que no valora la por él ignorada doctrina médica o como el ingeniero que recusa la tecnología. Los hombres que, sin la ayuda de la ciencia, tratan de rectificar este "estado de cosas" que se llama enfermedad, reciben el nombre de hechiceros o charlatanes y, según las leyes, son perseguidos. Si hubiera existido un tribunal para juzgar a los hechiceros de la revolución, es probable que Borodin, como sus inspiradores moscovitas, habría sido condenado severamente. Temo que el mismo Garin no habría salido indemne de este asunto.

Dos figuras se contraponen en la novela, como los dos polos de la revolución nacional: el viejo Cheng-dai, autoridad espiritual del ala derecha del Kuomintang (el profeta y el santo de la burguesía), y Hong, jefe juvenil de los terroristas. Los dos están representados con una fuerza muy grande. Cheng-dai encarna la vieja cultura china traducida a la lengua de la cultura europea; bajo este ropaje refinado, "ennoblece" los intereses de todas las clases dirigentes de China. En verdad, Cheng-dai quiere la liberación nacional, pero teme más a las masas que a los imperialistas; odia más a la revolución que al yugo puesto sobre la nación. Avanza en la vanguardia de la revolución solamente para apaciguarla, domarla, agotarla. Dirige la política de la resistencia en dos frentes, contra el imperialismo y contra la revolución, la política de Gandhi en la India, la política que en períodos determinados y con diferentes formas la burguesía dirigió en todas las latitudes y en todas las longitudes. La resistencia pasiva nace de la tendencia de la burguesía a canalizar y confiscar los movimientos de masas.

Cuando Garin dice que la influencia de Cheng-dai va más allá de la política, lo único posible es encogerse de hombros. La política enmascarada del “justo”, en China como en la India, expresa, bajo forma sublime y abstractamente moralizante, los intereses conservadores de las clases pudientes. El desinterés personal de Cheng-dai no se encuentra de ninguna manera en oposición con su función política: los explotadores necesitan a los “justos” como la jerarquía eclesiástica necesita a los santos. ¿Qué pesa alrededor de Cheng-dai? La novela responde con una precisión meritoria: un mundo “de viejos funcionarios, contrabandistas de opio o fotógrafos, de literatos transformados en vendedores de velocípedos, de abogados provenientes de la facultad de París, de todo tipo de intelectuales” (cf. p. 125). Detrás de ellos permanece, ligada a Inglaterra, una sólida burguesía que arma al general Tang contra la revolución. Mientras espera la victoria, Tang se prepara para convertir a Cheng-dai en el jefe del gobierno. Sin embargo, los dos, Cheng-dai y Tang, continúan siendo miembros del Kuomintang, al que sirven Borodin y Garin.

Cuando Tang ordena que sus ejércitos ataquen la ciudad y cuando se dispone a degollar a los revolucionarios, empezando por Borodin y Garin, sus camaradas de partido, entonces, estos últimos, con la ayuda de Hong, movilizan y arman a los desocupados. Pero, después de obtener la victoria sobre Tang, los jefes tratan de no cambiar nada de lo que existía antes. No pueden romper su pacto con Cheng-dai porque no tienen confianza en los obreros, los *coolis*, las masas revolucionarias. Ellos mismos están contaminados por los prejuicios de Cheng-dai y son el arma que él debe elegir.

Para no desairar a la burguesía, deben luchar contra Hong. ¿Quién es y de dónde proviene? (“de la miseria”, cf. p. 41). Es uno de esos que hacen la revolución y no de esos que se adhieren a ella cuando ha triunfado. Después de haber llegado a la conclusión de que hay que matar al gobernador inglés de Hong-Kong, Hong se preocupa por una sola cosa: “Cuando yo sea condenado a la pena capital, habrá que decir a los jóvenes que me imiten” (cf. p. 40). A Hong hay que darle un programa claro: levantar a los obreros, unirlos, armarlos y oponerlos contra Cheng-dai, como a un enemigo. Pero la burocracia de la Internacional Comunista busca la amistad con Cheng-dai, rechaza a Hong y lo exaspera. Hong mata banqueros y comerciantes, los mismos que “sostienen el Kuomintang”. Hong mata misioneros: “... Los que enseñan a los hombres a soportar la miseria deben ser castigados, ya sean sacerdotes católicos o de otras religiones...” (cf. p. 174). Hong no encuentra su verdadero camino, por culpa de Borodin y de Garin que han ubicado la revolución a remolque de los banqueros y comerciantes. Hong refleja la masa que ya se despierta pero que aún no se ha frotado los ojos ni se ha desentumecido las manos. Con el revólver y el puñal, intenta actuar a favor de la masa, a la que paralizan los agentes de la Internacional Comunista. Así es, sin afeites, la verdad sobre la revolución china.

Sin embargo, el gobierno de Cantón “oscila, tratando de no caer, de Garin y Borodin, que dominan la policía y los sindicatos, a Cheng-dai, que no domina nada pero que existe de todos modos” (cf. p. 72). Tenemos un cuadro casi completo del duunvirato. Los representantes de la Internacional Comunista cuentan con los sindicatos obreros de Cantón, la policía, la escuela de cadetes de Wampoa, la simpatía de las masas, la ayuda de la Unión Soviética. Cheng-dai tiene una “autoridad moral”, es decir, el prestigio entre los potentados mortalmente enloquecidos. Los amigos de Cheng-dai se apoyan en un gobierno impotente, sostenido por la benevolencia de los conciliadores. Pero, ¿acaso no fue así el régimen de la revolución de febrero, el sistema de Kerensky y de su banda, con la única diferencia de que el papel de los mencheviques está representado por pseudo bolcheviques! Borodin no duda porque está caracterizado como bolchevique y toma en serio su maquillaje.

La idea capital de Garin y Borodin es prohibir la escala en Hong-Kong a los barcos chinos y extranjeros que se dirigen hacia el puerto de Cantón. Estos hombres, que se consideran revolucionarios realistas, esperan, por medio del bloqueo comercial, romper la dominación inglesa en China meridional. Pero no consideran necesario derrocar previamente al gobierno de la burguesía de Cantón que lo único que hace es esperar la hora de entregar la revolución a Inglaterra. No, Borodin y Garin recurren cada día al “gobierno” y, aceptando las condiciones de éste, piden que sea promulgado el decreto salvador. Uno de los suyos recuerda a Garin que, en el fondo, este gobierno es un fantasma. Garin no se inquieta. “Fantasma o no [contesta], que continúe, puesto que lo necesitamos.” De la misma manera, el pope necesita reliquias que fabrica él mismo con cera y con algodón. ¿Qué se esconde detrás de esta política que agota y envilece la revolución? La consideración de un revolucionario de la pequeña burguesía por un burgués de un sólido conservadorismo. Es así como el más rojo de los extremistas franceses está siempre dispuesto a postrarse delante de Poincaré.

Pero, ¿las masas de Cantón no están quizás maduras para derrocar al gobierno de la burguesía? De toda esta atmósfera se desprende la convicción de que, sin la oposición de la Internacional Comunista, el gobierno fantasma habría sido derrocado bajo la presión de las masas. Admitamos que los obreros de Cantón estén todavía demasiado débiles para establecer su propio poder. ¿Cuál es, en términos generales, el punto débil de las masas? Su falta de preparación para suceder a los explotadores. En este caso el primer deber de los revolucionarios es ayudar a los obreros para que se liberen de la confianza servil. Sin embargo, la obra realizada por la burocracia de la Internacional Comunista ha sido diametralmente opuesta. Ha inculcado a las masas esta noción de que hay que someterse a la burguesía y les ha dicho que la burguesía y las masas tienen los mismos enemigos.

¡No desairar a Cheng-dai! Pero si, no obstante, Cheng-dai se aleja, lo que es inevitable, esto no significará que Garin y Borodin se habrán liberado de su benévola dependencia con respecto a la burguesía. Solamente habrán elegido, como nuevo objeto de su malabarismo, a Chang Kai-shek, perteneciente a la misma clase que Cheng-dai, de quien es hermano menor. Chang Kai-shek, que es jefe de la Escuela Militar de Wampoa, fundada por los bolcheviques, no se limita a una oposición pasiva; está dispuesto a recurrir a la fuerza sangrienta, no en forma plebeya (como las masas), sino militarmente y sólo dentro de los límites que permitirán a la burguesía conservar un poder ilimitado sobre el ejército. Borodin y Garin, armando a sus enemigos, desarman y rechazan a sus amigos. De esta manera preparan la catástrofe.

Sin embargo, ¿no sobrestimamos la influencia de la burocracia revolucionaria en estos hechos? No. Ella se ha mostrado, no para el bien, sino para el mal, más fuerte de lo que ella pensaba. Los *coolis* que no hacen más que empezar a existir políticamente, necesitan una dirección atrevida. Hong necesita un programa audaz. La revolución necesita la energía de millones de hombres que se despiertan. Pero Borodin y sus burócratas necesitan a Cheng-dai y a Chang Kai-shek. Ahogan a Hong e impiden al obrero levantar cabeza. En algunos meses ahogarán la insurrección campesina para no desairar a toda la oficialidad burguesa del ejército. Su fuerza consiste en que representan al octubre ruso, al bolchevismo, a la Internacional Comunista. Después de usurpar la autoridad, la bandera, los subsidios de la mayor revolución, la burocracia obstaculiza el camino a otra revolución que tenía, ella también, todas las posibilidades de ser grande.

El diálogo entre Borodin y Hong (cf. pp. 181-182) es la acusación más tremenda contra Borodin y sus inspiradores moscovitas. Hong, como siempre, busca acciones decisivas. Exige el castigo de los burgueses más destacados. Borodin encuentra esta única respuesta: “No hay que tocar a los que pagan”. “La revolución no es tan simple”, dice Garin por su parte. “La revolución consiste en pagar al ejército”, intercede Borodin. Estos

aforismos contienen todos los elementos del nudo con el cual fue estrangulada la revolución china. Borodin preservaba a la burguesía que, en recompensa, invertía dinero a favor de la “revolución”. El dinero estaba destinado al ejército de Chang Kai-shek. El ejército de Chang Kai-shek exterminó al proletariado y liquidó la revolución. ¿Era esto algo imposible de prever? ¿No fue previsto, en realidad? La burguesía paga voluntariamente sólo al ejército que la defiende contra el pueblo. El ejército de la revolución no espera gratificación: obliga a pagar. Esto se llama dictadura revolucionaria. Hong interviene con éxito en las reuniones obreras y ataca a los “rusos”, portadores de la ruina de la revolución. Los caminos del mismo Hong no llevan a destino, pero tienen razón contra Borodin. “¿Acaso los jefes de los Tai-Ping tenían consejeros rusos? ¿Y los de los Boxers?” (cf. p. 189). Si la revolución china de 1924-1927 hubiera sido librada a su suerte, quizás no hubiera triunfado inmediatamente, pero no habría necesitado de los métodos del harakiri, no habría conocido vergonzosas capitulaciones y habría formado cuadros revolucionarios. Entre el duunvirato de Cantón y el de Petrogrado existe esta trágica diferencia: en China no hubo, en efecto, bolchevismo; bajo el nombre de “trotskysmo”, fue declarado doctrina contrarrevolucionaria y fue perseguido por todos los medios de la calumnia y de la represión. En aquello en que Kerensky no había triunfado durante las jomadas de julio, Stalin triunfó en China diez años más tarde.

Borodin y “todos los bolcheviques de su generación [afirma Garin] han sido marcados por su lucha contra los anarquistas”. El autor necesitaba esta advertencia para preparar al lector para la lucha de Borodin contra el grupo de Hong. Históricamente, es falsa: el anarquismo no pudo levantar cabeza en Rusia no porque los bolcheviques han luchado con éxito contra él, sino porque antes le habían socavado el terreno. El anarquismo, si no permanece dentro de las cuatro paredes de los cafés intelectuales, o de las redacciones de los diarios, si penetra más profundamente, traduce la psicología de la desesperación de las masas y es el castigo político para los engaños de la democracia y para las traiciones del oportunismo. La rapidez del bolchevismo en plantear los problemas revolucionarios y enseñar sus soluciones no dejó lugar para el desarrollo del anarquismo en Rusia. Pero si la investigación histórica de Malraux no es exacta, su novela, por lo contrario, muestra admirablemente cómo la política oportunista de Stalin-Borodin ha preparado el terreno para el terrorismo anarquista en China.

Empujado por la lógica de esta política, Borodin consiente en entregar un decreto contra los terroristas. La burguesía de Cantón, provista de la bendición de la Internacional Comunista, declara fuera de la ley a los verdaderos revolucionarios, lanzados al camino de la aventura por los crímenes de los dirigentes moscovitas. Estos revolucionarios responden con actos de terrorismo a los burócratas pseudorrevolucionarios, protectores de la burguesía que paga. Borodin y Garin se apoderan de los terroristas y los exterminan y de esta manera defienden no ya a los burgueses, sino a su propia cabeza. De esta manera, la política de los acomodados se desliza fatalmente hacia el último grado de la felonía.

El libro se intitula *Los Conquistadores*. En el espíritu del autor, este último tiene un doble sentido, donde la revolución se disfraza de imperialismo, se refiere a los bolcheviques rusos o, más exactamente, a un sector de ellos. ¿Los conquistadores? Las masas chinas se han levantado para una insurrección revolucionaria, bajo la influencia indiscutible del golpe de estado de octubre, como ejemplo, y del bolchevismo, como bandera. Pero los conquistadores no han conquistado nada. Por lo contrario, han entregado todo al enemigo. Si la revolución rusa ha provocado la revolución china, los epígonos rusos la han sofocado. Malraux no establece estas deducciones. Ni siquiera parece pensar en ellas. Estas deducciones se destacan más claramente sólo en su notable libro.

Prinkipo, 9 de febrero de 1931

Sobre la revolución estrangulada y sus estranguladores. Respuesta al señor André Malraux

Un trabajo urgente me ha impedido leer en el momento oportuno el artículo del señor Malraux, en el cual, contra mi crítica, pleitea, a favor de la Internacional Comunista, de Borodin, de Garin y de él mismo. El señor Malraux está aún más alejado del proletariado y de la revolución como escritor político que como artista. Este hecho no bastaría, por sí mismo, para justificar estas líneas, pues jamás se dijo que un escritor de talento deba ser necesariamente un revolucionario proletario. Si, no obstante, vuelvo a examinar una cuestión ya tratada, lo hago por el interés del tema y no para hablar del señor Malraux.

Las mejores figuras de su novela, yo lo he dicho, se elevan hasta transformarse en símbolos sociales. Debo agregar que Borodin, Garin y todos sus “colaboradores” son los símbolos de una burocracia casi revolucionaria, de este nuevo “tipo social” que ha nacido gracias a la existencia del estado soviético, por una parte, y, por otra, gracias a un cierto régimen de la Internacional Comunista.

No he querido asimilar a Borodin al tipo de los “revolucionarios profesionales”, aunque así esté caracterizado en la novela del señor Malraux. El autor trata de demostrarme que Garin posee muchos galones de funcionario que le darían derecho al título. El señor Malraux no considera fuera de propósito agregar que Trotsky posee algunos más. ¿No es extraño? El tipo del revolucionario profesional no tiene nada de un personaje ideal. Pero, en todo caso, es un tipo bien definido, que tiene su biografía política y los rasgos netamente señalados. Sólo Rusia ha sido capaz, desde hace algunas decenas de lustros, de crear este tipo y, dentro de Rusia, más acabadamente que cualquier otro partido, el partido bolchevique.

Los revolucionarios profesionales de la generación a la cual, por su edad, pertenece Borodin, han comenzado a formarse en la víspera de la primera revolución, han soportado la prueba de 1905, se han templado e instruido (o corrompido) durante los años de la contrarrevolución¹⁶.

En 1917 han tenido la mejor oportunidad de probar lo que eran. Entre 1903 y 1918, es decir, en el período durante el cual se formaba, en Rusia, el tipo del revolucionario profesional, un Borodin y centenas y millares de los que a él se parecían han permanecido fuera de la lucha. En 1918, después de la victoria, Borodin se puso al servicio de los sóviets: esto lo honra; es más honroso servir a un estado proletario que a un estado burgués.

Borodin se encargaba de las misiones peligrosas. Pero también los agentes de las potencias burguesas corren en el extranjero, especialmente en las colonias, serios peligros, en el cumplimiento de su deber. Y esto no los convierte en revolucionarios. El tipo del revolucionario aventurero y el del revolucionario profesional pueden, en ciertos

¹⁶ De 1906 a 1917.

aspectos y en ciertas circunstancias, parecerse. Pero por su constitución psíquica y su función histórica, son tipos opuestos.

El revolucionario se abre camino junto con su clase. Si el proletariado es débil, retrasado, el revolucionario se limita a hacer un trabajo discreto, paciente, prolongado y poco brillante; crea los círculos, hace propaganda, prepara cuadros; con la ayuda de estos últimos consigue agitar a las masas, legal o clandestinamente, según las circunstancias. Siempre hace una distinción entre su clase y la enemiga y tiene una sola política, la que corresponde a las fuerzas de su clase, a las cuales asegura. El revolucionario proletario, ya sea francés, ruso o chino, considera que los obreros son su ejército, para hoy o para mañana. El funcionario aventurero se ubica por encima de todas las clases de la nación china. Se cree llamado a dominar, a decidir, a mandar, independientemente de las relaciones internas de las fuerzas que existen en China. Como él observa que el proletariado chino es actualmente débil e incapaz de ocupar con seguridad los puestos dirigentes, el funcionario trata de reconciliar y combinar las diferentes clases. Actúa como inspector de una nación, como virrey encargado de los asuntos de una revolución colonial. Busca un entendimiento entre el burgués conservador y el anarquista, improvisa un programa *ad hoc*, edifica una política basada en equívocos, crea un bloque de cuatro clases opuestas, se convierte en tragasables y pisotea los principios. ¿Cuál es el resultado? La burguesía es rica, influyente, experimentada. El funcionario aventurero no consigue inducir la en error. En cambio, logra engañar a los obreros, abnegados pero carentes de experiencia, y los entrega a la burguesía.

Así es la función que desempeñó la burocracia de la Internacional Comunista en la revolución china.

Como él cree que el derecho de la burocracia “revolucionaria” es mandar, independientemente, por supuesto, de la fuerza del proletariado, Malraux nos enseña que era imposible participar en la revolución china sin participar en la guerra, que no se podía participar en la guerra sin estar afiliado al Kuomintang, etc. A todo esto agrega que la ruptura con el Kuomintang le traería al partido comunista la necesidad de volver a la acción clandestina. Cuando se piensa que tales argumentos resumen la filosofía de los representantes de la Internacional Comunista en China, es imposible no decir: ¡Sí, la dialéctica del proceso histórico a veces hace chistes muy malos a las organizaciones, a los hombres y a las ideas! ... ¡Se da una solución demasiado simple al problema! Para triunfar, hay que subordinarse políticamente a la clase enemiga, participando en los hechos que ella dirige; para escapar a la represión del Kuomintang, hay que engalanarse con sus colores...

¡En esto consiste todo el secreto que Borodin y Garin tenían que revelarnos! La apreciación política del señor Malraux acerca de la situación, de las posibilidades y de los problemas de China en 1925, es completamente falsa; apenas este autor alcanza el punto donde los verdaderos problemas de la revolución comienzan a esbozarse. Sobre este tema he dicho todo lo que era indispensable decir. En todo caso, el artículo de Malraux, publicado en otra parte, no me da motivos para reconsiderar lo que he dicho. Pero aun en el terreno del juicio equivocado que adopta Malraux sobre la situación, es absolutamente imposible reconocer que la política de Stalin-Borodin-Garin sea justa. Para protestar contra esta política en 1925, era necesario ser vidente. En 1931, sólo un ciego incurable podía defenderla.

¿Acaso la estrategia de los funcionarios de la Internacional Comunista procuró al proletariado chino otra cosa que no fuera humillaciones, la exterminación de los cuadros militantes y, lo que es más grave, un terrible confucionismo? ¿Acaso una vergonzosa capitulación ante el Kuomintang protegió al partido contra las represiones? Muy por el contrario, el resultado es un acrecentamiento y una concentración de las medidas

represivas. ¿Acaso el partido comunista no debió volver al subterráneo de la ilegalidad? ¿Y cuándo? ¡En el período de la derrota de la revolución! Si los comunistas hubieran comenzado por actuar subterráneamente, en el momento del ascenso revolucionario, enseguida habrían podido manifestarse abiertamente, encabezando a las masas. Chang Kai-shek, después de introducir la confusión en el partido, después de desfigurarlo y desmoralizarlo, con la ayuda de los Borodin-Garin, actuaba con mayor seguridad, obligando al partido, en estos años de contrarrevolución, a una existencia clandestina. La política de Borodin-Garin se entregó entera y absolutamente al servicio de la burguesía china. El partido comunista chino, como estaba expuesto a la desconfianza de los obreros progresistas, debe recomenzar completamente su obra, en un terreno cubierto de desechos, obstruido por los prejuicios y los errores no reconocidos. Así es el resultado.

El carácter criminal de toda esta política es particularmente flagrante en ciertos pormenores. El señor Malraux honra a Borodin y compañía por haber llevado conscientemente al líder burgués Cheng-dai debajo del cuchillo del terror, entregando al mismo tiempo los terroristas a la burguesía. Semejante maquinación es digna de un Borgia burócrata o de esa nobleza polaca revolucionaria que ha preferido siempre practicar el asesinato a través de intermediarios, ocultándose detrás del pueblo. No, el problema no era ejecutar a Cheng-dai en una emboscada; la verdadera tarea era preparar la caída de la burguesía. Cuando un partido de la revolución se ve forzado a matar, actúa asumiendo abiertamente sus responsabilidades, invocando tareas y fines accesibles y comprensibles para la masa.

La moral revolucionaria no se basa en las normas abstractas de Kant. Está formada por reglas de conducta que ubican a la revolución, con sus tareas y con sus propósitos, bajo el control de su clase. Borodin y Garin no estaban ligados a la masa, no se habían impregnado de un sentimiento de responsabilidad con respecto a su clase. Son superhombres de la burocracia que creen que “todo está permitido” ... dentro de los límites de una orden recibida de las autoridades superiores. La acción de esos hombres, aunque en algunos momentos pueda ser muy destacada, al final de cuentas se vuelve necesariamente contra los intereses de la revolución.

Una vez que hacen asesinar a Cheng-dai por Hong, Borodin y Garin entregan a este último y a su grupo a los verdugos. De esta manera, toda su política está signada por la marca de Caín. En esta ocasión, el señor Malraux también actúa como su abogado. ¿Cómo argumenta? Dice que también Lenin y Trotsky han tratado implacablemente a los anarquistas. Es difícil creer que esto sea afirmado por un hombre que ha tenido, al menos durante un cierto tiempo, algo en común con la revolución. Malraux olvida o no comprende que una revolución se hace contra una clase para asegurar la dominación de otra y que sólo para cumplir esta tarea, los revolucionarios adquieren el derecho de ejercer la violencia. La burguesía extermina a los revolucionarios, a veces también a los anarquistas (pero a estos últimos cada vez menos frecuentemente, pues se vuelven más y más sometidos) para mantener un régimen de explotación y de infamia. Ante una burguesía dirigente, los bolcheviques se declaran siempre a favor de los anarquistas, en contra de los Chiappe. Cuando los bolcheviques han conquistado el poder, han hecho todo para ganar a los anarquistas a favor de la dictadura del proletariado. Y la mayoría de los anarquistas ha sido, efectivamente, arrastrada por los bolcheviques. Pero, efectivamente también, los bolcheviques han tratado muy duramente a aquellos anarquistas que intentaron arruinar la dictadura del proletariado. ¿Teníamos razón? ¿Estábamos equivocados? Se juzgará según la opinión que se pueda tener acerca de la revolución llevada a cabo por nosotros y del régimen que esta revolución ha establecido. Pero, ¿es posible imaginar, nada más que por un segundo, que los bolcheviques, bajo el gobierno del príncipe Lvov o bajo el de Kerensky, un régimen burgués, se hubieran convertido en

los agentes de semejante gobierno para exterminar a los anarquistas? Basta plantear claramente la cuestión para desecharla con repugnancia. Así como el juez Brid'oison despreciaba siempre el fondo de un asunto, interesándose sólo en la "forma", de la misma manera la burocracia pseudorrevolucionaria y su abogado literario se interesan nada más que en el mecanismo de una revolución y no se preguntan a qué clase ni a qué régimen esta revolución debe servir. En este punto, un abismo separa al revolucionario del funcionario de la revolución.

Lo que dice Malraux acerca del marxismo es verdaderamente curioso. Si damos crédito a lo expresado por él, no se podía aplicar la política marxista en China, dado que el proletariado chino no tenía, según él, conciencia de clase. Parece que, en este caso, el problema es despertar esta conciencia de clase. Ahora bien, Malraux concluye justificando una política dirigida contra los intereses del proletariado.

Malraux usa otro argumento que no es más convincente, pero sí más divertido: Trotsky, dice, afirma que el marxismo es útil para la política revolucionaria; pero Borodin también es un marxista, igual que Stalin; hay que pensar, pues, que el marxismo no sirve para nada en este asunto...

En cuanto a mí, he defendido contra Garin la doctrina revolucionaria como defendería la ciencia médica contra un curandero pretencioso. El curandero me contesta que los médicos diplomados matan frecuentemente a sus enfermos. El argumento es indigno no sólo de un revolucionario, sino de un vulgar ciudadano poseedor de una mediana instrucción. La medicina no es todopoderosa; los médicos no consiguen siempre curar; hay, entre ellos, ignorantes, imbéciles y aun envenenadores; evidentemente, esto no es una razón para autorizar a los curanderos que jamás han estudiado medicina de la cual niegan la importancia.

Después de leer el artículo de Malraux, debo agregar una corrección a mi artículo anterior: yo había escrito que la inyección de marxismo sería útil para Garin. No lo pienso más.

Kadikoy, 12 de junio de 1931

Stalin y la revolución china. Hechos y documentos

La revolución china de 1925-1927 sigue siendo el mayor acontecimiento de la historia moderna después de la revolución rusa de 1917. Las corrientes fundamentales del comunismo han entrado en conflicto en torno a los problemas de la revolución china. El actual líder oficial de la Internacional Comunista, Stalin, ha mostrado su verdadera estatura en los acontecimientos de la revolución china. Los documentos fundamentales de la revolución china están desperdigados y olvidados. Algunos están cuidadosamente ocultos.

En estas páginas queremos reproducir las etapas fundamentales de la revolución china a la luz de los artículos y discursos de Stalin y de sus más estrechos colaboradores, así como de las decisiones de la Internacional Comunista dictadas por Stalin. Para ello presentamos textos auténticos, de nuestros archivos, en particular extractos de un discurso de Jitarov, joven estalinista, en el XV Congreso del PCUS, extractos que Stalin ocultó al partido.

Los lectores se convencerán de la enorme importancia del testimonio de Jitarov, joven funcionario estalinista, participante en los acontecimientos chinos y actualmente uno de los dirigentes de la Internacional Comunista.

Para hacer más comprensibles los hechos y las citas, creemos útil recordar a nuestros lectores el curso de los acontecimientos más importantes de la revolución china.

- 20 de marzo de 1926: primer golpe de estado de Chiang Kai-shek en Cantón.
- Otoño de 1926: VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista con la participación del delegado del Kuomintang Chiang Kai-shek.
- 2 de abril de 1927: golpe de estado de Chiang Kai-shek en Shanghái.
- Finales de mayo de 1927: golpe contrarrevolucionario del Kuomintang de izquierdas en Wuhan.
- Finales de mayo de 1927: el VIII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista proclama el deber de los comunistas de permanecer con el Kuomintang de “izquierda”.
- Agosto de 1927: el Partido Comunista de China proclama el rumbo hacia la insurrección.
- Diciembre de 1927: insurrección de Cantón.

- Febrero de 1928: el IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista proclama en China el rumbo hacia la insurrección armada y los sóviets.

Julio de 1928: el VI Congreso de la Internacional Comunista renuncia a la insurrección armada como consigna práctica.

1.- El bloque de las cuatro clases

La política de Stalin en China se basaba en un bloque de cuatro clases. He aquí cómo el órgano berlinés de los mencheviques evaluó esta política:

“El 10 de abril, Martynov, en *Pravda*, muy claramente [...] y de manera completamente ‘menchevique’, demostró [...] la justeza de la posición oficial que insiste en la necesidad de preservar el ‘bloque de cuatro clases’, de no precipitarse en liquidar el gobierno de coalición, en el que los obreros se sientan junto a la gran burguesía, no para imponerle prematuramente ‘tareas socialistas’.”

Así era la política de coalición con la burguesía. Citemos el órgano oficial del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista:

“El 5 de enero de 1927, el gobierno de Cantón hizo pública una nueva ley sobre las huelgas en la que se prohíbe a los obreros portar armas en las manifestaciones, detener a los comerciantes e industriales, confiscar sus bienes, y que establece el arbitraje obligatorio para una serie de litigios. La ley contiene una serie de párrafos que protegen los intereses de los trabajadores [...] Pero en medio de estos párrafos hay otros que restringen la libertad de huelga más de lo que exigen los intereses de la defensa en el curso de una guerra revolucionaria” (*Die Kommunistische Internationale*, 1 de marzo 1927, número 9, página 408).

En la cuerda anudada alrededor de los obreros por la burguesía, se atisban los hilos (párrafos) favorables a los obreros. Lo inadecuado del nudo es que se aprieta más de lo necesario “para los intereses de la defensa” (de la burguesía china). Esto está escrito en el órgano central de la Internacional Comunista ¿Quién escribe? Martynov. ¿Cuándo lo escribió? El 25 de febrero, seis semanas antes del baño de sangre en Shanghai.

2.- Las perspectivas de la revolución según Stalin

¿Cómo valoraba Stalin las perspectivas de la revolución dirigida por su aliado Chiang Kai-shek? He aquí las partes menos escandalosas de la declaración de Stalin (las más escandalosas nunca se hicieron públicas):

“Los ejércitos revolucionarios en China, son el factor más importante en la lucha de los obreros y campesinos chinos por su liberación ya que el avance de los cantoneses significa un golpe contra el imperialismo, un golpe contra sus agentes en China, libertad de reunión, de prensa, de organización para todos los elementos revolucionarios de China en general y para los obreros en particular” (*Perspectivas de la revolución china*, página 46).

El ejército de Chiang Kai-shek es el ejército de los obreros y campesinos. Lleva la libertad a toda la población, “a los obreros en particular”. ¿Qué se necesita para la victoria de la revolución? Muy poco:

“La juventud estudiantil, la juventud obrera, la juventud campesina: ésta es una fuerza que puede impulsar la revolución con botas de siete leguas, si se mantiene subordinada a la influencia ideológica y política del Kuomintang” (*ibid.*, página 55).

De este modo, la tarea de la Internacional Comunista no era liberar a los obreros y campesinos de la influencia de la burguesía, sino, por el contrario, subordinarlos a su influencia. Esto fue escrito en los días en que Chiang Kai-shek, armado por Stalin, marchaba a la cabeza de los obreros y campesinos subordinados, “con botas de siete leguas”... hacia el golpe de Shanghái.

3.- Stalin y Chiang Kai-shek

Después del golpe de Cantón, urdido por Chiang Kai-shek en marzo de 1926 y pasado por alto en silencio por nuestra prensa, cuando los comunistas fueron reducidos a miserables apéndices del Kuomintang e incluso firmaron un compromiso de no criticar al sunyatsenismo, Chiang Kai-shek (¡un detalle realmente notable!) insistió en que el Kuomintang fuera aceptado en la Internacional Comunista: preparándose para el papel de verdugo, quería tener la tapadera del comunismo mundial y... la consiguió. El Kuomintang dirigido por Chiang Kai-shek y Hu Hanmin fue aceptado en la Internacional Comunista (como partido “simpatizante”). Mientras preparaba un decisivo golpe contrarrevolucionario en abril de 1927, Chiang Kai-shek también se ocupó de intercambiar retratos con Stalin. El fortalecimiento de estos lazos de amistad fue preparado por el viaje de Bubnov, miembro del comité central y uno de los agentes de Stalin, y su visita a Chiang Kai-shek. Otro “detalle”: el viaje de Bubnov a Cantón coincidió con el golpe de estado de Chiang Kai-shek en marzo. ¿Y qué hizo Bubnov? Hizo que los comunistas chinos se sometieran y callaran.

Después del golpe de Shanghái, las oficinas de la Internacional Comunista, por orden de Stalin, intentaron negar que el ejecutor, Chiang Kai-shek, siguiera siendo miembro de la Internacional Comunista. Habían olvidado la votación del buró político en la que todos, contra el voto de uno (Trotsky), aprobaron la admisión del Kuomintang en la Internacional Comunista a título consultivo.

Habían olvidado que en el plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista que condenó a la Oposición de Izquierda, participó el “camarada Shao Litse”, delegado del Kuomintang. Entre otras cosas dijo:

“El camarada Chiang Kai-shek, en su discurso a los miembros del Kuomintang, dijo que la revolución china sería inconcebible si no resolvía adecuadamente la cuestión agraria, es decir, la cuestión campesina. Lo que el Kuomintang quiere es que, después de la revolución nacionalista en China, no se produzca una revolución burguesa, como ocurrió en occidente, como vemos ahora en todos los países excepto en la URSS [...] Todos estamos convencidos de que, bajo la dirección del partido comunista y del Internacional Comunista, el Kuomintang cumplirá su tarea histórica”. (*Actas del ejecutivo ampliado de la Internacional Comunista*, edición alemana, 30 de noviembre de 1926, páginas 303-304).

Esta era la situación en el VII Plenario, en otoño de 1926. Después de que el miembro de la Internacional Comunista, “camarada Chiang Kai-shek”, que había prometido resolver todas las tareas bajo la dirección de la Internacional Comunista, sólo había resuelto una, a saber, el sangriento aplastamiento de la revolución, el VIII Plenario declaró en mayo de 1927 en la resolución sobre la cuestión china:

“El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista afirma que los acontecimientos justifican plenamente el pronóstico del VII Plenario”.

Justificado, ¡hasta el final! Si esto es humor, ciertamente no es arbitrario. No olvidemos, sin embargo, que este humor está profundamente teñido por la sangre de Shanghái.

4.- *La estrategia de Lenin y la estrategia de Stalin*

¿Qué tareas fijó Lenin a la Internacional Comunista para los países atrasados?

“... la necesidad de una lucha resuelta contra los intentos de dar un matiz comunista a las corrientes de liberación democraticoburguesas en los países atrasados;” (“Primer esbozo de las tesis sobre los problemas nacional y colonial”, en *Obras completas, Tomo XXXIII*, alojadas por la sección en español del MIA, Akal Editor, Madrid, 1978, página 296).

Lenin, comprensiblemente, reconoció la necesidad de una alianza temporal con el movimiento democrático-burgués, pero con ello se refería, por supuesto, no a una alianza con los partidos burgueses, que engañaban y traicionaban a la democracia revolucionaria pequeñoburguesa (los campesinos y la gente humilde de la ciudad), sino a una alianza con las organizaciones y grupos de las propias masas, contra la burguesía nacional. ¿Qué forma preveía Lenin para la alianza con la democracia burguesa en las colonias? También respondió a eso en las tesis escritas para el II Congreso:

“La Internacional Comunista debe realizar una alianza temporaria con la democracia burguesa en los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse con ella y tiene que mantener en todas las circunstancias la independencia del movimiento proletario, aunque se halle en sus formas más embrionarias;” (*ibidem*, páginas 296-297).

Al parecer, en cumplimiento de la decisión del II Congreso, el partido comunista se comprometió a unirse al Kuomintang y éste fue admitido en la Internacional Comunista.

5.- *El gobierno de Chiang Kai-shek como refutación viva del estado*

Cómo valoraban los dirigentes del PCUS al gobierno de Chiang Kai-shek un año después del primer golpe de Cantón (20 de marzo de 1926) puede verse claramente en los discursos públicos de los miembros del buró político del partido. He aquí lo que dijo Kalinin en marzo de 1927 en la fábrica *Gosznak* de Moscú:

“Todas las clases de China, empezando por el proletariado, odian a los militares como títeres del capital extranjero; todas las clases de China consideran al gobierno de Cantón como el gobierno nacional de toda China.” (*Izvestia*, 6 de marzo de 1927).

Otro miembro del buró político, Rudzutak, habló unos días después en un mitin de obreros de autobuses. El relato de *Pravda* asegura:

“Pasando luego a la situación en China, el camarada Rudzutak subrayó que el gobierno revolucionario tenía tras de sí a todas las clases de China” (*Pravda*, 9 de marzo de 1927).

Voroshílov ha hablado más de una vez en el mismo sentido.

Fue realmente en vano que Lenin hubiera limpiado de alimañas pequeñoburguesas la teoría marxista del estado. En muy poco tiempo, sus epígonos lograron cubrirla con el doble de escombros. El 5 de abril, de nuevo Stalin hablaba en el Salón de Columnas para defender el hecho de que los comunistas permanecieran dentro del partido de Chiang Kai-Shek y, peor aún, negaba el peligro de traición por parte de su aliado. “Borodin está en guardia”. El golpe tuvo lugar exactamente una semana después.

6.- *Cómo se produjo el golpe de Shanghái*

Desde este punto de vista, contamos con el testimonio especialmente valioso de un testigo y participante, el estalinista Jitarov, que llegó de China en vísperas del XV Congreso y se presentó allí con su información. Los puntos más importantes de su relato parecen haber sido suprimidos de las actas por Stalin, con su consentimiento: la verdad no puede hacerse pública si prueba tan abrumadoramente todas las acusaciones de la Oposición contra Stalin. Citemos a Jitarov (16ª sesión del XV Congreso del PCUS, 11 de diciembre de 1927):

“La primera herida sangrienta fue infligida a la revolución china en Shanghái con la ejecución de los obreros de Shanghái los días 11 y 12 de abril.

Quisiera hablar más detalladamente de este golpe porque sé que no se sabe mucho de él en nuestro partido. En Shanghái existió durante veintiún días lo que se llamó el Gobierno Popular en el que los comunistas eran mayoría. Por lo tanto, se puede decir que durante veintiún días Shanghái tuvo un gobierno comunista. Sin embargo, este gobierno comunista estuvo totalmente inactivo a pesar de que cada día se esperaba el golpe de Chiang Kai-shek.

En primer lugar, el gobierno comunista no comenzó su trabajo durante mucho tiempo con la excusa de que, por una parte, la fracción burguesa del gobierno no quería trabajar y lo sabotaba y, en segundo lugar, porque el gobierno de Wuhan no aprobaba la composición del gobierno de Shanghái. Se conocen tres decretos sobre las actividades de este gobierno, y uno de ellos, de pasada, habla de preparar un recibimiento triunfal a Chiang Kai-shek, cuya llegada a Shanghái se esperaba.

En esos momentos, las relaciones entre el ejército y los obreros de Shanghái se volvieron tensas. Sabemos, por ejemplo, que el ejército atrajo deliberadamente a los obreros a la masacre. Durante varios días, el ejército [es decir, los oficiales de Chiang Kai-shek, L.T.] se detuvo a las puertas de Shanghái y no quiso entrar en la ciudad porque sabía que allí los obreros luchaban contra los de Shandong y quería que los obreros se desangraran en esa lucha. Entrarían más tarde. Entonces el ejército entró en Shanghái. Pero entre estas tropas había una división que simpatizaba con los obreros: la primera división del ejército de Cantón. Su jefe, Xue Yue, había caído en desgracia con Chiang Kai-shek, que conocía sus simpatías por el movimiento de masas, ya que él mismo había salido de sus filas. Primero fue comandante de compañía y luego de división.

Xue Yue fue a ver a sus camaradas a Shanghái y les dijo que se estaba gestando un golpe militar, que Chiang Kai-shek lo había citado en el cuartel general, que lo había recibido con inusitada frialdad y que el propio Xue Yue no regresaría, temiendo una trampa. Chiang Kai-shek sugirió a Xue Yue que abandonara la ciudad con su división y se dirigiera al frente; y él, Xue Yue, propuso al comité central que aceptara no obedecer la orden de Chiang Kai-shek. Estaba dispuesto a quedarse en Shanghái y luchar junto a los obreros de Shanghái contra el golpe militar que se estaba preparando. A todo esto, nuestros dirigentes responsables del Partido Comunista de China, entre ellos Chen Tu-shui, respondieron que habían sido informados de la preparación de este golpe, pero que no querían un conflicto prematuro con Chiang Kai-shek. La Primera División fue enviada fuera de la ciudad y ésta fue ocupada por la división de Pai Chungxi; dos días después, los trabajadores de Shanghái fueron masacrados”.

¿Por qué se eliminó del informe este relato verdaderamente estremecedor (página 32)? Porque no se refería en absoluto al Partido Comunista de China, sino al Buró Político del PCUS. El 2 de mayo de 1927, Stalin habló ante el plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista:

“La Oposición está descontenta porque los obreros de Shanghái aún no han entrado en una batalla decisiva contra los imperialistas y sus mercenarios. Pero no comprenden que la revolución en China no puede desarrollarse a un ritmo rápido. No comprenden que la decisión de emprender una lucha decisiva no puede tomarse en condiciones desfavorables. La Oposición no comprende que no evitar una lucha decisiva en condiciones desfavorables, (cuando se puede evitar), significa facilitar el trabajo de los enemigos de la revolución...”

Esta parte del discurso de Stalin se titula “Los errores de la oposición”. En la tragedia de Shanghái, Stalin encontró errores... de la Oposición. En realidad, la Oposición en aquellos momentos todavía no conocía las circunstancias concretas de la situación en Shanghái, es decir, no sabía cuánto más favorable era la situación para los obreros a finales de marzo-principios de abril, a pesar de todas los errores y crímenes de la dirección de la Internacional Comunista. Incluso a través de la historia deliberadamente ocultada de Jitarov, está claro que la situación podría haberse salvado incluso entonces. Los obreros de Shanghái están en el poder. Están parcialmente armados. Existe la posibilidad de armarlos mucho más. El ejército de Chiang Kai-shek no está seguro. En algunas unidades, incluso el mando está del lado de los obreros. Pero todo y todos están paralizados en la cúpula. No debemos prepararnos para una lucha decisiva contra Chiang Kai-shek, sino para su recepción triunfal. Porque Stalin ha dado instrucciones categóricas desde Moscú: no sólo no resistir al aliado Chiang Kai-shek, sino, por el contrario, mostrarle lealtad. ¿Cómo se hace eso? Acostarse y hacerse el muerto.

En el plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista de mayo, Stalin volvió a defender con argumentos técnicos y tácticos esa terrible cesión de posiciones sin lucha, que condujo al aplastamiento del proletariado en la revolución. Medio año después, en el XV Congreso del PCUS, Stalin ya guardaba silencio. Los delegados al congreso prolongaron el tiempo de palabra de Jitarov para permitirle terminar su relato, que se estaba adueñando incluso de ellos. Pero Stalin encontró una salida muy sencilla borrando el relato de Jitarov de las actas. Publicamos aquí por primera vez este relato histórico.

También debemos señalar una circunstancia interesante: al tiempo que enturbiaba al máximo el curso de los acontecimientos y ocultaba al único verdadero culpable, Jitarov nombró como único responsable a Chen Tu-shiu, a quien los estalinistas habían defendido hasta entonces por todos los medios frente a la Oposición porque se había limitado a cumplir sus instrucciones. Pero para entonces ya había quedado claro que el camarada Chen Du-Siu no aceptaría el papel de chivo expiatorio silencioso, que quería analizar abiertamente las razones de esta catástrofe. Todos los perros de la Internacional Comunista saltaron sobre él, no por errores fatales para la revolución, sino porque se negó a engañar a los obreros y a servir de tapadera a Stalin.

7.- Los organizadores de la “infusión de sangre obrera y campesina”

El órgano dirigente de la Internacional Comunista escribió el 18 de marzo de 1927, unas tres semanas antes del golpe de Shanghái:

“La dirección del Kuomintang sufre ahora de falta de sangre obrera y campesina revolucionaria. El Partido Comunista de China debe ayudar a infundirle esta sangre y entonces la situación cambiará radicalmente”.

¡Qué profético juego de palabras! El Kuomintang necesitaba “sangre obrera y campesina”. La ayuda estaba plenamente asegurada: ¡en abril-mayo Chiang Kai-shek y Wang Jing-Wei recibieron una “infusión” suficiente de sangre obrera y campesina!

Con respecto al capítulo Chiang Kai-shek de la política de Stalin, el VIII Plenario (mayo de 1927) declaró:

“El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista considera que la táctica del bloque con la burguesía nacional en el período de la actual decadencia de la revolución era bastante correcta. Sólo la Expedición al Norte justifica ya por sí sola históricamente esta táctica”...

¡Es de creer!

Eso es Stalin en pocas palabras. La Expedición al Norte, que por cierto resultó ser una expedición contra el proletariado, sirve para justificar su amistad con Chiang Kai-shek. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista hizo todo lo posible para que no se aprendiera ninguna lección del baño de sangre de los obreros chinos.

8.- *Stalin repite su experiencia con el Kuomintang de “izquierda”*

Más adelante, el siguiente punto notable del discurso de Jitarov también fue cortado:

“Después del golpe de Shanghái, quedó claro para todos que comenzaba una nueva época en la revolución china; la burguesía retrocedía y abandonaba la revolución. Esto se reconoció y se dijo inmediatamente. Pero se perdió de vista una cosa: mientras la burguesía abandonaba la revolución, el gobierno de Wuhan ni siquiera pensaba en abandonar a la burguesía. Desgraciadamente, la mayoría de nuestros camaradas no comprendían esto: se hacían ilusiones sobre el gobierno de Wuhan. Consideraban al gobierno de Wuhan casi como una imagen, un prototipo de la dictadura democrática del proletariado y del campesinado [omisión página 33]. Tras el golpe de Wuhan, quedó claro que la burguesía estaba en retirada”...

Esto sería ridículo si no fuera tan trágico. Después de que Chiang Kai-shek matara la revolución enfrentándose a los obreros desarmados por Stalin, los penetrantes “estrategas” por fin “comprendieron” que la burguesía estaba “en retirada”. Pero, habiendo reconocido que su amigo Chiang Kai-shek estaba en retirada, Stalin ordenó a los comunistas chinos subordinarse al mismo gobierno de Wuhan que, según la información de Jitarov al XV Congreso, “ni siquiera pensaba en abandonar a la burguesía”. Desgraciadamente, “nuestros camaradas no lo comprendieron”. ¿Qué camaradas? ¿Borodin, que estaba pendiente de los telegramas de Stalin? Jitarov no dio nombres. La revolución china es querida para él, pero [ilegible, Editor; edición inglesa, página 274: “su pellejo le”] es más querido aún.

Pero escuchemos a Stalin:

“El golpe de Chiang Kai-shek significa que ahora habrá dos campos, dos gobiernos, dos ejércitos, dos centros en el sur: un centro revolucionario en Wuhan y un centro contrarrevolucionario en Nanjing”.

¿Está claro dónde se encuentra el centro de la revolución? ¡En Wuhan!

“Esto significa que el Kuomintang revolucionario de Wuhan, librando una lucha decisiva contra el militarismo y el imperialismo, se transformará en realidad en un órgano de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado”.

Por fin podemos ver cómo es la dictadura democrática del proletariado y del campesinado.

“De ello se desprende que la política de estrecha colaboración entre las izquierdas y los comunistas en el seno del Kuomintang adquiere una fuerza y una significación especiales en la etapa actual en que, sin tal colaboración, la victoria de la revolución es imposible” (*Perspectivas de la revolución china*, páginas 125-127).

Sin la colaboración de los bandidos contrarrevolucionarios del Kuomintang de “izquierda”, ¡la “victoria de la revolución es imposible”! Así es como Stalin, paso a paso, en Cantón, Shanghai y Hang Keu, aseguró la victoria de la revolución.

9.- *Contra la Oposición, ¡a favor del Kuomintang!*

¿Cómo veía la Internacional Comunista al Kuomintang de “Izquierda”? El VIII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista dio una respuesta clara a esta pregunta en su lucha contra la Oposición:

“El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista rechaza con la mayor determinación la exigencia de abandonar el Kuomintang [...] El Kuomintang en China es precisamente la forma específica de organización en la que el proletariado colabora directamente con la pequeña burguesía y el campesinado”.

De este modo, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista vio muy correctamente en el Kuomintang la realización estalinista de la idea de “partidos obreros y campesinos biclasistas”.

Rafes, que no es un desconocido, ya que primero fue ministro de Petliura y luego aplicó las instrucciones de Stalin en China, escribió en mayo de 1927 en el órgano teórico del PCUS:

“Nuestros opositoristas rusos, como es bien sabido, también consideran necesario que los comunistas abandonen el Kuomintang. Una defensa consecuente de este punto de vista llevaría a los partidarios de esta política a abandonar el Kuomintang por la famosa fórmula proclamada por el camarada Trotsky en 1917: ‘Ningún zar, sino un gobierno obrero’, que, para China, podría haber cambiado de forma: ‘Ningún militarista, sino un gobierno obrero’. No tenemos por qué escuchar a tan consecuentes defensores de la idea de abandonar el Kuomintang” (*Proletarskaya Revolutsia*, página 54).

La consigna de Stalin-Rafes era “Sin los obreros, pero con Chiang Kai-shek”, “Sin los campesinos, pero con Wang Ting-wei”, “Contra la oposición, pero con el Kuomintang”.

10.- *Stalin vuelve a desarmar a los obreros y campesinos chinos*

¿Cuál fue la política de la dirección durante la revolución del período del gobierno de Wuhan? Escuchemos al estalinista Jitarov sobre esta cuestión. Esto es lo que leemos en las actas del XV Congreso:

“¿Cuál fue la política del comité central del partido comunista en esa época, durante todo ese período? Esta política se llevó a cabo bajo la consigna de la *retirada* [...]

Bajo la consigna de retirada (en el período revolucionario, en el momento de mayor tensión en las luchas revolucionarias) el partido comunista continúa su trabajo y rinde una posición tras otra sin luchar. A este tipo de rendición pertenecen el acuerdo de subordinar todos los sindicatos, todos los sindicatos campesinos y otras organizaciones revolucionarias al Kuomintang, el rechazo de la acción independiente sin el permiso del Comité Central del Kuomintang, la decisión de desarmar voluntariamente a los piquetes obreros en Hang Keu, la disolución de

las organizaciones pioneras en Wuhan, el aplastamiento de hecho de todos los sindicatos campesinos en el territorio del gobierno nacional, etc.”

Esta es una descripción completamente franca de la política del Partido Comunista de China, cuya dirección está ayudando de hecho a la burguesía “nacional” a aplastar el levantamiento popular y a aniquilar a los mejores luchadores del proletariado y del campesinado.

Pero esta franqueza es aquí una traición: la cita anterior fue impresa en las actas tras una omisión señalada aquí por los corchetes con puntos de arriba. He aquí lo que dice el pasaje ocultado por Stalin [más arriba entre corchetes, EIS]:

“Al mismo tiempo, algunos camaradas responsables, chinos y *no chinos*, inventaron la llamada teoría de la retirada. Declararon: la reacción avanza contra nosotros desde todos los flancos. Si nos retiramos, triunfaremos, pero si nos defendemos o intentamos avanzar, lo perderemos todo”.

En estos días precisamente (finales de mayo de 1927), fue cuando la contrarrevolución de Wuhan empezaba a aplastar a los obreros y campesinos a la vista del Kuomintang de izquierda, cuando Stalin declaró ante el pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, el 24 de mayo de 1927:

“La revolución agraria es la base y el contenido de la revolución democrático-burguesa en China. *El Kuomintang de Hang Keu y el gobierno de Hang Keu son el centro del movimiento revolucionario democrático-burgués*” (*Actas* [edición alemana], página 71).

A una interpelación escrita de un obrero preguntando por qué no se habían formado sóviets en Wuhan, Stalin respondió:

“Está claro que quien ahora pide la creación inmediata de sóviets de diputados en este distrito, intenta saltar [!] por encima de la *fase Kuomintang de la revolución china* y corre el riesgo de ponerla en una posición muy difícil”.

Exactamente: ¡en una posición “muy difícil”! El 13 de mayo de 1927, en una conversación con estudiantes, Stalin declaró:

“¿Debemos en general crear sóviets de diputados obreros y campesinos en China? Tendrán que crearse *después del fortalecimiento del gobierno revolucionario de Wuhan*, después del desarrollo de la revolución agraria, en la transformación de la revolución agraria, de la revolución democrático-burguesa en la revolución del proletariado”.

De este modo, Stalin no consideraba posible fortalecer la posición de los obreros y campesinos a través de los sóviets, mientras no se fortalecieran las posiciones del gobierno de Wuhan y de la burguesía contrarrevolucionaria.

Refiriéndose a las famosas tesis de Stalin que justificaban su política de Wuhan, el órgano de los mencheviques rusos escribió en su momento:

“En realidad, poco se puede decir contra la esencia de la ‘línea’ trazada aquí [en las tesis de Stalin, edición inglesa]. En la medida de lo posible, permanecer en el Kuomintang, aferrarse el mayor tiempo posible a su ala izquierda y al gobierno de Wuhan, ‘evitar una lucha decisiva en condiciones desfavorables’; no lanzar la consigna de ‘¡Todo el poder a los sóviets!’; para no ‘dar nuevas armas a los enemigos del pueblo chino para su lucha contra la revolución, para crear nuevas leyendas de que no se trata de una revolución nacional en China, sino del trasplante artificial de la soviétización por parte de

Moscú', ¿qué podría ser en realidad más sensato?" (*Sotsialisticheski Vestnik*, número 9 [151], página 1).

Por su parte, el VIII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, reunido a finales de mayo de 1927, es decir, cuando ya había comenzado el aplastamiento de las organizaciones obreras y campesinas en Wuhan, adoptó la siguiente decisión:

“El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista llama enérgicamente la atención del Partido Comunista de China sobre la necesidad de tomar todas las medidas posibles para el fortalecimiento y el desarrollo de todas las organizaciones de masas de obreros y campesinos [...] en todas estas organizaciones debe hacerse la agitación para *entrar en el Kuomintang*, para transformarlo en una poderosa organización de la democracia pequeñoburguesa revolucionaria y de la clase obrera.”

“Entrar en el Kuomintang” significa ir voluntariamente al matadero. La sangrienta lección de Shanghái pasó sin dejar rastro. Los comunistas, como antes, se han transformado en pastores del partido de los verdugos burgueses (el Kuomintang) y en proveedores de “sangre obrera y campesina” para Wang Jing-Wei y compañía.

11.- El experimento estalinista del ministerialismo

A pesar de la experiencia de la kerenskyada rusa y de la protesta de la Oposición de Izquierda, Stalin terminó su política del Kuomintang con un experimento de ministerialismo: dos comunistas entraron en el gobierno burgués como ministros de trabajo y agricultura (¡los clásicos puestos de rehenes!) bajo instrucciones directas de la Internacional Comunista para paralizar la lucha de clases, con el objetivo de preservar el frente único. Estas instrucciones habían sido dadas constantemente por telegrama desde Moscú desde agosto de 1927.

Escuchemos cómo Jitarov retrató el “ministerialismo” comunista practicado ante la audiencia de los delegados al XV Congreso del PCUS:

“Ustedes saben que en el gobierno había dos ministros comunistas”, dijo Jitarov. El resto de este pasaje queda suprimido del acta:

“A continuación dejaron de acudir a sus ministerios, dejaron de presentarse allí en persona y fueron sustituidos por un centenar de funcionarios. Bajo su vigilancia no se aprobó ni una sola ley favorable a los obreros y campesinos. Esta censurable actividad llegó a su fin de una manera aún más censurable y vergonzosa. Los ministros dijeron que uno de ellos estaba enfermo y el otro quería irse al extranjero, etc., y pidieron ser sustituidos. No dimitieron con una declaración política en la que hubieran dicho: sois contrarrevolucionarios, sois traidores, ya no marchamos junto a vosotros. No; dijeron que uno de ellos estaba enfermo. Además, Tan Pingshan escribió que *no podía hacer frente a la magnitud del movimiento campesino*. Entonces, ¿quién puede? Claramente, los militares y nadie más. Fue una legalización abierta de la rigurosa represión del movimiento campesino por parte del gobierno de Wuhan”.

Así era la participación comunista en la “dictadura democrática” de los obreros y campesinos. En diciembre de 1927, cuando los discursos y artículos de Stalin aún estaban frescos en la mente de todos, el relato de Jitarov no podía reproducirse, a pesar de que él (joven, pero precoz en la búsqueda de su propio bienestar), no dijo ni una palabra sobre los dirigentes moscovitas del ministerialismo chino e incluso se refirió a Borodin sólo como “cierto camarada no chino”.

Tan Pingshan se quejaba (y Jitarov rabiaba hipócritamente) de que no podía vencer al movimiento campesino. Pero Jitarov no podía ignorar que ésa era exactamente la tarea que Stalin había asignado a Tan Pingshan. Tan Pingshan vino a Moscú a finales de 1926 para recibir instrucciones e informó al plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista sobre cómo había tratado a los “trotskystas”, es decir, a los comunistas que querían abandonar el Kuomintang para organizar a los obreros y campesinos. Stalin envió instrucciones telegráficas a Tan Pingshan para que reprimiera el movimiento campesino a fin de no ofender a Chiang Kai-shek y al estado mayor militar burgués. Al mismo tiempo, Stalin acusó a la oposición de... subestimar al campesinado.

El VIII Plenario adoptó incluso una “Resolución especial sobre las intervenciones de los camaradas Trotsky y Vuyovich en el Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista”. Dice así:

“El camarada Trotsky [...] exigió al plenario el establecimiento del doble poder en forma de sóviets y la adopción inmediata de una línea para el derrocamiento del gobierno de izquierda del Kuomintang. Esta exigencia aparentemente [!] ultraizquierdista [!!] pero en realidad oportunista [!!!] no es más que una repetición de la vieja posición trotskysta de saltar por encima de la fase pequeñoburguesa y campesina de la revolución”.

Aquí vemos en toda su desnudez la esencia de la lucha contra el trotskismo: la defensa de la burguesía contra la revolución de los obreros y campesinos.

12.- Dirigentes y masas

Todas las organizaciones de la clase obrera fueron utilizadas por los “dirigentes” para frenar, reprimir y paralizar la lucha de las masas revolucionarias. Esto es lo que Jitarov contaba:

“El congreso de los sindicatos fue aplazado día tras día y, cuando finalmente fue convocado, no se intentó utilizarlo para organizar la resistencia. Al contrario, el último día del congreso se decidió organizar una manifestación ante la sede del gobierno nacional con el fin de expresar sus sentimientos de lealtad al gobierno. (Lozovsky: “Les asusté con mi discurso”)

Lozovsky no se avergonzó de adelantarse en aquellos momentos. “Asustando” a los mismos sindicalistas chinos, a los que había confundido con frases valientes, Lozovsky consiguió en China, sobre el terreno, no ver nada, no comprender nada, no prever nada. A su regreso de China, este dirigente escribió: “El proletariado se ha convertido en la fuerza dominante para la emancipación nacional de China” (*China Obrera*, página 6).

He ahí lo que se decía de un proletariado al que las esposas de hierro de Chiang Kai-shek le aplastaban la cabeza. Así fue como el Secretario General de la Internacional Sindical Roja engañó a los trabajadores del mundo entero. Y después de aplastar a los obreros chinos (con la ayuda de todo tipo de “secretarios generales”), Lozovsky ridiculizó a los sindicalistas chinos. Estos “cobardes” habían sido “asustados” por los intrépidos discursos del muy intrépido Lozovsky. En este pequeño episodio encontramos el arte de los “dirigentes” actuales, ¡todo su mecanismo, toda su moral!

La fuerza del movimiento revolucionario de las masas populares era verdaderamente incomparable. Hemos visto que, a pesar de tres años de errores, la situación habría podido salvarse en Shanghái si Chiang Kai-shek hubiera sido recibido allí no como un libertador, sino como un enemigo mortal. Mejor aún, incluso después del golpe de Shanghái, los comunistas podrían haberse fortalecido en las provincias. Pero

tenían órdenes de someterse al Kuomintang de “izquierda”. Jitarov describe uno de los episodios más esclarecedores de la segunda contrarrevolución llevada a cabo por el Kuomintang de izquierda:

“El golpe ocurrió en Wuhan los días 21 y 22 de mayo. Se produjo en circunstancias sencillamente increíbles. En Shanghái, el ejército constaba de 1.700 soldados y los campesinos formaban la mayoría de los destacamentos armados, reunidos en torno a Changsha, que sumaban alrededor de 20.000 personas. A pesar de ello, el mando militar logró tomar el poder fusilando a todos los campesinos activos, dispersando todas las organizaciones revolucionarias y estableciendo su dictadura sólo gracias a la política cobarde, irresoluta y conciliadora de los dirigentes de Changsha y Wuhan. Cuando los campesinos se enteraron del golpe de Changsha, empezaron a prepararse para reunirse en torno a Changsha y marchar contra ella. La marcha se fijó para el día 21. Los campesinos empezaron a lanzar sus cada vez más numerosos destacamentos en su dirección. Estaba claro que iban a tomar la ciudad sin dificultad. Pero justo entonces llegó *una carta del Comité Central del Partido Comunista de China en la que Chen Tu-hsiu escribía que debían evitar el conflicto abierto y trasladar la cuestión a Wuhan*. Basándose en esta carta, el comité de distrito envió a los destacamentos campesinos la orden de retirarse y no avanzar más; pero no llegó a dos destacamentos. Marcharon sobre Wuhan y fueron aniquilados por los soldados” (*Actas*, página 34).

Más o menos así sucedieron las cosas en las demás provincias. Bajo la dirección de Borodin (“Borodin está en guardia”), los comunistas chinos cumplieron muy escrupulosamente las instrucciones de Stalin de no romper con el Kuomintang, el líder elegido de la revolución democrática. La rendición de Changsha tuvo lugar el 31 de mayo, pocos días después del VIII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y en pleno cumplimiento de sus decisiones.

De hecho, ¡los dirigentes habían hecho todo lo posible para destruir la causa de las masas!

En la misma intervención, Jitarov declaró:

“Considero mi deber declarar que, a pesar de que el Partido Comunista de China ha cometido durante mucho tiempo errores oportunistas inauditos [...] no debemos, sin embargo, culpar de ellos a las masas del partido [...] Estoy profundamente convencido, porque he visto muchas secciones de la Internacional Comunista, de que no hay otra sección tan entregada a la causa del comunismo, tan valiente en su lucha por nuestra causa como los comunistas chinos. No hay comunistas tan valientes como los camaradas chinos” (*ibidem*, página 36).

Incuestionablemente, los obreros y campesinos revolucionarios chinos revelaron un excepcional espíritu de sacrificio en la lucha. Fueron aplastados junto con la revolución por la dirección oportunista. No por la dirección de Cantón, Shanghái y Wuhan, sino por la dirección de Moscú. ¡Tal será el veredicto de la historia!

13.- *El levantamiento de Cantón*

El 7 de agosto de 1927, la conferencia extraordinaria del Partido Comunista de China, de acuerdo con las instrucciones previas de Moscú, condenó la política oportunista de su dirección, es decir, todo el pasado, y decidió preparar una insurrección armada. Los emisarios de Stalin tenían la tarea de preparar una insurrección armada en Cantón programada para la celebración del XV Congreso del PCUS, con el fin de ocultar el exterminio físico de la Oposición Rusa bajo el triunfo político de Stalin en China.

En la onda menguante, mientras la depresión aún prevalecía en las masas urbanas, el levantamiento “soviético” en Cantón fue organizado apresuradamente, heroico en la conducta de los obreros, criminal en el aventurerismo de la dirección. La noticia de un nuevo aplastamiento en Cantón llegó exactamente en el momento del XV Congreso. De este modo, Stalin aplastó a los bolchevique-leninistas exactamente al mismo tiempo que su aliado de ayer, Chiang Kai-shek, aplastaba a los comunistas chinos.

Hubo que hacer un nuevo balance, en otras palabras, hubo que trasladar de nuevo la responsabilidad a los ejecutores. El 7 de febrero de 1928, *Pravda* escribió:

“Los ejércitos provinciales lucharon todos juntos contra Cantón el Rojo y *ésta es la mayor y más antigua debilidad del Partido Comunista de China, un trabajo político totalmente insuficiente para “la descomposición de los ejércitos reaccionarios”*”.

¡“La debilidad más antigua”! ¿Significa esto que el partido comunista tenía la tarea de descomponer los ejércitos del Kuomintang? ¿Desde cuándo?

El 25 de febrero de 1927, mes y medio antes del aplastamiento de Shanghái, el órgano central de la Internacional Comunista escribía:

“El Partido Comunista de China, y los obreros chinos conscientes, no deben seguir *en ningún caso* una táctica que desorganice a los ejércitos revolucionarios, precisamente porque la influencia de la burguesía allí es hasta cierto punto fuerte” (*Die Kommunistische Internationale*, 25 de febrero de 1927, página 19).

Y he aquí lo que Stalin dijo (y repitió en cada oportunidad) ante el plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista el 24 de mayo de 1927:

“No es el pueblo desarmado el que se levanta contra los ejércitos del Antiguo Régimen en China, sino un pueblo armado en la forma del ejército revolucionario. En China, una revolución armada lucha contra una contrarrevolución armada”.

En el verano y el otoño de 1927, los ejércitos del Kuomintang fueron descritos como un pueblo armado. ¡Pero cuando estos ejércitos aplastaron la insurrección de Cantón, *Pravda* declaró que la “más antigua (!) debilidad” de los comunistas chinos era su incapacidad para acabar con los “ejércitos reaccionarios”, ¡los mismos que habían sido proclamados “pueblo revolucionario” sólo el día anterior a Cantón!

¡Acróbatas vergonzosos! ¿Se ha visto alguna vez algo así entre verdaderos revolucionarios?

14.- El período del putschismo

El IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista se reunió en febrero de 1928, menos de dos meses después de la insurrección de Cantón. ¿Cómo evaluó la situación? He aquí las palabras exactas de la resolución:

“El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista considera un deber de todas las secciones combatir las calumnias de los socialdemócratas y trotskistas que afirman que la revolución china ha sido liquidada”.

¡Qué subterfugio de traición, y al mismo tiempo cómo de miserable! De hecho, los socialdemócratas consideran la victoria de Chiang Kai-shek como la *victoria* de la revolución nacional, y el confundido Urbahns también se ha dejado llevar a esta posición. La Oposición de Izquierda considera la victoria de Chiang Kai-shek como la *derrota* de la revolución nacional.

La Oposición nunca ha dicho y nunca habría podido decir que la revolución china estaba liquidada *en general*. Lo que fue liquidada, confundida, engañada y aplastada, fue sólo la *segunda* revolución china (1925-1927). ¡Sólo eso bastaría como logro para estos señores de la dirección! Nosotros sostuvimos, desde el otoño de 1927, que nos esperaba en China un período de retroceso, el retroceso del proletariado, el triunfo de la contrarrevolución. ¿Cuál era la posición de Stalin? El 7 de febrero de 1928, *Pravda* escribió:

“El Partido Comunista de China avanza hacia una insurrección armada. Toda la situación en China habla a favor de que éste es el camino correcto [...] La experiencia demuestra que el Partido Comunista de China debe concentrar todos sus esfuerzos en la tarea de una cuidadosa preparación diaria y general para la insurrección armada”.

El IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, con ambiguas reservas burocráticas sobre el golpismo, aprobó esta línea aventurerista. El propósito de estas reservas es bien conocido: hacer agujeros por los que el “líder” pueda arrastrarse en caso de una nueva retirada. La resolución criminalmente ligera del IX Plenario significó para China nuevas aventuras, nuevas escaramuzas, la ruptura con las masas, la pérdida de posiciones, la destrucción de los mejores elementos revolucionarios en el fuego del aventurerismo, la desmoralización de los residuos del partido. Todo el período comprendido entre la conferencia del partido chino del 7 de agosto de 1927 y el VI Congreso de la Internacional Comunista del 8 de julio de 1928 estuvo profundamente impregnado de la teoría y la práctica del golpismo. Así fue como la dirección estalinista asestó los golpes finales a la revolución y al Partido Comunista de China. Sólo en el VI Congreso la dirección de la Internacional Comunista reconoció que:

“La insurrección de Cantón fue objetivamente una “batalla de retaguardia” de una revolución en retirada” (*Pravda*, 27 de julio de 1928).

“¿Objetivamente? ¿Y subjetivamente? En otras palabras, ¿en la conciencia de sus iniciadores, los dirigentes? Esta es la naturaleza oculta del reconocimiento del carácter aventurero de la insurrección de Cantón. Sea como fuere, un año después de la Oposición y, lo que es más importante, después de una serie de crueles derrotas, la Internacional Comunista reconoció que la segunda revolución china había terminado con el período de Wuhan y que no podía ser resucitada por el aventurerismo. En el VI Congreso, el delegado chino Chan Fuyun informó:

“La derrota de la insurrección de Cantón ha asestado un golpe aún más duro al proletariado chino. La primera etapa de la revolución ha terminado así, con una serie de derrotas. En los centros industriales se hace sentir una depresión en el movimiento obrero” (*Pravda*, 17 de julio de 1928).

Los hechos son tozudos. Esto también tuvo que reconocerse en el VI Congreso. La consigna de la insurrección armada fue eliminada. Sólo quedó el nombre de “segunda revolución china” (1925-1927), “primera etapa”, separada de la futura segunda etapa por un período indefinido. Fue un intento terminológico de salvar al menos parte de su prestigio.

15.- Después del VI Congreso

El delegado del Partido Comunista de China, Siu, declaró en el XVI Congreso del PCUS:

“Sólo los renegados trotskystas y los chinos chentuhsiistas dicen que la burguesía nacional tiene una perspectiva de desarrollo [¿] independiente [¿] y de estabilización [¿]”.

Dejemos de lado este ataque. Estos miserables nunca estarían en el Hotel Lux¹⁷ si no atacaran a la Oposición. Es su único recurso. Tan Pingshan tronó exactamente de la misma manera contra los “trotskystas” en el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista antes de pasarse al enemigo. Lo curioso de su desvergüenza es su intento de atribuirnos a nosotros, los opositores de izquierda, la “idealización de la burguesía nacional china” y su “desarrollo independiente”. Los agentes de Stalin, al igual que sus dirigentes, fulminan porque el período posterior al VI Congreso ha revelado una vez más su total incapacidad para comprender que las circunstancias y la dirección de su evolución futura han cambiado.

Después de la derrota de Cantón, en un momento en que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista de febrero de 1928 se orientaba hacia una insurrección armada, nosotros declaramos en oposición a esto:

“La situación cambiará ahora exactamente en la dirección opuesta. Las masas trabajadoras se retirarán temporalmente de la política, el partido se debilitará, lo que no excluye la continuación de los levantamientos campesinos. El debilitamiento de la guerra de los generales, así como el de las huelgas y levantamientos del proletariado, conducirá inevitablemente entretanto al establecimiento de procesos elementales de vida económica en el campo y, en consecuencia, a una cierta reactivación comercial e industrial, aunque débil. La segunda reavivará las luchas huelguísticas de los obreros y permitirá al partido comunista, siempre que tenga la línea correcta, restablecer el contacto y la influencia para poder más tarde, en un plano superior, vincular la insurrección obrera con la guerra de los campesinos. En esto consiste nuestro llamado liquidacionismo”.

Pero aparte de estos ataques, ¿qué tenía que decir Hsiu sobre China en los dos últimos años? En primer lugar, afirmó este hecho:

“En China, la industria y el comercio marcaron un cierto renacimiento en 1928”.

Y más adelante:

“En 1928, 400.000 obreros se declararon en huelga, en 1929 ya eran 550.000 los huelguistas. En el primer semestre de 1930, el movimiento obrero se fortaleció aún más”.

Es comprensible que haya que tener mucho cuidado con las cifras de la Internacional Comunista, incluidas las de Hsiu. Pero independientemente de una posible exageración de las cifras, la presentación de Hsiu apoya plenamente nuestro pronóstico para finales de 1927 y principios de 1928.

Desgraciadamente, la dirección del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de China partió de un pronóstico directamente opuesto. La consigna de la insurrección armada no fue abandonada hasta el VI Congreso, a mediados de 1928. Pero aparte de esta decisión puramente negativa, el partido no recibió ninguna nueva orientación. La posibilidad de un renacimiento económico no fue tomada en consideración por el partido. ¿Podemos dudar por un momento de que, si la dirección

¹⁷ El Hotel Lux de Moscú era el hotel donde se alojaban los dignatarios extranjeros de la Internacional Comunista.

de la Internacional Comunista no se hubiera ocupado de estúpidas acusaciones de liquidacionismo contra la Oposición y hubiera comprendido a tiempo la situación, como hicimos nosotros, el Partido Comunista de China sería indiscutiblemente más fuerte, sobre todo en el movimiento sindical? Recordemos que, durante el apogeo de la segunda revolución, en el primer semestre de 1927, había 2.800.000 obreros organizados en sindicatos bajo la influencia del partido comunista. Hoy, según Hsiu, hay unos 60.000, ¡en toda China!

Y estos miserables “dirigentes”, que han conseguido meterse en un callejón sin salida, que han hecho un daño aterrador, hablan de “renegados trotskystas” y piensan que con esta calumnia pueden reparar el daño. ¡Esta es la escuela de Stalin! ¡Estos son sus frutos!

16.- Los sóviets y el carácter de clase de la revolución

¿Cuál es, según Stalin, el papel de los sóviets en la revolución china? ¿Qué lugar les asigna en la alternancia de las etapas? ¿A qué dominación de clase están ligados?

Durante la Expedición al Norte, como durante el período de Wuhan, oímos decir a Stalin que los sóviets sólo pueden crearse después de haber realizado la revolución democrático-burguesa, sólo en el *umbral* de la revolución proletaria. Precisamente por esta razón, el buró político, siguiendo ciegamente a Stalin, rechazó obstinadamente la consigna de los sóviets presentada por la Oposición:

“La consigna de los sóviets no significa otra cosa que un salto directo sobre la etapa de la revolución democrático-burguesa y la organización del poder proletario” (*Respuesta del buró político a la Oposición y sus tesis, abril de 1927*).

El 24 de mayo, después del golpe de Shanghái y durante el golpe de Wuhan, Stalin demostró la incompatibilidad de los sóviets y la revolución democrático-burguesa de la siguiente manera:

“Pero los obreros no se detendrán ahí si tienen sóviets de diputados obreros. Dirán a los comunistas, y tendrán razón: si nosotros somos los sóviets y si los sóviets son los órganos del poder, ¿no podemos aplastar un poco a la burguesía y expropiarla 'un poco'? Los comunistas no serían más que odres vacíos si no tomaran el camino de expropiar a la burguesía mediante la existencia de sóviets de diputados obreros y campesinos. ¿Es posible tomar y debemos tomar este camino ahora, en la fase actual de la revolución? No, no debemos”.

¿Y qué pasará con el Kuomintang cuando (???)*-ND*) haya pasado a la revolución proletaria? Stalin lo había previsto todo. En su discurso a los estudiantes del 13 de mayo de 1927, que citamos más arriba, Stalin respondió:

“Creo que, en el período de la creación de los sóviets de diputados obreros y campesinos y de la preparación del octubre chino, el Partido Comunista de China tendrá que sustituir el actual bloque dentro del Kuomintang por el bloque fuera del Kuomintang”.

Nuestros grandes estrategas lo habían previsto todo, decididamente todo, excepto la lucha de clases. Incluso en la cuestión del paso de la revolución proletaria, Stalin proporcionó al Partido Comunista de China un aliado, el mismo Kuomintang. Para lograr la revolución socialista, se permitió a los comunistas abandonar las filas del Kuomintang, pero de ninguna manera romper el bloque con él. Como sabemos, la alianza con la burguesía era la mejor condición para preparar el “octubre chino”. Y a todo esto se le llamaba leninismo...

Sea como fuere, en 1925-1927 Stalin planteó la cuestión de los sóviets de forma muy categórica, vinculando su formación a la inmediata expropiación socialista de la burguesía. Es cierto que entonces necesitaba este “radicalismo” no para defender la expropiación de la burguesía, sino, por el contrario, para defender a la burguesía contra la expropiación. Pero, en cualquier caso, la manera de plantear la cuestión de principio estaba clara: los sóviets sólo podían ser los órganos de la revolución socialista. Tal era la posición del Buró Político del PCUS, tal era la posición del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Pero, a finales de 1927, se produjo en Cantón una insurrección a la que se dio carácter soviético. Los comunistas estaban en el poder. Decretaron medidas de carácter puramente socialista (nacionalización de la tierra, de los bancos, de la vivienda, de las empresas industriales, etc.) Parecería que estábamos ante una revolución proletaria. Pero no fue así. A finales de febrero de 1928, el IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista hizo balance de la insurrección de Cantón. ¿Y cuál fue el resultado?

“En la revolución china, el actual año es un período de revolución democrático-burguesa, que no se ha logrado [...] La tendencia a saltar por encima de la etapa democrático-burguesa de la revolución con la apreciación simultánea de la revolución como una revolución “permanente” es un error similar al de Trotsky en 1905”.

Pero, diez meses antes (abril de 1927), el buró político había declarado que la propia consigna de los sóviets (¡no el trotskismo, la consigna de los sóviets!) significaba saltar por encima de la etapa democrático-burguesa. Pero ahora, una vez agotadas todas las variantes del Kuomintang, cuando había que sancionar la consigna de los sóviets, se nos decía que sólo los trotskistas podían vincular esta consigna con la dictadura proletaria. Así se reveló que Stalin en 1925-27 era... trotskista, a pesar de todo lo demás.

Es cierto que el programa de la Internacional Comunista también dio un giro decisivo en esta cuestión. Entre las tareas más importantes de los países coloniales, el programa mencionaba: “La instauración de una dictadura democrática del proletariado y del campesinado basada en los sóviets”. ¡Verdaderamente milagroso! Lo que ayer era incompatible con la revolución democrática, hoy se proclamaba como su fundamento. Sería inútil buscar una explicación a este salto completo y peligroso. Todo se hizo de forma muy administrativa.

¿Cuándo se equivocó Stalin? ¿Cuándo declaró que los sóviets eran incompatibles con la revolución democrática o cuando declaró que los sóviets debían ser la base de la revolución democrática? En ambos casos, sin embargo, Stalin no comprendió el significado de la dictadura proletaria, su relación mutua y el papel que los sóviets podían desempeñar junto a ella.

Sin embargo, se mostró en su mejor momento, incluso con pocas palabras, en el XVI Congreso del PCUS.

17.- La cuestión china en el XVI Congreso del PCUS

En su informe de diez horas, Stalin, por muy impaciente que estuviera, no pudo ignorar por completo la cuestión de la revolución china. Le dedicó exactamente cinco frases. ¡Y vaya frases! En realidad, “multum in parvo”, como decían los romanos. Deseoso de evitar todos los ángulos agudos, de abstenerse de generalizaciones arriesgadas y, más aún, de pronósticos concretos, Stalin, en unas pocas frases, consiguió cometer todos los errores que le quedaban por cometer.

“Sería ridículo pensar que el comportamiento de los imperialistas no quedará impune. Los obreros y campesinos chinos ya han respondido creando sóviets y un ejército rojo. Se dice que allí ya se ha creado un gobierno soviético. Creo que, si esto es cierto, no tiene nada de sorprendente. No cabe duda de que sólo los sóviets pueden salvar a China del desmembramiento y empobrecimiento totales” (*Pravda*, 29 de junio de 1930).

“Sería ridículo pensar”. Esta es la base de las conclusiones posteriores. Si el comportamiento de los imperialistas debe provocar inevitablemente una respuesta en forma de sóviets y de un ejército rojo, ¿cómo es posible que el imperialismo siga existiendo en este mundo?

“Se dice que allí ya se ha creado un gobierno soviético”. ¿Qué significa “se dice”? ¿Quién lo dice? Y, lo que es más importante, ¿qué tiene que decir el partido comunista? Forma parte de la Internacional Comunista y su representante habló en el congreso. ¿Significa esto que el “gobierno soviético” se creó en China sin el partido comunista y sin su consentimiento? Entonces, ¿quién dirige el gobierno? ¿Quiénes son sus miembros? ¿Qué partido tiene el poder? Stalin no sólo no responde, sino que ni siquiera se formula la pregunta.

“Creo que si [!] es verdad [!], no hay nada sorprendente en ello” No hay nada sorprendente en el hecho de que en China se haya creado un gobierno soviético sin el partido comunista y sin su conocimiento, y sobre cuya fisonomía el mayor dirigente de la revolución china no puede darnos ninguna información. ¿Qué otra cosa en el mundo puede sorprendernos?

“No hay duda de que sólo los sóviets pueden salvar a China del desmembramiento y el empobrecimiento”. ¿Qué sóviets? Hasta ahora hemos visto todo tipo de sóviets: los sóviets de Tseretelli, los de Otto Bauer y Scheidemann, por un lado, y los sóviets bolcheviques, por otro. Los sóviets de Tseretelli no pudieron salvar a Rusia del desmembramiento y el empobrecimiento. Al contrario, toda su política estaba encaminada a convertir a Rusia en una colonia de la Entente. Sólo los bolcheviques transformaron los sóviets en un arma para la liberación de las masas trabajadoras. ¿Qué clase de sóviets son los chinos? Si el Partido Comunista de China no puede decirlo, significa que no los dirige. ¿Quién lo hace, entonces? Aparte de los comunistas, sólo elementos casuales, intermediarios, gente de un “Tercer Partido”, en una palabra, fragmentos del Kuomintang de segundo o tercer rango, pueden llegar a dirigir los sóviets y crear un “gobierno soviético”.

Ayer mismo Stalin pensaba que sería ridículo pensar en crear sóviets en China antes de que se hubiera realizado la revolución democrática. Ahora parece pensar (si sus cinco frases tienen sentido) que en la revolución democrática los sóviets pueden salvar el país incluso sin la ayuda de los comunistas.

Hablar de un gobierno soviético sin hablar de la dictadura del proletariado significaría engañar a los obreros y ayudar a la burguesía, engañar a los campesinos. Pero hablar de dictadura del proletariado sin mencionar el papel dirigente del partido comunista significa, una vez más, convertir la dictadura del proletariado en una trampa para el proletariado. El Partido Comunista de China, sin embargo, es ahora extremadamente débil. El número de sus miembros obreros se limita a unos centenares. Además, hay unos 50.000 obreros en los sindicatos rojos. En estas condiciones, hablar de dictadura del proletariado como tarea inmediata es obviamente impensable.

Por otra parte, en el sur de China se está desarrollando un amplio movimiento campesino en el que participan bandas de partisanos. La influencia de la revolución de octubre, a pesar de años de dirección por epígonos, sigue siendo tan grande en China que los campesinos llaman a su movimiento “sóviet” y a sus bandas de partisanos “ejércitos rojos”. Esto muestra una vez más las profundidades del filisteísmo de Stalin en el período en que, hablando en contra de los sóviets, dijo que las masas del pueblo chino no debían asustarse por la “sovietización artificial”. Sólo Chiang Kai-shek podía estar asustado, pero no los obreros, no los campesinos para quienes, después de 1917, los sóviets se habían convertido en el símbolo de la emancipación. Es comprensible que los campesinos chinos se hicieran pocas ilusiones con la consigna de los sóviets. En esto son perdonables. Pero ¿es perdonable en los seguidores de la dirección que se limiten a una generalización cobarde y ambigua de las ilusiones del campesinado chino, sin explicar al proletariado el significado real de los acontecimientos?

“No hay nada sorprendente en ello”, dijo Stalin, si los campesinos chinos, sin la participación de los centros industriales y sin la dirección del partido comunista, han creado un gobierno soviético. Pero nosotros decimos que la aparición de un gobierno soviético en estas circunstancias es absolutamente imposible. No sólo los bolcheviques, sino incluso el gobierno de Tseretelli o el semigobierno de los sóviets sólo podrían surgir sobre la base de las ciudades. Pensar que el campesinado es capaz de crear su propio gobierno soviético *independiente* es creer en milagros. El mismo milagro sería crear un ejército rojo campesino. Los partisanos campesinos desempeñaron un gran papel revolucionario en la revolución rusa, pero bajo la existencia de centros de dictadura proletaria y de un ejército rojo centralizado. Con la debilidad del movimiento obrero en la actualidad, y con la debilidad aún mayor del partido comunista, es difícil hablar de una dictadura del proletariado como la tarea *del día* en China. Por eso Stalin, nadando tras el levantamiento campesino, se ve obligado, a pesar de sus declaraciones anteriores, a vincular los sóviets campesinos, el ejército rojo campesino, con la dictadura democrático-burguesa. La dirección de la dictadura, que es una tarea demasiado pesada para el partido comunista, es entregada a algún otro partido político, a algún revolucionario. Puesto que Stalin impidió a los obreros y campesinos chinos dirigir la lucha por la dictadura del proletariado, ahora alguien debe ayudar a Stalin asumiendo el gobierno soviético como órgano de la dictadura democrático-burguesa. Como motivación para esta nueva perspectiva, se nos presentan cinco argumentos y en cinco frases. Aquí están: 1: “Sería ridículo pensar”; 2: “Se dice”; 3: “Si es verdad”; 4: “No hay nada sorprendente en ello”; 4: “No es dudoso”. ¡Esta es la argumentación administrativa en todo su esplendor y poder! Se lo advertimos: es el proletariado chino el que tendrá que pagar de nuevo por esta vergonzosa mezcolanza.

18.- El carácter de los “errores” de Stalin

Hay errores y errores. En las diversas esferas del pensamiento humano puede haber errores muy importantes derivados de un examen insuficientemente cuidadoso del objeto, de datos fácticos insuficientes, de una complejidad demasiado grande de los factores a considerar, etcétera. Entre ellos, podemos considerar los errores de los meteorólogos en la predicción del tiempo, que son típicos de toda una serie de errores en el campo de la política. Sin embargo, los errores de un meteorólogo culto y de mente despierta son a menudo más útiles para la ciencia que las conjeturas de un empirista, incluso si resultan confirmadas por los hechos. Pero, ¿qué se puede decir de un geógrafo erudito o del jefe de una expedición polar que parte de la idea de que la Tierra descansa

sobre tres ballenas? Los errores de Stalin pertenecen casi todos a esta categoría. Sin elevarse nunca al marxismo como método, utilizando una fórmula “marxista” tras otra de forma ritual, Stalin en sus acciones prácticas toma como punto de partida los más negros prejuicios empíricos. Pero tal es la dialéctica del proceso. Estos prejuicios se convirtieron en la principal fuerza de Stalin en el período de decadencia revolucionaria. Fueron los que le permitieron desempeñar el papel que subjetivamente no quería desempeñar. La pesada burocracia, separada de la clase revolucionaria que tomó el poder, aprovechó el empirismo de Stalin por su carácter mercenario, por su cinismo total en cuestiones de principios, para convertirlo en su líder y crear la leyenda de Stalin que es la leyenda dorada de la propia burocracia. Esta es la explicación de cómo y por qué la persona fuerte pero absolutamente mediocre que ocupó papeles de tercera y cuarta categoría en el auge de la revolución resultó llamada a desempeñar el papel dirigente en los años de su reflujo, en los años de la estabilización de la burguesía mundial, de la regeneración de la socialdemocracia, del debilitamiento de la Internacional Comunista y de la degeneración conservadora de los círculos más amplios de la burocracia soviética.

Los franceses dicen de un hombre: sus defectos son sus cualidades. De Stalin se puede decir: sus defectos se revelan a su favor. Toda la lucha de clases se mezcló en su limitación teórica, su adaptabilidad política, su ceguera política, en una palabra, sus defectos de revolucionario proletario, para hacer de él un hombre de estado en el período de la emancipación de octubre, del marxismo, del bolchevismo.

La revolución china fue un examen del nuevo papel de Stalin, por el método opuesto. Habiendo tomado el poder en la URSS con la ayuda de las capas que habían roto con la revolución internacional y con la ayuda indirecta pero muy real de las clases hostiles, Stalin se convirtió automáticamente en el líder de la Internacional Comunista y, por tanto, en el único líder de la revolución china. El héroe pasivo de la maquinaria entre bastidores tuvo que mostrar su método y su calidad en los acontecimientos de un gran aluvión revolucionario. Aquí reside la trágica paradoja del papel de Stalin en China.

Habiendo subordinado a los obreros chinos a la burguesía, frenado el movimiento agrario, apoyado a los generales reaccionarios, desarmado a los obreros, impedido la aparición de sóviets y liquidado a los que surgieron, Stalin desempeñó hasta el final el papel histórico que Tseretelli sólo había intentado desempeñar en Rusia. La diferencia es que Tseretelli actuó en campo abierto, con los bolcheviques en su contra, y que tuvo que cargar inmediatamente y en el acto con la responsabilidad del intento de entregar a la burguesía una clase obrera maniatada y engañada. Stalin, sin embargo, actuó principalmente entre bastidores en China, defendido por un poderoso aparato y envuelto en la bandera del bolchevismo. Tseretelli se apoyó en la represión de los bolcheviques por parte de la burguesía. Sin embargo, el propio Stalin aplicó la represión a los bolchevique-leninistas (Oposición). La represión de la burguesía fue sacudida por la marea creciente. La represión de Stalin lo ha sido por el reflujo de la ola. Por eso fue posible que Stalin llevara a cabo el experimento de una política puramente menchevique hasta el final en la revolución china, en realidad, la catástrofe más trágica.

Pero, ¿qué decir del actual paroxismo izquierdista de la política estalinista? Ver en este episodio (y el zigzag hacia la izquierda con toda su importancia pasará sin embargo a la historia como un episodio) una contradicción con lo que se ha dicho, sólo pueden hacerlo personas miopes que no entienden nada de la dialéctica de la conciencia humana en conjunción con la dialéctica del proceso histórico. El declive de la revolución, al igual que su ascenso, no se produce en línea recta. El líder empírico de la decadencia de la

revolución (“Crees que te mueves, en realidad te están haciendo moverte”, Goethe) no podía dejar de asustarse en algún momento ante ese abismo de traición social al borde del cual fue presionado en 1925-27 por sus propias cualidades, utilizado por fuerzas semihostiles y hostiles al proletariado. Y como la degeneración del aparato no es un proceso uniforme, como las tendencias revolucionarias en las masas son fuertes, entonces, para el giro a la izquierda alejándose del borde del abismo termidoriano, había suficientes puntos de apoyo y reservas a mano. El giro adquirió el carácter de saltos de pánico, precisamente porque este empirismo no había previsto nada antes de llegar al borde del precipicio. La ideología del salto a la izquierda había sido preparada por la Oposición de Izquierda; sólo quedaba utilizar su trabajo, poco a poco, como corresponde a un empirista. Pero el paroxismo agudo del izquierdismo no cambia el proceso básico de la evolución de la burocracia, ni la naturaleza del propio Stalin.

La falta de preparación teórica de Stalin, de un horizonte amplio, de imaginación creadora (estos rasgos sin los cuales no puede haber trabajo independiente a gran escala) explican plenamente por qué Lenin, que estimaba a Stalin como un ayudante práctico, recomendó sin embargo al partido que lo destituyera del puesto de secretario general cuando quedó claro que este puesto podía tener una importancia independiente. Lenin nunca vio a Stalin como un líder político.

Dejado a su aire, Stalin adoptó invariablemente posiciones oportunistas en todas las cuestiones importantes. Si Stalin no tuvo grandes conflictos teóricos o políticos con Lenin, como hicieron Bujarin, Kámenev, Zinóviev e incluso Ríkov, fue porque Stalin nunca se aferró a ideas de principio y, en todos los casos de desacuerdo grave, simplemente se mantuvo al margen y esperó. Y, sin embargo, Lenin tuvo a menudo conflictos prácticos, organizativos y morales con Stalin, a veces muy agudos, precisamente por esos defectos de Stalin que Lenin, tan cautelosamente en la forma, pero despiadadamente en el fondo, caracterizó en su “testamento”.

A todo lo dicho hay que añadir el hecho de que Lenin trabajó mano a mano con un grupo de colaboradores, cada uno de los cuales aportó conocimientos, iniciativa personal y un talento distinto a las tareas. Stalin está rodeado, sobre todo después de la liquidación de la derecha, de mediocridades consumadas, desprovistas de todo horizonte internacional e incapaces de producir una opinión independiente sobre una sola cuestión del movimiento obrero mundial.

Mientras tanto, la importancia del aparato ha crecido considerablemente desde la “época de Lenin”. La dirección de la revolución china por Stalin fue precisamente el resultado de una combinación de estas situaciones teóricas, políticas y nacionales, con el gran poder del aparato. Stalin se mostró incapaz de aprender. Sus cinco frases sobre China en el XVI Congreso están profundamente impregnadas del mismo oportunismo orgánico que rigió la política de Stalin en las primeras fases de la lucha del pueblo chino. El sepulturero de la segunda revolución china se prepara, ante nuestros propios ojos, para estrangular la tercera revolución china desde su mismo comienzo.

Prinkipo, 26 de agosto de 1930

Apéndices

Gregory Zinóviev: Tesis sobre la revolución china

A LA SECRETARÍA POLÍTICA del Comité Central del PCUS. En vista de la excepcional importancia y complejidad de la cuestión de la revolución china, he formulado mis opiniones al respecto por escrito. Consideré que esto era aún más necesario porque los camaradas Stalin y Bujarin, en la reunión de los funcionarios de Moscú dedicada a la cuestión china, me atribuyeron opiniones que, en realidad, no comparto. Solicito que mis tesis se distribuyan a los miembros del plenario, ya que tengo la intención de pedir que rechacen la decisión presentada por el CC sobre la situación creada en China tras la toma de Shangháí y los demás acontecimientos recientes.

Moscú, 15 de abril de 1927

G. Zinóviev

* * *

Los acontecimientos que tienen lugar en China en la actualidad tienen tanta importancia como los que ocurrieron en octubre de 1923 en Alemania. Y si en aquel momento toda la atención de nuestro partido se centró en Alemania, ahora debe hacerse lo mismo con China, sobre todo porque la situación internacional se ha vuelto más complicada y más preocupante para nosotros.

Como resultado de los acontecimientos de 1923 en Alemania, el comité central de nuestro partido convocó una conferencia especial de representantes de las organizaciones locales del partido (junto con el plenario), adoptó tesis especiales, movilizó a todo el partido, convocó una conferencia internacional especial a través de sus representantes en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, etc.

Ahora también hay que hacer lo mismo.

1.- Los principios del leninismo y los movimientos de liberación nacional

La revolución en China tiene una importancia histórica mundial. Para comprender y estimar correctamente los acontecimientos chinos, hay que tener muy claro el punto de vista del leninismo sobre el carácter del movimiento de liberación nacional en los países coloniales y semicoloniales en general.

Lenin escribió: “La revolución social solo puede llevarse a cabo en una época que abarca la guerra civil del proletariado contra la burguesía en los países avanzados y toda una serie de movimientos democráticos y revolucionarios, así como de liberación nacional en las naciones subdesarrolladas, atrasadas y oprimidas.

¿Por qué? Porque el capitalismo se desarrolla de manera desigual y la realidad objetiva nos muestra, junto a países capitalistas altamente desarrollados, toda una serie

de naciones muy débilmente desarrolladas o sin ningún desarrollo económico”. (Volumen XIII, páginas 369-370).

Los movimientos de liberación nacional de las naciones oprimidas son, por lo tanto, según Lenin, una *parte componente* de la revolución socialista mundial, aunque el propio Lenin los define como movimientos democráticos y revolucionarios, es decir, en lo que respecta a sus objetivos inmediatos, movimientos burgueses. Los movimientos de liberación nacional de los pueblos oprimidos son un elemento de la revolución socialista internacional. Sin embargo, esto no significa que *todo* movimiento nacional, en *todo* momento y en *cualquier* situación, sea un factor revolucionario. Solo significa que, en *última instancia*, el movimiento de liberación nacional *en su conjunto* es un factor de este tipo.

Un movimiento de liberación nacional puede pasar por varias etapas. Cuando el pueblo finlandés (incluida la burguesía) llevó a cabo su lucha contra el zarismo (es decir, contra el imperialismo ruso de la época), fue una lucha de liberación nacional. En un momento dado, la burguesía finlandesa, liderada por Svinhufvud (él mismo fue exiliado por el zarismo), luchó contra el gobierno imperialista de Kerensky. Objetivamente, esto socavó el poder de la burguesía rusa y sirvió para preparar la victoria del proletariado ruso en octubre de 1917. Al día siguiente de la revolución de octubre, los Svinhufvud, a quienes los sóviets acababan de conceder la independencia, no dejaron de hacer por “sus” trabajadores, que estaban preparando una revolución de octubre, más que entregarlos al carnicero Mannerheim, que ahogó en sangre la revolución proletaria en Finlandia. La burguesía finlandesa sigue librando hoy, en cierta medida, una lucha por su independencia nacional. No se puede decir que Finlandia sea un estado imperialista, solo puede ser una “herramienta” del imperialismo. A pesar de esto, no se puede hablar en este momento de la importancia revolucionaria del movimiento nacional finlandés. El movimiento de liberación nacional en Finlandia se ha convertido en reacción burguesa, porque el proletariado, a fin de cuentas, no tenía suficiente poder para elevar el movimiento a un plano superior, es decir, para conducir a un estado proletario victorioso en Finlandia.

Otro ejemplo: el movimiento de liberación nacional en Polonia. Los mejores espíritus de Rusia (Herzen, Chernichevsky) simpatizaban con la rebelión polaca. Marx y Engels, en el período de la Primera Internacional, consideraron correctamente que el movimiento de liberación nacional en Polonia era digno del apoyo del proletariado internacional. El odio al zarismo, nacido en Polonia a causa de la opresión del pueblo polaco por parte de los grandes terratenientes rusos, tenía un significado revolucionario. Sin embargo, la burguesía polaca, desde el inicio de la guerra imperialista, convirtió el movimiento nacional, con Pilsudski a la cabeza, en un juguete del imperialismo alemán y, más tarde, en un instrumento del imperialismo francés e inglés.

Turquía nos ofrece un ejemplo aún más interesante. El movimiento nacional en Turquía, liderado por Kemal Pachá, tuvo durante mucho tiempo un carácter indudablemente revolucionario, y merecía ser llamado movimiento revolucionario nacional. Estaba dirigido contra el antiguo régimen feudal del país, contra el sultanato, así como contra el imperialismo, principalmente contra el imperialismo británico. Este movimiento arrastró consigo a una enorme masa de campesinos y, hasta cierto punto, a la clase trabajadora turca. El partido kemalista *de la época* se parecía *hasta cierto punto* al Kuomintang de hoy. (Pero no hay que olvidar ni por un momento que la clase trabajadora en Turquía era, por supuesto, mucho más débil que en China). El partido kemalista tenía su “consejo de comisarios del pueblo”, hacía hincapié en su solidaridad con la Rusia

soviética, etc., etc. En un telegrama de Kemal a Chicherin, fechado el 29 de noviembre de 1920, dice literalmente: “Estoy profundamente convencido de que el día en que los trabajadores de occidente, por un lado, y los pueblos oprimidos de Asia y África, por otro, comprendan que el capital internacional los utiliza para su destrucción y esclavitud mutuas, únicamente en beneficio de sus amos, el día en que la conciencia de los crímenes de la política colonial impregne los corazones de las masas trabajadoras del mundo, *¡entonces el poder de la burguesía habrá llegado a su fin!*”. Esto no impidió que el mismo Kemal degollara a los líderes comunistas algún tiempo después, que llevara al movimiento obrero a la ilegalidad, que redujera al mínimo la reforma agraria y que, en su política interna, siguiera un camino hacia la burguesía y los campesinos ricos. Esto sucedió porque el proletariado turco era demasiado débil para crear un poder de clase independiente y para ayudar al campesinado, bajo la hegemonía del proletariado, a crear un centro directivo de la revolución turca que no dependiera de la burguesía liberal, de los oficiales burgueses, etc., etc. Ahora bien, el kemalismo no es un movimiento revolucionario nacional, no es un sector de la revolución socialista mundial. La unificación nacional de Turquía continuó, pero “a la manera kemalista”, es decir, a la manera burguesa, al igual que la unificación nacional de Alemania se logró en su día “a la manera bismarckiana”. El movimiento nacional en Turquía no se convirtió directamente en un movimiento revolucionario vinculado al movimiento proletario internacional.

En Persia, las consignas del movimiento de liberación nacional también fueron al principio apoyadas de boquilla por las clases poseedoras, pero luego se transformaron en su contrario, en la monarquía militar y fascista de Riza Sah, que en gran medida es realmente un instrumento de Inglaterra. Bajo el manto del lema de la “unificación nacional” y del “progreso” (“centralización”, “modernización”) se mantiene en realidad un régimen de servidumbre en el pueblo y se reprime la más mínima expresión de descontento político por parte de los trabajadores.

Se podrían extraer numerosos ejemplos de este tipo de la historia de los movimientos nacionales en la India, Egipto, etc., especialmente en el período de la guerra imperialista y en los años inmediatamente posteriores.

La historia de la revolución ha demostrado que toda revolución democrático-burguesa que no se transforma en una revolución socialista, sigue inevitablemente el camino de la reacción burguesa. O avanza o retrocede, pero no permanece quieta. O una línea ascendente o una línea descendente. Esta ley corre como un hilo rojo a través de todas las grandes revoluciones, comenzando con la gran revolución francesa, pasando por las revoluciones de 1848 y la revolución rusa de 1905, hasta la revolución alemana de 1918.

Cuando Lenin planteó la consigna “dictadura del proletariado y el campesinado” para la primera revolución rusa de 1905, y defendió la opinión de que la victoria radical de la revolución burguesa solo podría lograrse mediante una dictadura revolucionaria del proletariado y el campesinado, escribió al mismo tiempo que “esta dictadura será inevitablemente un fenómeno temporal (es decir, o bien es una transición a una dictadura burguesa y a la derrota del proletariado, o bien a la dictadura socialista)” . (*Colección Lenin*, volumen V, página 123).

La misma ley se aplica esencialmente a los movimientos de liberación nacional. En la medida en que un movimiento de liberación nacional y de unificación nacional proceda bajo la burguesía, en esa medida los movimientos de liberación nacional, incluso

si ganan un amplio alcance, seguirán en algún momento el camino de la reacción burguesa. Los movimientos de liberación nacional de la última década en su conjunto han contribuido no poco a sacudir los cimientos del imperialismo. A pesar de esto, el curso concreto y la conclusión de estos movimientos nacionales de los últimos años deben llevar a la vanguardia del proletariado internacional a darse cuenta con toda seriedad del hecho de que los movimientos nacionales no siempre tienen el mismo carácter y que, mientras permanezcan bajo el liderazgo de la burguesía, desempeñarán absolutamente un papel antiproletario en ciertos períodos, que se convertirán en instrumentos del imperialismo.

2.- La democracia burguesa y el movimiento revolucionario nacional

Todo movimiento revolucionario nacional es un movimiento burgués, pero no todo movimiento democrático burgués es un movimiento revolucionario nacional, al igual que toda revolución campesina es una revolución burguesa, pero no toda revolución burguesa es una revolución campesina. Lenin distinguió entre los movimientos “democráticos burgueses” en los países atrasados y los “movimientos de liberación nacional” en esos países. En su informe al II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin dijo en el debate sobre la cuestión nacional y colonial:

“En tercer lugar, me gustaría hacer especial hincapié en la cuestión de los movimientos democrático-burgueses en los países atrasados. Ese es el punto que ha suscitado algunas diferencias de opinión. Debatimos si era correcto, en teoría y en principio, declarar que el Komintern y los partidos comunistas debían apoyar el movimiento democrático burgués en los países atrasados. El resultado de la discusión fue que llegamos a la decisión unánime de hablar solo de movimientos nacionalistas revolucionarios en lugar de movimientos “democráticos burgueses”. No hay duda de que todo movimiento nacional en los países atrasados solo puede ser un movimiento democrático burgués, ya que la gran masa de la población allí está formada por campesinos que representan a la clase media capitalista. Sería utópico pensar que los partidos proletarios, en la medida en que sea posible que surjan en esos países, podrían llevar a cabo tácticas y políticas comunistas en países atrasados sin tener una actitud definida hacia los movimientos campesinos, sin apoyarlos realmente. Pero las objeciones planteadas fueron que si decimos democrático burgués, se pierde la distinción entre los movimientos revolucionarios y reformistas, que se han hecho bastante evidentes en los últimos tiempos en los países atrasados y las colonias, ya que la burguesía imperialista ha hecho todo lo posible para crear un movimiento reformista también entre los pueblos oprimidos. *Se ha llegado a cierto entendimiento entre la burguesía de los países explotadores y la de los países coloniales, de modo que muy a menudo, quizás incluso en la mayoría de los casos, la burguesía de los países oprimidos, a pesar de su apoyo incluso a los movimientos nacionales, lucha sin embargo contra todos los movimientos revolucionarios y las clases revolucionarias de acuerdo con la burguesía imperialista, es decir, junto con ella.* Esto quedó completamente demostrado en la comisión y creímos que lo único correcto sería tener en cuenta esta distinción y sustituir casi en todas partes las palabras “nacionalista-revolucionario” por “burgués-democrático”. *El sentido de esto es que, como comunistas, apoyaremos los movimientos de liberación burgueses en los países coloniales solo si estos movimientos son realmente revolucionarios, es decir, si sus representantes no nos impiden educar y organizar a los campesinos y a las grandes masas de los explotados en un sentido revolucionario. Si esto no se puede hacer, los comunistas están obligados a luchar allí también contra la burguesía reformista, a la que pertenecen los héroes de la Segunda Internacional.* Ya existen partidos reformistas en los países

coloniales y, a veces, sus representantes se hacen llamar socialdemócratas o socialistas”. (*Actas del II Congreso Mundial*, páginas 139-140).

Ya tenemos en estas tesis de Lenin la clave de todos los problemas tácticos de la revolución china. Aprovechando incluso un movimiento oportunista de la burguesía y la pequeña burguesía en interés del proletariado, como comunistas, no apoyamos todos y cada uno de los movimientos nacionales, sino solo aquellos cuyos representantes no nos impiden educar y organizar al campesinado y a las amplias masas de los explotados. La burguesía de los países oprimidos ha aprendido muy bien a “apoyar” el movimiento nacional con una mano y a luchar en alianza con la burguesía imperialista contra todos los movimientos revolucionarios de las clases revolucionarias con la otra.

Si aplicamos esto a la China actual, debemos decir: el Kuomintang de derechas, que ha sido y sigue siendo el Kuomintang dirigente, también “apoya” el movimiento nacional con una mano, mientras que con la otra se alía con los imperialistas (estadounidenses, japoneses e ingleses) contra las clases revolucionarias (el proletariado y el campesinado).

Estas directrices fundamentales de Lenin, que fueron aprobadas en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, deben tenerse en cuenta cuando procedamos a la solución de los problemas de la revolución china.

3.- Las perspectivas generales de la revolución china

El desarrollo del capitalismo en China ha progresado enormemente en las dos últimas décadas. Sería erróneo creer que la burguesía capitalista china nativa posee solo una parte muy pequeña de la industria china. El sesenta por ciento del capital de la industria del carbón, el veinte por ciento de la industria del hierro, el sesenta y siete por ciento de la industria textil, el setenta por ciento de la industria de los fósforos, el veinticinco por ciento de la industria azucarera y el cincuenta y ocho por ciento de los ferrocarriles y el veintiséis por ciento de los transportes fluviales y marítimos pertenecen a capitalistas chinos. Veintisiete bancos chinos tienen un capital de 250 000 000 de dólares chinos. Además, el capital comercial de la burguesía china nativa también asciende a una gran suma. En comparación, recordemos el hecho de que a finales del siglo XIX la industria rusa también vivía principalmente del capital extranjero, que solo el veintiuno por ciento de su capital total era ruso (cifras de M. N. Pokrovsky). La suma total del capital extranjero invertido en la industria, el comercio y los bancos rusos hasta 1917 se estimó en aproximadamente dos mil quinientos millones de rublos. La inversión de capital extranjero en China es apreciablemente mayor.

“La conquista de China por el capitalismo dará un impulso al derrocamiento del capitalismo en Europa y América”, escribió Engels en 1895.

“El próximo levantamiento de los pueblos de Europa dependerá con toda probabilidad más de lo que ocurra en el Reino Celestial [es decir, en China] que de cualquier otra causa”, escribió Marx incluso antes.

“Se puede profetizar con seguridad que la revolución china arrojará una chispa al barril de pólvora del actual sistema industrial, que provocará una explosión de la crisis general que se está preparando y que, una vez que se haya extendido a los países extranjeros, seguirá los pasos de la revolución política en el continente” .

Marx opinaba en general (véase *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*) que “los levantamientos violentos se producen antes en las extremidades del organismo burgués que en su corazón, donde la regulación de sus funciones es más fácil que en otros

lugares”. En este sentido, atribuyó una enorme importancia histórica mundial a la revolución en China, así como a la revolución en Rusia.

La dictadura proletaria ha triunfado ahora en Rusia, mientras que en China la dictadura democrática revolucionaria bajo el liderazgo del proletariado puede triunfar y comenzar a crecer hasta convertirse en una dictadura socialista, siempre que el proletariado chino y la vanguardia de la clase trabajadora internacional sigan una táctica correcta. Entonces, la revolución socialista en el continente y en Europa dará un gran paso adelante.

En la China actual tenemos casi cinco millones de trabajadores asalariados, incluidos tres millones de trabajadores industriales empleados en las minas, en los ferrocarriles, en las fábricas textiles y de seda, en las grandes fábricas de hierro, etc.

A estos trabajadores se unen un gran número de artesanos y pequeños empleados que pueden y quieren unirse a la clase trabajadora en las condiciones actuales.

El sesenta y tres por ciento del campesinado está formado por campesinos pobres que no poseen más de dos hectáreas de tierra y son explotados y esclavizados por los grandes terratenientes y los kulaks. Este sesenta y tres por ciento de campesinos pobres posee solo una cuarta parte de toda la tierra cultivada. El cinco por ciento de los ricos kulaks y grandes terratenientes posee el treinta por ciento de la tierra cultivada total; el diez por ciento posee el veinte por ciento de la propiedad de la tierra; los campesinos medios, el veinte por ciento del total, tienen en sus manos el veintiséis por ciento de la tierra cultivada.

Los campesinos pobres y medios están agobiados por los impuestos, los altos pagos de alquiler, el despotismo de las autoridades, etc. Cientos de millones de campesinos pueden convertirse en aliados del proletariado.

Si a esto le añadimos que la burguesía nacional de China es todavía relativamente débil, que los compradores son odiados por el pueblo; que los usureros, la nobleza y los kulaks de la aldea han provocado repetidamente estallidos de levantamientos campesinos (debido a sus medidas represivas); que numerosos pequeños burgueses técnicos, decenas de millones de la población pobre de la ciudad y pequeños comerciantes por un lado, y una parte importante de los intelectuales, estudiantes, por otro, están en su abrumadora mayoría insatisfechos con la situación actual; si recordamos además la gran fuerza que tiene el proletariado chino en puntos tan decisivos como Shanghái, Hong Kong, Tientsin, Hankeu, etc., queda claro que la hegemonía del proletariado en la revolución china democrática burguesa en desarrollo es bastante posible.

La revolución china será victoriosa bajo el liderazgo de la clase trabajadora o no será. De lo contrario, la burguesía tomará todo el asunto en sus manos, de una forma u otra llegará a un acuerdo con el imperialismo extranjero (con un grupo de países u otro, o con un solo país) y luego llevará a China por un cierto período de tiempo por el camino burgués, aniquilando a la vanguardia de la clase trabajadora de manera más cruel que Kemal Pachá.

La perspectiva de un desarrollo no capitalista (es decir, socialista) de China no está excluida y tiene mucho a su favor, dada una política correcta. El imperialismo no ha desarrollado las fuerzas productivas de China en los últimos años, y no está dispuesto a hacerlo en los próximos años, porque (1) su propio aparato productivo en el país no se está utilizando por completo; (2) porque el imperialismo teme el crecimiento del proletariado nativo y (3) porque la situación general en China no es lo suficientemente “segura” para el imperialismo.

El desarrollo de las fuerzas productivas en China puede seguir el camino no capitalista en la época de revolución mundial en la que vivimos. Dado que la URSS existe, cubriendo una sexta parte de la superficie de la Tierra, y ya tiene una enorme influencia en la revolución china; dado que la revolución proletaria en la URSS ya existe desde hace diez años; desde que existe la C. I., que une en sus filas a la vanguardia del proletariado mundial; desde que los movimientos de liberación nacional están creciendo en todo el mundo; desde que graves contradicciones aún dividen al campo de los imperialistas y desde que existe en China una clase trabajadora vigorosa, joven y rápidamente revolucionada, que comprende a millones de personas, el camino no capitalista de desarrollo de China es posible.

“La cuestión era”, dijo Lenin en el Segundo Congreso, “¿podemos reconocer como correcto que el desarrollo capitalista de la economía es necesario para los pueblos atrasados que ahora se están liberando, entre los cuales han surgido movimientos progresistas después de la guerra? Llegamos a la conclusión de que debemos responder negativamente. Si el proletariado revolucionario victorioso organiza una propaganda sistemática y los gobiernos soviéticos acuden en su ayuda con todos los medios, es erróneo suponer que la etapa capitalista de desarrollo es necesaria para esos pueblos” (*Actas del Segundo Congreso*, página 142).

El camino de desarrollo no capitalista (socialista) para China es posible si:

(a) la clase trabajadora se convierte realmente en una clase que lucha por sí misma, una fuerza de clase independiente, si construye un partido comunista fuerte capaz de atraer a las masas campesinas, si no permite que la gran burguesía y la pequeña burguesía absorban a la clase trabajadora en un bloque pequeñoburgués “que abarque a toda la nación”, en resumen, si entiende cómo convertirse en realidad en el líder y director de todo el movimiento revolucionario en China, si toma el liderazgo en la unificación de China en sus propias manos;

(b) la URSS apoya a la clase trabajadora china con todas sus fuerzas;

(c) las revoluciones proletarias en los países capitalistas avanzados (Inglaterra, Francia, Japón, Estados Unidos) maduran y si los trabajadores de estos países entienden cómo evitar que su burguesía estrangule la revolución china con fuerza militar;

(4) la revolución china encuentra un eco favorable en los demás países oprimidos como India, Indochina,

La lucha exitosa por el camino no capitalista (socialista) de desarrollo para China solo es posible si, en primer lugar, dejamos de lado enérgica e irrevocablemente la fórmula menchevique básica: la clase trabajadora debe subordinar su política en la revolución a la consideración de que la burguesía liberal no debe retroceder ante la revolución, ya que eso debilitaría el ímpetu de la revolución.

“Del hecho de que el contenido de nuestra revolución es burgués”, escribió Lenin en 1907, “se deduce superficialmente entre nosotros que la burguesía es la fuerza motriz de la revolución, que el proletariado solo tiene tareas secundarias que cumplir en esta revolución, que un liderazgo proletario de la revolución es imposible”.

No hay duda de que, en su etapa actual, la revolución china sigue siendo una revolución democrático-burguesa en un país semicolonial. Completar esta revolución democrático-burguesa, darle el mayor alcance posible, ayudarla a llevar a cabo hasta el final la lucha contra los imperialistas y completar una verdadera unificación de China, llevarla a la etapa en la que la revolución nacional democrático-burguesa comienza a convertirse en una revolución socialista: todo esto solo es posible cuando la clase

trabajadora logra arrancarle el liderazgo del movimiento completamente de las manos de la burguesía, bajo el lema de la revolución agraria y, en general, para atraer a la pequeña burguesía.

En otras palabras, todo esto solo es posible con una diferenciación de clase radical en el campo del movimiento de liberación nacional en China, una diferenciación que ha comenzado y que de ahora en adelante avanzará cada día. Temer esta diferenciación, insistir en el frente unido con la burguesía nacional, esforzarse por “no asustar” a los líderes de esta burguesía, interpretar la táctica del frente unido en la revolución china como una alianza del proletariado con la burguesía, y el Kuomintang como un gobierno del “bloque de las cuatro clases” (Martinov, *Pravda*, 10 de abril de 1927) es extinguir el espíritu revolucionario de las masas, restringir el programa de la revolución, forzarlo a la cama de Procusto de las consignas burguesas-mencheviques; en otras palabras, abandonar la perspectiva de un desarrollo socialista no capitalista de China.

Cuando Lenin, en el Segundo Congreso de la Comintern, esbozó la perspectiva de un desarrollo no capitalista de los países atrasados, combinó inmediatamente la perspectiva con la consigna de *los sóviets para el este*, y junto con ella predicó la creación a toda costa de organizaciones comunistas independientes en estos países. Lenin dijo: “No solo debemos construir núcleos y partidos independientes en todos los países coloniales y atrasados, no solo debemos propagar inmediatamente la idea de los sóviets campesinos y tratar de adaptar la organización soviética a las condiciones precapitalistas, sino que la Internacional Comunista también debe explicar teóricamente que con la ayuda del proletariado de los países avanzados, los países atrasados pueden alcanzar la forma de organización soviética y, a través de una serie de etapas, evitando el sistema capitalista, también el comunismo”. (*Actas del Segundo Congreso*, página 142).

Más adelante:

“La idea de la organización soviética es simple y puede aplicarse no solo a las relaciones proletarias, sino también a las relaciones campesinas feudales y semif feudales. Nuestras experiencias en este campo aún no son extensas. Pero las discusiones en la comisión, donde estuvieron presentes muchos representantes de países coloniales, nos mostraron de manera muy decisiva que debemos incorporar en los principios de la Internacional Comunista que los sóviets campesinos, los sóviets de los explotados, no solo son un medio apropiado para los países capitalistas, sino que también son adecuados para las condiciones precapitalistas, y que es el deber absoluto de los partidos comunistas y de aquellos elementos dispuestos a crear partidos comunistas, propagar por todas partes la idea de los sóviets campesinos, de los sóviets de los trabajadores, también en los países atrasados y en las colonias, y hacer el intento práctico de formar sóviets del pueblo trabajador tan pronto como las condiciones lo permitan”. (*Ibid.*, página 141).

En las tesis sobre las cuestiones nacionales y coloniales adoptadas en el Segundo Congreso Mundial de la Comintern, después del informe de Lenin, dice literalmente:

“La necesidad de apoyar especialmente al movimiento campesino en los países atrasados contra los terratenientes, contra la gran propiedad territorial, contra toda clase de manifestaciones o resabios del feudalismo, y esforzarse por dar al movimiento campesino el carácter más revolucionario, realizando una alianza estrechísima entre el

proletariado comunista de la Europa occidental y el movimiento revolucionario de los campesinos de oriente, de los países coloniales y de los países atrasados en general”.¹⁸

Si tenemos en cuenta esta importantísima directriz de Lenin y del II Congreso de la Internacional Comunista, y si tomamos en consideración el tremendo movimiento que ha surgido ahora entre las masas trabajadoras chinas y que ha llevado a la toma de Shanghái y a la unificación de un territorio con veinte millones de personas bajo el poder del gobierno nacional, *se hace inmediatamente necesario levantar la consigna de los sóviets para China.*

La revolución china ha llegado al punto en que la consigna de los sóviets se convierte en la consigna esencial.

Quien hable de un desarrollo no capitalista de China y ahora (después de la toma de Shanghái) rechace la consigna de los sóviets, no se toma en serio sus propias palabras sobre el desarrollo no capitalista de China.

4.- Sobre la independencia de clase del movimiento proletario en los países atrasados

La idea de la independencia de clase del movimiento proletario y, sobre todo, la idea de la creación de partidos proletarios independientes en los países atrasados, las colonias y las semicolonias, es una de las enseñanzas básicas de Lenin sobre la revolución mundial. Está estrechamente relacionada con la idea de la posibilidad de que estos países eviten la etapa de desarrollo capitalista en condiciones favorables. La lucha de los países atrasados, colonias y semicolonias contra el imperialismo, que por supuesto tiene una enorme importancia para el equilibrio general de fuerzas del movimiento revolucionario mundial, crea durante un tiempo las condiciones para la acción común del proletariado con los sectores no proletarios de la población, para ciertos bloques y acuerdos contra el enemigo imperialista común. *Pero precisamente por eso, los comunistas deben subrayar con especial énfasis la necesidad de la completa independencia del movimiento proletario o de los elementos proletarios en el movimiento, por no hablar de la independencia del partido comunista.* En la tesis de Lenin aprobada por el II Congreso de la Internacional Comunista, que conserva toda su vigencia hasta nuestros días, se dice sobre la cuestión:

“La necesidad de luchar resueltamente contra los intentos hechos por los movimientos de liberación, que no son en realidad ni comunistas ni revolucionarios, de adoptar el color del comunismo; la Internacional Comunista debe apoyar los movimientos revolucionarios en los países coloniales y atrasados, sólo a condición que los elementos de los futuros partidos proletarios, comunistas no sólo por su nombre, se agrupen y se eduquen en todos los países atrasados en la conciencia de la misión especial que les incumbe: luchar contra los movimientos democrático-burgueses dentro de sus naciones; la Internacional Comunista debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse a ella y tiene que mantener incondicionalmente la independencia del movimiento proletario incluso en sus formas más embrionarias”.¹⁹

La base de la disputa entre los bolcheviques y los mencheviques, en última instancia, procedió durante mucho tiempo de la pregunta: ¿Debería crearse un partido proletario marxista completamente independiente en la atrasada Rusia zarista y podrían

¹⁸ *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones*, página 85 del formato pdf, en nuestra serie *Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales.*

¹⁹ *Ibidem*, página 85.

la clase trabajadora y su partido asumir el papel principal en la revolución? La política de los mencheviques rechazó esto en los hechos. Y precisamente este rechazo llevó a los mencheviques cada vez más al campo de los enemigos de la revolución proletaria.

El partido bolchevique, dijo Lenin, “no debe temer infligir golpes al enemigo mano a mano con la democracia burguesa revolucionaria bajo la disposición absoluta: no amalgamar las organizaciones; marchar por separado y golpear unidos; no ocultar el conflicto de intereses; vigilar tanto a sus aliados como a su enemigo”, etc., etc. (Volumen VI, página 130).

Es precisamente esta “disposición absoluta” la que no tenemos derecho a olvidar en China ahora, de lo contrario abandonamos el camino del bolchevismo.

Del Kuomintang como partido podemos decir ahora, con las modificaciones necesarias, lo que dijeron Marx y Engels sobre el partido democrático pequeñoburgués de Alemania y sobre la actitud de la clase trabajadora hacia él:

“El partido obrero puede perfectamente, en ciertas circunstancias, utilizar a otros partidos y fracciones de partido para sus fines, pero no debe nunca supeditarse a ninguna otra organización política”²⁰.

“Al lado de los nuevos gobiernos oficiales, los obreros deberán constituir inmediatamente gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de comités o consejos municipales, ya en forma de clubs obreros o de comités obreros, de tal manera que los gobiernos democrático-burgueses no sólo pierdan inmediatamente el apoyo de los obreros, sino que se vean desde el primer momento vigilados y amenazados por autoridades tras las cuales se halla la masa entera de los obreros. En una palabra, desde el primer momento de la victoria es preciso encauzar la desconfianza no ya contra el partido reaccionario derrotado, sino contra los antiguos aliados, contra el partido que quiera explotar la victoria común en su exclusivo beneficio. [...] Se procederá inmediatamente a armar a todo el proletariado con fusiles, carabinas, cañones y municiones; es preciso oponerse al resurgimiento de la vieja milicia burguesa dirigida contra los obreros. [...] Pero la máxima aportación a la victoria final la harán los propios obreros alemanes cobrando conciencia de sus intereses de clase, ocupando cuanto antes una posición independiente de partido e impidiendo que las frases hipócritas de los demócratas pequeñoburgueses les aparten un solo momento de la tarea de organizar con toda independencia el partido del proletariado”²¹.

Tales son los principios generales que los comunistas deben adoptar para resolver las cuestiones más importantes de la revolución china, especialmente las cuestiones de las relaciones del Partido Comunista de China y el Kuomintang.

5. La burguesía china y su papel actual en la revolución

El problema básico de la revolución china es la cuestión: ¿qué clase dirigirá al campesinado?

¿Puede la burguesía china arrastrar tras de sí al campesinado?

La burguesía china no es homogénea: es sobre todo una burguesía comercial más usurera. Gracias a toda una serie de razones, en primer lugar gracias al hecho de que el capital extranjero ha frenado en gran medida el desarrollo de esta burguesía, el capital

²⁰ Carlos Marx, *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, página 104 del formato pdf en nuestra serie *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*.

²¹ *Ibidem*, páginas 99-100.

acumulado en el comercio se ha concentrado en la propiedad de la tierra y, por lo tanto, ha preservado las raíces feudales de la explotación del campesinado chino.

En ciertos distritos, el setenta y cinco por ciento de la tierra cultivada pertenece a comerciantes. Los usureros cobran a los campesinos entre el ciento veinte y el trescientos sesenta por ciento de interés anual. El capital comercial ha subordinado por completo el trabajo doméstico y manual en el campo, sobre todo el trabajo textil doméstico, que desempeña un papel colosal en China. El terrateniente chino que aplica formas feudales de explotación al campesinado, aparece en la ciudad como un comerciante que está conectado con los otros sectores de la burguesía china. Pero la guerra civil ha comenzado en el campo. El campesinado se está organizando en ligas campesinas que ya abarcan a cinco millones de personas, está creando sus destacamentos de defensa armada y ya ha entrado en luchas armadas contra los grandes terratenientes y la nobleza, normalmente firmemente organizados, y sus brigadas armadas, los Min Tuan.

La guerra civil en el campo es, por tanto, ya un hecho y no hay duda de que el frente de esta guerra se extenderá rápidamente y que en esta guerra, importantes sectores de la burguesía comercial de la ciudad, *por no hablar de los grandes terratenientes en su forma pura, ya se encuentran al otro lado de las barricadas revolucionarias y se agrupan en torno al Kuomintang de derecha.*

En la ciudad, se está produciendo una lucha cada vez más intensa del proletariado contra la burguesía industrial nativa, que ha estallado en una oleada de huelgas inusualmente amplia. En los dos primeros meses y medio desde la ocupación de Wuhan por el ejército revolucionario nacional, 200.000 trabajadores se declararon en huelga allí, logrando solamente una jornada laboral de trece horas en lugar de diecisiete, y una jornada laboral de diez horas y media en lugar de once. En Cantón, el desarrollo de la lucha huelguística casi llegó a convocar una huelga general.

Bajo la presión de la clase trabajadora, que se está organizando cada vez más en sindicatos, la burguesía china se aleja de la revolución nacional, hace alianzas con los grandes terratenientes y acepta compromisos con el imperialismo extranjero en los que se esfuerza por unirse a él para la represión de la clase trabajadora y el movimiento campesino.

La gran burguesía china no puede resolver la cuestión agraria, no puede liderar al campesinado, porque ella misma está en gran medida vinculada a la propiedad de la tierra, está aliada políticamente con la clase de los grandes terratenientes, lo que significa que la burguesía china no puede liderar al campesinado, que no puede hacer avanzar la revolución. La burguesía china se está transformando, con el desarrollo del movimiento obrero y campesino, en un factor contrarrevolucionario.

La crisis en el gobierno y en el Comité Central del Kuomintang es solo el comienzo de la aparición política de la guerra civil en el campo y de la lucha de clases en la ciudad. El gobierno revolucionario nacional solo puede ser partidista en esta guerra civil, es decir, o bien el gobierno de la clase trabajadora, el campesinado y los pobres de la ciudad (y, en esa medida, un gobierno antiimperialista), o bien el gobierno de los grandes terratenientes y la burguesía, es decir, de acuerdos con el imperialismo extranjero.

6.- *¿Qué es el Kuomintang?*

¿Qué es el Kuomintang? Debemos tenerlo completamente claro, de lo contrario, es posible cometer enormes errores.

La reorganización del Kuomintang se remonta a 1922, cuando los comunistas ingresaron en él. Se expresó en la Convención de Reorganización del Kuomintang en

enero de 1924. Ya en aquel momento, el desarrollo hacia la izquierda del Kuomintang, expresado en el intento de basarse en las masas de trabajadores, campesinado y pobres de la ciudad, provocó un levantamiento de la burguesía de Cantón (levantamiento de los “Tigres de Papel”) contra esta línea del Kuomintang. Vencida la burguesía con la ayuda de los obreros y campesinos, se produjo una afluencia de estos elementos al partido. Estos elementos constituyen actualmente la mayoría del Kuomintang. La organización en Cantón contaba con 150.000 miembros en diciembre de 1926, incluidos 32.000 obreros, 30.000 estudiantes y 64.000 campesinos. Si restamos alrededor del 25 por ciento de la cifra de campesinos, bajo cuya bandera se han colado la nobleza y los grandes terratenientes, seguimos obteniendo una mayoría absoluta de elementos de la izquierda radical. Pero esta mayoría de izquierdas no lidera el partido. Está liderada por la minoría burguesa de derechas que se basa en el estado mayor del ejército revolucionario nacional, gracias al cual el Kuomintang de derechas sigue gobernando en todo el territorio ocupado por las tropas del sur. La burguesía y los grandes terratenientes no solo toman el aparato estatal en sus manos con la ayuda del personal del ejército, sino que logran dispersar los comités del Kuomintang que no siguen una línea puramente burguesa (golpe de fuerza de Li Ti Sin en Cantón). Así es como el Kuomintang se convierte en una organización amorfa bajo el liderazgo de la derecha. Las organizaciones casi nunca convocan reuniones y no se debaten cuestiones de acción política ni de construcción del estado. Al no haber reuniones, los miembros no tienen forma de influir en las políticas de las autoridades. Estas circunstancias han llevado a una situación en la que el Kuomintang es en gran medida un partido que se opone objetivamente a la derecha, que mantiene el liderazgo del partido en sus manos y tiene el poder supremo a nivel local. Los comunistas chinos se basan en gran medida en esta mayoría de izquierdas del partido. Junto con la mayoría de izquierdas, deben derrocar a los elementos de derechas y expulsarlos del partido y del gobierno. Esta purga está relacionada con el armamento de los obreros y campesinos, ya que el Kuomintang de derechas, que cuenta con el apoyo del personal del ejército revolucionario nacional, se opondrá sin duda con las armas a cualquier intento de la izquierda de tomar el poder en el estado o en el partido. Hasta la fecha, los piquetes de trabajadores están desarmados o las autoridades los están desarmando (Cantón). Las ligas campesinas están armadas principalmente con palos de bambú. Armarlos requiere tiempo. Por lo tanto, son necesarias maniobras desde arriba hasta que la revolución esté mejor armada. En la actualidad, asumen la forma de dar apoyo a Tan Shen Shi contra Chiang Kai-shek. Tales maniobras son inevitables. Pero ni siquiera Tan Shen Shi resolverá la cuestión del desarrollo izquierdista del gobierno, ya que es un general aún más reaccionario que Chiang Kai-shek, un gran terrateniente vinculado al imperialismo japonés, que se unió al Kuomintang en 1926.

La ideología oficial del Kuomintang es la doctrina de Sun Yat-sen. Lenin caracterizó el sunyatsenismo como un populismo peculiarmente chino. En realidad, el sunyatsenismo “en su forma pura” es un populismo peculiar adaptado a las condiciones chinas, más nacionalismo. Lenin llamó al partido de Sun Yat-sen un partido liberal. El sunyatsenismo es la doctrina china del socialrevolucionarismo tal como existía en Rusia, más nacionalismo, más cadetismo. A diferencia de los mencheviques, Lenin percibió en el populismo ruso no solo su naturaleza pequeñoburguesa y reaccionaria (era un “socialismo ruso” pequeñoburgués), sino también su esencia democrática burguesa progresista, en la medida en que era una expresión de la maduración de la revolución agraria en Rusia. Debemos ver no solo su contenido reaccionario “socialista” nacional

pequeñoburgués, sino también su esencia progresista y democrática. El sunyatsenismo expresa principalmente el esfuerzo por la unificación nacional de China, y de ahí también, hasta cierto punto, la tendencia hacia la revolución campesina. Este movimiento nacional se convierte en una medida aún mayor en un movimiento campesino. Pero en el sunyatsenismo (como en el movimiento populista ruso en su época) los intelectuales desempeñan un papel importante, y en el actual Kuomintang forman un ala fuerte e influyente que representa los intereses de la burguesía nacional.

En 1894, Sun Yat-sen fundó la “Liga para la Renovación de China” (Sing Hun Fu). El partido era casi exclusivamente burgués. En 1905, Sun Yat-sen organizó un nuevo partido, el Tung Men Fu, que ya buscaba apoyo, hasta cierto punto, entre los campesinos. En 1911, poco antes de la primera revolución china, Sun Yat-sen sentó las bases del actual partido revolucionario popular, el Kuomintang. Atrajo a la burguesía liberal, a los intelectuales, a amplios sectores de la pequeña burguesía urbana y a las trabajadoras a domicilio, y al mismo tiempo buscó conexiones con la clase obrera y el campesinado.

Honesto demócrata y amigo sincero de las masas oprimidas, Sun Yat-sen, sin embargo, otorgó a la clase obrera un papel muy insignificante en sus enseñanzas. Durante muchos años fue un entusiasta admirador de la democracia estadounidense, vio en el presidente Lincoln su ideal y declaró que el orden social establecido en las islas hawaianas por el imperialismo estadounidense era una especie de paraíso.

La cuestión campesina está igualmente poco elaborada en la enseñanza de Sun Yat-sen.

Solo en los dos últimos años de su vida, bajo la influencia de la revolución rusa y el crecimiento de la clase obrera en China, Sun Yat-sen comenzó a prestar más atención al movimiento obrero y a convencerse de que la clase obrera desempeñaría un gran papel en la revolución china.

Las tres consignas principales del sunyatsenismo son, como es sabido: 1.- Nacionalismo, 2.- Democracia, 3.- Socialismo de estado. En conjunto, representan un “socialismo” nebuloso y pequeñoburgués.

Es obvio que esta ideología pequeñoburguesa no puede ser en ningún caso la ideología del proletariado chino, cuya vanguardia ya se encuentra en los cimientos del marxismo-leninismo. La memoria de Sun Yat-sen como revolucionario sincero que prestó servicios inestimables al movimiento de liberación nacional de China, puede y debe ser honrada. Sun Yat-sen puede y debe ser considerado como un aliado de la revolución proletaria en una determinada etapa del movimiento en China. Pero debe verse claramente que el sunyatsenismo no puede ser la ideología del proletariado chino, solo el marxismo-leninismo puede y debe serlo. ¿Marxismo o sunyatsenismo? Esa es la cuestión.

¿Qué es el Kuomintang como organización política? ¿Qué es el gobierno nacional? ¿Qué son los ejércitos nacionales?

A menudo se dice que los ejércitos nacionales actuales son ejércitos rojos. Pero no es así. No deben compararse ni con la Guardia Roja de nuestra revolución ni con el Ejército Rojo, porque no son ni destacamentos puramente proletarios, como lo fueron nuestras Guardias Rojas, ni un ejército campesino, dirigido por los obreros y el partido proletario, como es el caso de nuestro Ejército Rojo. Los ejércitos nacionales son extremadamente heterogéneos. Su núcleo de Cantón se ha visto incrementado por varios destacamentos mal organizados que se unieron a él. De los 40 cuerpos actuales, 35 están compuestos por aquellos que se pasaron al bando del sur durante la lucha. Estos ejércitos están formados por mercenarios con solo un pequeño porcentaje de voluntarios. Pero la

situación general los transforma en un excelente ejército campesino, revolucionario y ansioso por la lucha. El papel del personal de mando es inusualmente importante. Pero es muy poco fiable. Los comandantes de los ejércitos nacionales son en su mayoría elementos ajenos no solo a los obreros, sino también al movimiento campesino, pertenecientes a la burguesía y a los grandes terratenientes. Una gran cantidad de comandantes del ejército nacional estuvieron hace poco al servicio del norte. Los comunistas son un puñado muy pequeño en el ejército. El generalísimo Chiang Kai-shek pertenece a la derecha, es decir, a los elementos burgueses del Kuomintang, y ya ha demostrado repetidamente ser un enemigo abierto del movimiento proletario, un hombre capaz de traicionar la revolución china. Su última declaración (marzo de 1927), que fue ensalzada como una “victoria” de los comunistas y el ala izquierda del Kuomintang, es en realidad una jugada diplomática. Es el mismo lenguaje que Kerensky utilizó durante mucho tiempo hacia el Comité Central de los Social Revolucionarios, cuando este comité central todavía trataba de mantener una posición centrista, con la diferencia de que ahora hay mucho más poder real en manos de Chiang Kai-shek que entonces en manos de Kerensky. El primer golpe de estado llevado a cabo por Chiang Kai-shek el 20 de marzo de 1926 no fue una “lucha de ambición” entre Chiang Kai-shek y Wang Chin Wei (como lo describen los filisteos políticos), sino un reflejo de la lucha de clases. La victoria de Chiang Kai-shek condujo a la victoria de la reacción en Guangdong. Los destacamentos contrarrevolucionarios armados (los llamados Min Tuani) se apresuraron a disolver las ligas campesinas y a desarmar a los campesinos. Los antiguos funcionarios volvieron al gobierno. Se infligieron golpes muy graves a los obreros.

El gobierno nacional, hasta hace muy poco, era una herramienta en manos de los generales. Solo la presión de las masas atemperó las tendencias derechistas del gobierno e hizo que algunos elementos más o menos radicales entraran en el gobierno (el ministro de asuntos exteriores, Eugene Chen, es una especie de fabiano). El gobierno nacional se manifiesta a menudo abiertamente en contra del movimiento obrero y campesino, en toda una serie de lugares ha reprimido las huelgas obreras y estrangulado el movimiento campesino, no permite que crezca, lo restringe, recurre a disoluciones y detenciones y se esfuerza en mezclar el movimiento de los campesinos y el “movimiento” de los bandidos, apoya a las organizaciones de esquirolas contra los obreros. Rechaza las demandas más justas y elementales del campesinado. Sin conceder al campesinado nada serio “desde arriba”, al mismo tiempo no permite que este movimiento se desarrolle desde abajo. Hasta 1925, la gran burguesía ha desempeñado un papel protagonista en el movimiento nacional.

Cantón fue, hasta hace muy poco tiempo, el principal punto de apoyo del movimiento nacional. El gobierno nacional estuvo ubicado aquí durante mucho tiempo. Por eso es especialmente importante conocer la actitud del gobierno nacional hacia el movimiento obrero en Cantón. El salario real de los obreros de Cantón ha caído alrededor de un cincuenta por ciento desde 1917. El salario medio de los obreros en Cantón varía entre 3 y 10 dólares al mes. Solo un pequeño número de obreros industriales cualificados que forman la aristocracia obrera (un pequeño puñado de los 200.000 obreros de Cantón) recibe entre 15 y 27 dólares al mes. Es precisamente este grupo de la aristocracia obrera el que ha formado el Sindicato de Mecánicos, que no está afiliado a los sindicatos de clase, sino que sigue al Kuomintang de derechas.

Bajo el lema de “paz civil”, el gobierno nacional exige a los obreros que se abstengan de hacer huelga “en la retaguardia del frente de los ejércitos nacional-

revolucionarios” y sometan todos los conflictos económicos a la decisión de las comisiones de arbitraje gubernamentales. Los obreros lo hicieron con voluntariamente; pero en la gran mayoría de los casos el arbitraje del gobierno actuó en interés de los empleadores. La oficina de trabajo del gobierno saca sus decisiones de arbitraje, sometiendo a los obreros al hambre, salvo cuando se pone deliberadamente del lado de los capitalistas. En el Kuomintang hay un “departamento de obreros” y además un “departamento de comerciantes”. La burguesía ejerce su presión sobre el departamento de comerciantes y en la gran mayoría de los casos atrae a su lado a los órganos oficiales del Kuomintang.

Así fue mientras Sun Yat-sen vivió y lo es aún más ahora.

Con el pretexto de resistir un supuesto “terror rojo”, la burguesía organiza sus bandas armadas. En los últimos tiempos, ha llegado incluso al punto de linchamiento de obreros por parte de empleadores, por no hablar de aquellos que son despedidos de sus trabajos. El gobierno nacional de Cantón no solo ha cerrado los ojos con frecuencia ante estas hazañas de los empleadores, sino que incluso ha fomentado la creación de organizaciones laborales amarillas bajo el liderazgo de antiguos líderes sindicales que se pasaron al bando de los empleadores. El gobierno se opone a que los obreros estén armados. El 6 de agosto de 1926, el generalísimo del ejército nacional-revolucionario, Chiang Kai-shek, ordenó el desarme de los obreros, su arresto y el consejo de guerra para aquellos obreros que utilizaran sus armas contra las bandas mercenarias de los empleadores. En diciembre de 1926, tras la salida del gobierno y del Comité Central del Kuomintang hacia Wuhan, se emitió una orden similar y los obreros fueron desarmados enérgicamente mediante una movilización de las tropas para tal fin.

Tras la salida del gobierno de Cantón, el general “revolucionario” Li Ti Sin disolvió el comité de Cantón del Kuomintang, donde la “izquierda” tenía una influencia “demasiado grande”, e instaló un comité de derechas. De los 50.000 miembros del Kuomintang solo quedaron 13.000; los obreros se fueron. Pero todavía hay comunistas en este comité. ¡Y este “general revolucionario” organiza recepciones ceremoniales para la delegación de la Internacional Comunista que llega a Cantón! Sin embargo, con su participación, los comunistas encubren todas estas hazañas de Li Ti Sin, que es el verdadero amo de Cantón.

La policía del gobierno nacional ha defendido continuamente a los sindicatos romphuegas frente a los verdaderos sindicatos obreros. Bajo la protección de la policía, los empresarios han reprimido repetidamente las huelgas. En octubre de 1926, un destacamento de soldados armados del 25º regimiento del III Ejército invadió los talleres de vagones de tren a altas horas de la noche y abrió fuego contra los obreros, dejando un número de muertos y heridos. Este “incidente” tuvo lugar en relación con un conflicto laboral pacífico en los ferrocarriles, en el que la provocación de la gente de la Derecha Kuomintang desempeñó un papel importante.

Lo que está sucediendo en Cantón también está ocurriendo en todo el territorio ocupado por los ejércitos nacionales. Los gobiernos provinciales imitan al gobierno central de Cantón. En julio de 1926, se produjo el tiroteo contra los obreros y la detención de comunistas en Wuzhou, provincia de Jiangxi. El pretexto fue que los obreros en huelga estaban desorganizando la retaguardia de la expedición del norte. Entre los fusilados se encontraban tres obreros que habían participado en la huelga de Hong Kong.

Lo mismo ocurre con las organizaciones campesinas. En Tun Yang Sen, un destacamento defensivo de la guardia campesina fue destruido sin piedad.

En la provincia de Hunan, hubo una serie de casos en octubre y noviembre de 1926 en los que se disolvieron organizaciones campesinas. En Ma-Chin-Ten, por ejemplo, diez hombres resultaron heridos de muerte en la dispersión de una manifestación de obreros y campesinos. En Hunan, durante la disolución de una organización campesina, uno de los líderes de esta organización fue ahorcado. Los derechistas del Kuomintang dirigen en realidad los órganos gubernamentales y los cuerpos del ejército más importantes y los utilizan para aplastar al movimiento obrero y campesino. Los capitanes de distrito y los comandantes de los cuerpos del ejército en diversas localidades actúan de forma concertada contra los obreros y los campesinos, mientras que los tribunales y la prensa del Kuomintang lo consienten.

El gobierno oficial exige que se excluya toda política del programa de las ligas campesinas. Las organizaciones campesinas son tachadas de “bandas de ladrones”. En los órganos del Kuomintang pueden leerse las siguientes declaraciones: en junio de 1926, la revista *Los derechos del hombre* escribió: “¿Cuál es la desgracia actual? Creemos que radica en las bandas de ladrones y las organizaciones campesinas que se mezclan con ellas. Esa es la mayor desgracia, y esperamos firmemente que se adopten medidas firmes para aniquilarlos”.

La *Gaceta Republicana* escribe en el artículo principal de su edición del 17 de julio de 1926: “Las organizaciones campesinas siguen incitando solo a disturbios, destruyen la paz del campo”. El *Gojowa* también ataca a las organizaciones campesinas.

La reducción de las rentas agrícolas en un 25 por ciento se “decidió” cuando Sun Yat-sen aún vivía. Pero aún no se ha llevado a cabo, porque todo el aparato del gobierno nacional y el Kuomintang están conectados por mil hilos con la burguesía, y a través de ella con los grandes terratenientes.

El gobierno nacional ha seguido una política inadmisibile hacia los obreros en los últimos tiempos. El 5 de enero de 1927, el gobierno de Cantón, de acuerdo con una decisión del Comité Central del Kuomintang, publicó una nueva ley sobre huelgas que prohíbe a los obreros portar armas durante las manifestaciones, prohíbe los piquetes de huelga especiales y establece el arbitraje obligatorio para los obreros en casi todos los oficios. Los representantes del gobierno nacional han decidido repetidamente a favor de la burguesía contra los obreros, de los comerciantes contra los empleados comerciales, etc., en los procedimientos de las comisiones de arbitraje obligatorio. Se conocen toda una serie de casos en los que los seguidores de Chiang Kai-shek dispersaron reuniones de obreros (en Hang Keu) que no le convenían, etc. Ni siquiera se ha reconocido aún la existencia de los sindicatos, y las organizaciones de obreros en Cantón y otros lugares bajo el gobierno nacional pueden considerarse hasta el día de hoy como “organizaciones ilegales”.

La revolución no solo no ha asegurado a la clase obrera la jornada de ocho horas, sino que ni siquiera le ha asegurado un día de descanso a la semana, ni un seguro laboral, ni una amplia legislación social. El amo y el dueño de la fábrica todavía pueden someter al coolie y al obrero a castigos corporales. La posición del obrero industrial en China sigue siendo extremadamente miserable, solo un poco mejor que la del coolie.

Así están las cosas con la cuestión laboral.

El Kuomintang cuenta oficialmente con 300.000 miembros. Los funcionarios del gobierno ingresan al partido “por razones de servicio”. Su organización es extremadamente indefinida. Nadie puede decir exactamente cuál es la unidad básica del partido, o dónde comienza y dónde termina. La influencia del miembro promedio del

partido en la política de sus líderes es extremadamente débil. Pero el comité central tiene amplios poderes y, al mismo tiempo, es políticamente extremadamente poco confiable.

En realidad, un poder casi ilimitado descansa en las manos de Chiang Kai-shek y los otros generales.

Quizás la reorganización del comité central emprendida en el último plenario del Kuomintang signifique algunas mejoras. Pero el hecho es que, además del buró político, se ha creado un “comité especial” con plenos poderes de gran alcance y poco definidos.

En cuestiones sociales, el Comité Central del Kuomintang ha tenido con frecuencia una política que recuerda a la del partido cadete en la antigua Rusia. El gobierno ha concedido pocas mejoras económicas reales a los obreros y campesinos. La legislación política del Kuomintang es igualmente mezquina y está impregnada de principios burgueses.

En nuestra prensa comunista, especialmente en la prensa de nuestro partido, lamentablemente la verdadera esencia del Kuomintang hasta ahora se ha pintado con colores brillantes. El gobierno del Kuomintang se ha explicado entre nosotros y se sigue explicando como un “gobierno de toda la población de China” o como un “bloque de las cuatro clases”, etc.

¡Como si el marxismo ya no se aplicara a China y como si pudiera existir allí un gobierno “por encima de las clases”! El lector medio de nuestra prensa debe haber recibido la impresión de que la gente del Kuomintang es “casi” comunista (que solo difiere de nosotros en “detalles”) y que lo que está ocurriendo en China en la actualidad ya es casi una revolución socialista. Ni una sola palabra sobre el golpe de estado de Chiang Kai-shek el 20 de marzo de 1926, cuando los comunistas rusos fueron arrestados en China, apareció en nuestra prensa, y los obreros de la URSS, al igual que todo el proletariado internacional, no sabían nada sobre este acontecimiento. Sólo muy recientemente, en marzo de 1927, apareció el primer artículo en la revista de la Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que levanta un poco el telón sobre lo que está sucediendo en el Kuomintang. En este artículo editorial, leemos:

“El gobierno nacional ya está en manos del centro, que últimamente ha tendido en la mayoría de los casos abiertamente hacia la derecha. En un grado aún mayor, este es el caso de los gobiernos provinciales del estado del sur de China... A la derecha del Kuomintang pertenecen importantes estadistas, representantes de los estratos burgueses de China y similares. Por su pasado, su presente, sus conexiones sociales y políticas, la gente de la derecha del Kuomintang está predestinada a llegar a acuerdos con los imperialistas, a rechazar reformas sociales profundas, a detener un mayor desarrollo del movimiento revolucionario de los obreros y campesinos” (*Die Kommunistische Internationale*, número 12, 22 de marzo de 1927, página 554).

En el mismo artículo leemos que el Kuomintang y el gobierno nacional están seriamente preocupados por el crecimiento del movimiento obrero y están promulgando leyes que realmente van dirigidas contra el derecho de huelga.

Cuando, después de todo esto, el artículo principal de *Die Kommunistische Internationale* declara que “el Kuomintang está sufriendo ahora de falta de sangre revolucionaria de obreros y campesinos. El Partido Comunista de China debe preocuparse por un suministro de sangre adecuado, entonces la situación cambiará radicalmente” (*ibid.*, página 557). Un diagnóstico tan singular y una forma tan peculiar de tratar la anemia solo atestiguan la actitud profundamente errónea de los propios editores de la revista.

Las recientes victorias de los ejércitos nacionales han ampliado en gran medida el territorio del Kuomintang, al incluir Hang Keu y Shanghái, dos centros de grandes poblaciones obreras. En circunstancias favorables, esto puede conducir a un fortalecimiento del ala izquierda del Kuomintang. Pero incluso ahora se nota un fortalecimiento paralelo del ala derecha. Una parte de la burguesía china, sin duda con la plena aprobación de los imperialistas extranjeros, está revisando su actitud hacia el Kuomintang, pasando a su lado, tratando de entrar en él con el objetivo de llegar a la cabeza de la organización para decapitarla.

“La burguesía está entrando en las filas del Kuomintang, que también está ganando otros nuevos miembros de los comandantes de las nuevas tropas que fluyen hacia el ejército nacional. Estas dos fuentes conducen al fuerte crecimiento de la derecha. Sin tener a las masas a su disposición, la derecha es fuerte a través de su estrecha conexión con todo el aparato estatal y militar” (de un artículo de L. Heller, representante oficial de la ISR en China).

“En este momento, las fuerzas del ala izquierda del movimiento son mayores que las de la derecha. Pero no hay que perder de vista el hecho de que, en el proceso de las victorias de los ejércitos cantonales, se han unido a ellos muchos seguidores del campo que pueden ser fácilmente utilizados en contra de los intereses de las masas obreras y campesinas, si el partido comunista y el ala izquierda revolucionaria del Kuomintang no están constantemente en guardia por los intereses de la revolución”, escribe Rafes (*La revolución en China*, página 131), Rafes, el mismo Rafes, que junto con Martinov, se hunde de manera más evidente en el menchevismo en los problemas de la revolución china.

Comparar el actual Kuomintang con los sóviets de obreros y campesinos, aunque solo sea del período de febrero de 1917, y los comunistas chinos que quedan en su seno con la participación de los comunistas rusos en los sóviets de aquella época, es cometer un grave error. En primer lugar, el Kuomintang tiene en sus filas solo 300.000 miembros (de una población de 400.000.000), mientras que decenas de millones de personas estaban representadas en los sóviets de febrero. En segundo lugar, los bolcheviques, cuando entraron en los sóviets de febrero, mantuvieron la total independencia de su propio partido, lo que no es el caso en China. En tercer lugar, si el Kuomintang es lo mismo que fueron los sóviets, ¿por qué plantear objeciones al lema de los sóviets en China?

“El Kuomintang es un cruce entre partido y sóviets”, dijo el camarada Bujarin en la reunión de los funcionarios de Moscú el 4 de abril de 1927.

“El Kuomintang es una especie de parlamento revolucionario, con su presidium, con su comité central”, dijo el camarada Stalin en la misma reunión, y añadió: “Chiang Kai-shek está un paso por encima de Tseretelli y Kerensky, porque por fuerza de las circunstancias está liderando una guerra contra los imperialistas”.

¡Una afirmación es tan falsa como la otra!

Si el Kuomintang es una mezcla entre partido y sóviets, ¿por qué no aceptaría las consignas de los sóviets? Los actuales líderes del Kuomintang seguramente estarán en contra de esta consigna.

Si el Kuomintang es un parlamento revolucionario, la lucha de los partidos es inevitable y necesaria. Entonces, ¿por qué el Partido Comunista de China no disfruta de una completa independencia política y organizativa en este parlamento revolucionario?

Para “hablar ruso”, el Kuomintang puede compararse más bien con el antiguo partido de los socialrevolucionarios (más parte de los cadetes de “izquierda”) de los tiempos en que este partido aún era progresista.

Pero sería más correcto comparar el actual Kuomintang con el partido kemalista de 1920. En aquel momento, el partido kemalista se presentaba enérgicamente como un partido revolucionario, “casi” bolchevique, coqueteaba con los obreros, llamaba a las masas campesinas a su lado, permitía la colaboración con los comunistas, llamaba a su gobierno “Consejo de Comisarios del Pueblo”, etc. Pero después de esperar el momento oportuno, llevó a los comunistas a la ilegalidad, degolló a varios de sus líderes (el asesinato del camarada Subji y otros) y formó un gobierno nacional burgués con una política interna conservadora.

Naturalmente, Turquía no debe compararse en todo con China. Sobre todo, existe una numerosa clase obrera en China que es capaz de desempeñar un gran papel revolucionario. Esta diferencia básica no debe olvidarse ni por un momento. Pero la clase obrera de China solo podrá desempeñar este papel políticamente cuando se convierta en una fuerza independiente, cuando deje de ser un apéndice del Kuomintang. Entonces, el destino del Kuomintang también, con una táctica correcta por nuestra parte, será diferente del destino del partido kemalista. Hay muchos partidarios honestos de una alianza del proletariado y el campesinado entre la gente del Kuomintang de izquierda. Con una táctica más correcta, la gente del Kuomintang de izquierda rompería definitivamente con la derecha y, de ese modo, podría crear una organización de masas capaz de desempeñar un gran papel revolucionario. Pero no debemos perder de vista la experiencia histórica con el desarrollo del partido kemalista.

“¿Seguirá China el camino de Turquía y Kemal Pachá o el camino de Lenin y la revolución bolchevique?” Así es como plantearon la cuestión los imperialistas (*Peking-Tientsin Times*, 6 de marzo de 1927). El mayor peligro para la revolución mundial, especialmente para la URSS, sería una evolución de este tipo del Kuomintang, es decir, una victoria de su ala derecha y un compromiso de este ala “kemalista”, bajo el liderazgo de Chiang Kai-shek o de otra persona, con el imperialismo estadounidense o angloamericano. Tal conclusión sería peor que la situación que teníamos antes de la toma de Shanghái. Abriría los mercados chinos a la conquista “pacífica” por parte del imperialismo internacional, lo que serviría para consolidar la estabilización capitalista. Liberaría las manos de la Inglaterra imperialista y aceleraría el momento de una posible expedición del imperialismo internacional contra la URSS. El peligro de tal conclusión debe ser muy tenido en cuenta.

Solo por este motivo, *tenemos el deber de decirnos a nosotros mismos y a toda la clase obrera toda la verdad sobre el actual Kuomintang, de mantener bien informado a todo el proletariado internacional sobre este asunto, de no intentar dar soluciones diplomáticas a cuestiones que surgen en realidad de la lucha de clases.* La utilización de un general contra otro en interés de la revolución es necesaria. Pero este juego con los antagonismos y rivalidades entre generales no puede reemplazar una línea de clase. Nuestra orientación está dirigida a las masas. Así como la lucha entre los socialrevolucionarios de derecha e izquierda tuvo una enorme importancia en una determinada etapa de nuestra revolución, la actual lucha entre el Kuomintang de izquierda y de derecha también tiene una importancia nada desdeñable. Pero, en cualquier caso, necesitamos un Partido Comunista de China que sea independiente tanto del Kuomintang de derecha como del de izquierda.

7.- El Partido Comunista de China

El partido chino es relativamente joven. Solo después de la huelga política de cuatro meses en Shanghái (de junio a octubre de 1924) y la huelga de boicot de casi un año y medio de los trabajadores de Hong Kong (a partir de junio de 1925), el Partido Comunista de China comenzó a crecer hasta alcanzar los 15.000 miembros (y aproximadamente la misma cantidad en la Liga de Jóvenes Comunistas). Sin embargo, en los sindicatos chinos hay alrededor de un millón y medio de obreros y el joven partido comunista ejerce una fuerte influencia sobre ellos. El Partido Comunista de China también tiene cierta influencia sobre las ligas campesinas, que, en condiciones algo favorables y con una política correcta, crecerán aún más rápidamente.

El Partido Comunista de China es una parte componente del Kuomintang en condiciones extremadamente ambiguas. Asume la obligación de no criticar el sunyatsenismo, una doctrina que no tiene nada en común con el marxismo.

Como informa un telegrama de la TASS del 23 de marzo de 1927 (este telegrama no se hizo público en nuestra prensa), el plenario del Kuomintang del 13 de marzo de 1927 decidió, entre otras cosas: “No se publicará nada en los órganos del partido comunista que perturbe la colaboración del Partido Comunista de China con el Kuomintang”. Tal formulación significa en realidad la prohibición de criticar al Kuomintang por parte del Partido Comunista de China. Ningún partido comunista debe asumir nunca tales obligaciones.

Las organizaciones comunistas son realmente bastante amorfas. A los ojos del pueblo, los comunistas comparten la responsabilidad de todas las acciones del Kuomintang, incluidas las dirigidas contra los obreros y los campesinos, ya que se abstienen de cualquier crítica aguda al Kuomintang. En su agitación entre las masas populares, los comunistas nunca, o casi nunca, aparecen en nombre de su propio partido, sino en nombre del Kuomintang. De esta manera, la cara comunista del partido se pierde con frecuencia en su contacto con las masas. A pesar del colosal alcance de los acontecimientos, el partido comunista no posee su propio periódico diario hasta el día de hoy, ni en general, ninguna prensa bolchevique de amplia circulación, aunque ya tiene ministros en el gobierno nacional. La falta de un periódico comunista diario significa realmente la falta de un centro organizativo comunista. En una palabra, el partido comunista se ha transformado realmente en un anexo del Kuomintang. Esto es tan cierto que incluso en el partido chino “hay gente que no considera posible encender la revolución en el pueblo, ya que temen que atraer al campesinado a la revolución perturbe el frente unido antiimperialista” (Stalin en el Séptimo Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista).

La dependencia política y organizativa del Partido Comunista de China con respecto al Kuomintang hace imposible que el partido cumpla con su deber, ya sea con la clase obrera o con el campesinado.

La línea política del Partido Comunista de China es un extremado zigzag. Su orientación básica no es clara ni estable. El Plenario de junio de 1926 del Comité Central del Partido Comunista de China, por ejemplo, adoptó la siguiente resolución:

“El alivio de todos estos sufrimientos es una demanda urgente del pueblo chino. Esto no es bolchevismo. Sin embargo, se puede decir que esto es bolchevismo en nombre de nuestro pueblo, pero no en nombre del comunismo [...]

Ellos [la burguesía] no entienden que un mínimo de lucha de clases como el que se expresa en la organización de los obreros y en las huelgas no debilita en modo alguno

la capacidad de lucha de las fuerzas antiimperialistas y antimilitaristas. Es más, no entienden que el bienestar de la burguesía china depende del éxito de la guerra llevada a cabo junto con el proletariado contra los imperialistas y militaristas, y no de la continuación de la lucha de clases del proletariado”.

Este punto de vista no es en absoluto bolchevique; es realmente un punto de vista menchevique. Con una política así del partido comunista, la derrota de la clase obrera en la revolución china está garantizada. Pero simultáneamente con esta desviación ultraderechista también observamos estados de ánimo ultraliberales entre los comunistas chinos. Declaraciones como esta: “El Kuomintang murió el 20 de marzo de 1926 y se ha podrido desde el 15 de mayo. Entonces, ¿por qué deberíamos apoyar con nuestras manos a este cadáver en descomposición?” (*Die Kommunistische Internationale*, 1 de marzo de 1927, página 409) son naturalmente falsas. Como organización comunista, el Kuomintang no podía morir, porque nunca lo fue. Como organización pequeñoburguesa, que tiene un fuerte núcleo burgués en su centro, no está muerta en absoluto. Tales estados de ánimo ultraderechistas solo pueden explicarse como una reacción a la falsa política ultraderechista, casi menchevique, a la que conduce la errónea actitud política del Partido Comunista de China.

Por encima de todo, el Partido Comunista de China debe aplicar en su totalidad las tesis de Lenin adoptadas por el II Congreso del PC, porque solo ellas dan una orientación correcta que asegura la victoria.

El Partido Comunista de China debe legalizarse en el territorio ocupado por el ejército nacional. En su mayor parte, el partido comunista es ilegal incluso aquí, ya que los líderes del ejército reprimen a los comunistas en cada oportunidad. Debe crearse una prensa comunista de masas. Los comunistas deben hablar a las masas en su propio nombre.

8.- El Partido Comunista de China y el Kuomintang

Para que el Partido Comunista de China permanezca en el Kuomintang a toda costa contradice radicalmente las tesis de Lenin adoptadas por el II Congreso de la Internacional Comunista. Los defensores de este curso aparentemente imaginan la línea de desarrollo de la siguiente manera: primero avanzaremos hacia la victoria completa del ejército nacional, es decir, hacia la unificación de China, luego comenzaremos a separar el partido comunista del Kuomintang. En otras palabras: primero hagamos la revolución burguesa en alianza con la burguesía, y luego el proletariado comenzará a actuar como una fuerza de clase independiente con un partido obrero totalmente independiente, etc. Esta es una concepción menchevique de principio a fin.

Una unificación nacional puede ser completamente diferente de otra. Es bien sabido que después de la revolución de 1911 China se unificó bajo Yuan Shi Kai (un cruce entre un Stolypin chino y un Witte). Luego, China se unificó bajo Wu Pei Fu (el período Chihli), el actual aliado de Chang Tso-lin. Es bien sabido lo efímera que fue la unificación de China bajo Sun Yat-sen al comienzo de la revolución de 1921, ya que aún no existían fuerzas de clase reales capaces de asegurar esta unificación.

En el curso de la propia lucha por la unificación, el proletariado chino debe conquistar el papel principal. Porque si la unificación va a proceder bajo el liderazgo de la burguesía (incluso la más democrática), las condiciones para la lucha posterior del proletariado serán mucho peores. La burguesía nacional atrincherada puede imponer condiciones mucho más desfavorables al proletariado que en la actualidad. El proletariado debe servir a la causa de la unificación de China: esa es la fórmula de la burguesía china.

La unificación nacional de China debe servir a la causa del proletariado chino e internacional: esa debería ser la fórmula de la clase obrera. Porque el proletariado no puede liberarse a sí mismo sin liberar al mundo entero.

La revolución burguesa y la revolución socialista en China no están separadas por una “muralla china”. La revolución burguesa puede crecer y finalmente convertirse en una revolución socialista solo si el proletariado conquista un papel de liderazgo cada vez mayor en la propia revolución burguesa. Lenin insistió en este punto:

“La Internacional Comunista debe establecer acuerdos temporales, incluso una alianza, con el movimiento revolucionario en las colonias y los países atrasados, pero no debe fusionarse con él, sino que debe mantener absolutamente el carácter independiente del movimiento proletario, aunque sea solo en su forma embrionaria”. Además, en China el movimiento proletario ya no está en forma embrionaria. Las contradicciones internas en China, como en toda gran revolución, están madurando muy rápidamente.

Los comunistas pueden y deben apoyar a los ejércitos nacionales y al gobierno nacional. Los comunistas pueden y deben, bajo ciertas condiciones, incluso entrar en el gobierno nacional. Lenin estaba a favor de la entrada de los bolcheviques en un gobierno revolucionario provisional, pero naturalmente estaba en contra de la entrada en un gobierno provisional como el del príncipe Lvov o Kerensky.

Los comunistas chinos pueden entrar en el gobierno nacional con las siguientes condiciones:

1.- Independencia política y organizativa completa del Partido Comunista de China; oportunidad plena para que continúe su agitación, propaganda, trabajo organizativo, armamento de los obreros, etc.

2.- Oportunidad plena para que los comunistas critiquen las medias tintas y los errores del Kuomintang ante las masas.

3.- Control más estricto por parte del propio partido comunista y de la Internacional Comunista sobre sus representantes en el gobierno nacional.

4.- Plena oportunidad para que los comunistas chinos eleven la *consigna de los sóviets* y defiendan esta consigna ante las masas en el momento en que el partido lo considere oportuno.

5.- La plataforma del gobierno debe ser de tal naturaleza que no nos obstaculice en la “educación y organización del campesinado y las amplias masas de los explotados en un espíritu revolucionario” (Lenin).

La participación de los comunistas en el gobierno nacional *sin estas condiciones* está cargada de enormes peligros y puede quebrar positivamente la columna vertebral del joven Partido Comunista de China.

Si tenemos unos pocos ministros en el movimiento Kuomintang, pero ni un solo periódico diario del partido, entonces tal situación es más que peligrosa para el joven Partido Comunista de China, y obliga a dudar de que los ministros comunistas cumplan con su tarea responsable. Se puede decir con certeza que la participación de los ministros comunistas en el gobierno nacional comprometerá al partido si sigue siendo *un anexo del Kuomintang*.

Nuestro partido se entera por primera vez, a partir del artículo principal del número 12 de la revista *Die Kommunistische Internationale* (marzo de 1927), de que

“El Plenario de junio del Comité Central del Partido Comunista de China decidió las siguientes tareas con respecto al Kuomintang:

1.- Pasar de la política de alianza desde dentro a la política de bloque; (2) elaborar una línea política clara e independiente; (3) esforzarse por que la democracia pequeñoburguesa urbana se convierta en la base del Kuomintang; (4) velar por que el Kuomintang no se constituya como un partido centralizado, sino que sus organizaciones locales adopten más bien la forma de clubes.” (22 de marzo de 1927, página 555).

Más adelante se informa de que el Partido Comunista de China considera indispensable la organización de una facción de izquierda en el Kuomintang. El editorial de *Die Kommunistische Internationale* opina que “todas estas decisiones deben ser revisadas”. Sin embargo, la tendencia básica de estas decisiones es innegablemente correcta. Más bien se necesita una “revisión” de la línea que permite al Partido Comunista de China seguir siendo un anexo del Kuomintang.

¿Es admisible en general la entrada de un partido comunista en una organización no comunista? Hay casos en los que es admisible, en los que la peculiaridad de la situación hace incluso necesaria tal participación. Tuvimos una situación así, por ejemplo, con respecto al Partido Laborista inglés. La Komintern decidió en su segundo congreso que los comunistas ingleses debían entrar en el Partido Laborista. Lenin motivó esta necesidad por la peculiaridad de la situación.

Dijo: “Debemos tener en cuenta que el Partido Laborista inglés se encuentra en condiciones especialmente peculiares: es un partido muy singular, o más correctamente, no es en absoluto un partido en el sentido ordinario de la palabra. Está formado por los miembros de todos los sindicatos, que ahora cuentan con unos cuatro millones de afiliados, y da a todos los partidos políticos que pertenecen a él una libertad de movimiento más que suficiente”.

Los comunistas ingleses, continuó Lenin, “tienen suficiente libertad para escribir que estos o aquellos líderes del Partido Laborista son traidores, que defienden los intereses de la burguesía y son sus agentes en el movimiento obrero [...] Cuando los comunistas tienen tal libertad [...] deberían unirse al Partido Laborista [...] en tales condiciones sería un error no entrar en el partido”. (*Obras*, volumen XVII, página 303). *Pero solo bajo tales condiciones.*

Además de esto, no hay que perder de vista lo siguiente: Lenin no se expresó a favor de la participación del Partido Comunista Inglés en el Partido Laborista en un momento en el que ya estaba en marcha una revolución en Inglaterra, sino en un período relativamente “pacífico” de la vida inglesa. El ejemplo de la reciente huelga general inglesa ha demostrado que las relaciones entre el Partido Laborista y los comunistas se agudizan inmediatamente en cuanto surge el movimiento.

China, sin embargo, está atravesando un período de auge revolucionario. El movimiento está creciendo y las contradicciones entre la clase obrera y el sector burgués del Kuomintang también están creciendo.

Naturalmente, el Kuomintang no puede compararse simplemente con el Partido Laborista inglés. Por un lado, los obreros predominan en el Partido Laborista inglés. Allí se trata de la táctica del frente unido con miembros de nuestra propia clase. A pesar de ello, no debemos olvidar las siguientes palabras de Lenin sobre el Partido Laborista inglés:

“Naturalmente, el Partido Laborista está compuesto en su mayor parte por obreros; pero de esto no se deduce que todo partido compuesto por obreros sea políticamente un partido de obreros. *Eso depende de quién lo dirija y del contenido de sus acciones y sus tácticas políticas.* Solo estas últimas determinan si tenemos ante nosotros un verdadero

partido político del proletariado. Desde este punto de vista, el Partido Laborista es, por el contrario, un partido completamente burgués, incluso si está compuesto por obreros, porque está dirigido por reaccionarios, y los peores de ellos, y completamente en el espíritu de la burguesía. (*Obras*, volumen XVII, página 301).

Los líderes del Partido Laborista inglés son cómplices de los imperialistas y, con frecuencia, ellos mismos son imperialistas “laboristas”.

Por otro lado, el Partido Comunista de China, en la medida en que trabaja junto con los comunistas, desempeña objetivamente el papel de un factor antiimperialista en el período actual. Aquí radica naturalmente una diferencia colosal. Al mismo tiempo, sin embargo, no debe olvidarse que los elementos obreros no predominan en el Kuomintang. Hasta ahora, los elementos burgueses han desempeñado un gran papel en la dirección del Kuomintang, elementos que son capaces incluso de convertirse mañana en aliados y cómplices del imperialismo de una forma u otra, en un grado u otro. Los líderes de la derecha del Kuomintang ya son aliados del imperialismo.

Debe recordarse que el Kuomintang en su conjunto lucha contra el imperialismo solo hasta cierto punto. El Kuomintang exige la anulación de los tratados desiguales impuestos a China, la abolición de las formas más burdas de dependencia aduanera, pero nada más. Debe recordarse que, en lo que respecta a la dependencia aduanera, Inglaterra, por ejemplo, consideró posible llegar a un acuerdo con la India y, por lo tanto, desarmó a una parte de la burguesía nacional india. Debe verse claramente que la derecha y el centro del Kuomintang se están dirigiendo apasionadamente hacia un compromiso con Estados Unidos, Japón e incluso Inglaterra, que intentarán obtener préstamos de ellos, etc. Es muy posible que la actual lucha del núcleo dirigente del Kuomintang contra el imperialismo dé paso rápidamente a un acuerdo con el imperialismo.

Tampoco debemos hacernos ilusiones sobre los líderes de “izquierda” del Kuomintang, especialmente sobre Wang Jin-wei. En el momento decisivo, pueden resultar muy parecidos a los líderes de “izquierda” del Consejo Sindical Inglés. Pero hay que hacer todo lo posible para llevar a la gente de izquierda del Kuomintang por el camino revolucionario, sin transformarse en una cola de los izquierdistas, que son a su vez la cola de los derechistas.

En principio, la cuestión debe plantearse así: los comunistas chinos pueden y deben adherirse al Kuomintang, *pero solo en las condiciones que Lenin acordó para la entrada del Partido Comunista Inglés en el Partido Laborista*. Hasta ahora, este no ha sido el caso.

En la actual situación militar y política, el Partido Comunista de China puede y debe permanecer en el Kuomintang, pero solo para reunir sus fuerzas, comenzar inmediatamente a reunir a las masas bajo su bandera, llevar a cabo una lucha implacable contra el Kuomintang de derecha y luchar por su expulsión y destrucción. Nuestra consigna en las circunstancias actuales no es la retirada del Kuomintang, sino *el anuncio inmediato y la realización de la independencia política y organizativa completa e incondicional del Partido Comunista de China del Kuomintang, es decir, la autonomía política y organizativa completa del Partido Comunista de China*.

El Partido Comunista de China debe declarar abiertamente que ya no asume ninguna obligación que restrinja en lo más mínimo su independencia política y organizativa, y que, en la medida en que haya asumido anteriormente tales obligaciones, ahora las anula. El Partido Comunista de China, en un manifiesto y en una serie de

folletos dirigidos al pueblo, debe exponer los motivos de tal declaración. El Partido Comunista de China debe crear inmediatamente su prensa diaria.

La línea de que el partido comunista permanezca en el Kuomintang a cualquier precio conduce no solo a elogios acrílicos del Kuomintang, no solo a encubrir la lucha de clases en el Kuomintang, no solo a la supresión de hechos que claman al cielo sobre los disparos contra obreros y campesinos y el empeoramiento de la situación material de los trabajadores, sino también a la desorientación directa de los partidos de la Internacional Comunista, incluido también el Partido Comunista de China.

En una gran reunión convocada por los comunistas franceses en París el 23 de marzo de 1927, a la que asistieron los líderes del Partido Comunista de Francia, Semard, Monmousseau, Cachin y otros, se envió el siguiente telegrama al Kuomintang:

“Los obreros de París saludan la entrada del ejército revolucionario chino en Shanghái. Cincuenta y seis años después de la Comuna de París y diez años después de la rusa, la Comuna china marca una nueva etapa en el desarrollo de la revolución mundial”.

¡Al parecer, se les está diciendo a los obreros comunistas franceses que el actual Kuomintang es la Comuna China!

El órgano de los comunistas alemanes, *Die Rote Fahne*, publica una foto de Chiang Kai-Shek el 17 de marzo de 1927 y lo presenta como el líder de los obreros revolucionarios de China, sin explicarle al obrero alemán quién es realmente Chiang Kai-shek. *Die Rote Fahne* del 18 de marzo de 1927 informa de que “tres millones de obreros chinos están en las filas de la Internacional Roja de Sindicatos”.

Uno de los periódicos más importantes de nuestro partido ruso, *El obrero de Bakú*, interpreta la posición de nuestro partido en la cuestión china de tal manera que aconseja al gobierno nacional “continuar temporalmente la política de Brest-Litovsk en el campo de la política internacional” (*El obrero de Bakú*, 5 de abril de 1927).

El obrero de Bakú olvida que la “política de Brest” fue correcta *tras la toma del poder por el proletariado, tras el establecimiento de la república soviética*. Pero nuestro partido no podría en ningún caso haber propuesto la política de Brest al gobierno de Kerensky, por ejemplo. El gobierno de Scheidemann y Hasse, tras el derrocamiento de Guillermo, también se embarcó en una “política de Brest”, pero esto no conduce a la victoria de la revolución proletaria, sino a la victoria de la burguesía. La política de Brest practicada por los socialdemócratas significa Versalles y, al mismo tiempo, la victoria de la burguesía sobre la revolución proletaria. La política de Brest llevada a cabo por Chiang Kai-shek significaría la alianza con el imperialismo angloamericano. El *Obrero de Bakú* comete el “pequeño” error de identificar al gobierno del Kuomintang con un gobierno proletario. Por supuesto, si se permite este “pequeño” error, entonces se puede permitir que el Kuomintang aplaste las huelgas de los obreros, y también se le puede llamar la “Comuna China”. Los derechistas y los moderados del Kuomintang podrán llegar a un acuerdo con el imperialismo angloamericano sin los comunistas.

Pero el secretario del Partido Comunista de China, el camarada Chen Du-siu, alcanza el clímax del error cuando firma la declaración conjunta del Kuomintang y el Partido Comunista de China el 5 de abril de 1927. Dice:

“Incluso si nuestros puntos de vista básicos *no son iguales en todos los detalles*, debemos estar unidos”. La represión de las huelgas obreras, el desarme de los obreros y el fusilamiento de obreros y campesinos son meros “detalles”.

El documento desmiente los rumores de que “el partido comunista se prepara para organizar un gobierno obrero, que quiere invadir las concesiones por la fuerza y derrocar al gobierno del Kuomintang”. Como si la ocupación de las concesiones imperialistas por parte de los obreros fuera lo mismo que el derrocamiento del gobierno del Kuomintang. Es absolutamente falso. En Hang Keu, los obreros ocuparon las concesiones y eso no significó en absoluto el derrocamiento del gobierno del Kuomintang. En lugar de elevar los elementos revolucionarios del Kuomintang al nivel de vanguardia de la clase obrera, el propio Partido Comunista de China se hunde en este llamamiento al nivel ideológico de los líderes del Kuomintang. Tal forma de plantear la cuestión está cargada de los mayores peligros.

Al mismo tiempo, el llamamiento expresa la idea de que la actual forma de colaboración del partido comunista dentro del Kuomintang puede ser sustituida por la forma de *“alianza” de los dos partidos*. Obviamente, una parte de los comunistas insistirían en ello.

Nuestra posición no es en absoluto la de convertir el Kuomintang en un partido “obrero y campesino” que reemplace y absorba al partido comunista. La idea de que no necesitamos partidos obreros en oriente, sino partidos obreros y campesinos, rompe por completo con las ideas de Marx y Lenin. Nunca ha habido partidos “obreros y campesinos” que puedan defender la causa de los obreros. El ideal de un partido “obrero y campesino” se hizo realidad en Georgia con Noe Jordania, pero todo el mundo sabe qué papel desempeñó realmente el menchevismo georgiano. El Kuomintang es una organización pequeñoburguesa a la que ahora *apoyamos en la medida en que lucha contra el imperialismo*. La peculiaridad de la situación permite incluso nuestra colaboración dentro del Kuomintang, *si se garantiza al cien por cien nuestra independencia política y organizativa*. Pero si los líderes del Kuomintang fuerzan las cosas hasta el punto de que el Partido Comunista de China no tenga la posibilidad de trabajar junto con el Kuomintang en tales condiciones (es decir, en condiciones de completa independencia organizativa y política), es decir, si expulsan a los comunistas del Kuomintang, el partido comunista no debe retroceder ni siquiera por miedo a eso. Incluso entonces, por supuesto, aplicará la política de bloqueo hacia el Kuomintang, siempre y cuando el Kuomintang luche contra los imperialistas. *Pero la completa independencia política y organizativa del partido de los obreros es algo que no debe perderse de vista ni por un momento*.

Sin embargo, es muy posible que, con una táctica correcta del Komintern y del Partido Comunista de China, los elementos de la Kuomintang de izquierda sean lo suficientemente fuertes como para repeler a los de derecha y crear la posibilidad de que los comunistas permanezcan dentro de la Kuomintang en las condiciones especificadas anteriormente. Pero si los comunistas no plantean inmediata y abiertamente la cuestión de su completa independencia organizativa y política, si los comunistas renuncian a ayudar a la gente de Kuomintang de izquierda a crear su propia facción contra la derecha, entonces la victoria política de la derecha de Kuomintang no está descartada. Esta victoria tendría las consecuencias más ruinosas para toda la revolución china y causaría el mayor daño a la causa de la revolución mundial en general.

Solo una política así puede asegurar el papel protagonista de la clase obrera en la revolución china y atraer a su lado al campesinado y a toda la pequeña burguesía.

“A la pregunta de si es posible el papel dirigente del proletariado en la revolución burguesa rusa, respondemos: sí, si la pequeña burguesía se inclina hacia la izquierda en los momentos decisivos, y si se ve empujada hacia la izquierda no solo por nuestra

propaganda, sino por una serie de factores objetivos de naturaleza económica, financiera (las cargas de la guerra), militar y política, etc.”. (Lenin, *Contra la corriente*). Así escribió Lenin en el año 1915.

Solo con una política de clase correcta e independiente puede el Partido Comunista de China ayudar a la pequeña burguesía a inclinarse hacia la izquierda en la revolución china, al lado del proletariado.

9.- Sobre la consigna de los sóviets

En el momento actual, tras la toma de Shanghái, ahora que el gobierno nacional posee un territorio con 200.000.000 de habitantes y grandes centros obreros a su disposición, después de que las grandes huelgas obreras hayan despertado al movimiento campesino, ha llegado el momento en que se puede y se debe lanzar la consigna de construir sóviets, consejos obreros, consejos de campesinos y obreros, de sóviets en los que los soldados del ejército nacional también deben tener su representación especial, de sóviets a los que no deberían ser admitidos los representantes de la burguesía. El II Congreso de la Comintern (véase más arriba) ya habló de la necesidad de propagar la idea de los sóviets incluso en oriente, de crearlos en la primera oportunidad. En China ha llegado este momento. Solo la formación de sóviets es capaz de preparar y asegurar el camino no capitalista del desarrollo en China. Solo la formación de sóviets puede crear una mejor forma para el liderazgo de la clase obrera de todo el movimiento de liberación nacional de China. Solo los sóviets pueden hacer añicos el viejo aparato de gobierno burgués y comenzar a crear uno nuevo, porque hasta ahora son los viejos funcionarios en realidad los que han seguido administrando.

La plataforma actual de los sóviets podría ser más o menos la siguiente:

1.- Nacionalización de la propiedad de la tierra (esta consigna también estaba contenida en el primer programa de Sun Yat-sen. Se trata de interpretarla en un sentido genuinamente bolchevique).

2.- Revolución agraria genuina (no una mera reforma) con todas sus consecuencias, es decir, la emancipación completa de los campesinos pobres y pequeños del pago de rentas y de sus deudas, la destrucción de todos los vestigios del feudalismo, etc., (el programa de Kuomintang de fecha reciente es extremadamente indefinido: (1) regulación firme de la tasa impositiva; (2) abolición de todos los impuestos especiales; (3) reorganización de la administración rural; (4) mejora de las condiciones del campesinado; (5) disolución de todos los destacamentos armados formados contra los campesinos; (6) prohibición de la usura; (7) establecimiento de pagos máximos de arrendamiento de tierras, etc., etc. En cualquier caso, este no es el programa de una revolución agraria).

3.- Nacionalización de los ferrocarriles.

4.- Jornada laboral de ocho horas para los trabajadores (y toda una serie de otras leyes laborales).

5.- Anulación de los “tratados desiguales” y planteamiento de la cuestión de la deuda externa.

6.- Confiscación de los comercios y fábricas chinas (grandes y medianas). Nacionalización de los bancos chinos, si sus propietarios combaten la revolución nacional.

7.- Como perspectiva, la confiscación de los comercios y fábricas extranjeras, las concesiones, así como de las plantaciones y otras propiedades inmobiliarias, etc. Se puede

permitir la compra a aquellos extranjeros que lleguen a un acuerdo, y la aplicación de la confiscación a aquellos que participen en la intervención.

8.- Creación de un ejército rojo regular y genuino, es decir, un ejército de obreros y campesinos, dirigido por obreros y no por oficiales de carrera (estos últimos deben ser reclutados y utilizados en el espíritu de las experiencias rusas de los primeros años de la revolución).

9.- Armamento de los obreros.

10.- Emancipación de la mujer.

11.- Toda una serie de leyes que extirpen los restos del feudalismo.

Los sóviets en China deben, por supuesto, adaptarse a las condiciones chinas, es decir, siempre que sea necesario “adaptarlos a las condiciones precapitalistas” (Lenin). En las condiciones actuales, la inmensa mayoría de la población puede y debe tener acceso a los sóviets chinos, sobre todo la inmensa mayoría del campesinado. Los sóviets en China no pueden ser un órgano de la dictadura del proletariado en el período actual, sino un órgano de la dictadura del proletariado, el campesinado y la población pobre de las ciudades.

Como próximas consignas para los campesinos, debemos plantear ahora las siguientes:

1.- Abolición del pago de rentas o, al menos, su reducción inmediata en un cincuenta por ciento.

2.- Supresión de los impuestos y cánones ilegales.

3.- ¡Fuera la nobleza!

4.- Desarme de los Min Tuan.

5.- Armamento del campesinado.

También es necesario el armamento organizado de la revolución, es decir, la creación de sóviets como verdaderos centros de la revolución (los sóviets pueden convertirse en el escenario de la actividad del Kuomintang, así como de los comunistas). Las masas populares que simpatizan con el Kuomintang apoyarán la idea de construir sóviets si seguimos una política correcta. Dondequiera que logremos conquistar las administraciones municipales, los comunistas deben hacer todo lo posible para armar a los obreros y transformar los órganos municipales en puntos de apoyo del movimiento revolucionario, y profundizar el movimiento contra la burguesía y contra los grandes terratenientes.

Se entiende que, en caso de una victoria de los sóviets en China, también sería necesario una Nep “china”, con concesiones aún mayores a la pequeña burguesía al principio.

El Partido Comunista de China debe tomar la ofensiva con una propaganda abierta y amplia a favor de los sóviets y del programa indicado anteriormente, sin permitir de ninguna manera que el Kuomintang le ate las manos en este sentido. Esto supondría una seria prueba política para los elementos de izquierda del Kuomintang. Esto también significaría el logro de la verdadera independencia política y organizativa del Partido Comunista de China. También significaría una verdadera profundización del movimiento obrero y campesino en China. Se crearía una fuerza real contra los imperialistas y una garantía seria de que toda la lucha actual no se transformaría al final en una mera lucha entre el norte y el sur sin ningún contenido social profundo.

Las numerosas matanzas de los imperialistas ingleses y estadounidenses no pueden detenerse abandonando el intento de elevar el movimiento a una etapa superior.

Los imperialistas solo estarán satisfechos si todos los asuntos se entregan a la gente de la derecha Kuomintang, es decir, a las manos de la burguesía, que mañana se transformará en una agencia del imperialismo. El asalto del imperialismo solo podrá detenerse cuando se movilicen a masas aún mayores de obreros y campesinos, cuando se les arme, cuando se creen sóviets que puedan organizar la resistencia de decenas y cientos de millones de chinos contra el imperialismo bajo el lema: ¡Victoria o muerte!

10.- La posición exterior e interior de la revolución china

La revolución china se está convirtiendo en el punto de convergencia del imperialismo internacional. Aquí está el punto, aquí está el lugar donde (por el momento en pequeña medida) se han reunido las fuerzas militares armadas del imperialismo internacional. Aquí comienza a perfilarse la posibilidad de un frente unido de los imperialistas de los países más grandes, aunque todavía está lejos de establecerse firmemente. La masacre de Nankín muestra cómo de bestial se vuelve el imperialismo internacional tan pronto como percibe las primeras grandes victorias de la revolución china.

La victoria completa de la revolución china amenaza a los imperialistas:

- (a) con la pérdida directa de miles de millones (concesiones, etc.);
- (b) con la pérdida de mercados, particularmente en una época en la que el problema de los mercados se está volviendo decisivo;
- (c) con la extensión del “contagio” revolucionario a la India, Indochina, etc.

Esto también explica el hecho de que el imperialismo estadounidense, que hasta ahora ha sido el que mejor ha sabido enmascarar su hostilidad hacia la revolución china con una aparente benevolencia, parece estar abandonando su actitud de esperar y ver qué pasa.

La presencia de considerables fuerzas armadas del imperialismo internacional en los puertos de China, en el asentamiento de Shanghái, etc., crea una situación tremendamente difícil para la revolución china. Pero no hay duda de que, con una política correcta y audaz por parte de la revolución china, las brutalidades imperialistas solo desatarán fuerzas aún mayores en China, solo conducirán a la desintegración de las secciones “confiables” de los ejércitos imperialistas y provocarán un estallido de indignación entre los trabajadores de Europa y América. Solo así se puede prevenir el frente unido de los imperialistas. En cualquier caso, solo el liderazgo de las clases trabajadoras puede asegurar el éxito en esta atmósfera tensa y cargada.

En abril de 1922, Lenin escribió:

“Y la India y China están en ebullición. Más de 700 millones de personas viven allí. Si a ellos se les suman los países asiáticos adyacentes y similares, suman más de la mitad de la población de la tierra. Allí se acerca el año 1905, irresistible y cada vez más rápido, pero con la diferencia esencial y tremenda de que la revolución de 1905 en Rusia (al menos al principio) podría pasar aislada, es decir, sin atraer inmediatamente a otros países a la revolución también, mientras que la revolución que madura en la India y China ya está siendo atraída ahora a la lucha revolucionaria, al movimiento revolucionario, a la revolución internacional”. (*Obras*, volumen XVIII, parte 2, página 74).

Si Lenin en 1922 opinaba que China “está en ebullición”, ¿qué diría ahora, en 1927?

La revolución china solo puede triunfar si arrastra a otros países a la revolución, si los arrastra “a la revolución internacional”.

Solo cuando se pase a la lucha por los sóviets podrá la revolución china obtener el mayor grado de simpatía y apoyo del proletariado internacional. “Por los sóviets chinos”: este llamamiento encontrará mucha más comprensión y apoyo del proletariado internacional que la consigna “Por el Kuomintang”.

Por muy grandes que sean las vacilaciones, así como los intentos de poner en primer plano a la gente de derechas del Kuomintang como más “aceptables” para el imperialismo internacional, como posibles “mediadores”, etc., todos esos intentos solo pueden destruir la causa.

Toda la expedición del norte fue concebida por Chiang Kai-shek no como una expedición de la revolución contra la contrarrevolución, sino más bien como un paso estratégico que aliviaría la posición del aislado Cantón. No es mérito de Chiang Kai-shek que el poderoso movimiento de los obreros y campesinos transformara esta expedición, al menos en parte, en una expedición de la revolución contra la contrarrevolución. Las propias masas, millones de obreros y decenas de millones de campesinos, infundieron a las luchas nacionales un contenido social y revolucionario, contra los líderes del Kuomintang y, en cualquier caso, contra los líderes de derecha del Kuomintang. Los acontecimientos que acompañaron a la expedición del norte, el surgimiento de las masas, su ebullición, muestran cuánto material combustible hay en China, qué reservas inagotables de fuerza se encuentran en la revolución china, cuán grandes son las posibilidades de profundizar la revolución china y darle un tremendo impulso.

La posición exterior e interior de la revolución china están estrechamente relacionadas.

Los imperialistas están extendiendo su táctica en el período actual en dos frentes.

Por otro lado, están preparando una guerra directa contra el movimiento revolucionario nacional, y ya la han iniciado en parte. En todos los puertos de China se está concentrando una flota de guerra. Se están ocupando los puntos estratégicos. Se están trayendo tropas en mayor número. El bombardeo de Nankín no es un mero episodio, sino que significa un sangriento “comienzo” que puede ir seguido de una continuación terriblemente sangrienta. Se están llevando a cabo febriles preparativos militares en los asentamientos extranjeros, no solo en Shanghái, sino también en Cantón. No se descarta que en el período inmediatamente posterior se dejen de lado las máscaras y el imperialismo extranjero emprenda una expedición punitiva abierta contra la revolución china, y sin preocuparse por nada, intente establecer a Chang Tso-lin y sus otros agentes directos “como los amos de China”.

Por otro lado, los imperialistas preferirían llegar a un acuerdo con los elementos “moderados” (no solo los manifiestamente de derechas) del Kuomintang, y están trabajando con este fin no solo mediante sobornos y “mimos”, sino también mediante intimidación, ultimátums, etc.). Estados Unidos, Japón y Francia preferirían sin duda un acuerdo “pacífico” con los “moderados”, una división del movimiento nacional y un “compromiso”, de modo que las formas de explotación de China, pero no la esencia, cambiarían en cierta medida. Este camino, en última instancia, también sería preferido por los círculos más responsables del imperialismo inglés. Los ejércitos imperialistas enviados a Shanghái llegaron demasiado tarde para ayudar a Sun Yat-sen, pero ahora, en el momento adecuado, pueden convertirse en aliados de la gente de la derecha Kuomintang.

La revolución china debe tener en cuenta ambos peligros. Solo hay una manera de superar ambos peligros: poner en pie a todos los obreros y a decenas y cientos de millones

de campesinos, impartir un carácter social claramente expresado al movimiento nacional, no tener miedo de asustar a la burguesía, avanzar enérgicamente en el camino hacia la creación de los sóviets, impulsar inmediatamente la revolución agraria, proclamar inmediatamente la jornada de ocho horas, llevar inmediatamente ayuda real a la población pobre de las ciudades y el campo a costa de los ricos y los acomodados, dar al movimiento en su conjunto el mayor impulso posible empezando a romper las barreras burguesas. Solo así se puede repeler la ofensiva de los imperialistas. Solo así se puede neutralizar a los derechistas y a los traidores “moderados” en el campo del Kuomintang. Solo así se puede salvar la revolución china. Solo una avalancha así puede detener a los imperialistas extranjeros. Los esfuerzos por actuar de tal manera que “no se asuste” a la burguesía china, que “no se rechace” a los derechistas y a los líderes moderados del Kuomintang, que “no se irrite” a la burguesía extranjera, solo lo arruinarán todo. Tan pronto como los imperialistas vean tales esfuerzos, se volverán diez veces más insolentes y los sectores burgueses del Kuomintang darán los pasos traicioneros.

Mientras hacemos todo lo posible por movilizar al proletariado internacional contra el peligro de guerra, debemos al mismo tiempo ayudar a la revolución china a avanzar con determinación, a elevarse más, sin temor a arrojar a la burguesía china al campo de la reacción.

El argumento de que la burguesía china “no puede” traicionar a los obreros chinos porque “los necesita para la lucha contra el imperialismo extranjero”, es un argumento menchevique. Los mencheviques siempre dijeron que a la burguesía rusa le gustaría traicionar a los obreros, pero “no podía” porque “los necesita para la lucha contra el zarismo” (Martinov, ahora que se ha unido al partido bolchevique, repite los mismos tópicos mencheviques con respecto a la revolución china que predicaba con respecto a la revolución rusa cuando era menchevique). En realidad, la burguesía china ya ha empezado a traicionar el movimiento revolucionario nacional (por no hablar del movimiento proletario) en cuanto vio que la clase obrera no quería ser solo un instrumento en sus manos contra la burguesía extranjera, sino que planteaba tareas independientes propias. La revolución china solo puede triunfar bajo la hegemonía del proletariado.

Una política revolucionaria coherente contra el imperialismo extranjero presupone una política revolucionaria coherente con respecto a los líderes de la burguesía china, es decir, la gente de la Kuomintang de derecha, y viceversa.

Mientras el mando supremo permanezca en manos de Chiang Kai-shek, mientras los puestos más importantes del gobierno permanezcan en manos de la gente del Kuomintang, mientras estos representantes de la burguesía tengan su punto de apoyo más serio en el Comité Central del Kuomintang, la causa de la revolución se encontrará continuamente en grave peligro. La traición desde dentro (ya sea directa o indirecta, rápida o lenta) es, en las circunstancias actuales, mucho más peligrosa para la revolución china que el bombardeo de Nankín y las tropas de ocupación de Shanghái. Si el antiguo compañero de lucha de Sun Yat-sen, Chiang Tsu-ming, pudo pasarse a la contrarrevolución, ¿por qué iba a ser esto imposible para Chiang Kai-shek, que ya ha demostrado ser el enemigo de los obreros y los campesinos, sobre los que está apostando toda la prensa imperialista, y sobre los que los órganos más influyentes del imperialismo sostienen que está llevando a cabo negociaciones secretas con Chang Tso-lin? Dejar el mando supremo en manos de esta persona (aunque sea bajo cierto control) será una indecisión que es síntoma de los mayores peligros internos. Si los comunistas asumen la

más mínima responsabilidad política por esto, están recorriendo un camino muy resbaladizo. Deben dejarlo inmediatamente.

II.- La situación internacional en su conjunto

Los acontecimientos del último período confirman una y otra vez la relatividad de la estabilización del capitalismo internacional. La situación en China es tan tensa como una cuerda de violín. No importa cómo se desarrolle el próximo período, el equilibrio mundial será, en cualquier caso, cada vez más precario. La perspectiva de una nueva guerra (o nuevas guerras) se acerca cada vez más. Cada vez se acumula más pólvora en la política mundial.

El cerco de la URSS se hace cada vez más evidente. La última nota de Chamberlain no es solo un “folletín periodístico”, no es solo un “hueso lanzado a los intransigentes” (las diferencias entre las dos facciones de los conservadores ingleses no deberían exagerarse en general), sino que es, sin duda, una preparación diplomática para medidas más enérgicas. Esta nota es una “incisión” cuyo propósito es permitir que la diplomacia inglesa, en el momento adecuado, pase a métodos más eficaces. Esta nota es un eslabón de toda una cadena de políticas.

El frente unido que están preparando el imperialismo estadounidense e inglés en China puede, bajo determinadas condiciones, acarrear grandes desgracias también para Europa.

Un cierto fortalecimiento de la estabilización parcial en Alemania conduce al fortalecimiento de las simpatías “occidentales” de la burguesía alemana. Cuanto más entusiasmo es la diplomacia alemana últimamente, más claro se hace que se acerca el momento en que también podrá unirse al frente antisoviético de una forma u otra.

El fascismo italiano ha entrado por completo en la esfera de influencia de Inglaterra (reconocimiento de la anexión de Besarabia por parte de Rumanía). En Lituania se llevó a cabo un golpe de estado fascista, sin duda con la aprobación de Inglaterra. En Polonia, los antagonismos de clase se están agudizando, lo que, en igualdad de condiciones, puede acelerar los planes aventureros de Pilsudski. En tales condiciones, los tratados de no agresión concluidos con Letonia y en preparación con Polonia, naturalmente no son la más mínima garantía seria para la URSS, aunque tengan un cierto significado positivo para ésta.

Los ataques contra las representaciones de la URSS en Pekín y otras grandes ciudades de China fueron sin duda organizados por Inglaterra y también contaron en parte con el apoyo de Estados Unidos. Son eslabones de toda una cadena de una política deliberada de provocación con la que, por supuesto, la URSS no ha tenido ni tendrá nada que ver. Se esperaba que el golpe de estado de Pekín provocara medidas enérgicas por parte del gobierno soviético en Manchuria y, de ese modo, arrastrara a Japón a la lucha contra la URSS y liberara las manos de Inglaterra y Estados Unidos. Pero, entre otras cosas, también se espera que facilite el trabajo de los elementos de derecha en el Kuomintang y, sobre todo, que asuste a los líderes más moderados del Kuomintang. Tampoco es imposible que Chamberlain, al referirse a “documentos” que se están falsificando tras las redadas y las detenciones de nuestros camaradas por parte de las tropas del norte, dé un nuevo paso en la lucha contra nosotros, organice una campaña en toda la prensa burguesa del mundo y tal vez llegue a romper las relaciones diplomáticas con la URSS.

Esto será aún más fácil para Chamberlain, ya que el Consejo General de los Sindicatos está obviamente preparado para cualquier bajeza. Al día siguiente de las

“cordiales” deliberaciones del Comité Anglo-Ruso en Berlín, el Consejo General, junto con el Comité Central del Partido Laborista, declaró que deploraba el “insulto a la bandera británica en China” y propuso someter el “conflicto” con el gobierno nacional a la Sociedad de Naciones, es decir, que el mismo Chamberlain decidiera.

Nuestra respuesta a la acción de los imperialistas en Pekín debe ser doble: (1) por un lado, no caer en la trampa, responder a la provocación con calma, moderación y la continuación de la política de paz; y (2) al mismo tiempo hacer todo lo posible en la propia China para profundizar el movimiento de masas, para despertar a sectores cada vez más amplios de los trabajadores contra los imperialistas, contra sus lacayos en el norte y contra el Kuomintang de derecha.

En general, la situación internacional se está volviendo más tensa de lo que ha sido durante mucho tiempo.

La cuestión china se está convirtiendo en la cuestión principal del destino inmediato de la revolución mundial. Puede ejercer una influencia directa en el destino inmediato de la URSS. Ahora mismo está llegando el momento que Lenin previó cuando escribió en su testamento político:

“Para asegurar nuestra existencia hasta el próximo choque entre el occidente imperialista contrarrevolucionario y el oriente revolucionario y nacionalista, entre los estados civilizados del mundo y los estados que han permanecido atrasados a la manera oriental pero que forman la mayoría, esta mayoría debe alcanzar su civilización. También carecemos de civilización para pasar directamente al socialismo, aunque poseemos los requisitos políticos previos para ello”. (*Obras*)

Si “conseguimos un respiro por segunda vez” (Lenin, *Ibid.*), si la nueva cruzada contra la URSS fracasase, como “fracasó como resultado de los antagonismos en el campo de los explotadores orientales y occidentales, en el campo de Japón y Estados Unidos”, esas son las cosas a las que Lenin otorgó una importancia decisiva.

Por eso, la mayor responsabilidad recae ahora en nuestro partido y en toda la Comintern.

El problema táctico del momento actual consiste esencialmente en esto:

1.- Además de prestar asistencia desde todos los puntos de vista a la revolución china, debemos hacer todo lo posible para evitar la extensión de una intervención abierta del imperialismo internacional contra el sur.

2.- La URSS debe seguir, como antes, una política de paz, haciendo un llamamiento a los trabajadores de todos los países para que ayuden a defender la causa de la paz, que ahora se encuentra en grave peligro.

3.- Al mismo tiempo, hay que hacer todo lo posible para impulsar la revolución china lo más lejos posible y ejercer todas las fuerzas para que no sólo tenga un carácter meramente nacional, sino también un carácter social profundo.

4.- Con este fin, debemos esforzarnos en crear verdaderos centros del movimiento revolucionario de las masas obreras y campesinas de China, es decir, sóviets.

5.- Hay que ayudar al Partido Comunista de China a lograr a toda costa una verdadera independencia política y organizativa. Hay que destruir todo lo que ata y limita la independencia del Partido Comunista de China.

* * * *

El desarme de los obreros de Shanghái, los disparos de los comandantes de los ejércitos nacionales contra los obreros de Shanghái, la detención del presidente del Consejo

Sindical de Shanghai, el desarme de los obreros en otras ciudades de China: todos estos son acontecimientos de la mayor importancia.

Los actuales líderes del Kuomintang están asumiendo directamente el papel de Cavaignac chinos. Los tiroteos y el desarme de los obreros en Shanghai conducen directamente, desde un punto de vista internacional, a abrazar a los imperialistas extranjeros. Los últimos acontecimientos confirman por completo la línea que se desarrolla en el documento adjunto.

Moscú, 14 de abril de 1927, G. Zinóviev

Intervención de Vuyo Vuyovich. Pronunciada en el VIII plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista

El camarada Bujarin comenzó su discurso con una presentación histórica. Permítanme continuar su exposición histórica desde donde la interrumpió, ya que la historia del gran movimiento revolucionario en China no termina en vísperas de la marcha hacia el norte, al contrario, es precisamente aquí donde comienza su fase más importante.

Antes de nada, sin embargo, unas palabras sobre nuestra política en China hasta el VI Plenario Ampliado de la Internacional Comunista, es decir, hasta la primavera de 1926. Ayer, el camarada Petrov, basándose en numerosas citas, demostró aquí que las principales decisiones y la política del partido chino, así como las decisiones elaboradas por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista antes y después del VI Plenario, eran correctas.

Estoy muy agradecido al camarada Petrov por demostrar, basándose en citas, no solo que el camarada Zinóviev participó activamente en el establecimiento de la línea política en China hasta la primavera de 1926, sino también que todas las decisiones de principio del partido chino y de la Internacional Comunista en ese momento fueron correctas.²²

Esa es la mejor respuesta a las afirmaciones del camarada Bujarin.

Es muy gratificante que el camarada Petrov quiera compartir la responsabilidad de la política en China antes del VI Plenario de la Internacional Comunista, pero exagera cuando pide que el camarada Zinóviev asuma la responsabilidad de la política que se llevó a cabo en China desde el VI Plenario Ampliado del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, es decir, desde la marcha hacia el norte; porque es un hecho notorio que todas las decisiones sobre la independencia política del Partido Comunista de China, sobre la necesidad de preservar su propia fisonomía, fueron prácticamente pisoteadas solo para mantener el bloque con Chiang Kai-shek a cualquier precio.

²² Vuyovich, exsecretario de la Internacional Comunista Juvenil, era partidario de la sección zinovievista del Bloque de Oposición Unida y, como tal, trató de presentar todo el curso anterior de Zinóviev como correcto. Sin embargo, este punto de vista no estaba en consonancia con los hechos. La posición de Zinóviev sobre los problemas de la revolución china no solo era incorrecta (y bastante en armonía con la de Stalin y Bujarin) antes de 1927, sino que fue extremadamente débil durante el período del Bloque. Como puede verse en sus tesis, en realidad defendió una posición semicentrista incluso en el momento en que estaba realizando una crítica reveladora de la línea oficial. En sus discursos y artículos de ese período, los partidarios del aparato hicieron hincapié en el contraste que revelaban entre la posición de Zinóviev y la de Trotsky. Traductor [al inglés].

El camarada Petrov llegó incluso a citar aquí las decisiones del Plenario del Comité Central del Partido Comunista de China de Julio de 1926, para demostrar que el Partido Comunista de China siempre tuvo la intención de preservar su independencia y una política independiente. Petrov, o tal vez el camarada Martinov, sometieron las decisiones de este plenario a una severa crítica en el número 11 de *Die Kommunistische Internationale*. El órgano oficial del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista condenó estas decisiones y propuso al siguiente congreso del Partido Comunista de China que las revisara. Ahora, tras el golpe de estado de Chiang Kai-shek, el camarada Petrov aparece y se basa en las decisiones cuya revisión había pedido, y quiere demostrar con ello que el Partido Comunista de China tenía una política correcta. Sin duda, no hay mayor hipocresía que esta.

Dijimos en nuestras tesis, y lo repetimos aquí: el Partido Comunista de China se esforzó repetidamente en corregir su línea y abandonar el bloque a cualquier precio con Chiang Kai-shek, y propusimos en nuestras tesis enviar un telegrama al instante al Comité Central del Partido Comunista de China, diciendo que las decisiones del plenario de julio eran correctas en esencia y que su realización debía comenzar de inmediato. Desafortunadamente, todos los intentos del partido chino para corregir su línea política y sus falsas tácticas, se encontraron con la oposición formal del camarada Borodin y del representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en China.

Si quieren saber cómo fue la ejecución práctica de estas decisiones, las decisiones que el camarada Petrov condenó hace dos meses, pero elogió aquí ayer, entonces tengan ante ustedes la carta de los tres camaradas de Shanghái²³ y obtendrán una imagen vívida de lo que sucedió en China y continúa sucediendo. Entonces comprenderán mucho más fácilmente cómo fue posible el golpe de estado de Chiang Kai-shek.

Pero volvamos a la historia. Aquí se ha dicho que la Oposición permaneció en silencio hasta el golpe de estado de Chiang Kai-Shek y que ahora está tratando de utilizar este golpe de estado para sus fines “faccionales”. ¿Cuál es la situación real?

Después del VI Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, el camarada Rádek envió su primera comunicación al Buró Político del Partido Comunista de la Unión Soviética en julio de 1926 y pidió una respuesta a una serie de interrogantes que estaban surgiendo en China, para poder armonizar su actividad como rector de la Universidad Sun Yat-sen con la línea política del partido. Esta carta quedó sin respuesta. En vista de los grandes acontecimientos que estaban teniendo lugar en China, el camarada Rádek, al comienzo del año escolar, envió una segunda carta al buró político con la solicitud de aclaración, cuyos puntos esenciales eran los siguientes:

“Estas son las cuestiones que requieren una respuesta:

1.- El establecimiento de una dictadura militar de Chiang Kai-shek después del 20 de marzo de 1926 y nuestra actitud hacia esta dictadura. La dificultad de esta cuestión radica en el hecho de que Chiang Kai-shek es el líder del Kuomintang y que Borodin lo apoya formalmente. Nuestra intervención contra Chiang Kai-shek tiene aquí una gran importancia política.

2.- El equilibrio del trabajo del Kuomintang entre los campesinos.

3.- La exigencia del Kuomintang de que los comunistas renuncien a sus críticas al sunyatsenismo.

4.- ¿Debería el Kuomintang trabajar entre el proletariado?

²³ Después de este texto en esta misma obra.

5.- ¿Cómo deberíamos apoyar a los elementos de izquierda del Kuomintang?

6.- La cuestión del tono semimenchevique del último manifiesto del Plenario del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de China, en el que dice: debemos llevar a cabo un mínimo de lucha de clases y cuando la política del partido comunista se designa como bolchevique, no es una cuestión de bolchevismo sino de bolchevismo en interés de toda la nación.

Considero que es mi deber plantear estas cuestiones y rogarle que me llame para hacer un informe”.

Después de que el camarada Rádek enviara la segunda carta en julio de 1926, volvió a plantear todas estas importantes cuestiones en septiembre de 1926. El silencio absoluto fue la única respuesta del buró político.

En enero de 1927, el camarada Rádek volvió a abordar las cuestiones más importantes de la revolución china en una serie de conferencias que impartió en la Universidad Sverdlov siguiendo las instrucciones. Pero el curso de los acontecimientos fue tan rápido y los peligrosos errores se habían acumulado hasta tal punto que, tras la crisis de Hang Keu, el camarada Rádek consideró que era su deber plantear estas cuestiones abiertamente. Solo entonces habló finalmente en la Academia Comunista, donde planteó las preguntas de la siguiente manera:

“El destino concluyente de la revolución china se decidirá en Hang Keu y no en Shanghái. No son los éxitos militares inmediatos los decisivos para el progreso de la revolución, sino la cuestión de la lucha de clases dentro del movimiento revolucionario nacional. Los generales de Chiang Kai-shek están disparando sobre los obreros y campesinos en casi todas partes y se están movilizando para la lucha decisiva. La izquierda del Kuomintang y el partido comunista tienen que reunir el coraje y las fuerzas necesarias para expulsar a la derecha y tomar el liderazgo del movimiento. Para ello, hay que armar inmediatamente a los obreros y campesinos, formar destacamentos obreros y campesinos en el ejército, consumir la revolución agraria, resolver las cuestiones sociales satisfaciendo las reivindicaciones de los obreros y, sobre todo, establecer la independencia organizativa del partido comunista, pues esta independencia no existe en la realidad y debemos luchar por lograr una verdadera homogeneidad en el movimiento nacional-revolucionario”.

¿Cuál fue la respuesta del historiador Bujarin y de los demás camaradas de la mayoría que “lo vieron todo venir y cuyos pronósticos fueron confirmados por los hechos”?

En lugar de examinar seriamente las cuestiones planteadas por el camarada Rádek, se levantó un grito de pánico, y como justo en ese momento se produjo la resolución del conflicto con Chiang Kai-shek, su “sumisión” y su declaración de lealtad hacia el Comité Central del Kuomintang, se alzó un gran grito de victoria. Pero olvidaron que en la revolución, como en todo lo demás, la burguesía nunca se somete a las resoluciones, sino solo al poder armado.

Unos días después, Shanghái fue tomada y se alzó un nuevo grito de victoria.

Mientras tanto, el desarrollo de los acontecimientos demostró que la marcha de Chiang Kai-shek sobre Shanghái no era una marcha contra los imperialistas, sino una marcha hacia los imperialistas para establecer contacto con los ejércitos imperialistas estacionados en Shanghái, con el fin de proveerse de una retaguardia y, de esta manera, preparar la ejecución del golpe de estado que había terminado en fracaso un mes antes.

¿Por qué lanzaron un grito de pánico, en lugar de adoptar inmediatamente las medidas necesarias para la expulsión del enemigo de nuestras propias filas? Debido a la falsa evaluación de los acontecimientos en China, debido a la subestimación de la burguesía y el papel que desempeña en la revolución china. ¿Cuáles fueron las respuestas más características?

1.- La burguesía ya quería luchar contra los obreros y los campesinos, pero no puede hacerlo, porque es sobre todo antiimperialista y necesita a los obreros y a los campesinos para su lucha contra los imperialistas (Martinov).

2.- La gran burguesía quiere eliminar el feudalismo en China para crear la base económica para el desarrollo de la industria. Por lo tanto, marcha contra los militaristas feudales del norte y contra los imperialistas que apoyan los restos del feudalismo (Bujarin).

3.- La burguesía es una minoría en el parlamento revolucionario que está constituido por el Kuomintang. Se subordina a la mayoría compuesta por el ala izquierda y los comunistas. No puede hacernos daño, tenemos todos los medios para utilizarlo en nuestro propio interés y luego dejarlo de lado (Stalin).

En mi opinión, no hay una diferencia esencial entre estos tres puntos de vista que, por desgracia, no tengo tiempo de analizar.

Pero una vez que haya asumido el papel de historiador, me gustaría llamar su atención sobre un discurso realmente histórico, que de otro modo podría permanecer desconocido para la historia. Se trata del discurso del camarada Stalin a los trabajadores del partido de Moscú el 6 de abril de 1927, es decir, casi en el mismo momento en que la sangre de los obreros corría a raudales por las calles de Shanghái. Me arriesgo a ser acusado de falta de lealtad o de ataques personales, ya que el camarada Stalin no abordó ayer la cuestión, ya que probablemente la considera una cuestión personal. Sin embargo, tomé notas exactas y espero poder reproducir el contenido de este discurso con la suficiente fidelidad como para conservar mi vocación de antiguo traductor en los congresos de la Komintern. El camarada Stalin siempre tendrá la oportunidad de rectificar inexactitudes involuntarias presentándonos su estenograma. ¿Qué dijo el camarada Stalin? (Sólo toco las cuestiones más importantes).

La revolución china se diferencia de la revolución rusa de 1905 por el hecho de que es principalmente antiimperialista. El error esencial del camarada Rádek consiste en no comprender que el ritmo de desarrollo de la revolución en China no puede ser tan rápido como él desearía. Es impaciente; le gustaría que los acontecimientos se desarrollaran rápidamente, no comprende que la revolución rusa de 1917 tuvo que superar muchas dificultades, aunque los imperialistas estaban divididos en dos bandos en aquellos momentos, que luchaban entre sí; la revolución china tendrá dificultades aún mayores, porque los imperialistas están haciendo un frente unido en China. Por eso el ritmo de desarrollo será más lento. Rádek aparece aquí con consignas muy revolucionarias: Romper con el Kuomintang de derechas, ahuyentar a la derecha; unas cuantas consignas más de este tipo y la revolución china estará perdida. De la falsa estimación de la situación internacional, de la revolución china y su ritmo de desarrollo, resultan todos los demás errores de Rádek. El Kuomintang es un bloque, una especie de parlamento revolucionario con la derecha, la izquierda y los comunistas. ¿Por qué hacer un golpe de estado? ¿Por qué ahuyentar a la derecha, cuando tenemos la mayoría y cuando la derecha nos escucha?

El campesino necesita un rocín viejo y gastado mientras sea necesario. No lo ahuyenta. Lo mismo ocurre con nosotros. Cuando la derecha ya no nos sirva, la

ahuyentaremos. En la actualidad, necesitamos a la derecha. Tiene gente capaz, que todavía dirige el ejército y lo lidera contra los imperialistas. Quizás Chiang Kai-shek no simpatiza con la revolución, pero está liderando el ejército y no puede hacer otra cosa que liderarlo contra los imperialistas.

Además de esto, la gente de la derecha tiene relaciones con los generales de Chang Tso-lin y entiende muy bien cómo desmoralizarlos e inducirlos a pasar al lado de la revolución, con todo el bagaje, sin dar un golpe. Además, tienen conexiones con los ricos comerciantes y pueden recaudar dinero de ellos. Así que hay que utilizarlos hasta el final, exprimirlos como a un limón y luego tirarlos.

Esto, fíjense, se dijo tres días antes del golpe de estado.

La revolución china está siendo liderada por un amplio partido revolucionario, cuyo comité central forma una especie de parlamento revolucionario. La hegemonía pertenece a los comunistas. Si los comunistas provocan al Kuomintang, serán derrotados y la hegemonía se transferirá a la derecha, etc.

¿De qué manera veía el camarada Stalin las masacres de obreros y campesinos por parte de los generales de los ejércitos nacionales, estas “cuestiones individuales” en las que el camarada Bujarin no puede ocuparse desde Moscú? El camarada Stalin dijo: ha habido y habrá más. Sería ridículo pensar que una revolución que ya ha durado dos años podría continuar sin eso. ¿Lo ocultamos? No, eso no es cierto. No lo ocultamos, pero no queremos exagerarlo en nuestra prensa, y Stalin concluyó asegurando que hay formas, otras formas distintas a las propuestas por Rádek, de lograr nuestro objetivo, no tan rápidamente, es cierto, pero con más seguridad.

Este discurso fue pronunciado unos días antes del golpe de estado. Nunca se hizo público. Protestamos contra la confiscación de los artículos de la Oposición, contra el silencio que se nos ha impuesto, pero somos lo suficientemente democráticos como para protestar también contra el silencio que el camarada Stalin se ha impuesto a sí mismo, contra esta autoconfiscación, que con toda probabilidad sustituye a la autocritica. Y después de todo esto, nuestro nuevo historiador, el camarada Bujarin, aparece aquí y se indigna de que el camarada Zinóviev en 1925 no previera el curso de los acontecimientos en 1927 y permitiera que Hu Hanmin hablara ante el ejecutivo ampliado en 1926. Pero el camarada Bujarin se olvida de leer el párrafo siguiente del panfleto del camarada Zinóviev, en el que Zinóviev, ya en 1925, lanzó la consigna del armamento de los obreros y campesinos, una consigna que no pudo llevarse a cabo por ustedes, porque querían mantener el bloque con Chiang Kai-shek a cualquier precio. Si se hubiera armado a los obreros y campesinos de China en el momento adecuado, el curso de la revolución habría sido muy diferente y el golpe de estado de Chiang Kai-shek habría sido imposible.

Sin duda, las instrucciones secretas del buró político del 3 de marzo se citaron aquí. Si estas instrucciones realmente significaban un cambio de la línea política en China, ¿por qué no tuvieron ningún efecto en la actitud de nuestra prensa y en el contenido de los discursos que el camarada Stalin y el camarada Bujarin pronunciaron un mes después ante los trabajadores del partido de Moscú? Si realmente se entendía que la línea era falsa, que debía cambiarse, que debía adoptarse otra actitud hacia la gran burguesía y Chiang Kai-shek, ¿por qué se sembró la confusión en las filas de todos nuestros partidos, por qué había tanto miedo de admitir los errores cometidos? Las instrucciones del 3 de marzo no hacen más que aumentar la responsabilidad política de la mayoría y de los órganos responsables de la Komintern, ya que este organismo se ocupó de las cuestiones chinas, al menos no el presidium.

En lugar de eso, el camarada Stalin, el 6 de abril de 1927, acusó al camarada Rádek de no entender nada de la revolución china, que era sobre todo antiimperialista. La tarea principal consistía en triunfar sobre los militaristas del norte; romper con la derecha prematuramente significaría la destrucción de la revolución. No debemos apresurarnos, no debemos insistir, porque la gran burguesía es obediente y la estamos utilizando. Un comentario al margen: no fuimos nosotros quienes utilizamos a la gran burguesía, sino ellos quienes nos utilizaron, al apresurarse a ocupar más de la mitad del territorio que el Kuomintang tenía en ese momento y masacrar a miles de proletarios para llevar a cabo el golpe de estado de Chiang Kai-shek [...]

Hasta ahora, todos los errores cometidos en China se han justificado diciendo que se trataba de “una táctica especial”, que correspondía a las “condiciones especiales” y se debía al papel del imperialismo en China. Hoy en día, el imperialismo ha desaparecido por completo de la presentación del camarada Stalin. Ni una palabra sobre el imperialismo en China. La revolución agraria ha ocupado el lugar del imperialismo. En su nombre, ahora se intenta justificar una política igualmente falsa, de la misma manera que la falsa política anterior al golpe de estado de Chiang Kai-Shek se justificó por el papel del imperialismo en China.

Pero, ¿dónde estaba la cuestión agraria antes del golpe de estado de Chiang Kai-shek? ¿No era la revolución agraria un punto esencial de toda la revolución nacional? Porque antes del golpe de estado habían pospuesto ustedes la solución de la cuestión agraria, la culminación de la revolución agraria sobre la tierra y, de la misma manera, el armamento de los obreros y campesinos, solo para mantener el bloque con la burguesía, que, según Bujarin, era completamente antifeudal y antiimperialista. Anteriormente, querían utilizar a la burguesía para vencer a los militaristas del norte y exterminar los restos feudales. Hemos visto los éxitos. Se demostró que la gran burguesía china puede luchar contra los restos del feudalismo tan bien como la gran burguesía de otros países que han alcanzado el mismo nivel de desarrollo capitalista.

Ahora, camaradas, dicen que la revolución agraria en China está a la orden del día, y sostienen que el gobierno de Hang Keu ha sido designado para completar la revolución agraria y dirigirla. Antes decían: Chiang Kai-shek no debe ser expulsado, no nos traicionará. Nosotros, por el contrario, les dijimos que a los militaristas del norte y a los imperialistas solo se les puede vencer expulsando a la gran burguesía y a Chiang Kai-shek del liderazgo del ejército del Kuomintang. Esta vez, están repitiendo ustedes el mismo error con el gobierno de Hang Keu, al afirmar que la pequeña burguesía ha sido señalada y está en condiciones de llevar a cabo la revolución agraria en China. Dicen ustedes: ¡No a los sóviets antes de la revolución agraria! Solo después de que el Kuomintang de izquierda haya completado la revolución agraria, solo cuando los hayamos utilizado en este sentido, podremos constituir sóviets en China. Les respondemos y apelamos a los obreros y campesinos chinos: nunca obtendrán la revolución agraria bajo el liderazgo de la pequeña burguesía. Continúan ustedes con la misma política falsa y criminal que prepara una repetición del golpe de estado de Chiang Kai-shek y esta vez un golpe de estado de los vacilantes líderes de izquierda del Kuomintang y de los generales del ejército nacional de Hang Keu.

El gobierno de Hang Keu podrá llevar a cabo la revolución agraria solo cuando la hegemonía del proletariado esté garantizada en este territorio. Y el único medio de lograr la hegemonía del proletariado en el gobierno de Hang Keu y en el Kuomintang de izquierda no consiste en hacer concesiones a la pequeña burguesía, ya que esta oscila

continuamente entre el proletariado y la gran burguesía y finalmente se pasará al lado más fuerte; el único medio reside en la organización de las fuerzas del proletariado y el campesinado y en dotarla de una forma organizativa (los sóviets) que no solo nos permita movilizar a las amplias masas, sino también conquistar el liderazgo de estas masas para el partido comunista, tanto en los sóviets como en el Kuomintang.

Camaradas, lo que están haciendo en este caso es solo una continuación de la política de concesiones, pero esta vez a la pequeña burguesía. El camarada Bujarin no pudo citar un solo hecho concreto que demuestre lo que el gobierno de Hang Keu ha hecho algo, desde la última sesión del comité central del partido, o al menos desde el golpe de estado de Chiang Kai-shek, para armar realmente a los obreros y campesinos y ayudar a los campesinos a tomar posesión de la tierra.

(*Heinz Neumann*: ¡El gobierno de Hang Keu ha derrotado a los militaristas del norte de China!)

Camarada Neumann, Chiang Kai-shek también derrotó a los militaristas del norte. Saludamos estas victorias con todo nuestro corazón. Pero les repetimos una vez más: lo más esencial no es el derrocamiento de los militaristas del norte en general, sino su derrota por los ejércitos nacionales, por el movimiento nacional, cuya dirección está en manos de la única clase que está realmente en condiciones de llevar a cabo la revolución agraria, es decir, en manos del proletariado.

No sabemos qué sorpresas nos están preparando para mañana los actuales generales del gobierno de Hang Keu, Tan Shen Shi y Feng Yu-hsiang. Ustedes tampoco lo saben. El primero es un auténtico señor feudal, y el segundo se unió al Kuomintang hace poco. El último número del *Manchester Guardian* contiene la noticia de que Feng Yu-hsiang está enviando telegramas a Chiang Kai-shek en Shanghái para mantenerlo informado sobre sus victorias militares.

La única organización posible en la actualidad es la soviética, que moviliza a las masas de obreros y campesinos y garantiza la hegemonía del partido comunista en el Kuomintang y en el territorio del movimiento revolucionario nacional.

(*Semard*: ¡Eso está lleno de contradicciones!)

Aquí no hay ninguna contradicción. Si el gobierno de Hang Keu es revolucionario, como usted sostiene, si está en condiciones de llevar a cabo la revolución agraria, entonces ¿por qué debería este gobierno de Hang Keu estar en contra de los sóviets y de la organización revolucionaria de los obreros y campesinos? Está en contra de ellos, porque solo se logrará la revolución agraria cuando seamos lo suficientemente fuertes como para consolidar a los obreros y campesinos armados en los sóviets bajo el liderazgo del partido comunista. Solo en este caso la pequeña burguesía podrá lograr la revolución agraria. En caso contrario, sin embargo, terminará pasando al lado de la gran burguesía.

Concluyo mi discurso con la observación de que el camarada chino tenía razón cuando dijo hoy que la revolución china triunfará solo bajo la bandera de Lenin. Eso es cierto, camaradas; no es bajo la bandera del Kuomintang, tan querida por nuestro camarada Bujarin, que triunfará la revolución en China, ni siquiera la revolución agraria, sino solo bajo la bandera roja de los sóviets y bajo la bandera del leninismo.

Moscú, mayo de 1927, V. Vuyovich

N. Nassonov, N. Fokin, A. Albrecht: Carta de Shanghái

Los acontecimientos de los últimos meses y, en especial, los últimos acontecimientos de Shanghái nos han convencido finalmente de que la actual dirección del Partido Comunista de China es incapaz de llevar a cabo una política comunista firme, que es tanto más necesaria en las condiciones políticas que se han vuelto extremadamente complicadas. En la dirección del partido hay un grupo que lo está llevando decididamente hacia la derecha, por el camino de la liquidación, y este grupo y su política cuentan con el apoyo del representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Cuanto más se profundice esta situación, más profunda y extensa será la crisis que se ha desatado en el partido y, si el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no interviene de inmediato, puede tener graves consecuencias tanto para el partido como para la revolución china. La razón de la crisis debe buscarse en el hecho de que los líderes del partido chino han considerado y siguen considerando la revolución china como una revolución burguesa de la que no se puede esperar nada más que libertades democráticas y una ligera mejora de la situación económica. No creen en la vía socialista de desarrollo de la revolución china, al igual que no creen ni en el proletariado chino ni en el campesinado, ni en las masas ni en la acción de masas. La concepción del núcleo dirigente era aproximadamente esta: China está viviendo su revolución nacional, que está dirigida contra los imperialistas y los militaristas feudales. En esta revolución participan todas las clases, entre ellas también la burguesía nacional, la alta burguesía acomodada y los terratenientes, y por eso debe mantenerse la paz de clases como garantía de la victoria de la revolución. Damos solo un ejemplo de cómo esta concepción se transformó en la práctica en la peor clase de oportunismo. La resolución sobre el informe del comité central en su plenario del 13 de diciembre de 1926 habla de tendencias peligrosas en el movimiento revolucionario nacional y declara:

“El mayor peligro es que el movimiento de masas se desarrolle hacia la izquierda, mientras que las autoridades políticas y militares, al ver el rápido crecimiento del movimiento de masas, se dejen llevar por el pánico y comiencen a inclinarse hacia la derecha. Si estas tendencias extremas continúan desarrollándose en el futuro, la división entre las masas y el gobierno se profundizará y, al final, el frente unido rojo será demolido y todo el movimiento nacional estará en peligro”.

La conclusión natural de esto es: debe limitarse el movimiento de masas y debe contenerse la ola de los movimientos obreros y campesinos, que se levanta con una fuerza elemental.

“En la lucha práctica de los obreros y los campesinos”, declara además la resolución, “debemos evitar ilusiones (exigencias exorbitantes de los artesanos y los obreros, participación de los piquetes obreros en asuntos administrativos, confiscación de tierras por parte de los campesinos, etc.), para erradicar la enfermedad infantil del izquierdismo”.

El círculo dirigente del partido no entiende el movimiento de masas; es más, le tiene miedo, lo considera algo fuera de lugar, en cualquier caso, un fenómeno inoportuno que obstaculiza el frente unido con la burguesía. Por lo tanto, subordina los intereses de la clase obrera y el campesinado a los intereses de la burguesía y trota tras los talones de la burguesía; por lo tanto, por un lado, frena el movimiento de masas y, por otro lado,

entra en todo tipo de combinaciones en la cima, hundiéndose en el regateo por migajas y en el trueque que, en condiciones revolucionarias, equivalen al menchevismo. Dado que se considera a sí mismo únicamente en un papel secundario de asistencia en la revolución china, se borra a sí mismo, al partido y al movimiento de masas, y así es un juguete en manos de la derecha. Los últimos cuatro meses trajeron muchas cosas nuevas a la revolución china. El crecimiento del movimiento revolucionario, y la agudización de las contradicciones internas basadas en este crecimiento, han creado una situación extremadamente complicada. La lucha por la hegemonía del proletariado en la revolución china es, de hecho, la tarea del día. Somos de la opinión de que es justo en estos últimos meses cuando la dirección del partido chino ha demostrado que solo puede llevar al partido y a la clase obrera a la derrota y la capitulación.

Los últimos meses, es decir, el período que comienza a finales de noviembre, se caracterizan por los siguientes hechos: 1.- El ejército revolucionario nacional ha obtenido una victoria decisiva al derrotar a Sun Chuan-fang; 2.- En relación con esta victoria, ha comenzado cierto coqueteo de los imperialistas con el gobierno nacionalista y el Kuomintang de derecha; 3.- El movimiento de masas ha abarcado nuevos estratos y ha alcanzado una altura nunca antes lograda; 4.- Las acentuadas contradicciones internas han llevado a un conflicto agudo entre el Kuomintang de izquierda y el de derecha. Este período se caracteriza por cuatro rasgos: 1.- La reacción en Hang Keu; 2.- La ocupación de las concesiones en Hang Keu; 3.- El conflicto entre el Comité Central del Kuomintang y Chiang Kai-shek sobre la cuestión de la sede del gobierno; y 4.- El levantamiento en Shanghái. Ahora bien, ¿cuáles fueron las tácticas de nuestro partido en este período?

Cantón

Desde la partida del gobierno a Wuhan, la derecha, que permaneció en Cantón, con Li Ji-shen a la cabeza y con la aprobación de Chiang Kai-shek, ha inaugurado una campaña rabiosa contra los comunistas. Se dijo que, dado que la expedición del norte había obtenido una victoria decisiva en Jiangxi, Cantón estaba, por lo tanto, fuera de la zona de guerra y había que establecer una cierta estabilización, lo que exigía condiciones “normales”. El primer paso para crear estas condiciones “normales” fue la destitución del jefe de policía por sus relaciones amistosas con los comunistas, la disolución del comité del Kuomintang y la sustitución de la izquierda por la derecha, el decreto que prohibía las huelgas en los grandes servicios públicos, la prohibición de piquetes en las huelgas, el desarme de la guardia obrera, etc. El nuevo Comité Provincial del Kuomintang decidió impedir las huelgas, dar vía libre a los esquirols y se pronunció en contra de la reducción del pago de alquileres en un veinticinco por ciento. Entonces comenzaron las detenciones de obreros, la persecución de trabajadores agrícolas, se prohibieron las manifestaciones anti-inglesas y se alentó a la nobleza en los pueblos. El gobierno comenzó a subvencionar y armar a la organización sindical de derechas, el Sindicato de Mecánicos, y la Federación de Trabajadores de Guangdong, y los incitó contra las organizaciones sindicales de izquierdas.

Este ánimo de “estabilización” contagió a los miembros del Kuomintang no solo en Cantón, sino también en el norte. En Hang Keu, la burguesía organizada se manifestó en contra de las reivindicaciones de los obreros. El gobierno quería seguir el ejemplo de Cantón e introducir el arbitraje obligatorio. Finalmente, el notorio discurso de la derecha del Kuomintang del camarada Borodin también sigue esta línea y se inspiró en el mismo estado de ánimo de “estabilización”. Ahora bien, ¿cómo respondió nuestro partido a la reacción que comenzó en Cantón y se extendió por todo el país? En general, en absoluto,

por lo que se puede hablar de medidas de lucha contra la reacción. La resolución sobre la cuestión de Guangdong adoptada por el comité central dice literalmente lo siguiente:

“La razón del reciente ataque conjunto contra los comunistas y los elementos de la izquierda que están cerca de ellos, por parte del centro, la derecha y la izquierda, es, en primer lugar, que el comité provincial de nuestro partido en Cantón no reconoce el ala izquierda y, en segundo lugar, que subestima la influencia de los líderes de izquierda”.

Y el comité central propone esperar hasta que Wang Jing-wei regrese... No queremos justificar el punto de vista de la izquierda de Cantón que, gracias a la influencia de Borodin, subestimó a la izquierda, pero no podemos entender cómo el órgano dirigente del partido puede echar la responsabilidad de las actividades de los reaccionarios, que se deben explicar por el crecimiento del movimiento de masas, sobre la organización local del partido sin adoptar el punto de vista de que este movimiento de masas debe ser castrado. El comité central de nuestro partido se ha mostrado incapaz de iniciar la lucha contra la reacción. El proletariado de Hang Keu emprendió esta lucha, a pesar del Kuomintang y de nuestro partido y sus órganos dirigentes, cuando ocupó las concesiones inglesas el 3 de enero, estimuló un nuevo auge del movimiento antiimperialista y asestó al mismo tiempo el golpe más duro a la reacción interna.

Hang Keu

Nadie previó los acontecimientos del 3 de enero. La ocupación de las concesiones por los trabajadores de Hang Keu se produjo de forma espontánea, sin ningún tipo de liderazgo o instigación por parte del gobierno, del Kuomintang o de nuestro partido. Todos se enfrentaron a un hecho consumado, a un acto espontáneo de las masas, y todos tuvieron que tenerlo en cuenta. Los acontecimientos de Hang Keu tuvieron una importancia excepcional. Inglaterra recibió un bofetón. Las masas y las organizaciones del partido, que habían sucumbido a la desilusión, se despertaron de nuevo, el ala derecha del Kuomintang recibió un golpe, y el movimiento nacional antiimperialista se extendió por todo el país y obligó incluso a reaccionarios como Zhang Zuo-lin a empezar a hablar un lenguaje pseudonacionalista, a exigir la devolución de las concesiones, etc. Además de esto, los acontecimientos de Hang Keu tuvieron un gran efecto revolucionario sobre el gobierno y sobre Borodin: contra su voluntad, se volvieron hacia la izquierda bajo la presión y la influencia de esta acción espontánea de las masas; los estados de ánimo de diciembre se vieron en cierto sentido destruidos y cuando, dos semanas después, surgió el conflicto con Chiang Kai-shek sobre la cuestión de la sede del gobierno, los miembros del gobierno y Borodin adoptaron una posición de izquierda, que muy probablemente habría sido impensable sin los acontecimientos del 3 de enero. El ala izquierda, que, como muchos creían, ya casi no existía, se consolidó y esto se logró mediante una cierta cristalización del ala derecha en torno a Chiang Kai-shek en Nankín, lo que condujo al conflicto entre Nankín y Hang Keu.

Ahora bien, ¿cómo reaccionó el Comité Central del Partido Comunista de China ante los acontecimientos de Hang Keu? Al principio, no quiso reaccionar en absoluto. Cuando se planteó la cuestión en la conferencia del comité central y los camaradas rusos, el camarada Chen Tu-hsiu exclamó: “¿Por qué debemos protestar por ello y qué tipo de agitación debemos desarrollar cuando los agresores no eran los ingleses sino los chinos?”. Esto fue ya el 12 o 13 de enero. Solo dos o tres semanas después de los acontecimientos, el comité central emitió un llamamiento sobre ellos. Al mismo tiempo, envió una carta al comité de Hubei y acusó a nuestros camaradas de ser responsables de que la guardia de los obreros hubiera mantenido el orden desde el primer día de la ocupación de las

concesiones. El comité central opinaba que no se debía haber irritado a los extranjeros y a la pequeña burguesía.

Nankín-Wuhan

En enero comenzó el conflicto sobre la cuestión de la sede del gobierno. El grupo de Wuhan, la mayoría del Comité Central del Kuomintang y del gobierno, insistió en que, de conformidad con una decisión que se había adoptado en Cantón, el gobierno debía trasladarse a Wuhan. El grupo de Nankín, sin embargo, con Chiang Kai-shek a la cabeza, insistió en que la sede del gobierno “se dejara” en Nankín. Naturalmente, esta disputa no era una simple disputa sobre la sede del gobierno. La cuestión era si el movimiento revolucionario nacional marcharía con las masas y el partido comunista, o con el dictador Chiang Kai-shek, que ya se dirigía hacia un compromiso con Japón y Mukden. La disputa se refería y se refiere a los dos caminos de desarrollo de la revolución china. El conflicto adquirió un carácter extremadamente agudo. Desde hace dos meses, existen en realidad dos gobiernos, dos comités centrales y dos oficinas políticas del Kuomintang, dos ejércitos. Nankín se ha convertido en el centro de la derecha. El comité del Kuomintang de Jiangxi, compuesto por una mayoría de comunistas, fue disuelto y sustituido por uno nuevo compuesto por siete derechistas, un centrista y un excomunista. Chiang Kai-shek inició negociaciones con Yan You-tin (de Mukden) sin que el Kuomintang supiera nada al respecto. A través de políticos como el exministro Tuan Tsin-chu, a través de Huan Fu o Dai Ti-tao, y también directamente, mantuvo negociaciones secretas con los japoneses. Lo mismo está haciendo su criatura, Ho In-tsin, en la provincia de Fujian. Sin atreverse a enfrentarse abiertamente a la URSS y a la Internacional Comunista, Chiang Kai-shek inició una lucha contra Borodin, Galen y otros, y se esforzó en dar al conflicto un carácter personal.

Muy característica es la siguiente declaración de Chiang Kai-shek²⁴ al comandante del VI Cuerpo de Ejército, Chen-Seng: “No estoy en absoluto en contra de los comunistas rusos, solo estoy en contra del ala derecha del PCUS, encabezada por Stalin, pero sé que también existe un ala izquierda en el PCUS, liderada por Trotsky y Zinóviev. Estoy dispuesto a trabajar junto a ellos porque la izquierda está a favor del apoyo total a la revolución nacional en China y de la retirada de los comunistas del Kuomintang, mientras que la derecha, representada por Borodin, Galen y otros, aunque también apoya la revolución nacional, está, sin embargo, en contra de la retirada de los comunistas del Kuomintang. Si enviaran a Rádek o a Karajan aquí, podría trabajar con ellos”.

Mientras Chiang Kai-shek se disfraza de “comunista de izquierda ruso” (como lo expresa Chen-Sheng), ha llevado a cabo una rabiosa caza contra los comunistas, y finalmente se presentó el 21 de febrero con un verdadero discurso de pogromo contra el Partido Comunista de China.

¿Qué hizo el comité central de nuestro partido en esta ocasión? Uno pensaría que debería haber lanzado la campaña de masas más amplia bajo el lema de apoyo al gobierno de Wuhan y con la exigencia de que el grupo de Nankín se sometiera a la decisión de la mayoría del comité central; uno pensaría que el partido expondría los verdaderos motivos detrás de este conflicto, descubriría a los intrigantes de la derecha que rodean a Chiang Kai-shek y presionaría enérgicamente al gobierno y a Borodin para que abandonen el tinte personal que han dado a este conflicto y se presenten ante las masas con una plataforma

²⁴ Es a esta supuesta declaración de Chiang Kai-shek a la que Trotsky se refiere en su respuesta a las tesis de Stalin. Véase en esta obra la página 28 (punto 48).

política de reformas sociales, principalmente de reforma agraria, y obliguen a Chiang Kai-shek (si quiere) a emprender la lucha sobre la base de una plataforma política definida, lo que le habría creado las mayores dificultades. Pero el Comité Central del Partido Comunista de China y el representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista simplemente “no se dieron cuenta” de este conflicto durante mucho tiempo y no adoptaron ninguna postura al respecto. Incluso hasta mediados de febrero, es decir, cuando el conflicto ya había llegado a un punto inusualmente crítico, nadie en Hang Keu sabía cuál era la postura del comité central de nuestro partido. Ante nuestras enérgicas propuestas al representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y al comité central de trasladarse inmediatamente a Hang Keu para dirigir desde allí al partido y al gobierno del grupo de Wuhan, no obtuvimos más que evasivas. Ni el representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ni el comité central querían participar en la lucha contra la reacción interna, que la izquierda y Borodin (probablemente en contra de su voluntad) querían iniciar, y opinaban que podemos y debemos hacer concesiones a Chiang Kai-shek, aunque no lo dijeran abiertamente. Esta línea, si es que se puede llamar línea, no era tanto el curso del comité central como el del camarada V²⁵. Esto puede verse, por ejemplo, en el hecho de que después de partir hacia Hang Keu y ver a Chiang Kai-shek, hizo la petición a Moscú de que retirara a Borodin y complementó esta petición de manera ambigua con el comentario de que, de lo contrario, Chiang Kai-shek no haría concesiones serias. Sin embargo, durante su ausencia, el comité central adoptó un punto de vista más correcto, al declarar que se trataba de la lucha del proletariado por la hegemonía, y que cualquier concesión en forma de retirada de Borodin equivaldría a una capitulación completa.

No nos hacemos la menor ilusión sobre Borodin. Como comunista, consideramos a Borodin como alguien muy similar a un hombre de izquierda del Kuomintang; y como todo revolucionario pequeñoburgués, está sujeto a grandes vacilaciones. Después del 20 de marzo de 1926²⁶, estuvo a favor de retirarse del Kuomintang, negó la importancia del ala izquierda e incluso negó su propia existencia. Con ello, prestó apoyo a ese nihilismo hacia el Kuomintang de izquierda que prevalece entre los camaradas de Guangdong. Luego, esta negación del ala izquierda lo llevó sin remordimientos a la derecha, a esa posición capitulacionista y rezagada que encontró expresión en su discurso del 12 de diciembre y en su idea de “recomprar la tierra”. En enero, osciló hacia la izquierda, se presentó en un banquete con un discurso contra la dictadura personal, es decir, contra Chiang Kai-shek, y así se convirtió en el instigador involuntario de una lucha de la que él mismo retrocedió inmediatamente asustado. A mediados de febrero, él mismo se lo confesó al camarada F.²⁷:

“Me temo que he cometido un error en esta cuestión. Mi oposición a Chiang Kai-shek fue provocada por la presión de la opinión pública, y no sé si actué correctamente. Llegaremos hasta Pekín con Chiang Kai-shek, pero difícilmente con el partido [es decir, con el Kuomintang]”.

²⁵ La referencia es evidentemente a Voitinsky, uno de los “expertos” del aparato en el Lejano Oriente que representaba a la Internacional Comunista en China en aquellos momentos.

²⁶ La fecha del primer derrocamiento reaccionario de Chiang Kai-shek en Cantón, que fue cuidadosamente silenciado en la prensa comunista internacional.

²⁷ Esta inicial se refiere aparentemente a Fokin, uno de los firmantes de este documento.

Con esto, Borodin se caracterizó a sí mismo de manera excelente, y difícilmente se puede hablar de una diferencia de principios entre la posición del grupo de derecha en el Comité Central del Partido Comunista de China, del camarada V. y de Borodin.

Pero somos de la opinión de que retirar a Borodin en las circunstancias políticas actuales sería ponernos a merced de Chiang Kai-shek, porque, así como Chiang Kai-shek se ha convertido por fuerza de las circunstancias en el estandarte de la reacción, Borodin se ha convertido en el estandarte de los elementos revolucionarios del movimiento nacional y el estandarte de la URSS. Con todos sus defectos, con toda su miseria y falta de principios, Borodin personifica hoy, sin embargo, el ala izquierda del Kuomintang, por un lado, y a la URSS, por otro. Esto explica nuestra posición sobre esta cuestión. Pero la posición del representante de la Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no puede explicarse por motivos de principios. Dado que ignora el contenido de principios de la lucha, ha caído, aquí como en todas partes, en un combinacionismo pernicioso y peligroso para todo el movimiento revolucionario.

Repetimos: en el conflicto de Nankín-Wuhan, el núcleo dirigente del partido no tomó ninguna medida durante un período de dos meses, y si no contamos los últimos telegramas sobre Borodin, adoptados ante la insistencia de un grupo de camaradas de “izquierda”, el comité central solo ha hecho que ocultarse y evadir una respuesta a los interrogantes que le plantea la situación.

La organización local del partido en Hubei desarrolló una campaña bajo su propia responsabilidad sobre esta cuestión sin esperar la decisión del comité central.

Pero la cuestión de Borodin se ha convertido en una de las principales cuestiones de este conflicto. Chiang Kai-shek y la gente de la derecha Kuomintang se han manifestado abiertamente en contra de los comunistas. Nuestro partido debería haber respondido abiertamente a cada acusación presentada contra él con una declaración política clara y distinta. No lo hizo. El Kuomintang de derechas y la prensa burguesa e imperialista llevaron a cabo una campaña rabiosa en esta ocasión y el Partido Comunista de China guardó silencio, con la esperanza de liquidar el conflicto mediante todo tipo de combinaciones, acuerdos y regateos.

[Shanghái]²⁸

En las condiciones de lucha entre las alas derecha e izquierda del Kuomintang, la cuestión de Shanghái adquiere una importancia especial. Chiang Kai-shek necesita Shanghái como base para su lucha contra el ala izquierda y los comunistas, así como para sus negociaciones con el norte y los imperialistas; Chiang Kai-shek marchó contra Shanghái con la idea de que su ocupación le daría una preponderancia incontestable en la lucha con la izquierda por el liderazgo del Kuomintang. A través de Chiang Kai-shek, la burguesía china aspira a asegurar su hegemonía en la revolución nacional. Podía haber y hubo tres tácticas en este sentido. Un grupo de camaradas, especialmente los rusos y Borodin, opinaban que no estaría de más que Chiang Kai-shek se rompiera la cabeza en Shanghái y Zhejiang, y lo incitaban a hacerlo; el camarada Galen opinaba que la marcha sobre Shanghái era una empresa militar sin esperanza y no participó en ella. Estos camaradas no tuvieron en cuenta que no solo Chiang Kai-shek, sino también la revolución nacional china, estaban librando la lucha en Zhejiang, y que una victoria para Chiang Kai-

²⁸ La separación de lo que sigue como epígrafe distinto no consta en la versión al inglés, la tomamos de la versión al francés dentro de: P. Broué, *La question chinoise dans l'Internationale communiste (1926-1927)*, EDI, París, 1965, página 61. EIS.

shek sería al mismo tiempo una victoria para la revolución, mientras que una derrota sería compartida por Chiang Kai-shek y la revolución.

La segunda táctica consistía en apoyar, incondicionalmente y sin rodeos, la marcha de Chiang Kai-shek sobre Shanghái, unirse a su representante en la propia Shanghái para preparar un levantamiento y, de ese modo, ayudar a las tropas del ejército revolucionario nacional a entrar en Shanghái. Este grupo de camaradas, que representaba al ala derecha del comité central y del comité de Shanghái, no tuvo en cuenta que Chiang Kai-shek crearía un gobierno de derecha en Shanghái y trataría de convertir la ciudad en una fortaleza del ala derecha del Kuomintang. Conscientemente o no, estos camaradas consintieron en entregar el poder a Chiang Kai-shek en Shanghái, es decir, en ayudar a la burguesía a atrincherarse allí.

La tercera táctica, que nosotros y una parte de los camaradas chinos apoyamos, consistía, por un lado, en apoyar con todos los medios la toma de Shanghái por el ejército revolucionario popular y, por otro lado, desencadenar un movimiento de masas en Shanghái como contrapeso al ala derecha, crear un poder popular democrático para que el factor democrático predominara sobre el factor militar y la ocupación de Shanghái resultara simultáneamente en la victoria de la revolución nacional, del movimiento antiimperialista y en la derrota de Chiang Kai-shek como representante de la derecha burguesa del Kuomintang. Opinábamos que Shanghái se había convertido en el punto en el que se decidiría la cuestión de la hegemonía del proletariado. Además, el levantamiento del proletariado de Shanghái del 19 al 21 de febrero fue objetivamente un intento de asegurar su hegemonía.

Con los primeros informes de la derrota de Sun Chuan-fang²⁹, el ambiente en Shanghái se volvió candente y en un par de días estalló una huelga espontánea de 300.000 trabajadores que, de manera igualmente espontánea, se convirtió en un levantamiento armado y, al carecer de liderazgo, se desvaneció en la nada.

En una carta anterior, nos hemos detenido en detalle en la táctica de nuestro partido durante los acontecimientos de Shanghái. Por lo tanto, solo queremos subrayar aquí los puntos principales.

La vanguardia de Cantón se encuentra a entre cuarenta y cinco y cincuenta kilómetros de Shanghái. Las tropas de Sun Chuan-fang, totalmente desmoralizadas, empiezan a saquear y a dispersarse hacia sus hogares. En la ciudad, sectores de las fuerzas militares vacilan, la flota se pasa a nuestro lado. Trescientos mil trabajadores se declaran en huelga y pasan a la lucha armada. El comandante militar ejecuta a decenas de trabajadores. Una parte de la pequeña burguesía ya se muestra solidaria con los trabajadores, interviene en la lucha y cierra las tiendas. Al mismo tiempo, el comité central de nuestro partido, que fue tomado completamente por sorpresa por la huelga, a pesar de que participó en su preparación, reflexiona sobre si el levantamiento debe hacerse o no, en el mismo momento en que el levantamiento ya está teniendo lugar. Ni los trabajadores, ni los soldados, ni la pequeña burguesía reciben ni una sola sugerencia sobre lo que hay que hacer. El partido se limita al eslogan básico: “Abajo Sun Chuan-fang” y “Viva la expedición del norte” (en algunos lugares incluso simplemente “Viva Chiang Kai-shek”). Los eslóganes antiimperialistas desaparecen por completo. Uno de los llamamientos a los trabajadores, por ejemplo, declara:

²⁹ Un general mercenario chino cuya derrota en el territorio de Shanghái finalmente hizo posible la ocupación de la ciudad por las tropas de Chiang Kai-shek.

“Sun Chuan-fang fue mucho más cruel que los imperialistas que cometieron la sangrienta masacre del 30 de mayo”.

Al separar la lucha contra Sun Chuan-fang de la lucha contra los imperialistas, el partido enfrió el ardor de las masas. En lugar de hablar con las masas, los representantes del partido hablaron con los representantes de la burguesía, los esperaron, depositaron sus esperanzas en ellos. El lema de la asamblea nacional democrática, que habíamos propuesto poco antes de la huelga, se concibió como un nuevo medio de combinaciones en la cúpula, y no se lanzó entre las masas. Como resultado, dejamos escapar un momento histórico excepcionalmente favorable, una rara combinación de circunstancias, en el que el poder estaba en las calles pero el partido no supo cómo tomarlo. Peor aún, no quiso tomarlo; tenía miedo.

Así, la tendencia de la derecha, que ya había contaminado al partido durante un año, encontró una expresión burda y consumada durante los acontecimientos de Shanghái, que solo puede compararse con las tácticas del comité central alemán en 1923 y de los mencheviques durante el levantamiento de diciembre de 1905. Sin embargo, hay una diferencia. Reside en el hecho de que en Shanghái el proletariado tenía considerablemente más fuerzas y oportunidades de su lado y, con una intervención enérgica, podría haber ganado Shanghái para la revolución y haber cambiado la relación de fuerzas dentro del Kuomintang.

No es casualidad que la dirección del Partido Comunista de China cometiera estos errores. Se debieron a la concepción derechista de la revolución, a la falta de comprensión del movimiento de masas y a la total falta de atención hacia él.

El partido y las masas

Las capas superiores del Partido Comunista de China no están en contacto con las masas. Esto se explica históricamente por el hecho de que hace tres años el partido era todavía sólo un pequeño círculo de intelectuales, y que la dirección del partido tenía dificultades para comprender que hacía tiempo que había dejado de ser un círculo y se había transformado en un partido con *30.000 miembros, que goza de influencia sobre millones de obreros y campesinos* y es la fuerza organizada más poderosa de la revolución china. En lugar de apresurar la liquidación de este detestable espíritu de círculo cerrado, el representante de la Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista lo alentó y le dio su bendición.

La dirección del partido, de las organizaciones de obreros y campesinos, está formada en todas partes por intelectuales, estudiantes, que con todas sus buenas cualidades están muy poco conectados con las masas y no siempre comprenden sus necesidades. Esta situación ha persistido hasta ahora, cierto que no porque no hubiese obreros capaces de participar en la dirección, sino *porque los círculos superiores de las organizaciones del partido no quieren admitir a los obreros en la dirección*. Hace poco, a mediados de febrero, se celebró una conferencia del partido en Shanghái. Como es sabido, el setenta por ciento de la organización de Shanghái está formada por obreros, pero en el comité del partido recién elegido se eligieron dieciséis, entre los cuales *no había ni un solo obrero; tres obreros sí consiguieron pasar como candidatos*. La actitud de los líderes del partido hacia los obreros y los campesinos fue formulada de la mejor manera por el miembro del comité central, el camarada Petrov³⁰, cuando se estaba

³⁰ A pesar del nombre eslavo, con toda probabilidad era un comunista chino, algunos de los cuales adoptaron seudónimos similares. Traductor [al inglés].

considerando la cuestión de seleccionar estudiantes para un curso especial en la Universidad Comunista para los Trabajadores del Este. Según los acuerdos, se nombrarían 175 obreros y 100 campesinos. El camarada Petrov nos explicó que el comité central decidió enviar solo intelectuales y estudiantes, y motivó la decisión con los siguientes argumentos:

1.- Los obreros no saben leer, no saben escribir, no saben hablar y no entienden nada. ¿Dónde encontraremos 175 obreros para el curso?

2.- Los obreros y campesinos, si tuvieran la oportunidad de asistir a un curso especial en Rusia, vivirían en condiciones muy favorables. Esto tendría un efecto desmoralizador en ellos y, a su regreso a China, no querían trabajar para el partido.

Los estudiantes, por el contrario, según la opinión del camarada Petrov, no están afectados por este defecto. Lo que se necesitaba no eran obreros y campesinos comunistas, sino personas ajenas al partido que supieran leer y escribir muy poco, o analfabetos. Cuando insistimos en esto, el comité central, aunque de mala gana, aceptó nuestro plan, pero la actitud de los líderes de un partido obrero hacia las masas es muy característica en este caso. La actitud del comité central hacia la guardia obrera en Hang Keu fue más o menos la misma. El viejo³¹ nos dijo que *la guardia obrera de Hang Keu debía ser disuelta porque estaba formada por pequeños burgueses y artesanos, y en parte por obreros industriales*. Opinaba que la guardia obrera debía estar formada por un pequeño número de Obreros “honestos, con conciencia de clase e irreprochables” (se trataba de la guardia obrera de Hang Keu).

Cuando investigamos el asunto, resultó que la referencia a la naturaleza pequeñoburguesa de la guardia obrera en Hang Keu era simplemente una calumnia, que el representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista había aceptado. La guardia obrera en Hang Keu está formada por obreros, en su mayoría no industriales, es cierto, pero llamarla “poder armado de la pequeña burguesía” no es en absoluto correcto.

La actitud del grupo de derecha en el comité central hacia una asamblea representativa del pueblo en Shanghái también se explica por esta falta de fe en las masas y falta de comprensión de ellas. Cuando propusimos llevar a cabo las elecciones a esta asamblea nacional popular en las fábricas y las calles, los camaradas dirigentes no pudieron entenderlo durante mucho tiempo. Decidieron sustituir a los delegados electos por representantes de organizaciones, a lo que el viejo dijo: “De lo contrario, los trabajadores podrían elegir al diablo sabe quién”.

Según la concepción del núcleo dirigente del partido, los obreros y los campesinos son una masa aburrida, muda, inconsciente e inactiva; esta masa debe ser dirigida por los comunistas por un camino que ellos mismos trazan, sin consultar a estas masas. La dirección del partido declara, por ejemplo, que los *campesinos no quieren la tierra*. Es más, ni siquiera exigirían la reducción de los pagos de la renta, si los comunistas no los incitaran a ello con su agitación. En Shanghái, los líderes declararon en el mismo momento en que los trabajadores estaban en un levantamiento, que los trabajadores no quieren levantarse, y que la gente de Shanghái *no quiere tomar el poder*. La idea de una

³¹ Chen Du-xiu, secretario, fundador y reconocido líder del Partido Comunista de China durante todo el período revolucionario. Figura respetada en el movimiento revolucionario chino, ejecutó fielmente las políticas de Stalin y Bujarin durante 1925-1927. En 1929, publicó una carta a los comunistas chinos anunciando su apoyo a la Oposición de Izquierda liderada por Trotsky y explicando su propio papel en la derrota de la revolución china, así como el papel desempeñado por Stalin y Bujarin bajo cuya dirección había trabajado.

asamblea representativa del pueblo es calificada por el secretario del comité de Shanghái, Bucharov³², como una “idea exótica”; esta total falta de comprensión de las necesidades, las demandas y la lucha de las masas, esta actitud desdeñosa y arrogante conduce a esto: que todos los *movimientos de masas se produzcan de forma espontánea*, sin el partido y al margen de él. Ya se ha llegado a un punto en el que los acontecimientos se determinan *post factum* y luego se “reconocen”. La lucha de los campesinos contra la nobleza, la lucha por la reducción del pago de los alquileres y el precio de la tierra, se produjo y sigue produciéndose de forma espontánea. El proletariado de Hang Keu ocupó las concesiones inglesas de forma espontánea. La huelga en Shanghái surgió y continuó casi de forma espontánea. Sin embargo, el grupo de derecha de los dirigentes del partido persiste obstinadamente en su incredulidad hacia las masas. En el mejor de los casos, el partido se arrastra a la cola de los acontecimientos, no está en condiciones de dirigirlos, no porque su influencia haya sido organizativamente insuficientemente fuerte, sino porque los jefes del partido se están hundiendo en el oportunismo y el *chvostism* [seguidismo].

El movimiento campesino

La falta de confianza en las masas se refleja sobre todo en la falta de atención al movimiento de masas y también en la represión de este movimiento.

Hasta octubre de 1926, la cuestión del campesinado, la cuestión de la lucha del campesinado, nunca fue planteada de forma más o menos seria ni por el representante de la Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ni por el comité central, si se exceptúan las decisiones del plenario de junio del comité central que silenciaron por completo la lucha de los campesinos y apelaron a un bloque con la “buena nobleza” y los grandes terratenientes. En octubre, se elaboró un programa de reivindicaciones campesinas, pero el representante de la Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, así como los líderes del partido, lo consideraron solo como un programa para el congreso del partido. Durante un período de tres a cuatro meses, este programa no pasó más allá de los muros del comité central y solo en enero se envió a las organizaciones locales. Pero hasta ahora, nada ha cambiado esencialmente en las tácticas del partido en la cuestión campesina. La vieja línea de frenar la lucha en el campo y aplicar los frenos al movimiento campesino en su conjunto, todavía prevalece. A pesar de que la contención del movimiento campesino ya fue condenada en noviembre y diciembre en el informe de Bujarin al plenario, en su discurso, y además, en el plenario y en la resolución, el partido no ha revisado esta táctica hasta la fecha y no ha reconocido sus errores. Ni siquiera se debe esperar que los reconozca cuando el representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ya declaró en enero en la sesión del comité central:

“Hasta donde yo sé (aún no tengo ningún documento oficial), fuimos atacados un poco en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista porque el partido no ha prestado suficiente atención a la cuestión campesina. No hay ni una pizca de verdad en eso...”

El miedo al movimiento campesino ha existido y sigue existiendo en el partido. La realización de la posesión campesina de la tierra (es decir, la ocupación de la tierra por los campesinos) es calificada por el comité central como “una peligrosa enfermedad infantil del izquierdismo”. Sigue hablando del “frente unido con la buena nobleza y los pequeños y medianos terratenientes contra la mala nobleza y los sinvergüenzas” (informe

³² A pesar del nombre eslavo, con toda probabilidad un comunista chino, varios de los cuales adoptaron seudónimos similares. Traductor [al inglés].

de Hunan del 30 de diciembre). La expresión “buena nobleza” se encuentra hasta hoy en día en todos los documentos del partido, en artículos de camaradas destacados. Esta sustitución de categorías sociales por categorías morales es esencialmente una suspensión del movimiento revolucionario en el campo.

En el plenario de diciembre del comité central, se adoptó una resolución sobre la cuestión campesina con la participación del representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. No se encuentra ni una palabra en esta resolución sobre un programa agrario y sobre la lucha del campesinado. La resolución no responde a ninguna de las cuestiones más candentes del momento; *la cuestión del poder de los campesinos recibe una respuesta negativa*. Dice que la consigna de un poder campesino no debe plantearse para no asustar a la pequeña burguesía. De la negligencia de la revolución campesina surge la suspensión por parte de los órganos dirigentes del partido del armamento del campesinado. Cuando Tan Sheng-zhi hizo una propuesta a nuestros camaradas en Wuhan para reclutar voluntarios y miembros de las ligas campesinas para su ejército, el comité de Wuhan la rechazó. Los camaradas opinan que los campesinos no necesitan armarse. Es típica la declaración del viejo en el plenario de diciembre, donde surgió la cuestión de armar a los campesinos de Hunan. En las aldeas de Hunan se está produciendo una auténtica guerra civil; la nobleza está asesinando a los campesinos por docenas y cientos, pero el viejo dice:

“Si los campesinos no necesitan armas ahora, entonces no nos oponemos a que el gobierno las conserve. Si ni los Min Tuan ni los campesinos quieren armas, entonces estos últimos ganarán, aunque se desencadene la lucha”.

El movimiento obrero

La táctica del partido en el movimiento obrero no difiere de su táctica en el movimiento campesino. Sobre todo, hay una subestimación absoluta y falta de atención a ello. El comité central no tiene departamento sindical. Más de un millón de obreros organizados no tienen centro rector. Los sindicatos están separados de las masas y siguen siendo en gran medida organizaciones de la cúpula. El trabajo político y organizativo se sustituye en todas partes por la coacción, pero lo principal es que las tendencias reformistas están creciendo tanto dentro como fuera del movimiento sindical revolucionario.

El continuo codearse con los empleadores, compartir los beneficios, restringir la producción, participar en el aumento de la productividad laboral, la sumisión de los sindicatos a los empleadores y a los amos, son fenómenos comunes.

Por otro lado, se producen negativas a apoyar y defender las demandas económicas de los obreros. Por miedo al crecimiento elemental del movimiento obrero, el partido en Cantón consintió el arbitraje obligatorio, y luego hizo lo mismo en Hang Keu (la idea del arbitraje obligatorio en sí misma proviene de Borodin). Especialmente grande es el miedo de los líderes del partido al movimiento de los trabajadores no industriales. Por cierto, la abrumadora mayoría de los trabajadores organizados en China son trabajadores no industriales.

El informe del CC en el plenario de diciembre dice:

“Nos resulta inusualmente difícil decidir nuestras tácticas en relación con la clase media y la pequeña burguesía, *ya que las huelgas de los trabajadores no industriales y de oficina son solo conflictos dentro de la propia pequeña burguesía*. Dado que ambos bandos [es decir, los empresarios y los trabajadores] son necesarios para el frente unido nacional, no podemos apoyar a ninguno de los dos, ni tampoco podemos ser neutrales [...]

Los empleados de empresas que producen bienes de primera necesidad (arroz, sal, carbón, combustible, etc.) nunca deben recurrir a la huelga si existe la más mínima posibilidad de obtener concesiones de forma pacífica”.

Así, el partido abandona la defensa y el apoyo de los trabajadores no industriales, es decir, de la mayoría de la clase trabajadora china, y lo encubre con la necesidad del frente unido con la pequeña burguesía. Por cierto, está bastante claro que no se trata tanto de la pequeña burguesía, especialmente de los artesanos, como de la burguesía media comercial.

En el telegrama que aclara la resolución del comité central, adoptada y firmada incluso por el representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, y Borodin, se habla de la contención de la lucha de los trabajadores no industriales. En él se oculta el control de la lucha de los trabajadores en general, ya que los pocos establecimientos industriales existentes en China central están cerrados o pertenecen al estado o a sociedades anónimas, y como es bien sabido, no se deben iniciar luchas de huelga en los establecimientos estatales.

La dirección del partido también teme que los obreros se armen. Ya hemos hablado de la calumnia difundida contra la guardia obrera de Hang Keu y de la actitud del comité central hacia los piquetes de obreros que participaron en la ocupación de las concesiones en Hang Keu. Una sola vez se planteó en el comité central la cuestión de armar a los obreros, e incluso en ese caso se decidió que una parte de los piquetes debía ser desarmada porque se trataba de elementos pequeñoburgueses. Incluso en los días en que el levantamiento de Shanghái estaba en marcha, algunas organizaciones del partido no permitían que los trabajadores recibieran palos de bambú comunes. El partido nunca habló con los trabajadores sobre armas o lucha armada. Así fue como se produjo el colapso del levantamiento de Shanghái. El grupo de derecha del partido, especialmente los líderes de la organización de Shanghái, imaginaron el levantamiento como una acción de fuerzas puramente militares, como un golpe de estado. Así es como se llevó a cabo el levantamiento del 23 de octubre y del 22 de febrero.

El ejército

El camarada Zhou Enlai ofreció una caracterización de la actitud del partido hacia el ejército en su informe. Dijo a los miembros del partido: “Entrad en este ejército revolucionario nacional, reforzadlo, aumentad su capacidad de combate, pero no llevéis a cabo ningún trabajo independiente allí”. Hasta hace poco no había núcleos en el ejército. Nuestros camaradas que eran asesores políticos se ocupaban exclusivamente del trabajo militar y político para el Kuomintang.

El comité central del partido apostó todo al personal de mando, no al personal de mando que ascendía desde las filas, sino al personal antiguo. Con la ayuda de todo tipo de combinaciones, oposiciones, etc., nuestros camaradas esperaban mantener un equilibrio de fuerzas en el ejército, pero nunca se les ocurrió ganarlo. En opinión de los líderes del partido y del representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, el ejército de Cantón no es el pueblo armado, sino un ejército mercenario en el que es imposible realizar cualquier trabajo político. El representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista niega con especial ardor la posibilidad de realizar trabajo político en el ejército. El plenario de diciembre del comité central adoptó la decisión de construir núcleos en el ejército (*solo de comandantes, por supuesto, con la prohibición de aceptar soldados*) y en enero de este año, cuando los demás camaradas rusos (no por primera vez) plantearon la cuestión del trabajo en el ejército, el camarada

V. ya se expresó tajantemente en contra de la organización de núcleos. Al principio dijo (al camarada Mandalyan³³) que Moscú había decidido no organizar núcleos, luego mostró la imposibilidad de organizarlos: primero, porque el mando militar, especialmente Chiang Kai-shek, vería en ello las maquinaciones de los comunistas, lo que tensaría las relaciones; segundo, porque el Ejército de Cantón no era susceptible de influencia desde abajo. Cuando se propuso reclutar a trabajadores y comunistas en el ejército a gran escala (el desempleo era muy elevado entre los trabajadores industriales, había unos pocos miles de piquetes de trabajadores entrenados en Cantón y en Hang Keu), así como a campesinos y miembros de las ligas campesinas, lo dejó de lado con pretextos, declarando que de todos modos nadie los llevaría al ejército, que nunca saldría nada de eso, que ahora no hay reclutamiento, etc. Y como no se atrevió a aparecer como un oponente en principio en la cuestión de armar a los obreros, descubrió mil dificultades y demostró que el armamento de los obreros es absolutamente impensable, que no podemos conseguir armas en ningún sitio, etc.

Además, hay docenas de comandantes de compañía y algunos comandantes de regimiento que son comunistas y tienen una influencia colosal, hay un regimiento comunista, y a través de todos estos canales se podría llevar a cabo un trabajo enorme. Pero por miedo a revolucionar el ejército, que impregna a algunos líderes del partido, los diversos camaradas que trabajan en el ejército se desvinculan del partido, se transforman en comandantes comunistas “individuales” y, como declaró uno de los camaradas rusos a cargo del trabajo militar en el comité central: “probablemente se niegan a aceptar a los obreros en sus secciones del ejército, porque los obreros constituyen un elemento turbulento”.

A pesar de que el representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tras una larga resistencia nos admitió que el trabajo del partido en el ejército debe ser reorganizado, posteriormente no hizo nada para llevar a cabo esta reorganización. Ni siquiera sabemos si habló de ello al comité central.

La pequeña burguesía

La falta de fe y comprensión de las masas conduce, de manera bastante natural, al hecho de que algunos líderes del partido consideran al partido como un medio entre el círculo y la camarilla, como las otras camarillas existentes en China. De esto surge una pasión especial por las negociaciones en la cúspide con los líderes militares y con la gran burguesía. Toda la táctica de nuestro partido en Shanghái consistió durante medio año en reuniones continuas con la burguesía nacional y sus representantes. Además, estas reuniones se encubren con la fórmula de la necesidad de un bloque con la pequeña burguesía. El fantasma de la pequeña burguesía llega a lo grotesco. No se puede reorganizar el poder de los campesinos, porque ahuyentará a la pequeña burguesía. No se deben plantear demandas para los obreros, porque ahuyentarán a la pequeña burguesía. No debe desarrollarse ningún movimiento de huelga, de lo contrario la pequeña burguesía se separará. No debe desarrollarse ningún partido comunista, porque asustará a la pequeña burguesía. No deben tomarse medidas mientras la pequeña burguesía no haya tomado ninguna. En realidad, sin embargo, la dirección del partido se interesa muy poco por la pequeña burguesía, especialmente por los artesanos y los trabajadores a domicilio de la

³³ Un representante del Partido Comunista Ruso en China. Su acuerdo con las opiniones expresadas en este documento, entre otros, por Nassonov, que representaba a la Liga de Jóvenes Comunistas Rusos en China, provocó que Stalin los llamara a Moscú a ambos. Traductor [al inglés].

pequeña burguesía, que ascienden a millones, si no decenas de millones. El partido nunca se ha interesado por esta capa, no ha realizado ningún trabajo allí, no ha intentado establecer conexiones con ellos. Solo se ocupa de las conversaciones en la cúpula con representantes de la pequeña y mediana burguesía comercial, representantes que están estrechamente vinculados con la gran burguesía. Solo con esto, el partido ha sancionado la subordinación de la pequeña burguesía a la gran burguesía.

La pequeña burguesía ha perdido en realidad y sigue perdiendo más que los otros sectores de la población que participan en la revolución. Precisamente por eso uno pensaría que el partido comunista tendría que prestar especial atención al hecho de que la pequeña burguesía no debería arruinarse por la inflación, los altos impuestos, un sistema tributario demencial, la usura, etc. Pero aquí el partido procede principalmente en la línea de restringir las demandas de los trabajadores. En el informe político del comité central del 8 de enero, dice:

“Debemos plantear la consigna: ‘Destituir a los funcionarios malos y codiciosos’, ‘honestidad con el dinero del pueblo’, etc., pero no ‘Reducir las cargas del pueblo’, especialmente no en el período de la guerra con Mukden”. “Cuando se trata de reformas sociales inmediatamente necesarias en el sentido de aligerar la carga fiscal que recae principalmente sobre el campesinado y la pequeña burguesía, y de trasladar esta carga a las clases poseedoras, el partido muestra un temor que, por llamarlo por su nombre, no es miedo a la pequeña burguesía, sino a la gran burguesía y a la aristocracia terrateniente.

En los días de la huelga general de Shanghái, cuando una parte de la pequeña burguesía ya se había unido a la huelga y otra parte esperaba una señal y una llamada, el ala derecha del partido trató de conseguir el apoyo de la gran burguesía con el pretexto de la pasividad de la pequeña burguesía. Hablamos de esto en nuestra carta sobre el levantamiento de Shanghái y en la carta de Tsiu Tsiu-bo.

*El partido, el Kuomintang y el gobierno*³⁴

La táctica del partido en el movimiento campesino y obrero, así como en el ejército, es en realidad un apoyo encubierto al ala burguesa del movimiento revolucionario nacional. Esta es una consecuencia inevitable de la actitud desdeñosa y arrogante hacia las masas y la concepción puramente burguesa de la revolución que posee el ala derecha del partido. No en vano nos encontramos con frecuencia con denominaciones como “comunista de Chiang Kai-shek”, “comunista de Tan Sheng-zhi”, etc. Y cuando esta táctica va acompañada del miedo a plantear grandes cuestiones políticas, del miedo a las perspectivas, el partido cae en un pragmatismo estrecho y empresarial que no está muy lejos del reformismo. Los camaradas Petrov y Bujarov son los representantes más típicos de esta tendencia de derechas. Este mezquino espíritu empresarial se manifiesta principalmente en ellos, este esfuerzo por reducir una cuestión de principios a nimiedades, a dificultades técnicas. No es de extrañar que, con tal concepción, la lucha de Chiang Kai-shek contra los elementos de izquierda en torno a Wang Jing-wei pareciera a muchos camaradas menos una lucha de dos tendencias que una lucha entre dos camarillas (el camarada V. proporcionó la base “teórica” para ello). De esto también se desprendió la actitud hacia el regreso de Wang Jing-wei como la salvación de todos los males, el descuido del contenido social de la lucha y de la necesidad de movilizar el movimiento de masas. En el informe político del comité central del 8 de enero dice:

³⁴ La versión al francés de *La question chinoise dans l'Internationale communiste* traduce ‘pouvoir’, poder.

“En nuestra opinión, la tarea más importante que tenemos ante nosotros es restablecer las buenas relaciones entre Wang Jing-wei, Chiang Kai-shek y los demás generales. Si no podemos resolver esta tarea, entonces todo el movimiento nacional quedará absolutamente destruido”.

Ya hace más de medio año que se lleva a cabo esta campaña y Wang Jing-wei no ha regresado y probablemente nunca lo hará; mientras tanto, nuestro partido ha vinculado todo su trabajo dentro del movimiento revolucionario nacional con el regreso de Wang Jing-wei.

Todas las conversaciones sobre el Kuomintang de izquierda, sobre las conexiones con el Kuomintang de izquierda, conducen al final a Wang Jing-wei. Mientras tanto, los acontecimientos de Hang Keu del 3 de enero han demostrado que los desarrollos hacia la izquierda del Kuomintang y la formación de un ala izquierda solo son posibles sobre la base de un ascenso del movimiento de masas, no solo un movimiento de la pequeña burguesía sino también de los obreros y campesinos. El comité central, por el contrario, y el representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, han buscado al Kuomintang de izquierda en el otro extremo, ocupándose de pescar líderes de izquierda desde arriba. De acuerdo con esta política, existía la teoría de que a estos líderes de izquierda se les debía entregar una parte de las masas sobre las que los comunistas habían adquirido el monopolio de influencia.

En la resolución sobre el informe del comité central en el plenario de diciembre, dice:

“En el movimiento de masas, debemos aferrarnos a todas las posibilidades de colaborar con la izquierda y ayudarla a ganarse a las masas (los campesinos y la pequeña burguesía urbana)”.

Parecerá entonces que no son las masas las que deben empujar a los líderes del Kuomintang hacia la izquierda, sino que estos últimos deben ganarse a las masas.

En la cuestión del gobierno, la posición del partido era ambigua. A nivel local, los comunistas decían a los obreros y campesinos que el gobierno es un gobierno del pueblo, algo muy parecido a un gobierno de obreros y campesinos; el comité central, por el contrario, opina que el gobierno aún no es un gobierno del pueblo, que el pueblo aún no es libre. Partiendo de esto, se opone a la entrada de comunistas en los órganos gubernamentales, incluso a escala local. Cuando algunos comunistas fueron nombrados magistrados (es decir, jefes de distrito) en Jiangxi, el comité central escribió una carta el 2 de diciembre al comité del partido en Jiangxi:

“Los camaradas opinan que el gobierno ya es un gobierno popular, que el pueblo ya es libre. Además, olvidan que nuestro partido aún no es el partido en el poder, que no debemos entrar en ningún gobierno para ocupar ningún tipo de cargo. ¿Podemos, si recibimos los puestos de dos o tres jefes de distrito, llevar a cabo la táctica de nuestro partido? Todo el mundo sabe que esto es absolutamente imposible. Esto solo significaría que perderíamos las posiciones desde las que ahora podemos hablar a las masas, que perderíamos la confianza que las masas tienen en nosotros. El comité del partido debe corregir inmediatamente esta grave y errónea desviación.

A todos estos camaradas se les debe ordenar inmediatamente que dimitan o abandonen el partido”.

Este punto de vista también fue apoyado por el camarada V., quien, en octubre de 1926, ante la propuesta de que los puestos de ciertos jefes de distrito en Hubei y Hunan fueran otorgados a comunistas, declaró que esto equivaldría a encubrir la política de

derecha de Tan Sheng-zhi, y que los comunistas asumirían la responsabilidad ante las masas por esta política.

El comité central, así como el camarada V., se oponían aún más a que los comunistas entraran en el gobierno central de Cantón, no porque los principios comunistas se mancharan de ese modo, como afirmaba la carta del comité central, sino porque temían chocar con el gobierno de derechas, ya que la entrada en un órgano gubernamental les habría obligado a luchar contra la tendencia burguesa de derechas. Es característico que no hubiera una diferencia esencial aquí entre las posiciones de Borodin y el camarada V., a pesar de que Borodin estaba a favor de entrar en el gobierno. *En realidad, este último consideraba esta entrada como una tapadera para la política de la derecha, como una capitulación ante la derecha.*

La independencia del partido

Dado que la dirección de derechas temía tanto al gobierno como a las masas y mostraba una cautela extraordinaria siempre que se trataba de extender y profundizar el movimiento de masas, también llegó al punto de minimizar el papel y la importancia de nuestro partido. El partido se ocultó, se sumergió en la clandestinidad, sin atreverse a mostrar su rostro a las masas. Sin embargo, no había nadie de quien el partido tuviera que esconderse, en lo que respecta a la derecha y los reaccionarios, ya que Chiang Kai-shek, Feng Fu-xiang, Tan Sheng-zhi e incluso Wu Pei-fu mantenían correspondencia con el Comité Central del Partido Comunista de China a través del viejo. Un partido de 30.000 miembros se nutre de un pequeño boletín semanal que, además, no aparece durante semanas. El partido teme legalizarse y alega que esto seguramente asustaría a la pequeña burguesía. En Hunan, la organización del partido decidió no ampliar su trabajo y cerrar sus registros a nuevos miembros para no asustar a la pequeña burguesía. La dirección del partido dice:

“En lo que respecta a los problemas políticos en el ámbito del gobierno nacional, debemos dilucidar los acontecimientos políticos prácticos, pero no debemos llevar a cabo propaganda ni elevar nuestra propaganda y agitación al nivel de la propaganda del Kuomintang”.

El comité de Hunan dice en una carta del 30 de diciembre:

“Nuestra propaganda antiimperialista está aún demasiado avanzada, más avanzada que la del Kuomintang, lo cual es un gran error. Tenemos una desviación de izquierda. Por todas partes oímos: ‘¡Viva la Internacional Comunista! ¡Viva el Partido Comunista!’”.

Esa es la táctica del partido, más correctamente, de sus líderes de derecha. El movimiento revolucionario está alcanzando un plano superior, los antagonismos de clase se agudizan. La burguesía y las clases poseedoras del campo están llevando a cabo, junto con una parte de los militaristas, una lucha activa contra las tendencias democráticas. Esta lucha se desarrolla en cuatro líneas básicas: 1.- Restricción de la propaganda antiimperialista; 2.- Restricción del movimiento campesino mediante represión armada; 3.- Restricción del movimiento obrero mediante presión militar y administrativa directa, así como mediante arbitraje obligatorio; 4.- Creación de un gobierno burocrático que se apoye en el ejército. Y el Partido Comunista de China está cediendo sus posiciones en estas cuatro líneas. La lucha por la democratización del gobierno no fue llevada a cabo por el partido hasta los recientes acontecimientos de Shanghái. Incluso ahora, la dirección del partido no ha comprendido suficientemente la necesidad de esta lucha.

Sin embargo, sería falso sacar la conclusión de esta carta de que todo nuestro partido está infestado de oportunismo. Las masas del partido y muchas de las organizaciones inferiores están, por el contrario, más que sanas. Pero la sustitución de los círculos dirigentes, o más correctamente, del ala derecha, es una necesidad urgente. Sin esta sustitución y el ajuste de su línea táctica, la recuperación del partido es impensable.

La responsabilidad de todo esto recae por igual en el ala derecha de la dirección y en el representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En cuestiones tácticas del pasado no puede separarse del comité central; al contrario, cada vez que el partido vacilaba y comenzaba a buscar nuevos caminos, lo obligaba a volver al viejo pantano de mezquinas combinaciones, trucos y malabarismos políticos, que no tienen nada que ver con la táctica revolucionaria. Completamente falto de principios, se adaptó al partido y con frecuencia superó a los demás líderes en su celo. Así, infectado por un ánimo capitulador, propuso después del 20 de marzo de 1926 (junto con Borodin) que los comunistas se retiraran del Kuomintang. Aunque nos declaró que Petrov y Bujarov eran oportunistas, y que Ho Sun-lin, el presidente del Consejo Sindical de Shanghái, era un aventurero, no solo no hizo ningún esfuerzo en ayudar a los otros camaradas chinos a destituirlos del liderazgo, sino que, por el contrario, los apoyó. A pesar de que vio muchas deficiencias en el partido, que se debían simplemente a problemas de crecimiento (por ejemplo, su carácter de “círculo” estrecho, su falta de organización gracias a la cual las decisiones adoptadas por el partido se quedan en el papel), no solo no hizo ningún intento de corregirlas, sino que las santificó haciendo referencia a “condiciones específicas de China”. Envío a Moscú información adulterada, ocultó material y ocultó la situación real del partido al Comité Central del Partido Comunista de China. Sin principios, así como sin coraje político, lo veía todo como un funcionario y no tuvo reparos en empujar al comité central a tomar decisiones absurdas. Por ejemplo, cuando llegó el telegrama de Moscú diciendo que el ejército del noroeste debía regresar a Mongolia, es decir, debía recorrer unas 660 millas, el comité central y sus colaboradores militares opinaron que esto era absolutamente imposible de realizar. Pero el camarada V. presentó esta decisión (de Moscú) ante el comité central, sin mostrar a Moscú lo absurdo de tal operación. Pero una semana después, el propio Moscú informó de que esta decisión se había adoptado sin conocer la situación real y que se había revisado tras recibir información complementaria.

En diciembre, el camarada V. se pronunció en contra de la participación en el gobierno. Después de recibir la resolución, declaró que era posible entrar en el gobierno, pero no de inmediato, y cuando la resolución se estaba considerando junto con el comité central, anunció que, de hecho, siempre habíamos sido partidarios de la participación en el gobierno, lo que indignó al viejo.

Un representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista así sólo puede arruinar el trabajo. Si no estuviera aquí para encubrir a los elementos de la derecha con la autoridad del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, el partido tal vez podría luchar con éxito contra la derecha con sus propias fuerzas. Ahora incluso esto será difícil. No solo es necesario retirar al camarada V., sino enviar aquí a un trabajador mucho más fuerte que sea capaz al mismo tiempo de representar al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y de dirigir a Borodin.

En el propio comité central, que ahora realmente consta de tres personas, Petrov constituye el ala derecha, Qu Qiu-bai la izquierda y el viejo el centro. Creemos que aislando a Petrov y al camarada V., y dejando entrar aire fresco en el comité central mediante la introducción de un cierto número de obreros, el viejo, que, a pesar de todos

sus defectos, es un hombre mucho más fuerte que el camarada V. y goza de una enorme autoridad, podría seguir siendo uno de los líderes del partido. Pero, aparte de todo esto, es necesario que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista confirme y concrete una vez más la línea táctica presentada en la resolución del plenario. Es necesario que nuestros camaradas dirigentes presten más atención a China de la que le han prestado hasta ahora.

Shanghái, 17 de marzo de 1927

N. Nassonov

N. Fokin

A. Albrecht

Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)

Edicions internacionals Sedov



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
- *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07.a Liga de los Comunistas*
- *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
- *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
 - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
 - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano
(enlace desde imagen)

Alejandro Proletaria

